Van Gogh y el + allá





ELIAS AMEZAGA

HILARGI

ELIAS AMEZAGA

VAN GOGH
Y EL MAS ALLA

HILARGI Ediciones, S.L.
Villa Plencia, 4
Teléfono 464-85-17
48930-LAS ARENAS

I.S.B.N. 84-85918-48-7
Depósito legal: 2629-89

DEDICATORIA

Al equipo de Aránzazu:
Jorge Oteiza
Néstor Basterrechea
Carlos Pascual de Lara
Francisco Javier Sáez de Oiza
Luis Laorga
Xavier de Eulate

YA estoy muerto.

Muerto ante la Eternidad.

A veces morir no es desaparecer, no es descansar. Tal es mi caso. No llego al fin de un peregrinaje, sino a una etapa. De ahí saltará mi alma a lo definitivo.

Me he suicidado. Me disparé una bala en el costado, cerca del corazón. Debo responder ante el Juez Supremo de mi obra. ¿Por qué lo hice?

Aún yace caliente mi cuerpo y rezuman los poros de mi sangre su hervor animal. Pero ya no veo nada, no sentiría una aguja clavándose, apenas oigo lo que viene de fuera... es mi oído una caja de resonancias, el último sentido que sigue zumbando... de lejos, de muy lejos... Sí, estoy muerto.

Han sido dos días angustiosos entre el ser y no ser, entre la vida y la muerte. Los allegados han hecho votos por mi salvación. El médico ha cifrado sus esperanzas en lo sobrenatural. Teo, mi hermano, paseándose con los puños crispados parecía invocar a un demonio familiar. El médico se ha vuelto a decirle como en una plegaria: "Dios solamente..." ¡Menguada ciencia! Por un punto me aferré a lo que dejaba, que era bien poco. Luego, mientras veía correr la sangre envenenada, abandoné mis

esperanzas una a una, sintiéndome confortado, resignándome a caer en la sima sin fondo.

Se ha llenado de gentes la habitación. Menuda, pastosa, en estas últimas horas sobrecargada de imágenes, de reliquias piadosamente puestas a mi cabecera por la dueña del piso. Me han bajado a morir acá de mi buhardilla con claraboya en el techo y vistas al cielo. Apenas cabía la parihuela por los escalones y los hombres que me conducían gritaban entrechocando por los rincones. Ahora se acordaban de mí, exigían que me despojara de mi propia miseria. A ratos he quedado solo. Solo con mi alma. Con esta alma que yo mismo desconozco. Solo frente al más allá. Mi lecho da frente a un amplio ventanal. Despierto los dos días he visto amanecer. ¡Y qué amanecer! El borrón azul limpiándose como el cristal de unas gafas ahumadas. El horizonte estirándose hasta un confín lejano. Las nubes surgiendo de un añil intenso, cabalgando sobre montañas remotas. Un cielo rojo oscuro de sangre coagulada transformándose luego en rosado, más tarde en anaranjado, en amarillo claro... ¡Mis amarillos! ¡Sus mil gamas que me embriagaron de oro y de sol! ¡Qué luz, qué gran luz iluminando el paisaje mustio de la campiña del Auvers! ¡Oh, si pudiera pintar aquella visión! Impotente me consumía en mi cama, viéndola, sintiéndola, no pudiendo plasmarla en ese lienzo, que representaría sin duda el mejor de mis paisajes.

Ya estoy yerto. Primero arde uno. Luego va quedándose frío. Primero el puño derretiría trozos de hielo. Luego el fuego temblaría de frío. Pronto me subirán a hombros al plácido cementerio. Allá arriba para mí todos son desconocidos. El día que despertemos de entre los muertos a nadie podré dar un apretón de manos, porque nadie me conocerá. A lo más, recordarán algunos al extranjero pelirrojo, que corría de continuo, como los perros y los chiquillos. Me mirarán, como me han mirado siempre en todas partes, un pintor vagabundo, un tipo estrambótico, un hombre de pocos amigos. Mañana se cumplían dos meses de mi estancia aquí. Vine huyendo del sol del Mediodía. Planté el caballete en las alturas y le vi atravesar por entre nubes. Y no hice gran cosa. Apenas quince telas. Ni siquiera he pintado ese cementerio, yo que tantos reproduje: el de Drenthe, rincón de brezal, rodeado por un seto de pequeños abetos, apretados unos contra otros, o las sepulturas cubiertas de hiedra y líquenes de pueblos pescadores, o el cementerio de Nuemen, donde sepultan a los campesinos en los mismos campos que aran toda su vida. Como decía mi padre: "En el cementerio prefiero tomar la palabra porque ahí todos pisamos el mismo suelo, y no

sólo pisamos el mismo suelo, sino que además nos damos cuenta de ello".

Señor y Dios mío, a Tu presencia estoy. Llamo a las puertas inexistentes de tu Gloria. Golpeo con la fuerza de un corazón roto a tu Vacío sin límites. Perdóname. Me declaro a Ti, cuando ya nada es posible, desposeído del libre albedrío, huérfano de deseos terrestres. Me confieso a Ti en esta hora inmortal ante el Cielo y el Abismo abiertos a mi espera.

Doblego el polvo de mi polvo a tus pies. Me despojo de apetitos presentándote desnuda y aterida mi pobre alma. ¡Señor, baja hacia a mí! Haz que pueda cegar a Tu Luz. Deflagraré mi vida con sinceridad, sin engaños ni dobleces, tal y como fuí, solo ante Tu presencia, solo frente a Tu Eternidad.

¿La conoces ya? Soy extremista. Me entrego sin reserva a mis empresas. Desconozco términos medios. ¡Un tipo curioso, digno de estudiarse y especialmente de tomarlo en serio!

Me llamo Vicente Van Gogh. Nací en Groot-Zunder, una aldea holandesa en los confines de Bélgica. Más de una vez en la niñez atravesé el Mosela, nuestra líquida frontera.

No es rico mi país. No pertenece a la ubérrima ribera, a los prados vaquerizos, a los valles de famosos tulipanes. Mi tierra, en verdad, es la más pobre.

Mi madre pertenece a una familia enferma. Ella misma es una neurótica. Muy emocionable, muy abierta en sus relaciones, confiándose al mundo por la menor fruslería, la recuerdo con su bata negra y la cofia a estilo holandés. Un dibujo que vi en su cómoda la retrata con increíble plasticidad, la mirada soñadora en otra parte que el cuerpo, estirado y rígido, como si le estorbase. A madre Ana no le preocupó jamás casarse. Sí que rondaran galanes a su puerta. Se declaraba a ellos un día y los olvidaba al siguiente. Pasó el tiempo, y ya parecía resignada a su virginidad cuando surgió el pastor de Zunder, mi padre, Teodoro Van Gogh, tres años más joven, que la desposó. Nunca creí después que aquello fuera un enlace de amor. De respeto, sí. Y

a veces son mejores estos enlaces de cálculo. No asistí en los años que viví con ellos a ningún incidente serio. En apariencia vivían para Dios, entregados a su labor evangélica. Se respetaban mutuamente y coincidían como puestos de acuerdo en sus relaciones con los demás.

Vine al mundo el 30 de mayo de 1853. Me llamaron Vicente en memoria de un bisabuelo, capitán de los tercios suizos en París en la época de las barricadas, en La Revolución. Así se llamaba uno de mis seis tíos y así también mi pobre hermano, nacido aquel mismo 30 de mayo del año anterior.

Mi hermano Vicente dió la nota de color, la justificación al vínculo, el lazo de unión indisoluble. Por desgracia en este caso soluble. Débil, friolento, morado, parecían derretirse sus blandengues miembros. Su obstinada queja sin lágrimas no pudo resistir el primer nublado. Murió a las pocas semanas de nacer.

En la aldea el dolor físico se ahonda. La llama del sacrificio parpadea en un silencio lúgubre. El recuerdo taladra con sonoridades íntimas. Es un cáncer que penetra su proa en la carne, hacia el interior. Mi madre debió sufrir muchísimo. Siempre he visto las arrugas de su frente como un recuerdo de aquella pérdida. El silencio del fuego, como el silencio de la aldea, corroían por dentro a la pobre mujer. Ese mismo mutismo que guardan los aldeanos ante la madre proporciona a ésta indecible congoja: ella que quisiera confiarse a todos, consolarse con sus íntimos. Los labios del pastor no emitían más que salmos, frases hechas de la Biblia, conceptos vagos, consuelos lejanos. De parte de los demás, la mirada que se desvía, la palmada o el apretón sentimental.

La imagino hablando en voz alta consigo misma. La veo entregándose ausente... No dejándose poseer por miedo a... Y desilusionada. En estas circunstancias cayó preñada de nuevo. No un embarazo normal. Ni por la rapidez con que prendió el nuevo germen, ni por su estado de ánimo pudiera presumirse un fruto óptimo.

Yo. Vicente Van Gogh, Señor, tu último servidor, este miserable muerto trágicamente a los treinta y siete años, que puede jurarlo, Señor, apenas gozó una hora de felicidad completa.

Mi primer recuerdo: unas faldas densamente verdes a las que me cogía por las noches en la oscuridad de mi alcoba. Miedo de niño. La silueta en la pared convirtiéndose en gigante. Me

han acunado bajo el poder invisible de gnomos, duendes dañinos, brujas y monstruos sin piedad. Siento la impresión de que me amamantaron con pánico, con santo respeto a Dios. Mis temores en aquella recoleta aldea tomaron proporciones desorbitadas. Los ruidos que oí por la noche aullábalos algún lobo al acecho, lejos, en la altura, prestos a saltar en busca de su presa. Ecos tétricos perturbaron mis noches interminables. No quisiera volver a la niñez. Conservo huellas tristes: de monstruos en muros recién pintados. En casa del dómine reinaba la sobriedad. A todos nos pedían seriedad. Que fuéramos hombrecitos, que no nos codeáramos con los demás. Casi diría, sin temor a exagerar, que se ahogaban las risas y expresiones de júbilo como sacrilegios. No me detendré a desentrañar la causa de este proceder beatífico. Unicamente añadiré que a la larga marcó de aristas duras el carácter de los Van Gogh sin acercarnos a la santidad.

¿Mi retrato de niño? Cuando vi a mi alrededor a otros me di cuenta de qué poca pieza, qué feo debía ser yo. A mi hermanita Ana, a mi hermano Teo, acariciaban los visitantes. A mí, no. No debí ser un niño atractivo. Una cabeza roja de maíz en granazón y un cuerpo con tendencias de hoz. Así lo repitieron sin cesar. La voz parecía salir de uno mismo: "Hay que ponerle una estaca". Los ojos entre verde y azul con ciertas sombras, las de mis noches de temor. Por esta falta de caricias de los míos, mis modales se volvieron torpes, desenfadados. "Naturaleza feroz". Las primeras palabras que recuerdo en mi honor en boca de uno de mis tíos, el tío Cien, mercader de cuadros instalado en Amsterdan desde el año 1846.

Quizás no salga exacto mi retrato. Yo no era dibujante entonces. Ajeno a mi porvenir, daba grandes caminatas por el campo. Hice lo que otros niños de mi edad: correr por el bosque, nadar en el río, pescar con cedazo, coger pájaros en su nido. Más de una vez hurté la barca del castillo con la que una cuadrilla de tunantes bogábamos en plan de aventuras, chocando de intento contra los acantilados en busca de emoción. Ninguno me aventajó en saltos inverosímiles. Creo que a los demás les mordía en cierto modo la envidia. Esto de ser fenómeno en todas las competiciones mortificó a mis amiguitos y de rechazo nos separó a unos y otros. El niño feroz, sin embargo, sentíase sobrecogido en sus sueños más íntimos. ¡Ah, si él pudiera ser algún día cazador de leones! Sus primeros sueños treparían las montañas y con alas invisibles alcanzarían cumbres de ilusión.

¿Mis faltas? Nimias en todo caso. Rezaba mis oraciones por la noche. Acudía al templo a los siete años ayudando a mi padre

en el ministerio litúrgico. ¿Te había dicho ya, Señor y Dios mío, que mi padre era un pastor piadoso, tu más devoto servidor? Alabar ahora sus prendas fuera propósito singular, ya que Tú le conoces y sin duda a esta hora gozará en tu Gloria.

Una coincidencia extraña me viene ahora a la memoria: el primer dibujo que tracé era un gato trepando al manzano de nuestro jardín. En mi postrer cuadro, un jardín sin flores ni aromas, apenas sin colores de esperanza, un lugar triste, "El jardín de Dauvigny", otro gato atraviesa el primer plano con aire amenazador. Aún está mojado el pincel, aún gotea ese cuadro... como si tuviera vida propia.

¿Simbólico? ¿Presentimiento quizás? ¿Qué hay dentro de aquella mirada diabólica?

Un gato. Los ojos de un gato. Los ojos de un gato negro frente a la luz de una antorcha. Su resplandor mágico en la oscuridad. Ese maullido sin esperanza, sin cadencia ni gracia. Sus garras. Su piel. Esa pelambre curtida, chamuscada, que parece recién salida de un incendio. El zarpazo. La vengativa furia. El triste destino. La hechicería. ¿Qué tiene un gato que tanto me impresiona? ¡Y cuántas veces apareció en mis pesadillas! Aquel mismo día con mi felino dibujo fuí al camposanto.

Allí estaba Vicente Van Gogh, mi otro yo, el que debía ser yo mismo, el que redujera mi ser al soplo primero de donde vine. ¡Oh, volver a mi nada! ¿A qué revolvieron mi nada, a qué dieron forma a mi vacío? Yo flotaba en los espacios. Me sentía una sombra más en el coro interminable de alabanzas al Eterno. De no haber desaparecido Vicente o no viniera yo a este mundo, o de otro modo más grato. ¿Es verdad esto, Señor, Tú que ves el arcano de los siglos? Impresionan mis ideas de entonces, mi postura romántica de acuerdo con la época.

No leo su inscripción. Marco un punto imaginario. Me arrodillo. Dialogo con él. Hermano, no supiste hablar, apenas conociste la luz. ¿Eres feliz? ¡Tal vez sea mejor así!

Volví al anochecer. Rompí el dibujo del gato. Necesitaba pintar las flores que faltaban allá arriba.

Los floreros se me daban bien y los repetí con frecuencia. Un dibujo cayó en manos de los compañeros de la escuela. Corren con él en busca del profesor; éste lo examina diligente. Da vueltas al dibujo, divídelo para apreciarlo por partes, mencea la cabeza. Los chicos escuchan la docta opinión y vuelven a

corearme con el dibujo en las manos: —¡Qué línea! —¡Qué color! —¡Qué artista!

Me llevan a casa. Lo enseñan a mi padre. El mismísimo profesor va delante de todos en los elogios. Ante tales muestras de afecto, padre invita a los niños a una colación de frutas y golosinas. Al respetable propósito del profesor quita su expansión. Apea discretamente mis méritos. Adopto una falsa modestia, propia de un caso que por tan explosivo, huelga atizar. Y termina la velada con toda gloria y honor para mí. El primer aplauso que recibí en la vida. El único. Por mucho que horade los recuerdos, ahí terminan mis éxitos.

Me invitó a soñar. Con denodado esfuerzo perfeccioné los primeros estudios. A las flores sucedieron motivos cinegéticos, naturalezas muertas... y luego, sí, luego el paisaje. Retorcía la inspiración. Procurábame fuertes emociones, largas caminatas, luchas, esfuerzos extremistas, correr y sudar, beber y fumar, estirar la goma de la resistencia hasta el límite, en definitiva ponerme en trance para poder crear. Así compuse una serie de dibujos que guardé con la confianza puesta en el porvenir, en esa inmortalidad que nunca llegaría.

¿Cómo pude caer tan bajo? No me he mercantilizado, Señor. Es un título que debe tenerse en cuenta. Vendedores sin escrúpulos me han ofrecido en más de una ocasión la oportunidad de darme a conocer. Ahí está mi vida en la miseria atestiguando por mí. En este aspecto, ¡oh, Señor! me niego a responder de culpa. Unicamente mi calidad... Pero, ¿esto depende de mí?

Quizás sin vicios... Quizás... Todo lo que no se ha hecho no debe lamentarse. Son cruces del camino pasados sin volver siquiera la cabeza. Vidas hipotéticas, posibles, asesinadas al nacer, que pudieron ser mías...

A los siete años yo era un niño huraño. A los diez me reconcentré con el inesperado éxito. A los once sentí en mi piel los primeros zarpazos de la pasión sin cauce; la carne temblaba ante una visión imaginada en noches de insomnio. Excitábanse los sentidos al contacto de las sábanas con mis partes sensibles. Debo confesarte, Señor, que en aquella época creía yo en la pureza como la más hermosa de las virtudes. Y la más difícil. Me mortifiqué en muchas ocasiones por Ti. Debes tenerlo en cuenta. Y volviendo a mi tentación, ¡cuánto padecí por vencerla! ¡Cómo me empujaba fascinante como un objeto de brillo!

Lo dijo un chicuelo:

—No das ejemplo en la escuela. Eres un bruto. Tu padre recibe quejas. ¿Crees digna de un pastor tu conducta?

Total: Me sacaron de la escuela.

Con este motivo llegó la abuela Van Gogh de Amberes. Se le dió excesiva importancia a la cosa —piensa mi madre—. La vieja me riñe amparada en sus canas. Me pone a todos sus hijos de ejemplo. Primera osadía de Vicente Van Gogh: la contesta. La responde de malos modos.

La venerable anciana me cruzó el rostro. Lloré. Grité mi impotencia. Madre salió en mi ayuda. Por mi parte me retiré jurando venganza.

Sí, Señor y Dios mío, comprendo que me extralimité. ¿Qué quieres? A veces uno no es dueño de sus actos. Puedes acusar mi irascibilidad producto de mi soberbia. ¿Y no será la soberbia a su vez fruto de una enfermedad, de un temperamento hipersensible?

El hecho más triste de todos, que mi padre me llamó aparte a la hora de la cena. Poco más o menos dijo esto:

—Te has criado como los demás y no eres como ellos. Teo parece normal. Las niñas formales, quietas, nos acatan, nos comprenden. Tus modales bruscos, esos chispazos de tu genio irascible nos preocupan a tu madre y a mí. Nos inquieta tu porvenir. Vives apartándote de todos, en la selva, en el monte... No, hijo, no has nacido para sentirte a gusto en la sociedad; con tu carácter chocarás más de una vez con los que te rodean. Acunas fuerzas desconocidas que un día se desencadenarán con violencia contra ti mismo. No somos nosotros únicamente los que pensamos así. Piensa en tu abuela, que hoy ha sufrido un disgusto; a su edad nocivo para la salud; nunca lo recibió de sus once hijos, créemelo. No, no respondas. Tus profesores también lo dicen. Me asustan tus enfados. Me da que pensar tu deseo de mandar. Quizás tomas la vida demasiado en serio. Esas exageraciones conducen a tragedias, evitables hoy. Para terminar, tu madre y yo hemos pensado mandarte interno.

Callé. La tajante afirmación de padre no admitía respuesta. ¿Preguntaría desde cuándo? ¿Para qué? Mi padre, dicho esto, se volvió a la mesa del comedor donde todos en pie le aguardaban ya, rezó sus oraciones y, sentándose, comenzaron a comer.

—¿Vienes?

La dulce voz de madre invitándome a la cena. Por toda respuesta di un portazo y me arrojé sollozando encima de la cama.

Así me dormí. Me despertó una mano amiga:

—No llores, Vicente... No llores...

Era Teo, mi hermanito menor que yo en cinco años, el que venía a consolarme. Creo que desde aquel día le cogí un afecto inusitado, entró a formar parte de mi propia carne.

El internado. Separación del mundo. Desoladora impresión la de mi primera noche durmiendo fuera de casa. En el vasto dormitorio se extendían dos hileras de camas. En el centro, la luz inexorable de una bujía durante toda la noche. No conocía a nadie. Permanecí con los ojos abiertos mirando al techo, sintiéndome en el fondo castigado. ¿A quiénes vería al amanecer? ¿Qué nuevos rostros me despertarían? Descubro gentes que desconocía. Seres mefíticos, plantas desvaídas en invernaderos cerrados, sin ver el aire jamás. Esas gentes me ven llegar de otro mundo. Mi libertad se vuelve pálida. Comienzo a vivir un proceso de problemas diferentes: la edad de la pasión solitaria, de las ensoñaciones extraordinarias. No podía huir de aquel claustro más que con la imaginación. Descubro otro yo dentro de mí, no el que soy sino el que aspiro a ser. Hasta despierto, mi fantasía traza posibles vidas, que las gozo a mi modo, acomodándome a ellas y obrando como si realmente yo no fuera un interno, sino un señor de alto linaje proscrito en una isla. Si alguien me preguntara qué hice durante aquellos tiempos, no sabría qué responderle. ¡Tan ausente viví de aquel ambiente!

Tres años. Pasada la pesadilla volví a casa. Tenía ya dieciséis, casi un hombrecito. A madre se le ocurrió la idea de fotografiarme —era el último invento de los tiempos—. Perfilábanse ya los rasgos del hombre en mi rostro y en mi cuerpo. Más bien bajo que alto. Raído en los trajes. De pelo crespo. Parecía más ancho que alto. La espalda seguía inclinándose, acentuando su curvatura por llevar de continuo la cabeza gacha. Bajo el pelo

rojo el rostro sombreado. La sombra de los ojos azulencos había pasado a toda la cara. Aquellos ojos se hundían en una vaga indecisión. ¿Temeroso de qué? La frente arrugada ya en esta temprana edad —cejas fruncidas, nariz ancha, arcos buscando líneas agudas, barba incipiente... ¡qué sé yo!—. Así era o al menos así me fotografiaban los demás.

Dieciséis años. ¿Qué hacer ahora? ¿Pastor como mi padre? ¿Militar? ¿Médico? Es costumbre que la familia se reúna con este motivo. En mi caso ni eso. La abuela prohibió semejante formalidad. Madre Ana se inclinaba por una profesión que no me apartase de su lado. La abuela, por el contrario, escribió indicando la conveniencia de aprender idiomas. Como el interesado no mostrase excesivo interés por ninguna profesión, padre decidió por él: Vendedor de cuadros.

El tío Cien se dedicaba con éxito a este negocio y serviría de mentor y poderoso auxiliar para mi perfeccionamiento. Su Galería de Arte de Amsterdan gozaba de merecido favor en el país. Ultimamente su firma pasó a asociarse a la casa Goupil de París, con sucursales en Amberes, Londres, Bruselas y La Haya. Tras del previo aprendizaje me envían a esta última, dependiente del señor Tersteeg. Tersteeg es un buen hombre que siente pasión por su negocio. No sé si vivirá. No asiste a mi entierro. Claro que, en este caso, ya pasará de los setenta, y aunque me profesó cierto afecto no es edad para desplazarse a un lugar tan remoto. Su cuerpo se inclinará a tierra como lo hicieron hace años sus ideas estéticas. ¿De qué le servirá su dinero? Tersteeg es un hombre de buena fe, un mercader sin excesivos conocimientos de su oficio que los defiende por defender su propia cultura y sentirse viejo ya para aprender.

Al poco tiempo y por buenos servicios me ascienden enviándome a la sucursal de Londres. He duplicado la paga hasta noventa florines al mes. Ignoro si otros han hecho la misma experiencia. Un sábado a las ocho de la noche cobré uno tras otro los noventa florines. Aparté el gasto del mes y en mi homenaje decidí gastar el resto a marchas forzadas. Haría todo lo que no pude hacer hasta entonces. En primer lugar una excursión por los alrededores en busca de sol. De vuelta, entré en una feria, monté en los carruseles, eché al blanco, piqué golosinas. Luego al teatro, y a la noche, tras de una cena a la que invité a varios empleados de Goupil, una partida en el casino donde más de una vez quise probar fortuna. En el barrio había una casa de mala nota. Pero esto no me atreví. Me contenté con des-

corchar una botella de champán en el cabaret, beberla en unión de los amigos y ver apretujarse a las parejas que bailaban en la pista. Al día siguiente me dolía la cabeza. Con el resto adquirí una porción de libros de pintura y algunos grabados. La verdad que no me fijé en la ciudad. Calles y casas como en todas partes. Hasta mucho después y en otro viaje no me interesaría por conocerla metiéndome en los mercados, las iglesias y los museos.

Me aburro. Trabajo hasta altas horas de la noche para evitar ese tedio. Y realmente no debo hacerlo, ya que mi jornada de trabajo abarca solamente desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde y los sábados hasta las cuatro. El loro de la pensión, un provecto charlatán, se burla constantemente de las dos señoras que la regentan y a mí me ahuyentan fatídicamente. Cambio de pensión. Todo lo contrario. Aquí habitan tres músicos alemanes con los que paso veladas agradables. Ellos me instruyen en la música y yo procuro darles a conocer las corrientes pictóricas del momento. ¡Qué país tan distinto a Holanda! Los domingos salgo al campo, a una gran colina situada a seis horas de Londres cubierta de palmeras y de grandes robles. Por Pentecostés hice una excursión con los alemanes pero me prometí no volver, ya que estos señores gastan mucho dinero. Vive también en la pensión una señora de edad indefinida, que los que la conocen de antes calculan pasará de los sesenta. Nadie lo diría. Se compone con primor. La corteja un militar y ella se siente ágil y olvida su lumbago y sus achaques. Qué cierto me parece viéndola feliz que una mujer no envejece cuando ama y es amada. Se dice sobrino suyo, Edwars, un estudiante de médico que habita en la misma pensión y veo todo el día sumido en sus estudios.

Ya el trabajo de oficina no me resulta tan indispensable. En cambio he comenzado a cortejar a la hija de la dueña de la pensión. Una rubita de ojos verdes, menuda y acanalada como el pico de los patos. En noviembre del año 1873 yo era un hombre libre. En diciembre ya me hacía propósito de declararme a ella, ya la había tomado una mano en el paseo, ya temblaba mi pulso al verla sin atreverme a jurarla amor eterno. Un mes, tan poco espacio, y cuántos, cuántos sucesos se precipitaron en cascada sobre mi pobre persona. Desde que la vi por vez primera me atrajo la muchacha. Debió sentirlo en mi respiración cortada, en mi balbuceante voz. Como la sombra al cuerpo me pegué a sus caprichos. Procuraba adivinar sus gustos y obsequiarla. Ella me invitó a salir de paseo. Accedí. Me contó su vida. Que si un hombre... Que si un pensionista la perseguía de amores.

Sin declararme tan inopinadamente comencé a protegerla. En efecto: una noche sorprendí al joven Edwars llamando a la puerta de su alcoba. Ursula dormía o se negaba a contestar. Le interrumpí bruscamente:

—Señor estudiante, ¿qué se propone? ¿Dar un escándalo?

El mozo me miró cohibido. Mi actitud debió asustarle y echó a correr al cuarto. Al día siguiente me creí con derecho a tutearla. Observé, sin embargo, que no la gustaba esta familiaridad y la pedí torpemente disculpas. Acto seguido la expliqué con detalle mi hazaña de la víspera en defensa de su virtud, que pareció complacerla en extremo. Iba a decirla que yo... No, aún no era ocasión oportuna.

—¿Qué piensa usted hacer mañana?

¿Pudiéramos salir juntos?

¿Y pasado?

¿Y toda la vida?

Yo quiero ir a su lado toda la vida. Servirla de guardaespaldas contra cualquier insolente. Yo... Pero no, no se lo dije, no me declaré.

Mi trabajo en aquella época salía mejor que de costumbre. Como si el cliente me sintiera hombre feliz, contagiábase con mis gustos y acudía a mis invitaciones de compra. Nunca vendí más y mejor que entonces.

Conozco al primer pintor. Por mi timidez —ésta es la verdad— no me atrevo a franquearme con él. Pero le presento a mi amiga, que una tarde vino a buscarme al comercio. Al pintor le causa impresión la muchacha y me propone pintarla. Yo la consulto y Ursula rechaza sonriente. Thijs Maris es uno de los tres hermanos Maris, naturales de Liverpool, pintores de naturalezas muertas. Thijs es uno de los hombres más mimados de la casa por ser comercial y fungible. Procuro convencer a Ursula a posar para él, que en modo alguno se ha disgustado por la negativa. Por el contrario, declara que le resultamos simpáticos hasta el punto de que nos regalará un cuadro.

—Este —se adelanta Ursula señalando uno que pone debajo "adquirido".

—Imposible —digo yo protegiéndolo.

—¿Por qué?

—Se molestarían los señores de Goupil...

—¿Yo soy el dueño, verdad? Se lo regalo.

—¿Para quién?

—Para los dos.

Al aceptarlo, Ursula se ruborizó. Un cuadro compartido. Era como decirnos: "Para cuando ustedes se casen".

Consentí que llevara el cuadro a una guardería infantil donde a la sazón trabajaba cuidando expósitos. Pronto nos hicimos inseparables. ¡Cuántas cosas la conté! Mi niñez. Mi historia. Mis preocupaciones. Posibilidades del porvenir. "Ursula, este mes he ganado ciento veinte florines entre el sueldo y las propinas. Maris cree que me espera un gran porvenir en la casa. Ursula, como sé que no le gusta, he dejado de fumar en pipa". Descubrí uno a uno mis secretos ante aquella mujer que quería hacerla mía.

Llegó el día de su cumpleaños. La regalé una corona de hojas de encina para que no olvidase, entre las nieblas de Londres, los bosques de mi Brabante natal.

Por Navidades partí a mi casa unos días de permiso. La despedí en el muelle. Un apretón y nada más. Subí al "ferryboat". La contemplé desde la borda. El carguero desatracaba lentamente echando humo con gran estrépito. Quise hacerme oír de ella.

—Tenemos mucho que hablar.

—Mucho.

—¿Ya me entiende qué secreto me llevo sin decirla?

Afirmó con la cabeza. Agité los brazos en son de despedida. Me pareció que se llevaba una prenda a los ojos.

Parecía pueril jurar ahora que los diez días de mi ausencia de Londres pasaron angustiosos, primero por no verla, segundo por no haberme declarado en el último momento, o antes, mucho antes, cuando ella posaba en la oscuridad de su jardín junto a mí, o cuando los dos nos veíamos en las aguas del Támesis, o cuando bailábamos apretujándonos, sintiendo el contacto de pulso a pulso, de corazón a corazón. Reprochábame la excesiva timidez, la pérdida de tiempo que ahora supondría mi ausencia, porque, ¿qué significaban para mí en este mundo padres, hermanos o parientes? Mi familia de espíritu quedaba lejos, al otro lado del canal. Cuando llegué a Dieppe no pude seguir adelante. Permanecí unos días indeciso y, tras de inventar una disculpa a los míos, regresé. Durante aquellas vacaciones les escribí sobre

la chica, sus condiciones físicas y espirituales, las circunstancias de ser como yo hija de un pastor, y mis propósitos. En la contestación advertí contentos a mis padres al verme feliz.

A primeros de año llegué a Londres. Pese a que le había anunciado la hora de atraque, Ursula no salió a recibirme al muelle. ¡Bah, pensé, no llegaría el aviso! En la pensión me abrió su madre la puerta. ¿Y Ursula? No está...

No está. No está... ¡Qué contrariedad! ¿Dónde podría estar? Una hora después llega del brazo de Edwars. Me saludó muy efusiva.

—Quiero hablarte, Ursula.

Edwars se retiró.

—Yo, Ursula, quiero decirte que te amo...

Ursula lanzó una risotada brutal. Aún la oigo. Brutal. ¡Desgraciado Van Gogh! Ursula me confesó entonces, pisoteando mi ridículo, que ya estaba prometida a Edwars.

Sorpresa y desilusión a un tiempo. Y por más que yo quisiera afear sus prendas, no podía. Allí estaba frente a mí, desafiante, rutilante la figura, la boca abiera descubriendo su purísima dentadura. ¡Dios mío, qué hermosa se me aparecía cuando ya nada era posible! Escuché su risa muchas noches en mi vida.

Y aquí termina el primer pasaje de mi vida, una vida que se anunciaba más feliz.

Ignoro lo que Tú pensarás de Ursula. No sé cómo debí orientarme viéndome rechazado tan brutalmente. Una vez al menos llama el amor a los mortales y yo perdía en la tentativa, además de su amor, mi confianza en el porvenir. Empeñarse en el asedio sin posibilidades de éxito caería en el ridículo. No quedaba más recurso que resignarse y olvidar.

Mi pequeñez se achicó más ante aquel contratiempo. Tan fulminante cayó en mi maciza naturaleza que la hizo tambalear.

Un mazazo terrible en pleno rostro. Ursula debió prevenirlo y apartarse antes de dar causa a una declaración en regla. Y si al menos hubiera pedido disculpa... Por el contrario, aquella maldita risotada... Se volvió de espaldas para secar la humedad de sus ojos burlones.

Puedo atestiguar que iba con buena intención. ¿A qué se me cerró el paso? Si la felicidad existe aquí abajo, ¿no tenía yo derecho a esa felicidad? Tan ahincadamente buscada merecía recompensa. No pedía gollerías imposibles. Lo que otros, una mujer pobre, joven, una compañera en la vida. ¿Era demasiado? ¡Júzganos, Señor! Si hoy la viera por un agujero deshecha, avejentada, una sombra de lo que fué, aún me quedarían arrestos para... No, ya todo imposible, Edwars prometía un porvenir más brillante. Era un tipo atlético, universitario, con una carrera poco común y, por encima de todo, un hombre optimista. Mejor candidato que yo. ¿A qué dudarlo?

Yo me pregunté:

¿Quién soy? ¿Qué hago? ¿Qué objetivo busco? Poca cosa. Un desconocido. Llegado de lejos. Un extranjero. Un empleado de poca monta. Lo que hago puede hacerlo cualquiera. Sirvo a un amo que medra con el esfuerzo mismo que a mí me rebaja. Dinero, una situación confortable, eso no puedo ofrecer a Ursula. ¿Vivir? ¿Y esto es vivir?

Sentí vergüenza de mi pobreza de miras. Debía cambiar. ¿Y cómo? Para estudiar una carrera me faltaban arrestos. ¿Qué hacer?

Creo que estas ideas originaron un profundo cambio en mis aspiraciones.

Por de pronto, por un tiempo huí de las mujeres. Me sentía en inferioridad delante de ellas. En la tienda procuraba que otro las atendiera. Promesa: No hablar más de Ursula.

Comencé a vagar por las calles. Conocí a un tal Aersen que vendía libros de viejo a orillas del Támesis. Lo que no aprendí en los libros él me lo enseñó con su conducta intachable. A pesar de su humilde comercio quedábanle tiempo y dinero para atender a los pobres de los barrios bajos, en cuyo menester le ayudé en más de una ocasión. Entré en las iglesias. Dios me consolaba. Tú, Señor, llenarías mi soledad. Pronto pareció inútil la tentativa, o por falta de fe o por sobra de recuerdos. No había fuerza humana o motor divino que llenaran aquella ausencia que con

el tiempo crecía devorando sus propios límites. ¡Sentenciado! El espejo no mentía. Condenado a la vista de las gentes. ¡Ah, la humillación más desoladora que un montón de cenizas! ¡Qué despertar aquel tan hosco, tan triste, coger con el reloj y la cartera la insondable congoja de la víspera! Arrastrarse al comercio, pegada la desazón a los pies que frena las ganas de avanzar.

Me sentía fatigado de continuo. Una indecible melancolía se apoderaba de mi espíritu impidiéndome cumplir las obligaciones con el ritual de costumbre. Aproveché la primera oportunidad para buscar refugio en casa, entre los míos. Al llegar al puerto de Calais pensé qué diferentes surgían los diques del muelle, la gigantesca torre del faro, qué color más triste el del mar. El mes anterior, mi pasión daba armonía a las cosas. Este mes, mi decepción borraba los paisajes.

El tren que me condujo a casa tardó más que nunca en llegar. Sufrió un retraso por pérdida de una máquina y mostré en alta voz mi descontento al viajero vecino. Este comentó mi crítica con otros y formamos un coro de lamentaciones que, si nos entretuvo, debo declarar que a la postre me dejó insatisfecho.

Nos dimos a conocer como sucede en los viajes largos, donde caben las historias más detalladas, como si procuráramos establecer nuestra posición fija en medio del vaivén del carromato. Cuánto deambular sin destino —decía mi vecino—, añadiendo, que por causas fútiles se emprenden los viajes, que hay un ser inquieto en nosotros que los inventa y personas que no pueden vegetar largo tiempo en el mismo sitio. ¿Por qué? ¿Les persigue un recuerdo como a mí? Ellos por su parte buscan lo que no encuentran jamás y tornan finalmente a sus casas, rotos, hartos de paisaje y de ruidos... cargados de polvo hasta las arrugas. Pero no sólo este viajero se mueve. Los otros hacen profesión de viajar, estudiantes, doctores, comisionistas, sacerdotes... Sí, creo que yo era el único que no iba a ninguna parte.

¡Con qué ímpetu abracé a mis padres! Lloré, creo que lloré. Me preguntaron por ella. ¡Los pobres! Nada sabían. Imaginaban ver llegar a un hombre feliz, pleno de promesas. El que llegaba parecía un cadáver, con unos ojos moviéndose dentro de sus órbitas como los ojos de un ídolo. Tuve que confesar mi fracaso.

Durante la semana que permanecí a su lado apenas si hablamos dos veces. Oí con indiferencia sus consuelos. Llegué a la convicción de que debía alzar un muro que me apartara de los demás. Me encerré en mi cuarto. Por las noches —que nadie me

viera— vagué al acaso por los alrededores como un espectro ahuyentadizo. Ni siquiera cumplí con la mínima cortesía de visitar a los parientes.

—Si Dios permite, hijo mío, esta contrariedad —mi padre— El sabrá por qué. Es justo. No te convendría.

¡Yo, que se la disputaría con los puños al mismísimo Dios! ¡Perdóname! Fluye esta confesión ahora que todo aquello se me aparece como una sombra de la nada.

Madre Ana trajo a mi prima de la ciudad a pasar unas vacaciones al campo. La muchachita rubia, de ojos azules, alta, muy alta, con complejo de altura, sentábase al desgaire y sin recato en el primer lugar que encontraba, sobre la mesa o la cómoda, o a los pies de una cama o en el suelo de mi alcoba, como en un peñasco sobre el vacío, desafiando la castidad explosiva de mis pocos años. ¡Chiquilla inquieta! ¡Y lo hacía con tal desenvoltura que no parecía hija del duro pastor Stricker, mi tío!

La vi sin interés. Creo que mi madre procuraba por todos los medios divertirme. Inútil.

—¿Y qué hay en mí que rechace? ¿Por qué se ha burlado? ¿No puedo ofrecer amor como los demás?

La primita callaba. Algo debía asustarla en mi modo de ser que se volvía de espaldas ante mis amenazas.

Por entonces no me fijé en la prima Kee. ¿Quién iba a decir que poco después...? Pero esto ya es otra historia. Quisiera recordar ahora sus consuelos como bálsamo en mis heridas recién abiertas: "Que si apenas conocía yo como ella a las inglesas, que entre tantas mujeres en el mundo, las inglesas, las más feas y hombrunas". Mi prima decía cosas muy interesantes. No tardaría, repito, en verla con otros ojos, pero, como por lo general nos ocurre, pasada la estación de destino.

Padre predicaba en la capilla de Aechist ante una concurrencia numerosa. Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los mansos... Todos menos yo. Me sentaba en el último banco. De mi penumbra le veía agitar los brazos como aspas de molino. ¡Qué concentrada letanía de alabanzas! ¡Qué emoción la de sus feligreses! De vez en cuando, lágrimas que ignoro de qué rincón pudieran brotarle, ya que en casa jamás le vimos emocionado ante las mayores contrariedades. Mi madre y él comentaron por vez primera sus temores con respecto a mi

salud mental. Decidieron que Ana, la hermana mayor, me acompañara bajo el pretexto de conocer Londres.

Topé Londres por tercera vez menos ilusionado que nunca. Nadie me esperaba en el puerto. Buscamos pensión lo más distante posible de la casa donde vivía Ursula. Los primeros días paseamos por la ciudad, cariacontecidos lugareños, viendo los monumentos artísticos. Cuando pude aprovechar la ocasión conduje a Ana a las puertas de Ursula, donde no me atreví a llamar. Si al menos me atisbara por un visillo, si me viera del brazo de otra, si se sintiera celosa... Quizás pudieran volverse así las cosas por su cauce.

En una de estas excursiones por el Támesis, Ana entabló palique con un vecino, un muchachote de espléndida musculatura que se mantenía en equilibrio sobre la popa de la embarcación. Ana le ofreció su asiento y en un mal vaivén de la barca cayó al agua. Grita de mujeres. Nerviosismo de los demás. Al aparecer agitaba el brazo a guisa de triunfador. Le recogimos calado hasta los huesos. De resultas de esta aventura hiciéronse muy amigos. Ana me quitó algunas prendas de vestir para dárselas a él. No fué la mejor solución. Los dos tiritamos de frío.

Durante unos días veo a mi hermana feliz, disfrutando de una ilusión, no por corta menos intensamente vivida. Aprovecho sus ausencias para dar paseos bajo el balcón de Ursula. La escribo cartas sin contestación. Acecho su puerta con paciencia mora. Durante la fiesta de su onomástica la envío flores como en otros tiempos.

Mis jefes comienzan a mostrar su descontento. La voz de alarma sale por boca de un subalterno que me interpela:

—¿Qué le sucede, Vicente?

—¡Qué importa a nadie!

—No es usted el mismo. Algo muy grave debe sucederle. Me importa como compañero y colaborador. De un tiempo a esta parte trata usted con displicencia a los compradores. A ellos nos debemos. Recapacite. Estas gentes desconocen su vida íntima.

La clientela se queja. Me destinan a un sector de menos trato. La oscuridad de este angosto interior me consume. Daría gritos.

Al llegar una mañana a la tienda posa sobre la mesa de la Dirección una carta del tío Cien dirigida a mis jefes.

Distinguidos amigos: sean indulgentes con mi sobrino Vicente... Ese triste empleado ha sufrido un lamentable fracaso sentimental. Es joven. Se le pasará... etc... etc... Yo les propongo en este caso...

Noto, en efecto, indulgencia compasiva de los que me rodean. El director de la Galería me mira incluso como un héroe de novela. Los otros salen al paso de mis torpezas ante la clientela, disculpan mis cambios bruscos de humor que en situación normal llegarían al desafío...

"Yo les propongo en tal caso"... Parece que estoy viendo al tío Cien, menudo y miope, expresarse con su timbrada voz de canto gregoriano:

—Nada más fácil que enviarle a París. Esa bendita ciudad del placer resucita a los muertos. Volverá a ser el empleado modelo de otros tiempos.

París en 1875 es una ciudad de medio millón de habitantes. Su configuración; su Historia; la Política del momento; su Vida pasional; los Crímenes; la Literatura; las Bellas Artes. Todos estos temas debían interesarme. Los pasé por alto sin conseguir ambientarme, ya que parecía un sonámbulo por aquellos días. Se habla de... Se habla también de... ¡Qué me importa! En un estudio fotográfico se presenta la primera exposición de un grupo innovador. Pintores estrafalarios que causan sensación a unos pocos y críticas adversas de los demás. Monet, Cezanne, Renoir, Degas. Desconocidos. Ilusos. Luis Leroy, crítico de arte, les insulta en la prensa llamándoles impresionistas.

Me hospedo en una pensión de la calle Frochot, a seiscientos metros de la de Chaptal, sede principal de la Galería de Arte Goupil donde trabajo. Goupil no existe ya como mercader de cuadros. Sus dos yernos, Boussod y Valandon, llevan conjuntamente el negocio y además poseen una exposición en Montmatre. Son en 1875 dos hombres jóvenes, de escasa afición pictórica y enorme ambición. Gozan de una clientela de millonarios que

cultivan intensamente en sus relaciones más íntimas. Venden para ellos cromos, bocetos, escenas campestres, retratos de trazos amables, naturalezas muertas, bodegones, idílicos paisajes y figurines empalagosos. Lo romántico quejumbroso alcanza ventas envidiables, apoyando de este modo a corrientes pasadas de moda. Por bajo cuerda venden también obscenidades. De esto se encargan los personajillos que figuran como corredores de la casa y salen con su mercancía por los barrios bajos en busca de compradores.

Escribo a mi casa y al tío Cien agradeciéndole sus desvelos y un buen día recibo de su parte una carta y un cheque de doscientos francos. Apunta un posible comprador de los cuadros de mi exposición, cuyo trato debo cultivar para el futuro. Como recibo comisión de venta en estos casos, anoto las señas cuidadosamente y me presento en su casa. Vive en una espléndida mansión del barrio de Pompe. Nos hacemos amigos. Me lleva por cabarets y me presenta a una artista de casino que nos acompaña en una excursión noctámbula, una vez terminadas sus obligaciones del día. Bailamos. Bebemos. La presunta artista se arrima demasiado a mi enfermiza naturaleza.

El primer beso: ¡Qué asco! Labios cárdenos, piel endurecida. ¡Qué corrupción encierra todo aquello! Indigna pensar que el tío Cien haya podido tramar desde lejos esta aventura de baja estofa.

Susana, sin embargo, atrajo mis sentidos desde el primer contacto. Despertó mi animal dormido, y, con la timidez del inexperto, en actitud pasiva procuré conquistarla.

El negocio erótico avanzó en poco tiempo más de lo imaginable y una noche me llevó a su casa. Para llegar a su habitación era forzoso atravesar la alcoba donde dormía una niña.

—¿Quién es?

—Mi hija.

Comenzó a desvestirse delante de un espejo, frente a la cabecera de su cama matrimonial. No pude seguir adelante. Sentí pena de la niña que yo creía ofender de un modo tan lastimoso. Me creía en aquel instante el mayor de los pecadores.

—Susana, ¿cómo es posible que tú?... ¿Es que lo necesitas? ¿Cuánto? Dime cuánto debo darte y déjame huir de aquí.

Susana se volvió de espaldas dejándose caer en la cama muy compungida. Luego, con voz ronca:

—¡Vete!

Días después la vi en la calle al azar. Me aseguró que aquella noche se quedó con ganas de darme un bofetón. Y al despedirse:

—Holandés, ¿tú crees que una mujer sólo se vende por dinero?

No más. Que no piense tío Cien que esto es buen sistema para que yo olvide a la otra.

Estoy solo. Más solo que nunca. Me niego a seguir la macabra aventura. Apretujándola en el baile con dos copas de más palpé su esqueleto y me vi al borde del precipicio. ¡Dios mío, qué miserias debe soportar la pobre!

Si ciertamente preciso un amor, no es de esta clase de amor comprado. Con mujeres así yo sería el comprado en realidad. Contra la tentación de la carne levantábase purísima mi oración. Penetro en los templos en busca de reposo. Pido solución a mis problemas, respuesta a mis tristes silencios, carne a mi vacíos interiores.

En Navidad vuelvo a Londres. Llamo a la casa de Ursula. Ursula se niega a recibirme.

¿Por qué?

Golpeo febril. Su madre la declara ausente. ¿Se ha casado ya?

No alcanzo respuesta. Fuera de aquella casa, el vacío. Londres durante estos días se repliega en la intimidad. De los hogares sale la luz por los visillos. Se oyen villancicos, oraciones... Fuera, la nieve, el frío...

Solitario vago a orillas del Támesis sin una puerta amiga adonde llamar. De dentro llegan los cánticos navideños que voces infantiles enternecen más.

París. París definitivamente. Cuando vuelva aquella pobrecita yo también la cerraré mi puerta.

Alquilé por entonces en Montmatre una habitación que daba sobre un jardín invadido por hiedra y viña virgen.

Ahí paso encerrado las veladas de asueto. Decoro la cámara con estampas religiosas, escenas de la Biblia. Harry Glawell, compañero en la Galería, me visita. Leemos versículos de David... "Bienaventurado el varón que no anda en consejo de impíos, ni camina por las sendas de los pecadores, ni se sienta en compañía de malvados... Será como árbol plantado a la vera del arroyo que

a su tiempo dará sus frutos, cuyas hojas no se marchitarán... Lloverán sobre los impíos carbones encendidos... Justo es Dios y ama lo justo y los rectos verán su benigna faz". Harry los lee con entonación solemne, dando música de órgano a sus palabras. Harry tiene dieciocho años. Es hijo de un mercader de cuadros inglés. Como primera vez que deja su casa, adelgaza en París alarmantemente. Come excesivo pan, completando su alimentación con frutas. Delgado como una astilla, posee dos filas de dientes sólidos, grandes labios rojos, ojos chispeantes y orejonas tan separadas de la cabeza que me reí de él cuando le conocí. Un corazón ingenuo y puro. Cierto que los simples saben cosas que los inteligentes ignoran. Nosotros, por ejemplo, la importancia de la oración. La Biblia es un arma de combate; nos da las alas que nos separan del mundo. Mi padre las alcanzó por la plegaria y los frutos de la plegaria —la paciencia y la fe— y por la Biblia, que fué una luz en su camino y una lámpara ante sus pies.

¡Qué bella la oración sagrada del predicador y cómo movía nuestros ánimos en sentido operante! Olvidad —decía— lo que está detrás de vosotros. Tened más esperanza que recuerdos. No se ha perdido lo serio y bendito de vuestra vida pasada. Lo volveréis a encontrar, pero adelante. Todas las cosas se han vuelto nuevas en Jesucristo. Padre también me dijo un día: "No olvides la historia de Icaro, que quiso volar al sol, pero perdió sus alas cuando llegó a cierta altura".

Miramos a las alturas como desde una vidriera de catedral. El rojo y el azul daban tonalidades de esperanza a nuestro espíritu. Allá abajo se revolvían los hombres con sus pequeños problemas, sus pasos que conducían indefectiblemente al mismo agujero.

Nos parecía que ambos vivíamos en otro mundo ungido, santificado, con olor a incienso. Nos prometimos ayudar al prójimo en lo venidero. Obrar un apostolado de ejemplo con los demás empleados. A hurtadillas, Señor, hicimos Auto de Fe con más de un dibujo pornográfico. Si lo supieran los dueños...

Para ir a nuestra casa debemos pasar por zonas peligrosas. Atravesamos con los ojos bajos por entre los cabarets con sus luces y coloridos invitándonos a entrar. Nocturnos pájaros de pecado y muerte nos invitan al mal. ¿Con qué ojos los veré yo que se me representan demonios desdentados, gentes que llevan espantables caretas?

Un día fuí en busca de la "estrella". La encontré en su camerino maquillándose:

—Yo te querría si tuvieras fe...

Me miró sorprendida.

—Todas las cosas prueban el bien de aquellos que aman a Dios.

Esto lo había escuchado el domingo último en el sermón anglicano del reverendo Bernier.

La mujer lo oyó sorprendida, redondeando sus ojos y su boca en una expresión inaudita de sorpresa.

—Tú debes cambiar. Debes acercarte a Dios. El ve nuestros actos, penetra nuestras intenciones. Deja tu mala vida...

—¿Y qué he de hacer?

—Rezar, apoyarte en Dios.

No me comprende... Me cuenta su desgracia. Todas estas mujeres llevan a cuestas una tragedia. No pregunté de quién era su hija de pecado. Ni me interesaba. No quise conocer a los hombres que anteriormente la sedujeron. Los perdonaba y basta.

Sí, que se vendría a vivir a mi casa. Pero, ¿yo qué hago? ¿Con qué cuento? ¿Cuánto gano? ¿Me casaría con ella?

Salgo de aquella casa perplejo. No me comprenden. En mi deseo de hacer el bien me he extralimitado.

—¿Me casaría con ella?

Sigo pensando en Ursula, aunque ya más vaga, más imprecisamente. Sus contornos se pierden y se agranda a mi alrededor la figura sin límites de Dios.

Por entonces recibí una carta de Teo recordándome con cariño. Me da la impresión de que mi hermano se aleja de la verdad y le contesto:

"Bien sé que has llegado a la edad de la razón. Guárdate, no obstante, de creer que todo está bien, trata de probar por tu cuenta la diferencia que hay entre lo relativamente bueno o malo, y deja que este sentimiento te indique el camino recto, bajo la conducta de lo Alto. Todos necesitamos que Dios nos guíe."

Mis pasos conducen al cementerio de Montmatre. Voy indistintamente a la iglesia católica o al templo anglicano. Entono

los cánticos tiernos de la juventud creyente. Aprendo un buen número de salmos de David. Proscribo de mis lecturas a Renan, Michelet y Zola. Leo en cambio Heine, Longfellow, Hugo y, en especial, libros de combate, la Biblia y las escenas de Vida Clerical de Jorge Eliot. Reduzco los pintores. Conservo preferencia por Maris, ya que le conocí. No toleraría la menor alusión contra su nombre. No pasan mis predilectos de media docena de nombres, donde ganan paulatinamente terreno los Corot, Millet, Ruysdael y Rembrandt. ¡Lástima que la vida de este último no fuera muy edificante!

"Todas las cosas demostrarán el bien de los que aman a Dios." El reverendo Bernier nos recibe en la sacristía de su pequeño templo de Clichy y explica detenidamente el significado de sus palabras. Dios se hace sustancia de nuestra vida si le admitimos en nuestra colaboración.

El puede llenar los vacíos de nuestra alma. La naturaleza pierde sus contornos en el horizonte. Allá está Dios. El sentido y hasta un sentido muy fino de las bellezas naturales no es cosa igual al sentimiento religioso, aunque exista cierta relación. La naturaleza se me presentaba límpida; Dios, por el contrario, borroso. Aquélla actuaba frente a mí, Dios escondido dentro de mí. Para alcanzarles pide un acto de voluntad suprema. Alcanzado este grado, la renuncia a los bienes de acá abajo resulta muy fácil. Ascendemos a las alturas con la volatibilidad de ángel, despojándonos de líneas y colores que, en definitiva, son los bienes de la tierra.

No trato, Señor y Dios, de ganarte con el recuerdo de una época que hoy quisiera abarcase toda mi vida. Hasta aquí he penetrado en tu santuario resentido de un fiasco temporal, rechazado por criaturas finitas. Si luego te abandono, será por culpa de tus ministros, por la ingratitud de los que por saber más que yo debían guiarme. Pero esto ya es otra cuestión...

Mis deseos de entonces quedan insertos en las cartas a mi hermano, en unos cuadernos que seguramente quedarán ahí, en el cajón de esa mesilla, cerrados, notas que me han seguido a todas partes.

"Me sacrificaré, viviré para los demás", éste fué mi lema. Convertir el amor en caridad es hacer anonimato de lo concreto, ignorar a quién se favorece, haciéndolo únicamente por el bien, sin estímulo de recompensa. No hay cosa más hermosa que

la luz. Y la luz falta en la naturaleza. Dios es la Luz. A esa luz convergemos en redondo, como el insecto a la antorcha. La caridad es un amor vuelto a la categoría de heroicidad. Busca, hermano, la luz y la libertad y no te hundas tan profundamente en el fango de este mundo. Si pudiera traspasar las sombras y hablarte todavía... Si penetraras la distancia inmensa que nos separa... Físicamente estamos juntos. Pero, ¡qué lejos, qué separados, qué dos mundos heterogéneos! Penetro en tu ánimo condoliéndome sinceramente con la desilusión que muestras. Tú te sacrificaste por mí. Querías convertirme en el mejor pintor del siglo, y ya lo ves... Vanidad de vanidades... En tu postrer esfuerzo por perpetuar mi memoria llenas esta habitación de mis cuadros, los colocas piadosamente por las paredes. Sí, ese cuadro está bien... todo cobra corporeidad a tus ojos. Hermano mío, no es eso... Búscate a ti mismo. Yo he terminado. A ti quizás te queden aún cien años de vida. ¿Cien años de vida? ¡Sólo Dios lo sabe! ¡Prepárate! Piensa en tu propia salvación. Repasa el epistolario que nos cruzamos. En mis cartas verás más de una indicación sensata. Aprende únicamente lo bueno y déjame dormir en paz.

¡Dormir en paz! En aquella época aún no había perdido la fe. Por el contrario, mi exaltación mística, rayana en locura para los extraños, me brindaba un arma poderosa para vencer a la adversidad.

Con qué evangélica sumisión acepto las pequeñas contrariedades de mi cargo. Se me representan falsos los maestros de la moda pictórica. Su mundo, un mundo de salón, de aire viciado, de redondas desnudeces espirituales. No es así la realidad, sino sórdida. Salir de aquella exposición elegante y caer en el mundo a revivir escenas propias de la revolución con todas sus miserias y sus bajos fondos.

Una noche, saliendo con un amigo de una gran cena en la que se agitaron cuestiones artísticas, topamos con Delacroix, a quien pusimos por juez de nuestra disputa. A estos conceptos él oponía que el arte no debe ser una realidad sino una apariencia. No la fealdad, aunque verídica, a la que yo tendía, que hay cosas que por feas deben excluirse de la estética. Y hasta cuando se emplean motivos feos deben parecer hermosos, que la apariencia es el todo. Así defendía románticas posturas en pugna con mis gustos, pidiendo que lo falso simule verdad, lo relativo absoluto y la parte el todo —así como en pintura la importancia a un tono se la dan los tonos que le rodean—. Delacroix vino a

indicarnos que, en efecto, con un color sucio, un gris de adoquín, podíase pintar un cielo crepuscular o una mujer rubia. Esta opinión paralizó el pulso a mis ideas, disipando mis nebulosas de antaño.

Debo confesar que esta sinceridad con el cliente, en lugar de atraerme simpatías, me señalaba como el mejor vendedor de la firma. En una ocasión, una vetusta dama vino a comprar una tela de Julio Lefebre, un pintor mediocre. Procuré disuadirla.

—¡Qué sabes tú, rústico holandés!

La dama compró el cuadro, pese a mi opinión, por doble precio del marcado en factura.

No pude más. Me enfrenté a los dueños:

—El comercio de arte no es más que una forma de robo organizada.

Sobraría añadir la enemistad que desde aquella triste escena me mostrarían los dueños.

Total, que ellos y yo nos sentimos igualmente descontentos y procuramos tratarnos lo menos posible. Al llegar Navidad pedí permiso para ir a mi casa.

—¡Imposible! Este año se venderá más que nunca. Es la mejor época. Imposible, señor Van Gogh.

Desobedeciéndoles, tomé el camino de casa. Padre nuevamente había cambiado de destino. Ahora ejercía su ministerio en Etten, a pocos kilómetros de Breda.

A primeros de enero volví a París. Los dueños me acogen fríamente.

—¿Creen ustedes que debo seguir en su casa después de lo que ha pasado?

—Creemos que no.

Un nuevo fallo en mi vida. Se me arrojará a la calle sin más, con una nota infamante para el tío Cien, que me recomendó. Me sentía decepcionado. ¿Qué me sucedería en adelante? ¿Daría tumbos sin cesar? ¿Y a quién recurrir ahora? Con toda seguridad, el tío Cien, mi protector, se desentendería de mí.

Hasta el mes de abril de mi despedida atravesé unos meses muy molestos en cuanto me cruzaba con los dueños. Pasaban de

largo, desconociéndome. Yo bajaba la vista acobardado. Si al menos me hubiese despedido voluntariamente... Noté a las claras que los compañeros me hacían el vacío. Los dueños se dirigían a ellos en temas propios del negocio sin contar con mi presencia, sin dirigirse a mí. ¡Cuánta humillación!

Este rudo golpe quebrantó mis ánimos. La inestabilidad de mi existencia, la pérdida de tiempo leal empleado al servicio de la ingratitud se agrandaba a mis ojos. ¿Cómo es posible que a un hombre pueda dejársele sin trabajo, así, sin más, por una discusión, por una desobediencia intrascendente? Mi moral se resentía. Harry me vió en aquel trance con cariño de hermano.

—No todo se acaba en este comercio. París es grande, muchacho.

—Me iré de París.

—¿Y adónde?

—¿Lo sé yo acaso?

Lo vergonzoso sería quedar. Los compañeros me desprecian. La patrona apremiará sus cuentas. Y los de fuera, ¿qué saben ésos de la verdad de mi despido? ¡Qué fantásticas historias tejerán! Estos señores no me dan un aval que ponga libre de cargos mi honorabilidad. "Fulano se despide por irse de permiso sin permiso". Eso es todo. Ni he robado, ni he querido engañar a nadie. Siempre el dueño lleva la razón en estos casos.

Busco trabajo en otra parte. Mis ideas en cuestión de arte comienzan a desentonar. Si hasta me atrevo a reconocer méritos en Manet y compañía. Nadie me admite. Los puestos están ocupados. La gente joven trae muchas complicaciones. Vuelvo sombríamente a la pensión, donde empiezo a vivir de las rentas, de los ahorros hechos a costa de muchos sacrificios.

A pesar de los buenos oficios de Harry, el primero de abril dejo París y al día siguiente llego a casa. Mis padres acusaron el disgusto que les proporcionaba mi partida. "Mi hijo es honorable. Mi hijo es bueno. Pero, ¿por qué le habrán despedido?" Por más que trataran de engañarse a sí y a los demás, una interrogante flotaba en el ambiente.

¡Vergüenza! Enrojecía de vergüenza a la menor alusión a París, a los cuadros, a mi oficio, a mi pasado. A medida que pasaba el tiempo acrecía en mi conciencia un sentimiento de culpabilidad.

Doy a mis padres el dinero que traigo ahorrado con el ruego de que ayuden a mi hermano Teo a venir a pasar unos días en nuestra compañía. Le voy a recibir a la estación. ¡Cómo ha crecido! Hacía tiempo que no le veía y le encuentro distinto a la última vez que le vi, tres años antes. Teo da consejos. Debía molestarme que aquel jovenzuelo de dieciocho años me hable doctoralmente. Su intención le absuelve. Por el honor de la familia se propone a sí mismo para sustituirme en la tienda de cuadros de París. ¿Me culparía también? Yo no olvidaba sus buenos servicios de antes. Le quería con un afecto más íntimo que a los demás, incluída mi madre. Inconscientemente algo me indicaba que en el futuro me serviría con generosidad. Hasta entonces sólo buenos consejos había recibido de Vicente, y alguna vez, muy pocas, cierta ayuda económica para completar sus meses de peregrinaje. Creía incluso significar una meta en su vida, un hermano digno de imitar. Al verme caído podía sentirse defraudado, achacarme culpabilidad. Si lo pensó, lo guardó para sí, nada me dijo. Cierto que era un muchacho reservadísimo. Se le sacaban con arpón las palabras del cuerpo. Y en esta ocasión concretamente se mostró locuaz. Vió algunos dibujos míos que le entusiasmaron:

—¿Por qué no te consagras a la pintura, Vicente?

¡Qué ridiculez! Me creo viejo a los veintitrés años para dar los primeros pasos en tan difícil arte. Además debo sacar la espina de mi fracaso. Precisamente —le respondo— ya he contestado a varias ofertas de trabajo que me llegan de los periódicos ingleses. Tanto Teo como mi padre opinan que debo poner cuanta más agua por medio con Inglaterra, donde tan mal me han tratado y la proximidad de Ursula abriría recientes heridas. Teo insiste en que me consagre a la pintura.

—Yo trabajaré para ti. Yo me sacrificaré por tu arte.

Gracias, gracias, hermano mío.

Padre, por su parte, recurre una vez más al tío, que responde con una carta agria quejándose de ingratitudes. Tío Cien vaticina que no sacaré provecho en parte alguna. Padre apunta la posibilidad de que vaque la plaza de conservador del museo de Breda. Ya me veo empolvado en antiguallas, archivado en un rincón, apolillado en un arte viejo... No...

El tiempo corre y no veo solución. Comienza a disminuirme este vivir a cuenta de la familia. Aunque nadie me lo reproche, creo que estoy de más. El viejo pastor apenas gana para mantener a su mujer e hijas. Yo mismo en París ganaba el doble. Aunque nunca pidiera un penique, le enviaba durante mi estancia en París algunas cantidades periódicas. Eso mismo hace ahora Teo. Yo, nada... Gastar y gastar y, en definitiva, servir de estorbo.

Al fin llega una solución. El pastor Stokes de Inglaterra me acepta como preceptor de un pensionado de Ramsgate. Me despido alborozado de los míos.

—¡Cuídate!

Las últimas palabras de madre Ana cuando la abrazo. Durante la travesía, la peor que recuerdo —el viejo capitán que nos conduce afirma no haber visto una tormenta igual en los cuarenta años que cruza el canal—, el consejo de madre Ana se convierte en advertencia fatídica.

El 17 de abril tomé el tren para Londres. Contemplé los campos negros, las praderas verdes, multitud de ovejas y corderos bajo el claroscuro matinal. A uno y otro lado de la vía algunos robles enlazados a sombrías ramas, a troncos cubiertos de musgo gris. Y por encima de todo esto, un cielo crepuscular, donde aún brillaban algunas estrellas; por el horizonte un banco de nubes grisáceo. Antes de que apareciera el sol oí el canto de la alondra. Y luego, muy cerca de la última estación antes de Londres, se levantó el sol, tan simple, tan grande, un verdadero sol "pascual". La hierba brillaba bajo la aurora y la helada nocturna...

Llegado a Londres perdí dos horas aguardando el tren para Ramsgate. Duraba este trayecto cuatro horas y media. No carecía de atractivos. Se cruzaba un país apezonado, lleno de obstáculos. Cubría la hierba magra el pie de las colinas y erguíanse en las cumbres frondosos robledales. El paisaje semejaba

al de nuestras dunas. Entre las colinas, aquí y allá, acurrucábanse aldeas con su iglesia tapizada de hiedra, como la mayoría de las casas. Desbordaban de flores los vergeles y el cielo aparecía azul claro con algunas nubes grises o blancas...

Cuando llegué a mi destino, el reverendo Stokes salió a recibirme a la estación. Cambiamos las primeras impresiones. Ignoro qué idea sacara de mí en este primer encuentro, pero yo quedé tristemente sorprendido. El pensionado me pareció sucio y maloliente. Me llevaron a un cuartucho sin ventilación, que muy pronto procuré adornar con mis litografías. Me llamó muchísimo la atención que la ventana de la escuela, no muy grande por cierto, diera sobre el mar. Junto al litoral la mayoría de las casas eran de piedra amarilla y todas poseían un jardín ornado de cedros y árboles de hojas de un verde sombrío perpetuo. Más que el viaje me pesaba el futuro que me prometía el ambiente que paladeaba por primera vez. A los tres días ya ejercía mis funciones de preceptor. Hasta dos docenas de niños pasaron a mis clases. Enseñábales rudimentos de francés. A uno solo inicié en la lengua alemana. Por lo demás, un poco de todo, en especial cálculo y dictados. El reverendo se me representaba al licenciado Cabra con sus defectos, sus imperfecciones físicas. Aquella nariz larga y afilada. Un tipo mocho y mocarro, de aspecto lunar. Individuo largo y flaco y nada malo, siempre vestido de negro, que colgaba, por decirlo así, de sus hábitos. Volvíase de noche fantasmal, mostrando en su rostro arrugas profundas y el color de su tez, como el de una vieja estatua de madera. Este espantajo había encontrado una mujer dulce, tranquila y abrumada como él por las preocupaciones de una numerosa familia.

¡Qué tristeza me causaba verlo! Sus propios hijos sufrían las marcas de la indigencia. Padecían como los demás. Como aquellas dos docenas de niños, de diez a quince años, sepultos con todas las fuerzas crecientes de su niñez, entre aquellas descoloridas paredes del pensionado.

Y pese a este aspecto grotesco de la tacañería, volvíase el reverendo repulsivo cuando públicamente alababa la virtud, la abstinencia concretamente, con funámbulo fulgor en sus ojos. Perseguía la mirada furtiva al exterior, como el leve cuchicheo en la fila, o la falta de puntualidad. Nimias transgresiones le daban pie a levantar pirámides vejatorias... El detalle, he ahí lo importante. Me produjo efecto de cosa hueca. Evoqué al Euclion de Plauto atenazando su olla de oro mientras perdía a su hija única. "Si le pides prestada su hambre no te la dará, que un día

le había cortado las uñas el barbero y recogió todos los recortes y se los llevó".

Con esta educación no se formaban caracteres si no caricaturas. Los niños se juntaban para burlar su vigilancia, felicitándose unos a otros de los mayores latrocinios, y el reverendo, por su parte, premiaba la delación. El de menos apetito, de aspecto más enteco, y en consecuencia más parado, pasaba por ser el más bueno.

Me identifiqué con ellos. Nada más corrosivo que ver sufrir a un niño. Y yo lo he visto sufrir, llorar, sorberse las lágrimas, patalear, maldecir. Vestían uniformes negros. Esos ojos sombríos me impresionaron tan profundamente que jamás luego en mi vida de pintor imaginé felicidad en ellos. ¡Mis niños! ¿Quién no se ha fijado en la expresión de mis niños? La "Musmé" cansada ya de vivir apenas salida de la niñez, aquella laxitud, sus brazos caídos, sus dedos que semejan picos de aves desconocidas... Pero sobre todo, esos ojos desilusionados... esos ojos expresan ya una doncellez perdida. Ese bebé, Marcel Roulín, que pinté en noviembre de 1888, saliéndosele los ojos de las órbitas, ojos que no son de niño... como si pesara sobre ellos la tristeza infinita del pasado, la desilusión acumulada de sus fuentes ancestrales. Por seguir con los niños recuerdo el retrato tocado con una boina que hice a Camilo Roulín. Se ve que posa por la postura forzada de su boca ocultando quizás un interior desdentado, pero a la vez sus ojos aparecen ausentes en una lejanía interior, en una retrospectiva doliente. Camilo inclina a tierra su pensativa testa. Sus ojos lloran o han llorado... aún brillan en el fulgor de sus lágrimas. Del mismo modo me impresiona mi tela "El escolar". Al niño se le ve con blusa, tocado con una visera oscura. Reposa. Está cansado. Abre la boca y sus ojos y boca hablarían de un pasado angustioso. ¿Enfermedad? ¿Malos tratos? Su mano es monstruosa. Sí, aquel niño estaba agotado. Por eso, en mi "Canción de Cuna" no he pintado más que a la madre en monocromía verde y apenas si se ve el comienzo del carrito del bebé...

¡Cuántas noches se acostaron aquellos niños sin cenar! ¡Y todo por causas fútiles! Por hacer demasiado ruido. Cuando esto sucede, el reverendo les priva del pedazo de pan y té que constituye su cena. ¡Con qué tristeza se asoman entonces a las ventanas, pegan la nariz vaharosa en ellas y anhelan la libertad! Y fuera llueve. En este país llueve sin cesar. Los domingos visten igual. Harapo sobre harapo. Cargan con una herencia de

hambres. Naturalezas que apuntan escrofulosis infantiles, comienzos de taras para el futuro. ¿Cómo iba yo a exigir que estudien gentes tan mal nutridas? Procuro por todos los medios hacerles grata la condena, les narro historietas de niños, antiguas leyendas de mi país, cuentos de Andersen, les muestro el mar desde la ventana, enseñándoles a sentir el paisaje. Obtuve incluso permiso para guiarles en el paseo durante días señalados. Me dió la impresión de que les dañaba la luz, de que se había desatado en su interior un espíritu morboso. Cierta tarde el viento soplaba tan violento que el señor Stokes no quiso dejar salir a los muchachos. Sólo para seis niños y para mí alcancé permiso para dar un pequeño paseo. Fuimos a la playa. El mar aparecía irritado y resultaba muy difícil andar contra el viento. Vimos la canoa de salvamento remolcada por un vapor, volviendo de una expedición hacia un navío embarrancado en la arena. Ninguna novedad. Ninguna catástrofe. Se elevó al unísono una exclamación de desencanto de aquellos seis niños. Faltábales la tragedia que diera emoción a su paseo.

Durante este tiempo no hice más que una escapada a Londres, a mediados de mayo. En el trayecto debía pasar por Canterbury. Paré a ver la catedral. Me pareció magnífica.

Por un punto vino a mi memoria el recuerdo de Ursula. ¿Estarían casados ya? Quizás se desposara en aquella misma catedral... Ignoro cómo resonó su nombre bajo aquellas bóvedas. sentía deseos de gritarlo.

Aquella noche dormí al aire libre, al borde de un estanque. Oí durante varias horas el murmullo del agua. Al despertar paseé hipnótica la mirada en aquel fondo cubierto de algas y musgos. Mis ideas se desbordaron. ¿Qué sucedería —pensé— si me arrojo al agua y perezco ahogado? Mañana la prensa hablará de mí. Ursula se enterará del accidente.

¿Reirá otra vez?

A principios de junio el reverendo trasladó el pensionado a Londres, a orillas del Támesis. Los modestos tenderos, padres de las criaturas, se vieron presionados a pagar sus deudas para que él mismo, a su vez, hiciera frente a los cuantiosos gastos del traslado.

Me encargó la ingrata comisión. Debía impresionar mi presencia, ya que los primeros resultados no pudieron ser más satisfactorios. Mi segunda visita fué un fracaso. Escuché relatos

tristísimos. Un magro médico, al llamar a su puerta, se sobresaltó inquieto:

—¿Le ocurre algo a mi chico?

Le calmé. Se imaginaba que alguna maldición cruenta pesaba sobre su descendencia. Había tenido una hija. Donde yo le veía ahora podía ser rico. Sin matarla, él mismo la dejó morir. Este médico atendía a una clientela miserable. Encima suyo vivía un anciano que tenía algunas atenciones para su hija tísica. El médico sabía que aquel clima era fatal para la niña. Si tuviera dinero la llevaría a la montaña. Así las cosas, el viejo enfermó de gravedad. Un desconocido llamó a su puerta:

—Ese viejo que muere en el piso de arriba es mi hermano y es un hombre riquísimo. Se dedica a estudiar la golfemia, por eso vive en este barrio humilde. ¡Mil libras esterlinas si le cambia la medicina! —Qué tentación! No lo hizo y murió su pobre hija. ¿Qué le sucede a su chico?

Otras historias de huérfanos me impresionaron hondamente. Al barrio miserable, sin luz, convergían los vientos por los cuatro costados. Las guaridas aparecían heterogéneas y desmanteladas. Vi a la madre de un niño vender su camastro para pagarme lo atrasado. A la segunda visita no tenía qué vender y ella misma dormía en un jergón de paja. Vi a otra entregar el hijo a unos señores ricos para que lo educasen.

—¿Lo podré ver algún día, cuando sea mayor, si para entonces vivo?

La madre preguntaba angustiada si podía siquiera volver a verlo. Envejecida y maloliente, abrazábase a la criatura, al mismo crío que la necesidad obligaba a abandonar.

Vi padres e hijos durmiendo en la misma alcoba, en el mismo suelo, dramáticas escenas de insultos entre unos y otros. Dickens cobraba realidad en todas sus historias, que, sin duda alguna, se inspiraron en estos pasajes.

¿Cómo no enternecerse? Imposible cobrar. De buena gana pusiera de mi bolsillo si lo tuviera. Por eso, cuando en una iglesia pidieron limosna para aquellos pobres, yo di los guantes y el reloj de oro.

El licenciado Stokes no lo entendía así. Primero los suyos y luego los demás. Reñimos. Le dije palabras duras y quedé en la calle de resultas del altercado.

Muy desagradable realizar un viaje tan largo para acabar en el más lamentable de los fracasos. No podía decírselo a mi padre ni a mis hermanos. Para éstos un mal ejemplo y para mi padre una decepción.

Voy a pasar unos días bajo el techo del doctor, que me acoge calurosamente. ¿Por qué no me ayuda en mi obra humanitaria? Mientras busco un empleo más sólido quedo ayudándole. Es una tarea ingrata y dolorosa. Ni pensando que los organismos son iguales a los brutos puedo habituarme al dolor, al grito. Esas llagas que no cesan de manar pus, esas heridas coaguladas, como el corazón de los gallos... la falta de limpieza en aquellos cuerpos que al descubrirse apestan. Por encima de todo, el contacto con ese ambiente sórdido, que acaba minando los naturales sentimientos de piedad de tanto ver, de tanto oír sufrir, quejarse. No más. Antes de lograr empleo busqué una disculpa y me alejé del doctor.

En uno de mis paseos ociosos por Londres topé casualmente con Maris, que me refirió con todo género de detalles el final de Ursula. Habíase casado y, como otras muchas, ya iba en camino de tener descendencia:

—Lo gordita que se ha puesto —añadió—. Creo que ahora ni a usted ni a mí nos gustaría aparejarla.

Sorprende oír expresarse así al buen pintor, falto de atractivos, y cuyos deseos recónditos salían ahora a la superficie con tardía impudicia. ¡Con que a él también...!

A fines de julio abandoné mi patético deambular por las calles londinenses y entré al servicio del pastor metodista Jones. Con este motivo escribí a mi padre dándole cuenta de la labor apostólica que realizábamos.

"Padre, padre, presérverme de ser un hijo del cual tenga usted vergüenza."

El reverendo Jones parecía buena persona. Hombre todavía joven, con una calvicie prematura y unos hombros plegándose hacia adelante, como achicándose para las cosas de la tierra. Vivía pobre por propia voluntad, ya que los fieles le procuraban lo suficiente para pasarlo con cierto desahogo. Su feligresía nutríala gente del comercio de Isleworth o reducidos industriales, dirigiéndola el pastor con un consejo de pequeños señores constituído en auténtica mesocracia. Jones me instruye en mis obligaciones. Debía ayudarle en sus oficiosos religiosos. Velar por la

salud espiritual de los fieles con abnegación y solicitud incansables. Sustituirle en sus ausencias. Entregábame de lleno a una tarea cuyos beneficios se alcanzarían más allá de este mundo.

Discutimos interminablemente sobre temas teológicos. Parto en su presencia de "la tabla rasa" y él debe probarme la existencia de Dios, por la causa y el efecto, por el orden de las cosas, por la creencia ingénita de todos los pueblos y generaciones, para llegar a probarme las virtudes de nuestra propia religión.

Teología, ¿y eso para qué sirve?, nos diría un ateo. El nuevo profesor me instruye con dureza de visionario fanático a lo Knox revivido, en los imperativos de su religión. Método, orden, disciplina. El mismo da ejemplo y quien le sirva debe imitarle o abandonarle, como ya lo hicieron varios ayudantes.

—Conmigo será distinto.

—¿Distinto?

Un signo de interrogación así de grande. El doctor Jones en tales materias es un nuevo Tomás que pide meter la mano en el hueco de las llagas.

Por una sencilla ceremonia posa sus manos consagradas en mis hombros a manera de los reyes sobre los caballeros andantes y me convierte en sacristán de su templo, acólito de sus cultos, ayudante de predicador.

No olvidaré la pelea que emprendo con el diccionario. Creo que me entenderían a medias. Por ello mis sermones eran cortos, glosados en temas eternos.

Por ejemplo:

Bienaventurados los que sufren, etc... Aquí me servía la experiencia palpada recientemente en los rincones sórdidos. A los que sufren procuraría cicatrizar sus llagas. O aquel otro:

La tristeza es mejor que la alegría.

Y, sin embargo, en Cristo no hay tristeza posible. Gozo secretamente a cada prueba desagradable que El me envía, a cada posición más avanzada que debo defender...

"Quien me busque deje su padre y su madre, tome mi cruz y sígame."

¿Cómo asustarme si El procura lo demás? Y si Dios me hace pasar alguna necesidad... "¡Eh, Señor, que Tú me llamas-

te!" Aún podemos quejarnos a El. Sentí deseos entonces de hacerme pastor. Una prueba difícil, sin embargo, me acechaba...

Por aquellos días recibí una carta de Ursula rogando que fuera a visitarla. Aunque parezca mentira, la rompí. ¿Para qué verla otra vez?

A nadie deseo la noche que pasé en vela pensando que me necesitaría. Ursula era ya una mujer casada. ¿Y a qué no confesarlo? Dios enfrió paulatinamente aquella pasión. Así, pues, rompí la carta, o lo que es lo mismo, no respondí.

Mi mentor espiritual, dos días después, hablandó su conducta conmigo.

—Hermano, gracias. Dios te ha librado de la tentación. Ahora sí que cuento con un colaborador de veras.

Gesto de asombro por mi parte. Aclaración por la suya de la pícara treta. El había escrito aquella carta que, en mi obcecación ingenua, reputé por auténtica. Conocía al por menor mis relaciones pretéritas, y pareciéndole yo un sujeto extremoso, pensó que por despecho me acogía a sagrado como a la legión el criminal en peligro.

Con esta argucia creyó tenerme íntegramente a su servicio. Aumentaron los ingresos de la iglesia, la necesidad de multiplicarse nos diseminó por el distrito: Isleworth, Petersham, Turnham, Green... ¡qué sé yo! Carreras interminables a pie, sudores, subir al púlpito, hablar... en mi caso, tratar de hacerme entender. Me gasté en la tarea. Entregué demasiadas energías y los nervios cedieron. Caí enfermo.

Los sermones se volvían combates conmigo mismo. Pugnaban con el verbo y con la salud. Advertía vagamente el poquísimo efecto que mi ñaque figura causaba en el auditorio, más pendiente de mis torpezas que de la palabra divina.

Enfermo, sostenido por los brazos de Dios en la enfermedad, concebí otros pensamientos y nuevas aspiraciones que no podemos conocer en estado normal, y durante la convalecencia sentí renacer en mi alma una fe más cálida y una confianza más firme. Eso no podía ser malo.

El buen pastor se inquietó. El pobre médico, mi amigo, me visitó...

—No me importaría que cambiara las drogas sin yo saberlo —le dije sonriente.

El doctor y el reverendo cambiaron miradas de inteligencia. Poco más o menos esto: Le conviene descansar. Está muy débil.

Y como por este tiempo ya se acercaba Navidad, me envía a casa con las alforjas vacías, el cuerpo gastado y su paternal bendición.

Durante la siguiente temporada que pasé en casa de mis padres vieron un joven totalmente distinto al que partió para Londres. Por un lado, llegué esquelético, la mirada febril, el corazón transido de emociones que hacían aflorar las lágrimas a cada punto. El recuerdo próximo de los barrios pobres de Londres marcaba mi piel a hierro candente. Por otro lado, asombraba a todos mi espíritu de combate. Dios me llenaba por completo, a tal punto, que de buena fe y sin ánimo de ofensa me permití dar consejo a mis propios padres. A madre reprochándola su comadreo, su hablar sin medida; al pastor presionándole a cumplir mejor sus deberes religiosos. En poco tiempo me convertí en huésped molesto. Padre recurrió una vez más al tío Cien y éste me buscó un empleo en Dordrecht, al sur de Holanda, en una librería.

Al despedirme, el buen pastor me rogó que no extremara mis escrúpulos religiosos, que me divirtiera como los jóvenes de mi edad, que su mayor deseo consistía en que buscara una mujer a mi lado para desterrar la soledad.

¿Cómo pude recriminar a mis padres por toda su vida de sacrificios? Tratar de cambiar sus costumbres después de tantos años equivalía a remover una montaña. Se creían en posesión de la Verdad, cumpliéndola con devoción conventual, que no obstante, al exaltado Vicente se le antojaba poltrona. Padre iba por el camino recto y yo me acercaba al borde del desvarío.

Vestido de quáquero entré por las calles de Dordrecht. Sin duda causé sensación en las gentes. Los compañeros se burlaron de este extraño personaje que se les metía de rondón en la librería. Pronto quedé al corriente de los usos de la casa. Mi patrón

me puso en contacto con el público y las ventas aumentaron. Un Górliz, de ascendencia vasca, fue mi mayor amigo durante esta época. Cuando este amigo me encontraba hablando en alta voz y braceando como un quijote delante del espejo, me daba un pellizco en el cuello, invitándome a la prudencia. Me vi en la necesidad de explicarle mi afición a la oratoria sagrada. Górliz no creía en Dios. Discutimos. Traté de convencerle en vano. Fueron tantos sus sofismas que, sin poder rebatir, quedé aplastado. No me quedaba otro recurso que la oración por su alma. ¡Me daría de cachetes por mi falta de doctrina! ¡Si al menos me aplicara en aprender! Quizás dentro de unos años pudiera demostrarle la existencia de Dios. ¡Cuántos argumentos empleó! Negó a Cristo, las Escrituras, acusó de falsario al evangelista Mateo, ¡qué sé yo! Indudablemente me hacía falta instruirme.

Aquí tengo ocasión de leer obras filosóficas y religiosas sin gasto alguno. Quedo en la tienda muchas noches alumbrado por una bujía. Estudio hasta altas horas del amanecer, pese a que mi jornada de trabajo, amplísima, abarca de las ocho de la mañana a una de la noche.

Di muchos paseos a lo largo de los canales hasta salir de la villa. Uno de los domingos, tras del servicio religioso, por el dique, del lado de los molinos de viento. El cielo brillaba por encima de los prados reflejándose en las aguas.

Vi en la costa francesa de Dieppe acantilados tapizados de hiedra, el mar y el cielo, el puerto y los viejos barcos como Dauvigny los pintara, con sus redes y velas pardas, sus casitas y restaurantes reconocibles por cortinajes y ramas de abeto verdes en la ventana. Carros tirados por caballos blancos que llevan ronzales azules y borlas rojas, carreteros con blusa azul. Pescadores barbudos de trajes aceitosos. Mujeres francesas de rostro pálido, cabellos oscuros y ojos hundidos en sus órbitas, con refajo negro y cofia blanca. Vi las calles londinenses bajo la lluvia reverberante, y durante mi estancia en Ramsgate, este verano, pasé una noche en el umbral de la iglesia. Cierto que se ven muchas cosas interesantes o curiosas en otros países, pero al pasear por el dique aquel domingo, recordé nostálgico la hermosura de la tierra holandesa y despertando en mí todo el pasado, me sentí presto a concluir un pacto con Dios.

Deseé con ardor familiarizarme con los tesoros de la Biblia. Por lejos que pudiera hundirse la mirada en el pasado, aparece siempre un servidor del evangelio en cada generación de nuestra

familia. ¿Por qué esta voz no se hará ya oír en la generación presente y en las generaciones futuras? ¿Por qué un miembro de nuestra familia no descubrirá su vocación de ejercer este ministerio? Ruego y deseo ardientemente que me penetre el espíritu de mi padre y el de mi abuelo. Que mi vida parezca lo más posible a las suyas, ya que el vino añejo es bueno y no deseo otro.

A primeros de abril de 1877 las aguas invaden la librería. Con gran exposición de mi vida consigo rescatar un buen número de volúmenes. El patrón me felicita. Le pregunto temeroso por la suerte de los demás.

—Todos se han salvado.

—¿Y Górliz?

—También. ¿Por qué?

—Me apenaría muchísimo de lo contrario. Górliz no cree en Dios.

—¿Qué es eso?

Quedé de una pieza. Mi patrón tampoco...

Con energía.

—Lo lamento. Yo creo en El. Y no estoy solo, El está conmigo. Seré pastor como mi padre, como mi abuelo...

—¡Una lástima, muchacho! Te perderás, como tu padre, en un villorrio sin nombre...

—¡Está bien! —le grité—, mi padre está allá, perfectamente en su lugar. Es el pastor en el que confían las almas.

Mi patrón no respondió. Quedó tristemente impresionado de mi actitud, que le parecía un desafío a la felicidad, y dos días después me dijo adiós en el andén de la estación.

"Quiero ser un hijo digno de mi buen padre". Con estas intenciones llegué al seminario de Teología de Amsterdan el mismo día de mi cumpleaños, donde debía seguir por dos cursos estudios de lenguas y religión hasta convertirme en pastor de almas. Una de las cosas que más me impresionó, ver por la ventana de

mi estudio la enorme calle por donde llegaban al amanecer los obreros. Venían con sus útiles de trabajo y sus pequeños paquetes de comida. Andaban silenciosos, sin hacer ruido, temerosos de despertar el día. Se apelotonaban en la entrada del astillero, y dentro ya, perdíanse en las gradas, en los armazones ciclópeos, como esqueletos de monstruos marinos ya desterrados. Al poco tiempo presencié un incendio espectacular. O yo estaba muy lejos o quisieron también borrarse en silencio. No oía nada, únicamente vi elevarse coleteantes llamaradas que al cabo de un buen rato no dejaron en pie más que los armazones férreos de las enormes barcazas de madera. ¿Y los hombres? ¿Qué sería de los mismos que vi poco antes hacinarse en el angosto pasillo de la factoría? Consideré la desigualdad de las gentes. Sentí compasión de aquellos pioneros, pensando qué coja quedaría la justicia sin otro mundo donde distribuir el favor o el castigo.

Mi pasión me atrajo a este lugar. Sin preparación para estas disciplinas universitarias, los primeros estudios son una cuesta empinada de subir. Debe uno someterse a disciplina de cuartel. Mortificar sus ideas, que vuelan en alas de una imaginación caliente y ricas de imágenes, en unos estudios áridos, mórbidos.

¡Oh, Teo, Teo! —le escribo—, si yo pudiera penetrar esta alegría, librarme del abatimiento, del revés de todas mis empresas, de la ola de reproches que padecí... Si llegara a perseverar en el ministerio, padres y yo nos sentiríamos felices...

Al pensar en el pasado, en el porvenir, en las dificultades casi irremontables, en todo este trabajo arduo que nada me dice y querría abandonar, se me aparecen gentes que, aunque sólo dirijan reproches vagos, por la expresión de sus rostros descubro que quieren decir otra cosa: "Fuimos una luz para ti, te ayudamos en lo que nos fué posible. ¿Qué has hecho? ¿Dónde está la recompensa a nuestros esfuerzos?"

Moraba con el tío Almirante, aunque en realidad, apenas convivíamos. Quizás en el fondo por una secreta antipatía a mi familia o a mi vocación. Creo que no nos vimos más que a la llegada y a la partida.

Las horas corrían lentas en aquellos estudios, dentro de aquellos muros. Escribí mucho, estudié mucho, pero no era fácil aprender. Deseaba que pasaran cuanto antes los dos años.

Volvía a casa por las noches mohíno, con multitud de deberes por hacer. Alguna me dormí vestido, la cabeza inclinada en el libro. Al despertar, el escozor del cuello se me hacía inso-

portable. A esa hora ya iba justo a las clases y debía peinarme, rociar cara y muñecas con agua fresca. ¡Qué durísimo estudio!

Si persevero —pensaba—, lo hago con la esperanza de llegar a dominar mi destino, de saber qué responder a las críticas. Con la confianza optimista de alcanzar el fin, a pesar de los obstáculos, de obtener gracia a los ojos de los que me aman y de los que vendrán junto a mí.

¡Con qué ardor pesaban cabeza y espíritu! ¡Cómo estremecían mis sentidos! No sabía cómo asimilar todos aquellos conocimientos difíciles, indigestos. Por otra parte, complicadísimo atenerse a un régimen regular, después de haber corrido tantos años atormentados. No me abandonaba, sin embargo, puesto que el hombre debía luchar en la tierra.

Dios, que vió mi pena, pudo socorrerme. Mi fe en El era sólida. Se alzaba viviente junto a mis padres, ponía igualmente su mirada en mí. ¿Nutría algún secreto designio a mi respecto?

No hacía falta alcanzar madura edad para sentir escrúpulo de muchas cosas y la necesidad de una vida futura tras la presente. No se podía vivir sin creer en Dios.

El día que me vi ante el depojo mortal de Aersen, la serenidad, la gravedad y el silencio solemne de la muerte, contrastaban tanto con los que aún vivíamos, que comprendí las palabras que, en su simplicidad, pronunció la hija del difunto: "Se ha librado del fardo de la vida que aún debemos llevar los demás".

Nos vemos, sin embargo, tan atados a la tierra, que alternan en nuestro corazón alegría y dolor, y nuestra alma triste e inquieta, a veces se alegra como la alondra que no puede dejar de cantar al amanecer. El recuerdo de todo lo que amé subsiste y despierta lentamente en la noche de mi vida. No estaba muerto, no, dormido. Por ello, ¡qué bueno constituirse un tesoro de recuerdos!

Si vivía con el tío Almirante discutía con el tío Cien, que algunos domingos me invitaba a comer en su casa. No leía. Ni estudiaba. Apenas si se veían periódicos por las mesas, ni más letras que las de su nombre en la puerta principal. Soltero aburrido, habitaba una mansión de dos pisos, pulcra y bien orientada, rodeándose de las máximas comodidades, y no privándose, claro está, de una hermosa colección pictórica que diera tonalidad a sus paredes.

Con harto misterio —burlando la vigilancia de la huraña doméstica— me llevó a una habitación retirada del desván:

—Entra, sobrino.

Con pesadez introdujo la llave en la cerradura. La puerta chirrió por falta de aceite.

La exposición de su tienda de antigüedades parecía de miniatura comparada con esta otra que se ofrecía a mis ojos. Las paredes cubiertas materialmente de telas. Clasificación por materias, autores o épocas, según convenía a sus gustos. Rembrandt, Corot, Jerome, Weber, Díaz, ¡qué sé yo! Muchos y muy bellos cuadros que si por falta de luz aparecían con tonos sombríos, cuando el tío Cien abrió de par en par las ventanas tomaron su brillo natural. El tío me llevó frente a un desnudo.

—Alza la vista, Vicente.

Cuanto más lo decía, más la bajaba yo con recoleta unción.

—Es la famosa Friné de Jerome. Te ruego que la mires y des tu opinión. Algo entiendes de estas cosas. La he comprado a un florentino y temo que me haya engañado. ¿Obedecerás, querido?

Obedecí.

—Hermosa, ¿verdad?

—Encuentro, tío, mucho más placer viendo una mujer fea de Israels o Millet, o una vieja de Frére.

—¿Qué dices, muchacho?

—No procuro engañarle, tío. Esa mujer me da náuseas.

El tío Cien quedó perplejo un instante. Luego:

—Cambia de sitio. Busca distancia. Mírala de reojo, con un ojo, con los dos, por zonas... ¿Qué? ¿No es seductora como una Venus de Milo?

—Sinceramente, no.

—Yo creo que sí.

—¿Qué significa un hermoso cuerpo como el de esa Friné? También lo tienen los animales, acaso más que los hombres. Pero un alma como la de los hombres pintados por Millet o Frére, eso sí que no tienen los animales.

Mi tío me miraba confundido.

Proseguí:

—¿No se nos dió la vida para enriquecer el corazón, aunque el cuerpo sufra?

El tío Cien procuraba responder y no le salían más que bufidos sin sentido. Sentíase sin duda avergonzado. ¡Que un jovenzuelo le diera lecciones a su edad!...

—Jerome... Un artista... ¡Qué importa!... Moral...

—Siento escasa simpatía por esa figura de Jerome. No descubro en ella el menor signo revelador de inteligencia.

—¡Papanatismos! ¡Estupideces! —gritó el anciano cortándome en seco—. No rezumes tu Moral en el Arte. Una cosa es bella o fea, buena o mala. Si tu fuerza y consuelo es la fe, deja que para otros como yo sea el Arte.

Y después de una pausa, como ampliando su idea:

—O el dinero. Es igual. Esas curvas son perfectas. Sexualmente perfecta, deseable. El artista provoca el deseo sensible... ¿Qué más puede pedir el arte en este caso?

—Todo lo contrario: el aborrecimiento. Ver el alma a través de un cuerpo miserable. La tristeza es mejor que la alegría. Fué el motivo de un sermón que prediqué en Inglaterra y ahora me vuelve a la memoria con precisa oportunidad. Ya volveré sobre él si insiste en su tema. Déjeme decirle por ahora que no me gusta esa cara.

—¿Por qué?

—Por pecadora.

—¿Y el cuerpo?

—Tampoco.

—¿Por incitante? ¿Qué más? ¿Y las manos?

—Las manos que llevan la marca del trabajo son más bellas que semejantes manos.

—¡Qué tipo más estrambótico me pareces, querido sobrino! Perteneces a una raza de artistas. Sé que en tu interior te gustan las formas. Atraviesas una crisis de endiosamiento, eso es todo.

Le miré con rabia. Quizás había calado hondamente en mi espíritu. Sin duda existía una gran diferencia entre aquella moza y un hombre como Parker o Kempis. Yo había escogido a estos últimos. Como no se puede servir a dos amos a la vez, no se puede gustar de dos cosas tan diversas y sentir simpatía por ambas.

—Muchacho —añadió el tío—, debes volver en ti. Eres macho, ¿comprendes? Un día sentirás necesidad de desquitarte de tus excesos místicos de hoy.

—¡Quién sabe, tío! Con toda mi alma pido al Señor que no sea así.

—¿Es que una mujer o una joven tan hermosa como ésa no te gustaría?

—Me sentiría y entendería mejor con una que fuera fea, vieja o pobre o desgraciada por una u otra razón, pero que hubiera adquirido inteligencia y alma por la experiencia de la vida y las pruebas o los pesares.

El tío Cien no quedó convencido. Por entonces dejó de molestarme. Espiaba mis estudios y diversiones, procurando cogerme en algún renuncio. ¿Qué no diera él por enviarme una aparición como la del cuadro o hacerme otra jugarreta como la de París? Insistía en invitarme a espectáculos, le gustaba verme divertir; quería, en definitiva, disuadirme de mis propósitos de apostolado.

El es testigo de mi entereza de entonces. Tomó la contraforma del diablo para tentarme y resistí airoso, como un cruzado del Señor, a todas sus asechanzas. Júzgame, Señor, por aquellos propósitos de mis años mozos... Detén el tiempo en aquella hora feliz. ¿Por qué no me hiciste desaparecer entonces? Hoy presentara mi alma purísima a Tu presencia.

Respondí de una vez por todas, en una sobremesa cargada de licor y humareda densa, que envolvía nuestros pensamientos:

—No quiero fiarme de las cosas sin dificultad. Que la dificultad sea un acicate poderoso para salir triunfante. Sé que estoy hecho para vivir en sociedad, pero aun en las circunstancias más favorables, quiero conservar mi carácter de Robinson o de hombre primitivo. Si conservo para mí la probreza, y la amo, poseo un gran tesoro y oiré siempre la voz de mi conciencia. Si la escucho, estoy con Dios, mi mejor amigo, y nunca me veré solo.

Nuestro objetivo en la vida debe tender a un empleo determinado, a un oficio al que podamos consagrarnos íntimamente.

En este punto ambos parecíamos de acuerdo. El tío creía igualmente, que hacer algo en beneficio de otros es una meta importante que alcanzar en este mundo. "Que yo muera —solía decir— sabiendo que mis hijos serán más buenos o más felices. Si no es así, que se ahorque a la humanidad de un árbol y que no me coja debajo".

Por mi parte, creo en el más allá. Creo en la resurrección de la carne. Creo en la futura felicidad ultraterrena. Debe ser bueno

morir con la conciencia de haber hecho algún bien, de sobrevivir al menos en el recuerdo de algunas personas, de legar un ejemplo a los que vendrán después. Si basta una obra buena para subsistir eternamente, la idea contenida en esta obra tiene oportunidades de sobrevivir largo tiempo. Los que se eleven después irán sobre las huellas de tales predecesores y seguirán su ejemplo.

El tío se muestra escéptico a estas afirmaciones.

—Hay que conseguir —insisto— la victoria final tras de una vida de penalidades, que valga más que una victoria temprana. La gloria no está al comenzar, ni siquiera en los cruces, sino al final de la vía donde se rompe el abismo. No hay que buscarla antes.

Al tío le parecían, sin duda, desplazadas mis ideas. ¿Cómo hablaría del final un joven al que le quedaba por delante una espléndida juventud?

Bebió mucho aquella sobremesa y sentimentalmente hace referencia a secretos de su pasado que apenas si me interesan. Me entristece, sin embargo, modificar el concepto que hasta entonces tuve de él. Yo creía que... Y no era así... Yo creía que... Y tampoco. Ya no veía al venerable anciano, sino al sátiro hundido en su máscara de espuma. Tío Cien acabó por revelarme que había perdido la fe.

Le compadecí. Me puse en predicador. Pasó de nuevo por mi memoria "tristeza mejor que alegría", y recordando fragmentos de aquella plática, cité al hombre que entró en una iglesia y preguntó: ¿Es posible que mi celo se engañe, que atraviese el mal camino y luego me despeñe? ¡Si me librase de esa incertidumbre!... Una voz le contestó: Haz como si estuvieras seguro y no te sentirás confundido. El hombre consecuente, querido tío, no abandona las sendas emprendidas. ¿Conduce a un destino? ¿Que sí? Felicidad eterna. ¿Que no? Olvido, el cero; la nada total.

Vi cómo estas razones impresionaban al tío. Apuró relamiente el borde de su copa como para cambiar de ideas que le acongojaran.

Al volver al seminario asistí a un hecho desagradable. Una disputa acompañada de un escándalo entre un profesor y un estudiante. Los protagonistas llegaron a las manos y algunos extraños a la cuestión nos vimos en la necesidad de separarlos. La desagradable impresión me duró varias horas. No pude estudiar durante ese tiempo y dibujé al azar. Al día siguiente se-

rían las reprimendas. Y resultaba vergonzoso no saber la lección a mi edad.

¡Cómo me mortifiqué! Mis ojos quemaban al apagar la luz de la mesilla para dormir. Metía un papel en las rendijas de la ventana, evitando así la luz que ya aparecía por oriente. Un reloj alborotador me despertaba, soñoliento aún... en el templo me dormía. No podía ser para menos. ¡Y qué fatiga al despertar! Veía delante de mí a los compañeros que repetían las declinaciones con mecánica perfecta. El discípulo que agredió al profesor era de los más listos y me dió pena al verlo despedido. Yo le abracé con verdadero afecto:

—¿Y adónde irás ahora?

—También a Dios se sirve con los puños. Iré a misionar entre obreros.

Medité. Más valía una medianía obediente que la soberbia inteligente del primer ángel.

Mejor tropezar con penas y desilusiones que ir viento en popa. Lo que llamaban suerte a veces era una desgracia. Los que de jóvenes triunfaban pronto se agostaban. No había cosa que antes se borrase que la flor. Los artistas de fácil éxito, de prematura fama o fortuna, se repetían hasta la saciedad sin obtener progreso alguno en su carrera.

No flaquear jamás. Domar la carne por el espíritu inmortal. Nuestro jamás era pasajero, un suspiro en las edades del mundo. Debía ser un hombre justo. Emulo del santo que se enriquece despojándose. Un buen predicador que tiene algo que decir y puede ser útil al mundo.

Propósito:

La obligación de estudiar a conciencia debía ser la profesión de cada día. No volver a quedar con la boca abierta, sin saber qué responder, como en el caso del descreído Górliz. Edificar la casa por los cimientos, la ciencia por el interior. Venciéndome a mí mismo, me vería en camino de vencer a los demás.

Era de barro y podía sucumbir. Para ese trance apelaría al pasado. Más valía conservar el espíritu ardiente, aunque se removiera el barro. Creía sinceramente que el amor daba la fuerza al mundo. El que mucho amara realizaría grandes hazañas. Lo que se hacía por amor estaba bien hecho.

No derrocharía en adelante mi amor en cosas o criaturas insignificantes, nulas o insípidas. Forjaría el carácter con la dureza de la piedra berroqueña. ¡Con qué rigor implacable se encadenaban los hechos! Mis dibujos parecían buenos y envié algunos por correo a mi hermano Teo, a quien envidiaba sus paseos por Brabante, con lo hermosas que estarían las mieses por aquella primavera.

Durante una de las más agudas crisis religiosas vino mi padre al seminario. Primero habló con mis profesores, algunos compañeros suyos de carrera. Luego subió a mi pieza de estudio a visitarme. Yo le senté en la única silla de que disponía y le pregunté por todos los de casa.

—¿Eres feliz?

No supe qué contestarle.

Debió oscurecerse mi rostro, ya que él lo notó y cambió de tema. Agotándolo, volvió a insistir al poco rato.

—Quizás no busque la felicidad. Quizás esté martirizándome en balde.

Mi padre sonrió tristemente.

—¿Y hasta cuándo debo quedar aquí?

—No entiendo, Vicente. Nadie te obligó a venir. Tú lo has querido. Tú lo sufres con gusto si con gusto lo pediste. Estás más cerca de Dios que nadie, hijo mío... Aprovéchate.

Me eché a llorar. Padre no podía consolarme y yo me veía por dentro como un pecador, el mayor del mundo. Quisiera arrodillarme a presencia de un pastor, confesarme... Allá estaba el pastor de luto, encogido, doliente... Mi doblemente padre, espiritual y físico.

Me arrodillé.

—Padre, estoy en pecado.

—Reza.

—¿Puedo rezar?

—No quisiera escuchar secretos de tu vida. Aquí hay más gente que puede también...

—Usted mismo, padre, me acusa con su presencia. ¡Qué ingrato soy, Santo Dios! ¿Qué pensará usted de mi pecado, de mi horrenda culpa? ¡Usted mismo! ¡Su presencia! Yo hice que se volviera gris esa cabeza a fuerza de disgustos. Le veo envejecido

antes de tiempo. ¿Y a qué viene? ¡Cuánto le hice yo sufrir! Sus oraciones, su preocupación por mí, por este pródigo que no encuentra asiento en parte alguna.

El viejo languideció. Vi cómo se agitaba inquieto en el respaldo de la silla.

Proseguí:

—Quisiera no existir. No lo tome a mal. Tengo miedo de mí. Miedo a vacilar, a caer para no reincorporarme más. Pienso que quizás un día pueda usted maldecirme con justa razón, pueda usted echarme en cara: "¿A qué hice tanto por él si no lo merecía?" Cuando pienso así me invaden toda clase de penas y preocupaciones. Decepciono sus esperanzas, padre, las de los míos, siento vergüenza.

Padre no respondió. Le veía seco, ausente, como cuando en las noches se iba al lecho de un moribundo alumbrado por una linterna para hablarle de Aquel, cuya palabra es también una luz en la noche del alma, en las angustias y dolor de la muerte.

No sabía qué decir. Me abrió sus brazos por toda respuesta y quedamos buen rato abrazados en silencio.

Tras de cruzar la ciudad, poner a papá en el vagón y seguir con los ojos al tren, hasta que el humo desapareció, volví al estudio, y al ver la silla en que papá se había sentado, la mesita donde aún se encontraban los libros del día precedente, sentí pena como un niño, sabiendo, no obstante, muy bien que le vería próximamente.

En un diario que conservo de aquella época anoté: "La vida es corta si la entregamos a Dios. El acortará nuestros sentimientos"...

Me aguardaba la última prueba. Antes de los exámenes, en víspera a nuestras vacaciones, debíamos entrar en un retiro espiritual. Entré en él libre de cuidados terrenos, sacando a floración lo mejor del alma inmortal, sobrenadando en espacios sobrenaturales. ¡Qué pequeño parecía el mundo cuando con ojos aún durmientes cantábamos en el coro y veíamos nacer las formas del día a través de la noche!... Cuando se elevaba rítmica nuestra plegaria tras las notas del órgano... Y cuando atravesábamos en silencio los claustros, inmersos en nuestra meditación, suspendidos de lo alto por hilos invisibles... Y plantándonos en el jardín, bajo el sol, inundados de luz, de aroma, de color, de

vida... Dios debía ser el que me hablaba en un rincón, el más tenebroso del alma. ¿Qué me dices, Señor, que no te entiendo? Resonaba el eco de lo dicho al pastor: "¿Y hasta cuándo debo quedar aquí?"

A los cinco trimestres de estudio aparecí en casa derrotado. Harto de mis estudios para no volver. Durante los primeros días de mi estancia en Etten apenas salí de la habitación. Me avergonzaba que nadie me viera. Notábanse las huellas del seminarista: presencia ojerosa, cabello corto, traje holgado, modestia en el andar, como en el vestir, apariencia casi ridícula. Daba mi pieza sobre el jardín en esa época en que los árboles frutales se inclinan por la carga. Subía por el muro una orgullosa hiedra. Solamente la llegada de Jones, mi dueño y pastor de Isleworth pudo sacarme del voluntario ostracismo. Por más que procuró consolarme, todo resultó inútil. Hicieron conciliábulo mis padres y hermana con él. Les oía sin que ellos lo supieran. El pastor me creía tocado por una virtud que, por extrema, me alejaba de las gentes.

—¿Por qué no procuran que se haga evangelista? Yo necesitaré a mi lado un joven como él.

Madre soslayaba.

—Me da pena el pobre. Lleva la mala suerte en sus empresas. Algún demonio familiar procura su pérdida. En cualquier misión que emprenda siempre temo que lo comprometa y quiebre todo, por sus concepciones extraordinarias de la vida.

Mi hermana argüía, sin omitir detalle, lo extraño de mi proceder en el pueblo, cómo me había negado a recibir a los amigos de antaño; aseguraba incluso, mal informada, que se oían ruidos bruscos, quejidos provinentes de mi pieza, lo que sin duda significaba "que yo hacía mortificaciones corporales, cruentas expiaciones de faltas imaginarias, tiñéndolas de sangre". Añadía:

—A fuerza de piedad se vuelve estúpido.

Padre echaba leña al fuego con la mejor intención:

—Dice que el sufrimiento es mejor que la alegría. ¡Nos apena tanto ver que ignore literalmente la alegría de vivir, que pasee siempre con la cabeza gacha, buscando sistemáticamente lo que lleva a las dificulades!

El eco de mi hermano resonaba en la habitación, con promesa alada, tentación:

—¡Hazte pintor!

Tío Cien echaría pestes en su mansión de Amsterdan, prometiéndose nunca más interesarse por mi destino.

Entre unos y otros removieron mi ánimo. Me dejé ver. Acepté sin vacilar la nueva idea de hacerme evangelista.

Padre y el pastor Jones me acompañaron a Bruselas a mediados de julio. Visitamos la escuela de formación evangélica, un caserón viejo, frío, inhóspito, en un barrio obrero de las afueras. Un frontis triste y un paisaje borroso delante, como la boca de las minas. Se exigían tres años de formación contra los seis que exigían en Holanda para solicitar un cargo de evangelista. ¡Abajo el latín y el griego! Lo justo para traducirlo. Unicamente demostrar el don de preparar y pronunciar conferencias cordiales y populares y dirigirse al pueblo de un modo más conciso y fuerte, que sabio y largo. Así, pues, dábase más importancia en este centro al trabajo práctico y a la fe natural que al conocimiento profundo de lenguas antiguas o Teología.

En principio, aceptaron admitirme interno por algún tiempo en observación. Conocí al pastor Pietersen en Malinas, al doctor Jonge en Bruselas, y quedé a cargo de un anciano preceptor holandés en unión de dos estudiantes más.

Fué durante esta época cuando comenzaron a acosarme visiones fantásticas. Del poco cenar y dormir dió mi mente en torturantes quimeras. Me veía envuelto en humo del famoso incendio, llegaba incluso a palpar un infierno de llamas devoradoras, despertándome con quemaduras y escozores. Vi un Dios deforme, de contornos caricaturescos, descontento de mi conducta, señalándome con el dedo caminos borrosos partidos por derrumbaderos. Al viejo profesor veíale con una máscara de cera, imagen misma de la muerte. Sudaba. Transpiraba con furia. El horrísono "triunfo de la muerte de Breughel" se aparecía a mi mente con fatídicos caracteres. Agitábanse los esqueletos con

sus guadañas. Tripudos enanos volcaban un barril de monedas de oro sobre el agua poco profunda de un lago. Colgaban esqueléticos, estirados como bastones los hombres de árboles sin ramas ni frutos. ¡Visión dantesca ennegrecida por el humo de las chimeneas, por el carbón de las minas, por los obreros metiéndose en aquellos agujeros sin fondo! Veía a los barrenderos con sus carros, arrastrados por viejos caballos blancos. Se parecían a cierto antiguo grabado que me llamó la atención en otro tiempo. Aquel viejo caballo blanco, magro, en los huesos, agitado por una larga vida de ruda labor, de trabajo difícil. Aquel animal quieto en un lugar indiscriptiblemente solitario y abandonado. Una llanura de hierba flaca y árida con aislados árboles, contorneantes, retorcidos, quebrados por la borrasca. Una calavera en el suelo y a lo lejos, en último plano, el esqueleto pálido de un caballo, al lado de la choza donde vive el destazador. Un cielo de tempestad cerniéndose sobre el conjunto; un día áspero y rudo, un tiempo sombrío y oscuro.

¡Oh, Señor, a Ti me abracé en aquella hora de pesadilla! Me parecía verme en la agonía. Sentía tu evidencia en medio de tan tristes apariciones. Lo que hay más allá es un misterio que sólo Tú conoces. Nos revelaste de modo irrefutable que habrá una resurrección de los muertos.

Ahora llega Teo de la calle con varios ropajes. Remueven mis sábanas. Me contorsionan como un muñeco de trapo. Van a amortajarme. Veo sobre la cama un hábito morado de nazareno, otro gris de monje solitario. Procuran metérmelo. El cuerpo se resiste. ¡Qué bien me sentaría el luto riguroso! Se deciden por calarme la blusa azulenca que tanto me gustaba y unos zapatos que Teo me compró en París con motivo de mi cumpleaños, con los que quería darme una sorpresa.

Tapian la ventana con un paño negro. Ya no veo la luz. Ni el sol. Ni los horizontes. Apenas si un rayo traspasa los flecos del paño...

Las velas arden consumiéndose. Agítanse las sombras. Señor, los vivos me rodean. Aparécete. Tu presencia cuenta más que la suya. Estos ni siquiera creen en Ti. Tierra. Me echarán en la tierra. Soy como el caballo del destazador.

A esa resurrección apelo. Condéname hoy con castigo temporal. Dame ocasión de alabarte entre el coro de los escogidos aquel día último.

Cuando veía la imagen de un abandono indecible e indescriptible —soledad, pobreza, miseria— surgía en mi espíritu la idea de Dios.

Vicente Van Gogh fracasó otra vez. ¿Hasta cuándo, Señor, permitirías su caída? Se revolvía contra los imperativos del anciano maestro. ¡Soberbia! ¡Es posible! Se encontraba en aquel caserón como un gato en almacén extraño. ¿De qué podía hablar con sus compañeros si a ellos no les quemaba una llama interior?

Sin burlarse de mí, daban a entender lo absurdo de mi posición. Eran espíritus pobres y buscaban en su apostolado un medio de salir de su pobreza. Con tan corta fe no debía iniciarse una profesión tan dura. De esa falta de vocación surgirían luego los malos apóstoles...

Hice irrevocable un propósito: dejar cuanto antes aquella horrible casa. Irme a países hulleros a evangelizar por mi cuenta.

En efecto, en noviembre me suspendieron en los exámenes. Yo no servía para el apostolado.

—Pagaré mis gastos. No pido limosna a nadie. Iré solo. Antes de predicar y partir para sus largos viajes de apostolado, antes de desplegar su actividad entre los gentiles, Pablo pasó tres años en Arabia. Si durante dos o tres años logro trabajar en silencio en tal país, no volveré sin alguna cosa que decir que valga la pena de oírse.

Vuelven a manifestarse los terrores. En forma de sueños dodecacéfalos agitan la imaginación. Consecuencia de estas plasmaciones, las carnes sufren sus efectos regresivos. Sin estar enfermo, algo impide mi régimen normal. Durante el mes y medio que paso en casa procuro mejorar físicamente. Me levanto a las seis. Hago gimnasia. Me baño en el río —sin exceso—. Subo a la montaña, ávido de aire puro. Sigo un régimen dietético donde predominan las legumbres y la fruta.

Me da la impresión de que mi vida se desarrollará en adelante en contra de la muerte. Esa vida que se escapa, que no

vive en sí y por sí misma, me da impulsos para realizar los mayores sacrificios. Veo en los ojos de mi padre un no sé qué que me espanta y no quisiera llegar a ello: la vejez. Abrir hueco entre las amistades que desaparecen antes que uno. Sentirse detrás de los otros. Verlos crecer. Arbol viejo que ve subirle por la copa a otro y acercarse al sol, y que viéndole tan pequeño puede cortarle hasta los nidos. A pesar de sus sesenta años, no excesivos en estos tiempos, que se alarga la vida humana, él también debe sentirse fuera del mundo. "No soy nada —me dijo un día—. Soy menos que nada. Me preocupo tristemente de cosas vanas y me niego a desaparecer. Ayer me vi en el espejo borroso, caricaturesco. ¿Ese soy yo? Lo rompí. Si quise dar un salto, los cálculos de otro tiempo me fallaron. ¿Qué ven en mí los que hace tiempo no me han visto? ¡No lo sé! Pero sí que se quedan impresionados".

Me extrañaba, sin embargo, el pesar que sentía al envejecer. ¡Cuántas veces no habré pedido yo la muerte! A cambio de la vida de alguien. Por la conversión de un pecador.

Te lo repito, Señor. Haz que no me acostumbre a la vida. Que me entierren donde quede un sitio. Cuando toda la tierra sea un enorme cadáver, que aventen mis cenizas al aire, dispérsenme los vientos y la tempestad.

Voy a servirte lejos, donde a nadie conozca, a crear nuevos afectos... Si algún día, Señor, me ves apegado a las cosas que perecen, Tu Hacha, Señor, no lo olvides.

Así pedía entonces a mi Dios. Aún tenía la fe natural del primitivo que se despierta y arrodilla en presencia del sol.

A mediados de noviembre, un mes frío aquel de 1878, partí para el Borinage, al sur de Bélgica. Durante el viaje me entretuve leyendo una geografía del país. Sus naturales se ocupan únicamente de la extracción del carbón. Un espectáculo imponente el de esas minas de hulla abiertas a muchos metros bajo tierra, adonde desciende diariamente una población obrera, digna del máximo respeto. El obrero hullero es un tipo propio del Borinage. Para él no existe el día, salvo el domingo. Se hunde penosamente a la luz de una lámpara difusa en una galería estrecha, doblando el pecho y viéndose obligado a arrastrarse. Trabaja para arrancar a las entrañas de la tierra el carbón. Trabaja rodeado de mil peligros que renacen sin cesar. Pese a todo, el "porion" belga tiene aspecto feliz, y habituado a ese género de existencia, cuando se dirige al pozo con su sombrero rema-

tado por una lamparita destinada a guiarle en las tinieblas, confía en Dios, que ve su labor y le protege, como protege a su mujer y a sus hijos.

Antes de llegar el tren paramos en una estación. Entré en la cantina a reponer fuerzas. Me encontré con el evangelista que venía en otro tren en dirección contraria, es decir, camino de Bruselas.

—Voy de vuelta —me dijo. Tampoco la fuerza sirve para nada.

Por él me informé de los riesgos a que debía exponerme si persistía en la idea de salvar mineros. Ya era tarde para retroceder y, aunque pudiera, tampoco lo hubiera hecho.

¡Cuánto daría por revivir mis ideas de entonces! ¡Con qué devoto entusiasmo me iba a entregar a la tarea! ¡Y qué misión! Evangelizar. Salvar almas. Ganar adeptos para hacer un paraíso en la mismísima tierra. ¿Que hasta entonces había sido yo voluble? Ahora me aferraría a mi postura con obras... hasta el agotamiento. Con la Biblia por escudo, juzgué el amor a los libros y el estudio en general tan sagrado como el de Rembrandt.

Me encerraría en una jaula de barrotes metálicos que diera mi imagen deformada, me condenaría al olvido con tal de que los hombres se volvieran mejores. Había que calarse una máscara encima: Cristo con la corona de espinas. Y hacer que, como en los injertos, dicha máscara se convirtiera pronto en sustancia propia. Trabajar como Aquel Artista Supremo que tallaba las almas.

Una íntima satisfacción más. Iba con mis propios medios, de los ahorros que me quedaban de París.

A medida que nos acercábamos la niebla se nos subía por los ojos, como una red invisible. El Borinage nos metió a todos en un agujero. Empañáronse las ventanillas del tren y perdimos el horizonte.

País miserable. Naturaleza cuyas entrañas se abrían y por dentro aparecía la podredumbre, naturaleza sangrante, purulenta; pueblos enterrados en humo, amontonados unos encima de otros. ¡Qué país el que me tocaba por elección! Negro, gris, sucio, molesto como el polvo, atmósfera cargada de olores nauseabundos, sol acongojado asomando de vez en cuando y corriendo por su órbita más de lo normal en busca de salida...

¿Qué parte de Dios encerraba aquel sol? Como abejas cargadas de pólem, medio muertas al frío, veíase a los mineros resucitar a la luz del sol, echar a volar... Pero esto sólo cuando salía el sol, cuando los hombres eran jóvenes. Luego, dejaban ganarse por aquella lepra, por la oscuridad, y acababan odiando la luz.

Los hombres macizos, hechos de pus e indiferencias; aún no sabían leer ni escribir; aún no habían leído a Engels ni Marx. Conocían únicamente y por la Biblia, que algunos predicaban, que pesaba una condena de sudor y lágrimas, de fatiga y sacrificio sobre sus hombros cansados. Moraban en míseras cuevas o casitas de mínima puerta, como la entrada de sus minas, de muros encalados de un blanco oscurecido por la suciedad ambiente... Arboles retorciéndose, flores enteca aquí y allá, vegetación raquítica como esos pelos de dos colores que se ven en algunas cabezas de hombre. Los condenados a crecer en este país maldito daban la sensación de recibirlo con estoica resignación. Raramente se quejaban. Muchos no habían conocido más mundo que éste desde su nacimiento. Por máximo horizonte las estrechas celdillas del interior de un pozo, como los alvéolos de una colmena. De día la urbe aparecía desierta. Cuando caía el sol podía un forastero presumir que había enterrado a sus habitantes. Un sordo rumor subía de lo profundo. Las colmenas abrían agujeros en la tierra. Uno imagina que, si hubieran cantado allá adentro, subiría su voz con reflejos metálicos de órgano. No cantaban, sin embargo, los hombres. No podían cantar. Hachazos vibrantes marcaban el tiempo con hierática fatalidad. Muchos ni siquiera sabían cantar ni reír. Una bocanada de aliento caliente y fétido subía de la hondura. Los hombres siempre en silencio... Luciérnagas nocturnas arrastrábanse pesadamente con sus bártulos. Como el topo, no echaban de menos la luz. Hasta les molestaba, cegándoles.

Aunque iletrados e ignorantes, parecían inteligentes, hábiles en su oficio, valientes y celosos de su libertad. Eran de pequeña talla, espaldas cuadradas y ojos profundamente hundidos en sus órbitas. Sentíanse animados de un odio feroz y profundo y de una desconfianza instintiva contra aquellos que querían imponerles su ley. Para congeniar con ellos había que hacerse minero, no afectar aires pretensiosos ni maneras orgullosas o insolentes.

¡Qué pena daba ver bajar a los pozos a aquellas gentes! ¿Eran acaso seres humanos? Pensando negativamente pondrían su dinero sus fundadores en aquella empresa; sin considerarles bestias,

demonios, bufones sin alma como los teólogos del siglo XVI calificaban a estos degenerados de la especie humana, no se admitiría un pacto de trabajo más humillante; con esas cómodas ideas de los tiempos, pedían como sagrado el interés a su capital. La triste realidad decía que eran iguales a los demás. El sesenta por ciento iba a las arcas de la empresa; los accionistas repartían golosos dividendos a costa de sus víctimas. Han debido pasar muchos años para que en las Memorias de esas sociedades anónimas sin alma, sin más responsabilidad que un límite de su dinero, se preocupen por la vida de sus subordinados, señalando las mejoras a realizar. Primero fué el capital. Después fué el trabajo. Y como en el trabajo también hay escalas y éste comienza por arriba, los balances de fin de año dan impresionantes productos para los administradores de estas grandes empresas, hasta el punto que en cierta Junta General se quejaron ante los emolumentos de sus administradores. "Si es justo recompensar el trabajo —decían los pequeños propietarios—, ¿a qué no se acuerdan de nosotros? Nuestros ahorros son producto de un esfuerzo realizado antaño. Somos viejos. Respétese nuestro trabajo anterior como querrán que mañana respeten el suyo".

Entonces no. Los accionistas eran los dueños y señores de una sociedad sin más ley que la impuesta por el explotador. Los dividendos aumentaban de año en año como puede verse por las estadísticas. El Consejo recibía votos de confianza de los simples accionistas. A cambio de esto, el obrero bajará a las tres de la mañana, de noche cerrada, con frío como con calor, con agua o con viento, más de una vez con nieve hasta las rodillas; bajará, digo, atado al farol, con su paquete de comida, en el ascensor cárdeno y voraz... A medida que descienda, el polvo impedirá su respiración normal... Trescientos... Cuatrocientos... Quinientos metros. A muchos metros bajo tierra, enfangado, a oscuras, y con el agua hasta la cintura, apenas sin aire, con esa lobreguez más angustiosa que una enfermedad sin esperanza. Y bajará hoy y mañana... Un día cada siete descansará. Verá a su mujer, a sus hijos, a esas mozas que como él cumplen sus funciones dentro de la mina, que como él envejecen.

Más adelante, en mi misión evangélica, tendría ocasión de bajar a un pozo y verles de cerca. ¿Qué puede ser el infierno? ¿Cabe asustar a esta gente con las penas eternas? Bajé a la mina más antigua y peligrosa de la región. Se llamaba Macarasse y tenía cinco pisos. Los tres superiores agotados y en trance de abandonarse. Cada uno se componía de una serie de celdas en una galería angosta y baja, sostenida por una carpintería rudi-

mentaria. En cada celda, un obrero revestido de traje de tela grosera, mugriento y manchado como el de un deshollinador, extraía el carbón a golpe de hacha, al débil fulgor de una lamparilla. Corría el agua por doquier y la claridad de la lámpara producía un efecto extraño, los mismos reflejos que en una cueva de estalactitas. En ella habían acontecido catástrofes repetidas; nadie sabía por qué. Quizás a causa del aire sofocante, o al desmoronamiento de antiguas galerías... quizás, y esto nadie lo ha dicho, a las locuras súbitas de aquellos hombres. El brillo del cobre y el del carbón irritan los ojos, empujan a los hombres a los mayores desatinos. Un lugar de donde uno cree que no volverá a salir porque se romperá el cable que sujeta el ascensor. Inevitablemente se piensa que ha caído mucha gente, que hay muchos enterrados en aquellas galerías y al clavar el pico da miedo que surja un aparecido. Por las vías, la carretilla inevitable causa dentera, da vueltas sin salida...

Un lugar sombrío y a primera vista todo en la vecindad tenía un aspecto hosco y fúnebre.

Los obreros de esta mina eran en general gente macilenta y pálida de fiebre; mostraban un aspecto fatigado y gastado, bronceado y viejo antes de tiempo; si por los túneles corría el agua ennegrecida, se tropezaba de continuo con charcas inmóviles de enormes ojos muertos; si había humedad en el exterior ambiente, no impedía, sin embargo, para que las gargantas de los mineros aparecieran secas como la leña. Tenían sed, una sed torturante, que pretendían calmarla abriendo mucho la boca y transpirando por ella: las mujeres, por su parte, semejaban estatuas de cera, eran lívidas y marchitas. Alrededor de la mina alzábanse sórdidas viviendas de mineros con algunos árboles muertos, completamente negros de humo, setos de zarza, montones de estiércol y cenizas, montañas de carbón inservible. Maris hiciera con ellos un cuadro emotivo.

En medio de esta apocalíptica visión me admiraban aquellas gentes cuando las veía disfrutar sus fiestas bárbaras. Conservaban su agilidad a lomos de un rocín, su puntería en el tiro al arco; celebraban sus bodas con rumbo inusitado, precedidas de flautas e instrumentos músicos, que cencerrean a los novios a prueba de bomba; sus mismos entierros constituían un festejo nada lúgubre, quizás pensando con lógica que las únicas víctimas eran las que quedaban de este lado; las fiestas del pueblo igualmente se celebraban con explosiva vitalidad. Tocatas de campanas y fuegos de artificio, rondas callejeras; disfraces y

carreras; los mozos bailaban; emborrachábanse los hombres brutalmente y entonaban cánticos de la región.

Alguna vez ponían el grito en el cielo, cuando ya la cosa era muy grave. Esos días echábanse a la calle y agrupados en silencio recorrían los fangales hasta el Ayuntamiento o la Gerencia protestando con su dignísimo silencio, con la caída de brazos. Advertíase, pues, cierto misticismo en aquellos huelguistas descendientes, sin duda, de los protestantes de siglos pasados, que huyeron de Europa antes de renegar de su Reforma.

Si mi futura labor debía pagarse, que se pague con sangre y lágrimas. No pedía en aquella época, Señor y Dios mío, otro premio a mis esfuerzos, que un acercarme a Tu dolor sin recompensa, a Tu abandono total del mundo y de la Historia, cuando clavado en la cruz y mirando al cielo decías: "Padre, ¿por qué me has abandonado?".

Necesitaba purificar mis intenciones, depositar en manos del Altísimo todas las apetencias terrenas, los mínimos progresos materiales. No pedía tampoco recompensa del más allá... ¡Serviría sin premio! Haría el bien sin mirar a quién, procurando únicamente acercar a Dios a aquel que por indigente de bienes terrestres sólo en el más allá vería su igualdad de espíritu con los demás hombres, su alma purísima a pesar de encajarse en sus podridos miembros.

Sería amigo de los pobres, compartiría las penas y los peligros de los mineros hasta en el fondo de la tierra; confortaría a las viudas, enseñaría a leer, a escribir, a amar a Dios a los niños. Predicaría noche y día con la palabra y con el ejemplo.

Si el carbón invadía los cultivos, yo sembraría la mies de vida eterna sobre el fango del pantano, en el corazón de los hombres.

Nunca olvidaré mi primer encuentro con los míos. Media docena de rapaces desdentados y famélicos abriendo mucho los ojos al escucharme. Yo: ¿Quién es Dios? ¿Qué la Religión? ¿De dónde venimos y a dónde vamos? Ellos preguntándose a sí mismos, de qué planeta desconocido había yo venido a su tierra.

Llegué a Paturages al anochecer. Me recibieron en casa de Vanderhaeguen, un buhonero, con natural simpatía. El señor de la casa me presentó a los suyos. Vivían y servían a su lado la señora Vanderhaeguen, solícita mujer de hogar que procuraba dar gusto por encima de los demás huéspedes a su marido; los

dos hijos del matrimonio, que yo apenas veía en los primeros tiempos, y la criadita Húngara, de quien nunca se supo ascendientes, una moza de dieciséis años que servía a la mesa y cuidaba de la limpieza. Húngara decía que sus padres vivían en Petit-Wasnes, a muy pocos metros de Paturages y los días de fiesta inventaba una disculpa con objeto de visitarles. El señor Vanderhaeguen, sin embargo, afirmaba muy serio, que la había recogido de un carromato gitaneril. Que de pequeña hacía cabriolas, daba saltos y se contorsionaba enseñando su pequeño vientre en una barraca de feria, como los demás hijos de los gitanos. Por ponernos los pelos de punta, añadía, que los primeros que disfrutaban viéndola eran sus padres, su mujer agitando el bandullo de preñada y su padre de enorme nariz de payaso por donde le caían los mocos. Si fuera cierto o no lo de sus padrecitos de Wasnes, si los visitara o no, son cosas que no llegamos a saber por entonces ni era cuestión de averiguar. Antes que yo, tratada por el nombre en diminutivo en señal de una larga permanencia que da confianza, se hospedaba en aquella misma pensión un viajante de comercio y un Julián X, el primero un hombrecillo sin historia, y éste con tanta, que bien merece relatarla. Julián X aparentaba ser un individuo de diez o doce años más que yo. Vestía trajes claros, sombrero ladeado inflexiblemente, señalando el estado de ánimo de su dueño. Julián era un tipo ingénuo y divertido. Congeniamos. Los primeros días dimos grandes paseos por el país, él dándomelo a conocer con regocijo cruel, yo, por mi parte, advirtiendo y anotando los lugares donde se precisaría mi ayuda muy pronto. A Julián le extrañaba curiosamente que un joven como yo, dejara familia y porvenir brillante para entregarse a la labor apostólica:

—Querido amigo, ¿eres pobre? ¿Eres un mendigo? ¿Estás enfermo? Si no padeces de una tara por el estilo, ¿qué haces aquí?

Absurdo que yo le dijera que no buscaba riquezas ni placeres.

Me denostaría.

Si a nuestra edad no buscaba el placer, ¿qué podía buscar? En trance me puse ante aquel hombre a que me llamase loco y con cierta lógica por su parte.

Julián me veía rezar por las noches arrodillado sobre el duro suelo de roble de mi habitación. Primera extravagancia que no comprendía. Luego, antes de amanecer, atisbaba por la rendija de una ventana, viéndome salir en busca de... ¿En busca de qué? —se preguntaba cabeceando torpemente en la almohada—. Alar-

mábanle al mediodía, a la hora del almuerzo, diciéndole que me habían visto en tal o cual choza miserable de minero, en cierto tugurio de miasmas, o en la mismísima boca de una mina.

Julián se juzgaba a sí mismo de hombre práctico. Hijo de un buhonero ambulante se propuso prosperar en su vida. A los quince años, pidió un préstamo de diez mil francos al viejo para establecerse por su cuenta, que al poco tiempo devolvió con sus intereses. Sin principios religiosos, se dedicó a vender objetos de piedad, estampas pornográficas entre las gentes bajas. Con las ganancias instaló una taberna con sala de juego, trastienda de exposición, mercado y venta de objetos prohibidos, mostrador de bebidas "matasanos" y pista de baile para los domingos y fiestas.

Por debajo de cuerda, aún tenía un nuevo negocio: la trata de blancas, hijas de minero, que enviaba a servir a la capital con siniestros fines. Y otro más: asociado a varios vivales prestaba dinero a las pobres gentes, exigiendo a cambio instrumentos de trabajo, que a éstos empujaba a robar picos, palas, barrenos, explosivos. Con esta complicidad de los mineros enjugaba sus estafas, teniendo a los pobres incautos de continuo bajo la amenaza. Exportaban, en consecuencia, para las minas de Bruselas, material de mina.

—Robar a un ladrón es hacer un servicio a la nación. Porque vamos a ver, ¿qué son esas gentes que explotan al obrero? Ladrones y algo más... ¡Asesinos! Y no me retracto, no, puedo gritarlo en alta voz para que me oigan las piedras.

Julián se había ofrecido en otro tiempo a la Empresa como suministrador de compras y agente exclusivo de colocación de gente que continuamente hacía falta por la excesiva mortandad. Algún turbio manejo le puso en apuros y en dos meses llegó a enemistarse con ella. No concebía un régimen conservador. El era un motor en ebullición, un individuo que necesitaba moverse en cien negocios a la vez.

—El dinero produce cuando rueda. Si esa gentuza me hiciera caso, hoy tendría la mayor producción del país. ¡Abajo los explotadores!

—¿Qué harías, Julián?

Me interesaba conocer sus ideas sobre este punto. Yo abrigaba la seguridad de que algún día Julián sería partícipe o dueño de alguno de los filones de oro negro del país.

—Lo primero que hace falta es mejorar la maquinaria.

—Para eso se precisará dinero...

—¿Es que no lo tienen?

—Sí, pero lo reparten.

—Primer error a subsanar.

—¿Y cómo? ¿No repartiendo?

—Haciéndolo de otro modo. Por ello los bienes no se pierden, sino que se transforman. Lo que se reparte, una de dos: o se gasta, en cuyo caso se consume, o se emplea en otros negocios y en consecuencia disipa. Cuando se cree en un negocio, entréguese a él en cuerpo y alma, con todas las energías.

Iba a gritar bravísimo, pero me contuve, dejándole seguir el hilo del discurso:

—Mientras no se encuentren procedimientos industriales, cuidemos de las máquinas, que en este caso suman hombres. Si se les explota del modo que actualmente lo hacen, pronto sucumbirán. Y antes de esto, producirán menos. Consecuencia: hay que alimentarles bien, deben vivir en lugares que apunten al cielo, divertirse con el optimismo sano que alarga la vida.

—Si se hacen esos progresos que tú propones, ¿cómo se van a repartir esos señores los orondos dividendos de ahora?

—Muy sencillo. Esos dividendos, en lugar de ir directamente al accionista, van a otros negocios complementarios. De cabaret a una banca, pasando por mercado y construcción de casas; de modo que el obrero, aquello que gana lo gasta en los negocios anejos a la Empresa y los accionistas aquello que pierden en la mina lo ganan en los negocios accesorios a la mina. ¿Vale?

—Vale.

En aquella época Julián pasaba por un tipo estrambótico. Cuando mucho después, ya en mi treintena, me enteré que había pasado a ser presidente del Consejo de Administración de la Sociedad, me felicité pensando en las mejoras que recibiría la Empresa.

Julián demostró camaradería conmigo y le quedé muy reconocido. Cierto que no compaginaba mis ideas. Le parecía ridículo predicar en el desierto. Cuando los estómagos se mantienen vacíos, es pedir demasiado que el espíritu sin dimensión pueda llenarse con la palabra divina. No creía en Dios, o al menos lo aparentaba, ya que así le iba mejor en su ambiente tabernario y cualquier virtud que ostentase parecía de mejor calibre y más

altruista por no esperar contrapartida en ese más allá en el que no creía. Ignoraba los principios más elementales de la fe y complacíase en representar el mundo como una caja de resonancias donde tamborileaban con rudeza únicamente las potencias del mal. Lo otro, el bien, o se escondía tan callado y temeroso como el pulso, o pertenecía a un pasado de historia putrefacta.

¿Cómo iba a comprender mis miras? ¿Existía en su opinión mayor virtud que el oro? Por ambición de un porvenir más próspero le parecía lícito arriesgarse la vida. En su decálogo no admitía otro robo que malgastar porque a nadie favorecía. El hombre podía ser lobo del hombre si el producto de ambas fuerzas se sumara al vencedor.

Con ese ideario me tomaba por loco.

—Vicente Van Gogh está loco.

Y no se cansaba de repetirlo públicamente. Por supuesto, que a mí me lo repetía en todos los tonos, obrando pacientemente, como un médico con la víctima. Incluso insinuó que abandonase mis trabajos sin rendimiento y me asociase a su empresa. Por aquellos días abrió en Petit-Wasnes otro cabaret y oficina de contratación. Sentí mucho decepcionarle indicándole que no me cambiaba yo por su posición y que no me asociaría a ningún negocio tan dudoso por todo el oro del mundo. Esto le enojó muchísimo, y anduvo varios días sin hablarme, limitándose a echar a correr cuando me veía, tocando madera, como si pudiera mi contacto traerle mala suerte. Abierto el otro cabaret, compró un carricoche para desplazarse y ejerció el comercio de transporte de uno a otro lugar, sin competencia. Lo inauguró solemnemente engalanando el tílburi con gallardetes y pancartas. Volcáronse flores a lo largo del camino. Hubo incluso discursos y se invitó al viaje a directores de la mina y consejeros únicamente. A puertas cerradas bebieron más de la cuenta a altas horas de la noche prometiéndoles repetición. Como nunca se perdía en sus transacciones obsequiosas, cabe suponer que algún beneficio sacaría de sus aparentes dispendios.

Me vió durante los primeros días de mi estancia boyante de plata. Al mes siguiente, adivinando mi falta de numerario y conociendo mis dibujos, me ofreció trabajo decorando sus cabarets. Rehusé cortésmente. Por entonces pedí dinero a casa y mi padre me lo envió. Por si su acopio no cubriera mis necesidades, me encargó cuatro mapas de Palestina, pagados cada uno

a razón de cuatro florines. Me empeñé en sacar mi labor adelante y mortifiqué mis noches al dibujo. Cuando tiempo después supe las obscenidades murales que por fuerza y gusto de Julián sustituyeron a mis bocetos, sentí de veras haberme negado, dando ocasión a que pinceles peores embadurnaran las paredes. ¡Si hasta pensé con qué motivos decentes podría cubrirlas!

Han pasado muchos años desde entonces. Ya estoy muerto. No le envidio, Señor. El se fué a rendirte cuentas antes que yo. Apenas llegaba a los cincuenta años cuando le sorprendió una enfermedad incurable. ¿De qué le servía todo lo almacenado?

Su vida fué un continuo desgaste en busca de riquezas. Explotó una línea de navegación pirata que arruinó a sus competidores. Cargado de botín, fundó un trust de minas, aguando las acciones y multiplicando su propia inversión. La Bolsa de París le recuerda como uno de los más hábiles especuladores que han pasado por ella en muchos años. Se casó hasta tres veces oficialmente y ni en sus épocas de más opulencia dejó de explotar la trata de blancas. La riqueza le apartó de Dios totalmente, y llegado a Presidente del Consejo de Administración de las minas de carbón del oeste de Francia, si es cierto que pensó en practicar sus ideas mejorando el nivel de vida de los trabajadores, por otro lado, degradóles conscientemente en el vicio y la dispersión. En los periódicos de París vi con frecuencia su imagen a raíz de la enfermedad. Decenas de reporteros gráficos fueron a su casa. La Bolsa tambaleó a la primera noticia de su dolencia. Cuando los periodistas llegaron, él mismo salió a abrirles la puerta.

—No estoy muerto todavía.

Con furia incontenible dedicóse desde aquel día a hacer caprichosas donaciones. Para una estatua a una meretriz comienzo de su fortuna. Para un carnaval impúdico, fiesta patibularia, donde se profanaron los principios más respetados. Para abrir prostíbulos en todo el país...

Garitos de juego a los que ofrecía sus beneficios...

Los periodistas alquilaron un cuartucho frente a su casa y aguardaron a que el gran hombre dejase de existir.

Su última frase:

—Diera toda mi fortuna por alargar mi vida.

Al día siguiente de su muerte, los valores navieros y mineros dieron un bajonazo impresionante. El la hizo tambalear en sus cimientos. ¡Cómo hubiera disfrutado si lo viera desde el otro

mundo! Un periódico sentenció: "Rasgóse el velo del templo como si hubiera sucumbido un dios".

No envidio la suerte de mi amigo a pesar de todas sus riquezas.

Entre los muchos cargos que pudiera acusársele, uno, y acaso de los más graves, fuera el de Húngara.

El fué causa de su tragedia. Lo primero que recuerdo a este respecto es una conversación que sostuvimos de sobremesa. El viajante, presente a la charla, disimulaba detrás de un periódico.

—¿Te gustan las mujeres?

—No me gustan —le respondí.

—Tu boca es tan grande como tu embuste.

—¿Y a qué lo preguntas si no vas a creer?

—Por curiosidad simplemente.

Y mirando a la criada en trance de quitar los cubiertos de la mesa:

—¿Te gusta esa chica?

No respondí.

—Ese cuerpo yo lo modelaría a mi gusto y te juro que llegaría a llamar la atención su hermosura. Tú, su alma, y yo, su cuerpo. ¿Lo hacemos?

El viajante dió un gruñido y, molesto, desapareció. No respondí por entonces y no es caso ahora de acusarle cuando yo mismo procuro defenderle.

Los niños progresaban. Mis alumnos aprendían con gusto. Al que sabía la lección le obsequiaba con un croquis de su rostro, que tomaba mientras el interesado repetía su lección.

El sacerdote católico observaba mi conducta cautamente. En principio pensé que trataría de quitarme los discípulos, y le interpuse todos los obstáculos a mi alcance. Mi equivocación puso pronto de manifiesto que sus sentimientos únicamente procuraban captar mi atención. Enterado de que sin ayudas oficiales, por mi cuenta y riesgo llevaba a cabo la labor evangélica, me propuso, con cierta delicadeza, pasarme a su lado; que yo le ayudara. El buen hombre se veía solo para tantísima labor. Casualmente por aquellas mismas fechas su sacristán había entrado al servicio militar.

Repliqué a sus insinuaciones que yo profesaba la Protesta, a lo que el buen sacerdote me respondió, con sentido que nunca he de olvidar:

—¿No cree usted, Vicente, en el mismo Dios? Ama a Cristo como nosotros, lee la Biblia por fuente de inspiración. ¿Lo demás? Lo demás son hombres. Créamelo, Vicente, me tiene sin cuidado a qué organización pertenezca usted, con tal de que se funde en un auténtico espíritu de sacrificio.

Me impresionó. En adelante nos sentiríamos más unidos que con muchos de nuestros correligionarios.

Esta relación, sin embargo, llegó a oídos de la Prefectura Evangélica del país que, sin duda, por recibir el eco abultado de la hondonada, se apresuró a enviarme un licencia de predicador. A primeros de noviembre el Hermano Lupowicht llegó a mi casa con el nombramiento por escrito. El señor y la señora Vanderhaeguem lo recibieron como llovido del cielo, embajada extraordinaria que iba a ponerme en contacto con la realidad ambiente, salvaguardando mis liberalidades. El Comité de Evangelización del Borinage rectificaba, pues, su anterior negativa, poniendo a disposición de Vicente Van Gogh, un sueldo de cincuenta francos mensuales, como experiencia, durante seis meses. Se trasladaría de inmediato a Wasnes, pasando a figurar como adjunto del pastor Bronte, que vivía en aquella localidad.

Loco de alegría comuniqué la grata nueva a mi amigo Julián. Al entrar en su alcoba le sorprendí abrazado a la pequeña Húngara.

Viéndome ésta, trató de protegerse a mi lado:

—¡Ayúdeme, señor!

Procuré calmarla. Mi amigo trataba de forzarla. Se terciaron palabras fuertes. Intervine. Afeé su conducta. Julián bajó los ojos consternado.

A la noche me diría:

—¿Y a ti quién te manda meterte en alcobas vecinas sin avisar?

De aquel trance salimos más hermanados que nunca. Húngara, por su parte, y sin yo pedírselo, me juró su virginidad:

—Créamelo, pastor Vicen...

No sé por qué me elevaba a pastor.

—Que me muera si consentí.

Por lo visto, Julián quiso prostituirla y llevarla luego a uno de sus garitos de baja ralea, caída, entregada... Trata de blancas.

Cuando la despedí lloró, sorbiéndose las lágrimas con gracioso mohín. ¿Qué podía yo hacer por ella? La encomendaría en mis oraciones, como lo hice, aprovechando la ocasión para dar consejos útiles a mi amigo.

Antes de presentarme en mi nueva vivienda, decidí visitar la mina. Me lo prohiben y quedo en el patio aguardando la salida de los mineros. Cortésmente, doy la mano a cada uno de ellos, dándome a conocer. La acogida, en general, muy fría. Me veían como a un charlatán más. La palabra de Dios, sin duda, les llegaba de muy lejos. Uno de ellos, Peter, creo que me dijo que se llamaba así, cogió mi mano y la acarició frotando las suyas en ella con voluptuosidad. La mujer que le seguía comentó:

—Como los demás. Cristo en las alturas. A Cristo no le deben gustar los infiernos.

—¿Por qué no trabaja, joven? Su manos son manos de señorito.

Quedé confundido.

Frágil, como le pusieron de mote después, por cierto saco que llevaba a la espalda donde se leía esa palabra, fué conmigo el más violento de todos. Me insultó. Combinaciones de juramentos explosivos como la mezcla de varios licores. No pude contenerme más:

—Insúlteme, hermano mío, pero escuche la palabra del Señor.

El viejo Walter también se exasperó al verme:

—¡Váyase a otra parte, joven! Aquí no hay nada que hacer. Esos y yo estamos condenados ya...

Y con el pañuelo empapado en sudor se frotó la cara.

Llegué a mi nueva casa al atardecer, abrigando ciertas preocupaciones y temores sobre el porvenir. Hasta que amaneció el día siguiente y abrí las ventanas de mi cuarto no me fijé en que la casa de los panaderos, señores Denis, donde yo me albergaba ahora, era la más grande del pueblo, la más hermosa, la mejor pintada, destacando entre las covachas de la clase trabajadora como gigante entre pigmeos.

Me miré al espejo: demasiado elegante. Me sentía profundamente distinto a mis catecúmenos. Me quité ante el mismo espejo los guantes, el bastón, el sombrero, el reloj, el anillo, la chaqueta... ya me parecía más a aquella gente. Me embadurné la cara con cal de la alcoba mezclada con lápiz difumino... ¡Qué porquería!

¿Cómo iba a salir la palabra de Dios de un lugar tan inmundo? ¡Y qué sensación de alivio al limpiarme de nuevo!

A mediodía me presenté al pastor Bronte. Vivía a las afueras, en un viejo caserón, herencia de tiempos prósperos. Delante, girasoles y madreselvas, un diminuto jardín finchado de tonalidades clásicas. Detrás una huerta, y me gustó mucho ver la pequeña banda de gansos que nadaba en la acequia. El pastor y su mujer me parecieron correctos. Creo que también yo les causé buena impresión. Charlamos. Me invitó a comer, que rechazo por humildad.

Lo primero que debía procurar en mi ministerio era un lugar donde reunir la gente para dar a conocer la palabra de Dios.

Vi varias lonjas pequeñas y húmedas, que no me convencieron. De pronto, se me ocurrió la idea de entrar en el cabaret que mi amigo explotaba en esta localidad. Sabía que aquel no era lugar muy propio para emitir el mensaje santo, pero pensé igualmente que podía disfrazarse con cierta facilidad. Con sólo... Ni corto ni perezoso me encaminé en busca de Julián para que me diera las llaves.

—¿No pensarás pronunciar ahí tus bienaventuranzas?

—Es lo que pienso.

—Pues no te las doy. No quiero complicaciones con gentes de iglesia.

Luego, una disertación sobre los mendigos y sus mañas ladronas, sobre los olores que despedían y le estropearían la sala, sacando a colación incluso mi frío recibimiento, del que ya se había informado... En fin, todo lo imaginable.

Me dió las llaves. Me ingenié en apostillar algunos tapices prestados sobre los murales pornográficos. Pinté sobre una sábana una enorme cruz vista desde la altura, dando la impresión de un proyectil en punta, acercándose. Con varios cajones y un trozo de alerce improvisé un púlpito. Durante el día serviría para dar catecismo a los niños y sermones a los obreros. Como toda la semana permanecía cerrado, únicamente los domingos y fiestas, tras de la función religiosa, procedíamos a dar al local su careta de demonio.

Fué decepcionante mi primera plática. Unicamente asistieron el señor y la señora Denis, un oficial panadero, que debo confesar se durmió, y el pequeño Robín. Versaba sobre el salmo

de David que comienza: "Escucha, ¡oh, Yavé! mi oración y llegue a ti mi clamor. Inclina tus oídos a mí. Cuando te invoque apresúrate a oírme. Pues se desvanecen como humo mis días y se tuestan mis huesos como en un horno". Robín me felicitó. Le gustaba ayudarme a colocar los bártulos del Oficio, encendía las velas, tocaba las campanas llamando a la gente.

Durante el día me dediqué a buscar parroquia. Íbame a la casa de las mujeres que por tener varios críos se veían muy atareadas y les ayudaba en la limpieza de sus enseres.

—Pero usted, señor Van Gogh, cómo se molesta...

—Yo soy el último doméstico del Señor.

Aquel mundo me parecía distinto, diametralmente opuesto al que yo había conocido hasta entonces. Si de entrada me causó repulsión instintiva, el cambio llegó pronto a domarme y resultarme grato hasta los hedores.

"El señor Vicente" fué pronto familiar a todos. Una colección de perros y chiquillos me seguían por las calles. A unos y otros consolaba, recreando a éstos con mis historietas. Se disputaban mis dibujos. Aprendían. Creo que aprendían a disfrutar la perpetua felicidad que da servir en cuerpo y alma al Señor del Cielo.

Pronto se llenó el templo del bebé, el famoso cabaret. Julián incluso vino a visitarme, ya que sentía curiosidad por oírme. Aquella tarde quemé por la sala hojas de romero para que oliera bien. Mi monaguillo improvisado encendió doble número de velas que el de costumbre. No sin encomendar mi alma en oración por el fruto de la homilía, subí al púlpito: "Y fué mostrada a Pablo una visión: Un varón macedonio se puso delante, rogándole y diciéndole: Pasa a Macedonia y ayúdanos". Y me escucharon con atención cuando trato de describir el aspecto de ese macedonio que tenía sed de los consuelos del Evangelio y del conocimiento del único Dios verdadero. Cómo debemos representárnoslo como un obrero, con rasgos de dolor, de sufrimiento y de fatiga, sin ninguna apariencia de belleza, pero con un alma inmortal, ávida del alimento imperecedero... Cómo Jesús es el Maestro que fortalece y alivia al obrero, cuya existencia es dura, porque El mismo es hombre de dolor que conoce nuestros males; cómo fué llamado Hijo del carpintero aunque era Hijo de Dios. Cómo, en fin, trabajó treinta años en un humilde taller.

Gustó la plática. Hasta Julián me felicitó. Quedaron en las tinieblas algunos penitentes con ganas de confesarme sus pro-

blemas. Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí entre ellos a Húngara.

—¿Tú aquí, chiquilla?

Se me abrazó a los pies llorando.

—No quiero volver. Déjeme con usted... Aquí... Volver no...

Balbuceante... Torpe... Casi me arañaba. La levanté. Aquellos ojos inmensamente abiertos me lo decían todo. Un espanto en su brillo.

—¿Quién?

—Aquel hombre...

Julián habíala seducido. Por mucho tiempo resistió ella a los halagos de la fiera. Al fin...

—No quiero volver... No quiero volver...

Y me enseñaba sus muñecas llenas de cardenales. Ante aquella situación, me pareció que apartarla de aquel peligro era una obra de apostolado, la más hermosa que podía hacerse en aquel momento.

Pero, ¿dónde podía trabajar?

No podía servirme a mí. Días antes me había despojado de mis trajes: todos mis bienes y riquezas, hasta el sueldo del mes de Navidades adelantado, había ido a cubrir necesidades que crecían en progresión geométrica. Meterla en casa de la señora Denis suponía un compromiso para ella, y aparte de esto yo andaba ya por entonces pensando en dejar tan lujosa vivienda. ¿Qué podría hacer por la pobre Húngara? Ahora la veía más fea que nunca. Rala y estropajosa su cabeza, sucios y desvaídos sus trapos, parecía uno de esos mendigos admirables de Goya. Con súbita decisión me dirigí a la mina.

Don Eduardo, el director, la recibiría como obrera en el pozo de Marcarasse; carguera que atada a una cuerda arrastra vagonetas por el interior de las galerías. Ella aceptó muy contenta y agradecida. Al amanecer del siguiente día, un 15 de diciembre de 1878, me sentía feliz. Realizar una buena obra con una pobre criatura desamparada es cumplir con una de las más hermosas obras de misericordia. Durante la noche anterior nevó sin interrupción. Todo sugería los cuadros medievales de Breughel el Campesino y tantos otros que lograron expresar de una manera tan sorprendente el efecto característico del rojo y del verde, del negro y del blanco. Lo que allá se veía, indefectiblemente evocaba la obra de Maris o de Durero.

Me vestí. Fuí en busca de Húngara. La llevé a la mina. Aguardé pacientemente a que saliera. Caminamos en silencio sobre la nieve. No me atrevía a preguntarle qué le había parecido la labor.

—Muy peligrosa.

Por más que procuré disuadirla de seguir aquel trabajo, no lo conseguí. Se apartó de mí diciendo que iba a visitar a sus padrecitos.

Volví a la boca de la mina con la intención de saludar a los mineros y adelantar algunos pequeños regalos de víspera de Navidad. Era curioso ver la nieve a la hora del crepúsculo y a los mineros regresando a sus hogares Hombres encorvados y negros, dejándose deslumbrar al salir de la oscura sima. En contraste con la nieve, daban aspecto de deshollinadores. Metíanse por los pequeños agujeros de sus chozas, que se descubrían no lejos del pozo, construídas a lo largo de caminos huecos, en el bosque o en la vertiente de las colinas. Por la noche, sus ventanas de vidrios pequeños arrojaban un fulgor amable.

Bordeando los jardines, los prados y las tierras de labranza del Borinage se veían setos de zarzas muy negras, como en nuestro Brabante las matas de roble y el soto, o en Holanda los sauces de tronco grueso y corto. Con la nieve de aquellos últimos días, producía el efecto de algo escrito sobre papel blanco. ¿Y por qué no las páginas del Evangelio?...

¡Oh, cielo inestable, dispensador de gracia y castigos! Mis meditaciones debían hundirme en un hueco más hondo que el hueco de las minas. ¿Qué hice yo, miserable, para merecer una cuna suave, cuando hay gentes que nacen en el arroyo? ¡Compasión por esos pobres obreros sin luz, sudorosos y torcidos sobre su eje!

El viejo Walter me dió una cariñosa palmada en el hombro. Me había perdido el miedo. Me habló con cierta confianza de las necesidades del trabajador. Su sueldo apenas si le alcanzaba para vivir. En 1875 ganaba tres francos y medio por jornada,

reducidos a tres el siguiente año y a dos y medio en aquel que me ocupo de 1878. ¡Cuánto menos exponía yo y ganaba más! Mi boca pacata ensuciaba el verbo de Dios. Con resolución tajante dejé la casa y me instalé en un rincón del jardín. Allá horadé mi cueva. Comería desde entonces de limosna. Sometido a las inclemencias de la estación, compartí con alborozo la vida de los pájaros sin nido. Los chiquillos que acudían a mi clase sentábanse en el suelo de barro. Daban diente con diente los pobres. Su mortificación ofrecíanla a Dios y declaraban que apenas sentían frío con tan heroicas miras. Las huellas, sin embargo, dejábanse ver en su piel despellejada, la nariz irritada, los pies de piedra. Dormiría sobre un jergón de paja. Como a los caballos de las minas que dan vuelta a la noria, carrusel sin salida, me insultaba la luz del sol, que procuraba hurtar por todos los medios. Hasta altas horas de la noche, alumbrado por velas, trabajaba en menesteres útiles que pudieran procurarme algún dinero que repartir entre mis amigos. Diseminándolo a manos llenas, aparecía yo mismo como el primer beneficiario. Vestía con casaca militar, a veces con saco, y llevaba descalzos los pies, o con sandalias, asomando lenguas abiertas. Acechaba a los míos para servirles. Dejé crecer la barba. Embadurné la cara con el mismo carbón de mis hermanos y con las manos sucias subía al púlpito, tomando mi voz la propia dureza de los profetas, de nuestra común condición de vida. A primeros del año 79 me vi rodeado de numerosos adeptos. Públicamente hacían actos de piedad heroica. Algún rapazuelo se ofreció voluntario para imitar mis virtudes y entregarse al estudio de evangelista en la ciudad de Bruselas. Ahora podía observarse en casa de mis obreros una resignación estoica a los padecimientos que sufrían. Un grupo numeroso aprendió los cánticos y más de una vez entró en la mina entonando salmos.

La señora Denis se alarmó:

—¿Por qué se despoja de sus trajes si es usted de una familia tan noble de pastores holandeses?

—Soy amigo del pobre, como lo era Jesús.

—Usted no se encuentra en su sano juicio.

Por su cuenta la señora Denis escribió a mis padres rogándoles intervinieran con su autoridad en mi extraño proceder.

El director de la mina, alarmado por estos rumores, me llamó a su presencia. Por entonces no acudí, pero pronto aproveché la ocasión de hacerlo con un motivo más serio y de interés para los débiles. Apareció la peste en Cuesmes. Corrió como un re-

guero de pólvora y en pocas horas sembró el pánico en los primeros atacados. Creí llegada la hora de procurar algún alivio a los míos en esta ocasión. Pedí al director de la empresa que tuviera la bondad de pagarles los días que por causa de la enfermedad no habían podido acudir.

Tajante salida la de don Eduardo:

—¿Y usted, qué da por ellos?

Mi respuesta fué inmediata. Dejé su aposento. Al día siguiente, uno de los niños llevó por colecta hasta mi pluma, mi reloj con su cadena de oro, la cartera de piel, los guantes, los últimos vestigios de mi riqueza. Y todo lo puso en la mesa del director para forzarle a su dádiva. Ignoro qué respondió, pero sé que, halagado por mi gesto, concedió los beneficios mínimos que yo le pedía.

La peste puso en evidencia nuestra falta de brazos y piernas para atenderla. Húngara me ayudó en mi función sagrada. Sin miedo al contagio, trabajó denodadamente a mi lado. Visitábamos enfermos. Animábalos con santos propósitos. Una noche la pobre criatura cayó rendida de fatiga a mis pies, durmiéndose plácidamente. A las cuatro de la mañana debía despertarla para que fuese a la mina. Todavía era noche cerrada. Sobresaltada y somnolienta, caliente aún, dejábase guiar hasta el patio; antes de descender al pozo entró en aprensiones de si había cogido la enfermedad.

—Eres más dura que un roble. ¡Animo, muchacha! Dios está de nuestro lado. Padeces de sueño únicamente.

De un charco cogió un puñado de agua sucia, echándosela a los ojos y restregándolos para despertar. Luego:

—Si algún día le queda un rato, lleve esta bolsa de monedas a los viejos. Viven muy cerca de aquí. A mí no me queda tiempo de verles. Pero si no les encuentra o la necesita usted, gástesela. Ellos ya se arreglarán sin ello.

Tras de esta campaña adquirí un prestigio inmerecido entre aquellas gentes. "El santo, santo..." decían las comadres al verme pasar. Se hablaba conmigo con respeto. Se me pedían milagros. Las más beatas llegaron incluso a besar mis manos, a cortar con tijeras un trozo de mi saco por reliquia. Aquello ciertamente me irritaba y me vi en más de una ocasión obligado a sacar el mal genio de antaño. Por ejemplo, cuando vinieron a verme un grupo de madres cuyos hijos debían ir al servicio mi-

litar. Como en aquella época se prolongaba por varios años y los muchachos iban lejos del país, en muchos casos a guerras inciertas, aquellas mujeres sentíanse sobrecogidas de terror pensando que los perdían para siempre. Las mujeres en cuestión, tocaron mis harapos con unción sagrada, preguntándome qué pasaje de la Biblia serviría de talismán para que en el sorteo que se verificaba públicamente en el Ayuntamiento, se librasen sus hijos del servicio militar. Me vi obligado a reñirlas. Que no creyeran en mi santidad, sino más bien que pensaran en el cumplimiento de una merecida condena.

A tales extremos llegaron las cosas que el pastor Bronte me citó a su presencia. Acudí a su caserón en uno de los rarísimos momentos de solaz. Su mujer asistió impasible a la entrevista, quizás en su fuero interno compadeciéndome, y procurando con su presencia paliar asperezas.

—¿Qué se propone, Vicente Van Gogh? Si usted se porta extremosamente nos pone en ridículo a los demás.

—No es esa mi intención, señor —le respondí—. Trato únicamente de dar ejemplo. Me da la impresión de que el ejemplo de Cristo logra más adeptos que la santidad de su doctrina o sus asombrosos milagros. A mi modesto entender, hacen falta predicadores santos. Hacen falta hombres que vivan los problemas de cada día de esos miserables. Así nos comprenderemos mejor unos y otros. ¿Por qué, señor, vamos a desconocerles? ¿De qué sirve que la Iglesia procure poderes temporales del brazo de los poderosos? Creo firmemente que estas gentes desconocen la virtud de nuestra religión. No quiero pecar de orgullo al afirmar que únicamente por mi boca han oído hablar de Dios.

—Usted es un exaltado. Ignoro si todas esas gentes recibieron el mensaje, pero creo firmemente que el reino de los cielos es de los escogidos, como dice el evangelio.

Callé. Me parecía de mal gusto discutir en presencia de su mujer. Prosiguió después de una pausa:

—Su extremismo puede perjudicar la causa de la religión. No hay que confundir símbolos y realidad. El Cristo que usted pone por escudo iba bien vestido, le gustaba la buena mesa, departía con gentiles y sacerdotes. ¿Ha oído usted decir alguna vez lo contrario? La palabra de Dios es sagrada. No la ensuciemos con nuestra boca sucia. Su rito pide la limpieza que exigirían las armas de un rey. ¿Cómo creer en sus palabras, señor Van Gogh, si sus hechos son ni más ni menos que los de un loco?

Acepté cabizbajo la reprimenda, prometiéndole obedecer en lo sucesivo.

¡Oh, Señor y Dios mío!, yo te pongo por testigo de que eso no es verdad: en tu balanza me atrevo a cargar las buenas obras de entonces. Yo no sé, Señor, si estará en tu gloria un obrero llamado Luyten. Yo le convertí. Ahora mismo, que estoy muerto, puedes informarte en la región. Más de uno y de dos conservarán un recuerdo beatífico, inolvidable, de aquel pobrecito Van Gogh que compartió con ellos sus penas y sus peligros.

Hubiera cumplido a rajatabla mi propósito si un suceso histórico no viniera a turbar los espíritus.

Angelo era un hombre rico dentro de la mina. Hacía funciones de capataz y mostraba su dureza con los demás hasta que una piedra, más dura que él, cayó a sus pies, inmovilizándolo. Juró, al curarse, salir para siempre de aquel horrible infierno. Casado con una muchacha de aldea que aportó su dote, subió a la superficie, y para evitar que le exigieran volver al pozo, voluntariamente abrió la postilla de su llaga. Años después, al desaparecer la consorte, ésta exigió que no se casara otra vez, y en caso afirmativo, perdería la dote. Angelo cumplió el mandato a regañadientes. Todo menos volver a la miseria. Satisfizo sus apetitos físicos con una sirvienta, que de continuo machacaba la conveniencia de legalizar sus bastardos. Cayó la querida enferma. El cura católico hizo lo imposible por unirlos. Ante los exabruptos del antiguo minero, solicitó ayuda de Vicente. Fuí. Obtuve mis propósitos. Murió tranquila la víctima y Angelo volvió a bajar a la mina con resignación cristiana. Sus piernas volvieron a funcionar desde entonces normalmente.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro de Vicente!

Angelo repitió la especie y el pueblo, creyéndolo a pies juntillas, casi me lo hizo creer. ¿Iba yo a abandonarle ahora por mi comodidad?

Inflexible aquel pastor a su obediencia, me persiguió de diversos modos. Por mi parte, me hice propósito de extremar sacrificios. Más de una noche flagelé mis carnes. Ahora comprendo que, quizás a riesgo de mi propia salud, prohibía a mi cuerpo ingerir carne o alimentos caros. Me nutría únicamente de arroz y jarabe de melazas, sin manteca en el pan.

Hoy, Borinage debe ser una región populosa. Los obreros, sin duda, habrán alcanzado la categoría social que merecen. Se vivirá prósperamente en aquel país. Me gusta imaginar que puse yo también mi grano de mostaza en ese progreso.

No tardó mi buen padre en dejarse ver por aquellos contornos. Encontró a su hijo recostado en un montón de paja, rodeado de un grupo de obreros que oían su religiosa charla. Aguardó a terminarla, y una vez que se fueron todos, me rogó, por el honor de su nombre y su familia, que volviera a vivir en casa de la señora Denis, que la decencia fuese una de mis mortificaciones y ejemplos saludables en adelante. Repliqué sin ambajes, que una de mis grandes alegrías en aquel estado era, sin duda, procurar asemejarme a él. No me creyó. Por el contrario, interrumpió mis razones molesto, ya que él jamás se había portado tan monstruosamente. Evoqué sus años de juventud y contestó que aquello era diferente porque él carecía de bienes de fortuna.

—Tampoco, padre mío, se ha hecho usted rico en su vejez.

El viejo se tranquilizó por último ante mi promesa de volver las cosas por su cauce. Sin duda que algo más de lo que declaraba meditaba para sí. Recordaría la enfermedad de mi madre, pensaría que la epilepsia es contagiosa, y mi forma extremista de obrar dábanle motivos más que suficientes para creer en mi posible desequilibrio mental. Pudo comprobar mis veladas recriminaciones a la conducta poltrona de su vejez y a toda su generación académica. Pese a esto, de buena fe, sin dobleces, me dejé guiar por su experiencia. Consentí en imitarle. Me atildé a su manera con cierta modesta elegancia que a nadie pudiera insultar. Padre daba útiles consejos. Su Dios, aunque no penetraba en las honduras de las minas, gustaba de llegar al corazón de las gentes sencillas. En casa de un enfermo dejé únicamente que él hablara.

—¿Quiere, padre, que repita sus consuelos?

Fueron unos días inolvidables en que el hijo procuraba aprender del padre hasta el último de los secretos de su ministerio. ¡Qué orgullo que el padre viniera a verme! Hicimos visita

juntos a los tres pastores del Borinage. Paseamos por la nieve. Nos recibieron en casa de unos mineros. Vimos sacar carbón de una mina llamada "Los tres decks". Y aún asistimos a dos lecturas de la Biblia en las que el buen pastor se limitó a poner sus apostillas piadosas. Creo que padre llevaría también una impresión duradera de la región. ¡Que así suceda en adelante a los que vinieren a este país extraño y pintoresco! El pastor Bronte aprovechó la visita de mi padre para recriminarme en su presencia.

—¿No encerrará cierta soberbia la conducta de su hijo?

De resultas de este incidente caí enfermo. Volví a la casa de la señora Denis, donde me cuidaron con toda solicitud. Mi padre, antes de irse, dió algunas monedas e instrucciones a mi patrona para el futuro.

Dos días después, me consumía en mi encierro imaginando cómo lo pasaría la anciana Gertrudis, que yacía enferma en su lecho. Sin aguardar a más, traté de huir. Imposible. Me habían cerrado con llave.

Ante aquel suplicio acudí a Dios. ¿Por qué, Señor, no apareces y los confundes? ¿Por qué Señor, no me das tu luz para obrar en adelante del modo que pueda conquistar más almas para tu gloria? ¿Estoy en la verdad? ¿Hay siquiera un deje de soberbia en mi actitud, algún resquemor oculto por no alcanzar el grado de pastor, al que aspiré en su día? Quiero únicamente obrar como Tú dispongas. Hundirme en el polvo para que resplandezca con más vitalidad Tu Luz de Sol. Me torturaban aquellos obreros de faz dolorosa, con huellas de sufrimiento y fatiga, sin apariencias de belleza, pero con un alma inmortal, ávida del alimento que no perece, de la palabra de Dios.

Y no podía acudir en su auxilio.

Pinté. Me consolé trazando bosquejos de aquellos hombres. Los paisajes me decían muy poco si no se corporeizaban, si no tomaban una dimensión humana que los vitalizara, o en definitiva, si no se realzaran los primeros términos por hombres y mujeres, manchados de barro. No existía para mí mejor definición del Arte, que esta: "El Arte es el Hombre añadido a la naturaleza". La naturaleza, la realidad, la verdad, pero con una concepción, con un carácter que el artista destaca, y a los cuales da expresión. Ignoro qué pensarían por entonces mis vecinos, pero vi, en sus expresiones foscas, que mis dibujos no les entusiasmaban.

Al cuarto día descendió la fiebre y me permitieron salir. Descargó sobre Borinage una tormenta sin precedentes. Me parecía que Dios me llamaba. Que se iluminaba en el fulgor de sus relámpagos, y sin poder contenerme eché a correr al monte. Anochecía ya, agigantándose la tempestad. Desde las alturas vi en la lejanía, al fondo del valle, una parte del Borinage con sus chimeneas, sus montículos de hulla, sus casas obreras, y siluetas negras agitándose semejantes a hormigas. Al borde del horizonte se distinguían algunos bosques de abetos, sobre los cuales destacaban casitas blancas, torrecillas y un viejo molino... Arriba flotaba una especie de bruma. Al estallido de los rayos se iluminaba el paisaje y producía extraños efectos.

Dialogué en la cumbre con mi Dios. El agua azotaba mi rostro produciéndome una agradable sensación.

—¡Aparécete en las nubes, Dios Eterno! ¡Dime quién tiene razón! ¡Dime si desvarío!

Detrás de mí, en un árbol, Húngara me veía con espanto. Temerosa se echó a mis pies:

—¿Por qué haces estas locuras, Vicente?

—No lo sé. No sé si estoy engañado.

—Para mí eres tan grande como Dios. Yo le quiero por ti. Yo le sirvo por ti.

La declaración de aquella chiquilla, chorreando agua a mis pies, abrazada a mis rodillas, me pareció un crimen.

—Vuélvete a casa—la grité.

—No me iré sin ti.

Estaba prendada de mí. Yo no podía pensar en ninguna mujer. Jamás entregaría mi cuerpo a otra misión que la de salvar almas, y ahora me daba cuenta, tristemente, de que aquella chiquilla únicamente creía en mí por su Dios, quizás el mismísimo argumento por el que las beatas coreaban "milagro" a mi presencia.

La situación no podía ser más desagradable. Húngara, inmóvil, inexorable, seguía abrazada a mi trozo de barro.

—Debes marcharte de este pueblo. Mañana mismo pediré al director que te envíe lejos...

Nada más grandioso que aquella escena. Los cielos seguían descargando sus furias. Retumbaban los árboles con estrépito y parecía que allá mismo se acababa el mundo. Húngara estaba

sin sentido. La cogí en mis brazos y la llevé al pueblo. Debí ser el hazmerreir de la chiquillería.

La señora Denis me riñó con razón. La niña recibió más de un codazo en el covachón donde se albergaba con otras cuantas mujeres, que no cesaron de hostigarla, por lo que ellas decían su actitud sin sentido. Al día siguiente, pedí al director que la enviase lejos. Don Eduardo me prometió sacarla del horno y ponerla a su servicio particular. Con esto me tranquilizó y dejé por un tiempo de verla y sentirla.

El inolvidable 5 de abril del año 79 descendí por vez primera a una mina, la de Marcarasse. Sudé. Con permiso de los mineros ennegrecí las manos en la faena. Procuré, incluso, animarles, dando un sentido optimista al trabajo, y aún me quedaron unas horas para diseñar unos apuntes. Con estos apuntes subí a la superficie encaminándome a la Dirección. Mostré los dibujos. Protesté enérgicamente. ¿Cómo podía tratarse así a seres humanos? Aquel sibarita al frente de los destinos de miles de obreros, tipo de mirada cruel, boca gordezuela y sensual, me miró de arriba abajo. ¡Que un don nadie se atreviera a desafiarlo!... Le invité a mejorar las condiciones de trabajo. El día menos pensado podía suceder una catástrofe y faltarían medios para combatirla eficazmente. Viendo que mis protestas no obtenían el resultado apetecible, confieso que me prometí anatematizar su conducta anunciándole penas eternas. "Señor Vicente —cortó el atacado— le haremos encerrar en una casa de orates si no nos deja tranquilos".

—¡Como invocado! Fué su milagro. ¿Quién lo diría?

Así maldecía el empleado que oyó nuestra disputa y ahora mesaba sus cabellos desolado.

—Ese maldito Vicente...

Una explosión, como cientos de cañones disparados a la vez, nos despertó sobresaltados la madrugada del 16 de abril. Tembló el subsuelo estrepitosamente por un escape de grisú. Fui de los primeros que subí a bocamina. Unos instantes trágicos.

El silencio que seguía a la explosión ahondaba el vacío a nuestro alrededor. Aún se ignoraba si había probabilidad de salvar a los que quedaban dentro. ¿Cuántos? Todos. ¿Cuántos eran todos? Más de cien hombres. El silencio tomó proporciones fatídicas. Iban desapareciendo los fantasmas que engendra la noche y comenzaron a llegar las gentes. Oían mi relación sin sentido, como ausentes. Golpes sobre una masa insensible, recién despierta, despierta violentamente. Oyéronse luego gritos de dolor. Mujeres en bata, desgreñadas. Niños, muchos niños curiosos, arremolinándose donde se oía más ruido. Alguno, pegado a tierra el cuerpo por ver si oía latir algo allá dentro. En pocos minutos juntóse en el patio un gentío ávido de una señal de vida que procediera del interior. Y de allá, nada, silencio...

¿Qué sucedería? De aquellos que me rodeaban, el que más o el que menos, todos tenían algún pariente en el agujero. El director, don Eduardo, llegó seguido de una cohorte de ayudantes. Acto seguido, dos médicos del pueblo. Los voluntarios, con pico por toda herramienta, penetraron hacia el interior. A las dos horas comenzaron a subir los primeros heridos.

El hijo. El hermano. Abrazos.

Subían en el ascensor uno a uno. Chirriaban los cables sordamente. Mil ojos se asomaban angustiosos. No era el padre. No era el hermano. Era otro. O sí lo era, y saltaban los sollozos incontenibles.

—Fué terrible—decía uno de ellos. Se nublaron los ojos. Creo que saltamos. Pareció un suceso que me lo han contado, que no lo hemos vivido.

Las quejas subían de muy hondo. Se improvisó un campamento en el patio. Por desgracia faltaba una enfermería en la mina. Con urgencia, enviados especiales, convocaron a los médicos de la región. ¿A qué nos llaman a esta hora?—pensaban. Poco podían hacer. Faltaba material quirúrgico. Hasta camillas. No más que rancias medicinas curalotodo que nada curaban, ni podían salvar vidas humanas. Abrían la boca al llegar. Miraban al cielo, a la aurora naciente, como buscando un remedio sobrenatural. Impracticable otra operación que desinfectar y vendar las heridas. De dentro subía un eco desgarrador, como de una sirena silbante en demanda de auxilio. Durante varias horas disputamos los vendajes entre los más graves. ¡Para enloquecer! Años después veía aquellas dantescas escenas. ¿Qué hicieron aquellos hombres para que los dejasen morir como perros, esos otros que eran sus iguales? ¡Demasiado costoso!... ¡Y la ame-

naza!... "¡Señor Vicente, haremos que lo encierren!"... Mis ojos vieron horrores indescriptibles. Pudo abrirse un agujero y conectarse con la galería superior. Los que salían de allá parecían sonámbulos. Me desgañité exigiendo que horadasen más, que aún se oían gritos. Antes de mediodía se dió por finalizada la búsqueda, según el portavoz de la Empresa, por inútil, ya que harían falta varias semanas de esfuerzos ininterrumpidos para llegar al fondo. Y una vez de hallar los desaparecidos, ¿qué? ¿A enterrar? Yacían ya enterrados más hondamente. Así opinaron los responsables.

Vi subir al viejo Walter con quemaduras. La anciana Gertrudis, se abrazó a sus nietos de rostro ennegrecido por los fogonazos. Alguien, sin parientes, una mujer, dejó caer su cabeza sollozante en mi pecho. La conduje en busca de un lugar aparte donde no llegara el bullicio. Allá, sentándose en una piedra, cabizbaja, trató de recomponer los hechos. De vuelta al grupo de buscadores vi en el suelo un reguero de sangre. La mujer yacía horriblemente mutilada. Miré hacia atrás: estaba inánime. ¡Dios mío, qué pesadilla imborrable! Extraje de mi propio saco vendas para taparles. Subió uno de los últimos y apuntándome:

—¡Mascador de hostias! ¡Hijo de cabrón! Tú eres el culpable. Tú nos echaste ayer mal de ojo...

Entre varios llevároníe a hombros a su cueva. El hombre rabia desesperado. Sus quejas hondas renquean de alguna cavidad rota, desgarrada. Sus extremidades como las de un muñeco caen con estrépito. Sus juramentos mismos han perdido la flexibilidad de antaño. Una enorme quemadura le cruza de media cara al vientre. ¡Si yo supiera curarle! No bastan las vendas. Pongo aceite en sus manchas. Rezo y velo a la vez. Detrás su mujer y su pequeña jauría paralizados, mohinos. Cuando el herido se sofoca le ayudo a cambiar de postura. Frágil permanece en silencio mirando al techo. Aún nos domina aquel deshecho de hombre. Contemplándole quieto pensamos si no sufrirá y con esta idea nos consolamos. En la pieza, mezquina, de paredes con garabatos, únicamente se oye el tic tac angustioso de un reloj. De pronto, lanza una queja extraña, revuélvese, quiere incorporarse, señala con el dedo un lugar en el espacio y cae sin sentido. No hay salvación. El eco de la mujer repite: "No hay salvación". ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Menudean lágrimas. Hiede y supura la herida que vuelvo a limpiar. La sangre mana purísima por entre la carne quemada. Son unas horas vividas intensamente, sucediéndose la emoción a lo trágico. Frágil, sin em-

bargo, curó sus heridas. Milagro del diablo, diría tiempo después una beata.

Al día siguiente el anciano Walter enumera en la taberna ante un grupo de curiosos, cada una de las víctimas. Su voz acusa. Nos llama culpables por nuestro silencio.

—Ya, ya, poca cosa cincuenta hombres enterrados vivos, unos encima de otros. Un montón de estiércol, cien metros, media tonelada de carne que vale menos que el carbón que ocupa. ¿A qué bajáis la cabeza? ¡Esclavos, lo que merecemos ser! ¡Cincuenta féretros, uno detrás de otro! ¡Un entierro colosal! ¡Ni siquiera eso! Usted, hermano Vicente, ¿no podía juntar una comisión de fieles que impongan enmienda a esos monstruos?

—¿Y para qué?

El hermano Vicente se siente una víctima más en la catástrofe. Le han echado muchos años encima en pocas horas. Le parece que no saldrá sin canas de todo esto.

No se sabe de dónde, pero llegaron. Multitud de féretros de ébano con una cruz de marfil amartelada en el centro. Malas lenguas atribuyeron la compra a Julián X para desacreditar a los dueños de las minas. Mientras, y aprovechándose de la caída bursátil, compraba acciones en la Bolsa de París. A excepción de tres o cuatro llenáronse los féretros de carbón. A hombros de los supervivientes subieron al camposanto. Fué un espectáculo impresionante. Ni fueron invitados los directores, ni las autoridades de la región, ni más gentes de iglesia que el cura católico y yo. Arriba despedí el duelo con una sentida oración póstuma coreada por la multitud.

Fuí en busca del pastor Bronte. ¿Qué podía hacer? Por el contrario, inoportunamente se desató en improperios contra esos obreros que no ponían precaución en su tarea. El ha visto remover mechas allá abajo. El ha visto... ¿Le dolería que no le invitaran a él a presidir la ceremonia?

Al alcalde que visitamos una comisión de mineros, algunos vendados todavía, aquello parecía un hospital, para dar más impresión, le encontramos solidarizado con la causa común:

—¡Vayan ustedes! ¡Háganlo ustedes! Yo les prometo hacer la vista gorda. A mí no me comprometan, ya saben que todos dependemos de la mina más o menos. Pero vayan, vayan... Yo me callo, nada he visto. Con orden, eso sí, con disciplina en la

protesta para que sea más seria, más patética... Yo me callo, nada he visto, mis alguaciles se esconden...

—Es usted quien debe protestar de ese estado de cosas.

—¿Yo?

¿Quién le metía a él en libros de caballería? El, como sus agentes, hurtaba el bulto de las disputas callejeras. Como si lo hicieran adrede... Jamás se les vió en las zonas de peligro. Durante las primeras horas de la explosión no aparecieron y hubo que improvisar la escuela y el templo del bebé, mi cabaret santificado, para atender a los heridos urgentes. Ahora le pedíamos que encabezara con sus alguaciles y concejales una protesta. Demasiado para sus fuerzas. Además, había que decirlo todo, en la familia del alcalde, su hijo mayor ejercía funciones de capataz en una de las minas. Otro hijo figuraba como escribiente en la oficina a donde por privilegio no acudía más que a la hora de cobrar. ¡Y cómo le trataban en visita! ¡Qué homenajes y banquetes! ¡Si le habían convertido en un personaje! Sólo faltaba al recibirlo, que lo hicieran con banda de música. No, no podía aquel alcalde echarse a la calle con la canalla. Guardaría silencio. Escondería el bulto si la cosa no era grave, pero nada más.

Nos faltaban los dos apoyos decisivos. El anciano Walter se desgañitaba inútilmente en la taberna. Acudieron otros muchos. Tácitamente unos y otros dejaron de ir a la mina. Se paró el horno, se suspendieron los trabajos en el agujero, hubo un revuelo amenazante como víspera de borrasca... ¿Sería pasajera aquella actitud? El hermano Vicente veíase rodeado de gentes. Instábanlo a protestar.

—¿Para qué?—les repetía yo. Fuí la víspera de la catástrofe y no me escucharon.

Me pedían entonces que los maldijera.

¡Dios únicamente!

Corrió la voz de mis amenazas que no hicieron mucho caso en la mina.

Limitáronse los empresarios a poner un tablón de anuncios ante el Ayuntamiento, dando a conocer que al día siguiente, 20 de abril, se reanudarían los trabajos. Despedidos los obreros que en dicha fecha no acudieran. Tajante. Amenaza flagrante.

El 20 de abril nadie fué. Hombres, mujeres, niños, obreros, en traje de trabajo con crespones negros en señal de duelo, vinieron a sacarme al templo del bebé rogándome encabezara la

manifestación. Llegamos al edificio de oficina, frente al despacho del director en un silencio sepulcral. Subió una comisión. Don Eduardo mostró especialísimo interés en hablar conmigo a solas. Insultó violentamente a los infelices obreros. Los echó a puntapiés jurando que no volverían a trabajar en sus minas.

—¿Es que no les hemos hecho hombres? ¿Qué haría esta maldita región sin nuestras minas? Y no crean que los necesitamos, no. Cientos de forasteros se ofrecen a servirnos. ¿Qué piden? ¿Un hospital o casa cuna? Aquí hacen falta hombres enteros, dispuestos a todo.

Les defendí.

—Usted quédese aquí.

Salieron los demás.

—¿Está de su parte?

—Sí.

—Se hace usted culpable de sus atropellos. ¿Se da usted cuenta?

—Perfecta. He prohibido que saquen armas. Procuro que ni siquiera levanten la voz. La única que se levantó brutalmente, don Eduardo, fué la suya.

—Con que sin violencias, ¿eh? El horno se apagó.

—¡Sin violencias, sin violencias! Sed hombres dignos —les dije— pues la brutalidad mata lo que hay de bueno en el hombre.

—Usted responderá.

—No tengo más que la vida para responder.

—Dígame qué es lo que se propone.

—¿Tiene usted poderes para decir sí o no sin consultar al Consejo?

—Los tengo.

—Pedimos un hospital. Al menos una enfermería con médicos permanentemente. Pedimos mejorar las condiciones de trabajo. ¿Qué hacen ahora los huérfanos de las víctimas? Que al menos puedan sustituir al padre muerto, ya que no se les puede asegurar el pan por el que sucumbió, ya que pedir eso sería demasiado. Pedimos...

—Vuelvan mañana. Lo pensaré.

Al día siguiente, al llegar a la dirección aparecían las puertas cerradas y delante del edificio paseábanse grupos de guardias y paisanos armados.

Una cuadrilla de forajidos contratada por la empresa velaba por los alrededores. Los obreros se asustaron viéndome entrar solo, como víctima propiciatoria, en el despacho del director. Un ujier salió a abrirme y pasé. No me recibieron. Durante la noche cundió la especie de que me harían una encerrona y los ánimos se excitaron peligrosamente.

¡Sin violencias! ¡Sin violencias!

No puedo evitarlo: los obreros se dieron cuenta de la presencia de aquellas gentes pagadas y sospechosas de coacción y les insultaron. Alguien disparó al aire. Llegaron a las manos. Dos o tres heridos de cada parte...

Luego, esos mismos obreros me pedían disculpas. Nadie más que yo lamentaba esas escenas. Pensé calmar los ánimos, creo que inútilmente. A media tarde llegó un escribiente del director rogándome fuese a la fábrica inmediatamente. Al llegar seguía en su puesto el grupo de facinerosos. De lejos tiraban piedras los chiquillos, rompiendo cristales. Los hombres se pegaron a mis pies hasta el despacho del director. ¿De dónde habían salido? Entré.

—Y ahora, ¿qué?

Don Eduardo, exasperado hasta el límite, ebrio, congestionado.

—Yo no tengo la culpa.

—Le procesaré.

—Usted sabe que no soy culpable. Pido mejoras por las buenas.

—Es usted un demagogo peligroso. Un anarquista. No merece llevar esa cruz en el pecho.

Y sin más, me la arrancó, echándola sobre la mesa. Me mordí los labios. Callé.

—Usted está loco. A usted lo encerrarán por loco. ¡Váyase! ¿Y sabe por qué predican ustedes? ¿Sabe usted quién paga a sus predicadores? ¡La mina! ¿Qué le parece? Hoy mismo escribo al pastor Bronte pidiendo su despido, señor Van Gogh.

Seguía callado. Hubo una pausa larga. Oíamos al reloj de pared dar la hora. Las voces del exterior habíanse alejado. De pronto:

—Su amante es una de las víctimas.

—¿Qué está conspirando? ¿A quién se refiere?

—A esa Húngara que me recomendó sacar de la mina...

Quedé anonadado. ¿Qué rayo del cielo me había fulminado así?

Ignoro si la especie corría de buena o mala fe. El director seguía ronroneando los indicios para opinar así, acusando incluso mis extremistas esfuerzos para seguir buscando entre los escombros. En una enfermería improvisada pasé aquella noche. Húngara yacía en un camastro sin las dos piernas. No sangraba. No quería verme. No quería que nadie me diera la noticia. Allá me llegó la nota escueta del pastor Bronte comunicándome mi despedida. En el comunicado oficial del Comité de Evangelización se leían estos términos ominosos: "Por excesos ajenos al ministerio. Por mal ejemplo. Por exaltación frenética".

—¿Dónde irás? ¿Qué harás ahora, Vicente? —Me acariciaba.

—¡Yo qué sé!

—¡Cómo me gustaría tener ahora mis dos piernas para guiarte!...

—Todo el mundo me toma por un inútil.

—Yo sé que vales mucho.

Murió.

Me alejé del pueblo. Salí descalzo. El coro de chiquillos pagado por el director me gritó sus burlas siguiéndome hasta las afueras. Me negué a que me despidieran los obreros.

Sufrir sin quejarse es la única lección que se trata de aprender en la vida. Yo no quiero quejarme de nada ni de nadie. Si acaso, mi dolor abrirá dentro, muy hondo, donde sólo entra el bisturí, un cáncer hasta roer el corazón, y para entonces ya estaré con los gusanos.

Como Adán y Eva, después del pecado, me veía condenado eternamente. Como ellos, del modo más acusador: con la vergüenza. Volvía entre los hombres con esta cruz de ceniza en la frente. Me presentaría de nuevo a los ojos de aquellos que con-

fiaban en mí. ¿Para qué? ¿Y de qué? Os equivocasteis. Yo no servía para misionero. Con el primer traje a la moda que puse oliendo a alcanfor de hallarse guardado mucho tiempo, recobré la vergüenza. ¿Qué dirían de mí aquellos que me despidieron compungidos, mirándome como a un santo que se iba a romper horizontes? Defraudaba de golpe todas las esperanzas de los míos. ¡Que haya un pastor en la familia! ¡Que no se extinga el mantenedor de ese antorcha encendida en el altar, de generación en generación! Todo por tierra... ahora, me verían volver en derrota. Quizás pesase sobre mí una maldición. La raza, degenerándose, daba un monstruo, y ese monstruo era yo.

—Este es aquél que iba para santo. —Los caminos del Señor son inexcrutables—. ¡Qué altiva parece a veces la virtud! —Algún secreto pecaminoso encierra cuando lo han rechazado.

¡Rechazado! ¡Maldito! ¡Expulsado! ¡Prófugo! Cerrábanse los horizontes a mi vista con amenaza de tempestad. Vicente Van Gogh ha vuelto. La comidilla de las casas vecinas. El gesto burlón de sus enemigos. Le harían hablar: procurarían por todos los medios que manchase con insultos a los representantes de la fe oficial. ¡No! ¡Mil veces no! Preferí huir de todos. No verlos. Abrazarme a una soledad sin palabras, rodeada de espectros.

¿Adónde iba? Había fracasado como estudiante, como librero, como vendedor de cuadros, como apóstol. Un verdadero caos de extrañas inclinaciones que no alcanzaba a descubrir. ¿Para qué serviría? Esta interrogante toda la vida, aprisionando la voluntad, torturándola con una luz vivísima. A los veintiséis años, comenzar de nuevo. Años después, toda la vida me preguntaría lo mismo, pediría al Dios de los Abismos, en su tormenta, el Rayo Revelador. Muy pronto me dedicaría por completo a la pintura. ¿Y por qué? ¿Qué ideario perseguiría careciendo de criterio propio?

Veía en mi obra algo así como un eco de lo que me impresionó. Que la naturaleza me contó algo, que yo notaba algo perdurable como la naturaleza misma.

Igualmente tableteaba en mi interior, a raíz de mi expulsión, un eco profundo que no conseguía descifrar: Vicente Van Gogh, has nacido para hacer algo que ningún otro que tú pueda hacer. ¿Qué?

Una de las cosas que más me asustó siempre fué la miseria. Desde niño me educaron apartándome en cierto modo del indigente. Daba limosna con cierta repulsión a los mendigos. ¿De

dónde salen? Hay que ganarse la vida. Tu padre no va a trabajar siempre para vosotros —me repetían los hermanos—. Cuando seáis mayores debéis pagar estos beneficios... El viejo no podrá trabajar entonces. ¿Qué hice para merecer el sacrificio de mis padres? No servía para un trabajo constante, para una labor útil. En consecuencia, era un derrotado a los veintiséis años. Ahora vería la miseria de cerca, la proclamaría por compañera inseparable, la palparía al despertar, durante las horas del día. Hambres, fríos, desolación, olvidos, necesidades espirituales... Tocaban en el campanario a rebato las campanas... No para mí. Todavía no había muerto. Con vida aún, apartado de todos, apestando, parecía un cadáver ambulante. A raíz de mi catástrofe personal encaminé mis pasos a Malinas, donde vivía el pastor Pietersen. Anduve de noche los primeros días, evitando que me vieran. Pasé la primera a las afueras de Petit Wasnes, donde según mis informes vivían los padres de Húngara, para entregar aquellas monedas que tentaban mi codicia. Llamé a la puerta indicada. Allá no vivían. Nadie conocía a Húngara. Aquella piadosa mentira significaba sencillamente un modo de darme una limosna. Unicamente aparté lo necesario para comprar un par de zapatos y el resto lo envié a Cuesmes; para las familias de mis pobres mineros, a los que les pedía en nombre de Jesús, en una sencilla carta, que imagino leerían compungidos en algún rincón de la taberna, ya que Julián había recobrado su templo del bebé.

El pastor me recibió muy amablemente. Cautamente y sin ofenderme, dió a entender los motivos por los que el Comité de Evangelización prescindía de mis servicios. En el fondo no significaba censura de mis costumbres, sino excesivo celo en el cumplimiento de los deberes asignados. El pastor Pietersen resultó ser gran aficionado a la pintura y divagamos ampliamente sobre cuestiones artísticas. Sus estudios escolásticos invitábanle a mirar con cierto mohín despectivo cuanto se apartase de sus preferencias clásicas. Con gentileza, pidió ver mis dibujos, mostrándose entusiasmado con ellos. Se los ofrecí en recuerdo de la entrevista. En modo alguno lo admitió. El quería comprármelos. Otro más en dar una limosna al vagabundo, cuyos dibujos maltrechos causan cierta repulsiva abstención. Durante tres días viví de su caridad, que aproveché para conocer los rincones típicos de Malinas.

Con una carta de recomendación para el pastor de Cuesmes, gran amigo suyo, y que me permitiría "toda clase de excentricidades" —no empleó estos términos—, me despedí de Pietersen

con el firme propósito de no volver por casa. Apenas salí de Malinas encontré a un joven de los alrededores de Etten. Este me comunicó la preocupación de los míos, sin noticias desde tiempo atrás. A sus ruegos, accedí a poner un telegrama que recibió una contestación lacónica y perentoria: "Ven. Tu madre".

Contra mi voluntad, repito, madre me obligó a descansar en Etten. Fueron días angustiosos, en los que apenas salí a la calle, negándome a declarar cosa alguna de mi pasado.

El silencio del viejo tomó un eco amenazador. Mi hermana, a su modo, dió a entender el disgusto de los viejos. Si ella fuera hombre... Citaba el ejemplo de Teo, entonces en la casa de Goupil de Bruselas, y próximo a ir destinado a la central de París.

¡Qué incomprensión! Aunque tuvieran toda la razón, yo únicamente pedía un bálsamo para cicatrizar mis heridas recientes. Volví rápidamente al Borinage, estableciéndome en Cuesmes. Por esto, cuando mi hermano vino a despedirse para ir a París y paseamos juntos por "la Bruja", una fosa abandonada, nos vimos muy distintos. Quizás en mi postura se advirtiera cierto resentimiento contra el hermano que triunfa.

No tardé mucho en reaccionar contra un proceder absurdo. Un poco tarde, sin embargo, ya que él se había ido a París con mal regusto de nuestro encuentro. Pensó seguramente que me habitaban deseos desconocidos. Mi modo de obrar no lo comprenderían los míos. Me recriminé. ¿A qué conduce la envidia? El triunfa. Lo merece. Yo caigo. También lo merezco.

Los últimos partidarios de la familia me abandonaban. Ahora sí que me sentía solo.

Aquellos días pasé un hambre convulsiva. Alquilé una modesta habitación en casa de un labrador de Cuesmes y debo confesar que apenas me levantaba del lecho. A mi lado dormía un niño. Pasaba las noches berreando como si le dieran cuerda. Aunque ofrecí lo que no poseía, la dueña se opuso a que durmiera en la cocina, por la necesidad del lavado diario. Más de una noche acuné al crío para que no despertase a sus padres. ¡Gran servicio me prestó una carta de mi hermano! Aparte de que me pedía disculpas por su impulsividad, enviaba un billete de cincuenta francos. ¡Dios mío, cómo se lo agradecí! ¡Qué injusto había sido con él! ¡Y con qué impacto de gratitud marcaba nuestra relación para en adelante!

Le confesaría. Le escribiría una extensa epístola confesándome de plano, abriéndole mi corazón. Yo sí que le debía disculpas. Disculpas y agradecimientos.

Quisiera asimilar mis ideas de entonces. Pergeñé recuerdos, hice un resumen de mis dieciséis meses del Borinage.

¡Mi examen de conciencia! Fuí voluble... cambié de oficio más que un actor de trajes para salir a escena... Que no crea, sin embargo, mi hermano, que reniego de esto o de aquello. Soy fiel en mi infidelidad. Aunque he cambiado, soy el mismo, y mi tormento no es otro que éste: ¿Para qué puedo servir? ¿No seré útil de algún modo? Aquí no debía recargar las tintas de facultades perdidas, no fuera mi hermano a creer que pedía una colocación a su lado. ¿Cómo podría saber más y profundizar más? Me importaba que, por encima de mis necesidades, advirtiera mis ganas de perfeccionamiento intelectual. Durante las horas de cama, cara al techo, volando la imaginación, se me ocurrieron algunas notas que apunté escrupulosamente. Leídas un tiempo después parecían no haber envejecido. Quizás hubiese en mí madera de escritor. Harto imbuído por lecturas atropelladas, sacaría sin duda a relucir a Hugo, Michelet o Shakespeare más de la cuenta. ¿Hacer novela? ¿Teatro? ¿Ponerme una careta para decir cosas? También se podía pintar con la pluma, que no creyera Teo que yo despreciaba la pintura ni lo tomara por un ataque encubierto. No sentía menos ardor por Rembrandt o Delacroix. Diría más. Hay algo de Rembrandt en Shakespeare. De Corregio en Michelet. De Delacroix en Víctor Hugo. Algo de Rembrandt en los Evangelios y de los Evangelios en Rembrandt. Barrunté, sin embargo, que mi hermano frunciera el ceño. ¿Un escritor en la familia? ¡Cuántas veces se desgañitó aconsejando que me hiciera pintor! Y médico, ¿por qué no? Es un estudio muy necesario. Apenas existe un hombre que no trate de saber algo de medicina, por lo menos de qué se trata.

Descuide. No iban por ahí mis gustos. Necesitaría sacrificar de nuevo a mis padres. Desconocía por completo esa ciencia. Si alguna vez caigo enfermo, huyo de medicamentos. Me tumbo boca arriba y quedo quieto y apelotonado como los conejos en espera de que la naturaleza venza el mal.

¿Qué me quedaba? El vacío. Así pensaría Teo cuando leyera la carta.

Resulta, pues —le escribía—, que desde hace ya cinco años, no sé exactamente cuántos, estoy más o menos sin empleo, va-

gando de aquí para allá. Y ahora dicen ustedes: Desde tal y cual época has decaído, te has apagado, no has hecho nada. ¿Esto es completamente cierto? Cierto que a veces gané mi pedazo de pan y a veces tal amigo me lo brindó por caridad; que viví como pude, a duras penas, como venía; que perdí la confianza de varios; que mis asuntos de dinero fueran en mal estado; que el porvenir aparecía bastante sombrío; que hubiera podido administrarme mejor; cierto que apenas gasté el tiempo para ganar el pan; cierto que mis estudios hallábanse en un estado harto caótico y me faltaba infinitamente más de lo que poseía. Pero, ¿se llama eso decaer, no hacer nada?

Probablemente dirás: ¿Por qué no has continuado por el camino de la Universidad? Demasiado cara. Ese porvenir, por otra parte, no es mejor que el actual, en el trance en que estoy.

Me vi una vez más diferente a lo que fui. Apenas había pasado un mes desde que colgué los hábitos y ya me explayaba con arrogancia. Pensaba si el traje no haría a la persona. Dentro de mi traje de clown debía causar risa y causaba lástima. Ni acabo de convencerme a mí mismo. El espejo me devolvía una imagen deforme. ¿Ese era yo? ¿Tanto había cambiado? ¡Con qué paladino sabor judaico sobé y resobé el billete de cincuenta francos que me dió Teo! ¿Le estaría cogiendo gusto al dinero? Lo odiaba. Lo daba a manos llenas. De pronto, un filón bajo mi almohada. Enriquecido, cierro las ventanas de mi alcoba, palpo el amarillo de la luz y del oro y cuento... cuento con la esperanza de multiplicarlo y esto no es más que un aspecto de la cuestión. Queda otro más peligroso. Me molesta la gente. Comienzo a odiarla. Voy por un desierto. A izquierda y a derecha arena, detrás y de frente mar, abismo, inmensidad. Es triste confesar esta reacción lógica de un espíritu proscrito por todos. Con la violencia que me rechazan respondo.

Si Dios me abandona, ¿qué me queda?

Dios no te abandona.

¿Quién lo dice?

¡Ah, conciencia, qué escondida estás! Llega un eco apagado como un suspiro. Sí, la conciencia molesta por lo general ante un cambio tan brusco. De ahí abajo la escala se dilata, multiplicándose como la raíz de un árbol. No quise abrazarme a la tierra, a pesar de que en adelante sería el único lugar donde pudiera reposar mi cabeza.

Los evangelistas son como los artistas. Hay una vieja escuela académica, a menudo detestable, tiránica; en suma, la abominación de la desolación; hombres que llevan como una coraza, una armadura de acero de prejuicios y convenciones; ésos, cuando están frente a las cosas, disponen de los empleos y, por el sistema de circunloquio, procuran mantener a sus protegidos y excluir al hombre natural. Su dios, es como el Dios del borracho Falstaff, "el interior de una iglesia". Los respetables son más raros de lo que se creería a primera vista.

Ignoraba si mi hermano leyó a Shakespeare y en consecuencia conocía al tripudo personaje. Que esto le invitara a conocer a ambos. ¡Dios mío, qué hermoso es Shakespeare! ¿Quién más misterioso que él? Su palabra y su factura equivalen al pincel más estremecido de fiebre y emoción. Hay que aprender a leer como hay que aprender a ver y aprender a vivir.

¡Cuánta desilusión en el fondo de las instituciones, como en el de las personas! Antes de ingresar en la escuela evangélica de Amsterdam, me parecía imposible que sin vocación pudiera abrazarse profesión tan dura. Muchos lo hacen por medio de vida. ¿Qué puede esperarse de ellos? En fin, estas cosas debía conocer mi hermano y yo se las contaría con pelos y señales, sin extremar rencores, no volviera a aflorar el resentido.

Quizás le engañara. No era oportuno juzgar cuando aún hervía la sangre... Me atormentaba vanamente con historias que no debían influir en mi porvenir. Traté de identificar al que fui. ¡Inútil! Si la posteridad se acuerda de mí, ella poseerá las claves y datos que revelen los secretos.

No hice milagros en Paturages. Me lo pedían. Las gentes necesitan de continuo Mesías resucitados que den norte a sus destinos. Cuando crece el rencor lleva desatados los vientos. Si a alguien interesara un eco de milagrería, al que más, sin duda, al metalizado Julián. Ya lo creo que aprovecharía la coyuntura. También se hace rico quien explota cosas de iglesia. Y él conocía mejor que nadie esa clase de negocios.

¿Qué pensaron de mí las gentes que abandoné? Otra vez su vida sin objetivo, apartaríanse del templo, de ese ritual agotador, de esos servicios siempre iguales, los mismos temas, la misma frialdad; hierático desprecio del predicador que no ensucia ni descompone su figura.

Ellos mandaban. Me retiraron su permiso. Si acaso evocaran al holandés, le disfrazarían con la camisa de fuerza. En definitiva, la única excusa que acallara sus conciencias.

Y basta.

Basta de evangelistas y religiones...

No iba por ahí el mayor desencanto sufrido aquellos últimos tiempos. Y ahora sí que debía poner cuidado para no ofender a Teo. Iba a darle a entender mondamente quiénes me faltaron en la ocasión y cómo era gente muy allegada... Escribo:

"Se sienten vacíos donde podía haber amistades y serios cariños y el temible desaliento que roe la energía moral. La fatalidad pone una barrera a los instintos de la fe. No quiero citar nombres. Están muy pegados a uno, como la venda a la llaga; descubriéndolos agudizaría mi dolor."

Que Teo imagine quiénes levantaron los puentes a mi paz terrena cerrándome todas las excusas. Quien cree en Dios, que aguarde su hora, que llegará tarde o temprano.

¿Cómo me lo tomaría si ataco directamente? En este sentido oblicuo, propicio a varias interpretaciones, parece que Teo acepta las quejas como justas. Nadie suele protestar cuando uno se queja en abstracto. ¡Ay, cómo duele si se apunta...!

En lugar de confesarme propino latigazos a diestro y siniestro. ¿Y mis otros defectos? Soy confiado. Excesivamente incauto en la apreciación de cosas y personas. Por esta razón caigo en lamentables errores. Las gentes aparentan lo que no son. Tienen dos caras: la de domingo y la otra. La primera, con la que te reciben. La otra, la sórdida, la que se ocultan detrás de su careta de carnaval...

En fin, que si pongo estos términos, Teo va a sentirse aburrido y con razón. ¿Una virtud? Soy optimista como consecuencia de mi entrega total a las empresas.

Por el momento —sigue la carta— mis asuntos andan mal. Así puede seguir durante un porvenir más o menos largo. Pero es posible que tras de parecer que todo anduvo al revés, todo ande mejor más tarde. No cuento con ello, quizás no suceda nunca... Si se produce algún cambio favorable, lo tomaré como una ganancia y me alegraré. Diré: al fin. Resulta que había algo dentro de mí. ¿Esto es optimismo?

Secuela de tales defectos, aparecía a vista ajena como un soñador, un abstraído. Soñaba en empresas que me gustaría tocar con perfección de realidad y no ponía para ello los medios. Era, pues, un holgazán. El soñador cae a veces en un pozo,

pero dicen que después vuelve a salir. El hombre abstraído tiene su presencia de ánimo en ocasiones, como por compensación. Ese individuo que rodó durante tanto tiempo como zarandeado por un mar tempestuoso, llega por fin a su destino; ese otro, que pareció inútil e incapaz de ocupar cargo alguno, acaba por encontrar una ocupación, mostrándose muy distinto de lo que parecía al principio. Le escribiría un poco al azar de lo que caía bajo mi pluma, alegrándome si de algún modo podía ver en mí otra cosa que una especie de holgazán. Que no olvidase, que se da el holgazán muy a pesar suyo, devorado interiormente por un gran deseo de acción, que no hace nada porque se ve en la imposibilidad de hacer algo, que aparece como encarcelado, porque le falta lo que necesitaría para ser productivo, porque la fatalidad de las circunstancias lo reduce a esa condición; ese individuo no siempre sabe él mismo lo que podría hacer, pero lo siente por instinto. Sí, me sentía capaz de algo, sentía una razón de ser, que podría ser un hombre muy distinto.

Los hombres se ven a menudo en la imposibilidad de hacer nada, prisioneros en no sé qué jaula horrible, horrible, muy horrible. No siempre pueden decir lo que encierra, lo que empareda, lo que parece enterrar; sin embargo, pesa sobre ellos una especie de barrotes, de rejas, de muros. ¿Es esto imaginación, fantasía? No lo creo. Me lo pregunto: Dios mío, ¿será por mucho tiempo, para siempre, para toda la eternidad?

¿Y qué hace desaparecer la prisión? Ser amigos, ser hermanos, amar; eso abre la cárcel por potencia soberana, por encantamiento único.

Este soy yo. No el que me ven los demás. Los otros me han abandonado ya por imposible. ¡Confía! ¡Quiéreme! ¡Perdona mis yerros! ¡Ayúdame siempre que puedas y no te arrepentirás! Esto sí que debo aclarárselo. No vea en mí un vividor. Le diré incluso que pienso hacerme pintor, como él quería... No, quizás parezca prematuro.

Una reputación se gana a costa de muchas fatigas y se pierde en un abrir y cerrar de ojos. Si por un lado yo he caído, él ascendió. Si yo perdí simpatías, él las ganó. Póngase contento en medio de todas sus inquietudes. Su nuevo cargo de París durará. Es muy serio y profundo y me inclino a creer que durará.

Terminé rogándole que me escriba. Era Teo el único lazo que me unía al mundo.

Me puse a trabajar sin tregua en la última elección. Sería pintor. Alcanzaría la inmortalidad por el arte, una especie de gloria para aquí abajo cuando uno haya pasado. Me convenía buscar un maestro. Proclamarse en arte, libre y sin padre conocido, aventuraría una presunción censurable. Los que no reconocen contactos más o menos directos de otros, representan lo que los fundos sin cultivar, donde aun en el caso de vegetación exuberante, aparecerá desordenada. La constancia puede crear hasta la vocación. Apuntaba mi dedo en el mapa el lugar donde surgiría el maestro. Con diez francos en el bolso, cogí el tren hasta donde llegaron los recursos, e hice el resto del viaje a pie hasta Courrieres, donde Julio Bretón tenía su taller. Hallábase por entonces este artista retirado del bullicio, completando su formidable obra. El sería mi maestro. Mi vocación vacilaba como mi fe. Si por aquellos días me ofrecen un empleo lo hubiera aceptado gustoso.

Tras de una semana de viaje llegué a Courrieres. El exterior del taller me decepcionó. Un taller completamente nuevo, recién construído, de ladrillo, de una regularidad metódica, de aspecto inhospitalario, que hiela y fastidia. No me atreví a presentarme. Me veía con aspecto mendigo. No me recibirían. Eché a correr a la iglesia tras las huellas del artista. No vi dentro más que un Tiziano. Me pareció en la oscuridad bello y de tono magistral. Descubrí el retrato del artista en casa de un fotógrafo. Con estos datos ya podía reconocerle y al menos salir airoso de una primera entrevista de compromiso. Tenía aspecto montaraz. Entré en un café a meditar y decidir. Vi en él varios frescos murales representando episodios de la vida de Don Quijote. Pero, algo impresionaría entonces mi retina con toda la fuerza de su virginidad exuberante: La campiña con sus parvas, la gleba color castaño o marga, más o menos de color café, con manchas blan-

cuzcas, donde la marga despunta. Cosa que para mí, habituado a terrenos negros, me pareció extraordinaria. Añádase a esto el cielo francés más fino y limpio que el de Brabante, lleno de humo y brumoso. Vi granjas y cobertizos que por fortuna han conservado sus techos de bálago mohoso. Observé las bandadas de cuervos famosos por los cuadros de Dauvigny y Millet y a los pescadores y leñadores en su faena, al criado conduciendo su yunta, alguna silueta de mujer con bonete blanco. Aunque el viaje fué duro y regresé mohino, con los pies doloridos y el alma triste, no me quejo, vi cosas interesantes.

Vendí mis dibujos. Para ser más exacto, los cambié por mendrugos de pan duro. Las últimas noches dormí en pleno campo, una vez en un carro abandonado que al amanecer apareció cubierto de escarcha. Otra, entre haces de leña, entre parvas deshechas, cavándome un hueco con las manos. Con tan gran miseria me volvió la energía. Pase lo que pase, me volvería a levantar. Propósito: dibujar sin descanso.

Hacía falta un método. Comencé por ejecutar ejercicios que dieran soltura al lápiz. Los modelos de primera hora fueron los estudios al difumino, las obras más conocidas del pintor Millet, los bosquejos anatómicos de John.

Así esbocé un dibujo que hoy me horroriza, representando a unos mineros de ambos sexos, en la mañana de nieve yendo hacia la mina por entre un largo seto de plantas espinosas.

Por fortuna, este como otros muchos de entonces, se han perdido. Algunos envié a París a que los conociera Teo y éste los devolvía con algún consejo pertinente. Mi atracción a la naturaleza dió como consecuencia mi afición a esos pioneros que sufren debajo de su horno. El hombre del fondo del abismo es el minero. El tejedor tiene aspecto soñador, meditabundo, casi sonámbulo. Descubro algo emotivo y hasta desgarrador en esos pobres y oscuros obreros, los últimos de todos y los más despreciados que no pertenecen, aunque la gente lo piense, a una raza de malhechores y bandidos.

Mi mundo difiere del de los demás. Los que me rodean me molestan. Pasan inevitablemente rozándome. Van a sus cosas, atropellando al vencido, por encima de los otros hombres. Cambian sus mismos problemas, hurgan vanalidades de donde únicamente puede salir pus, al igual que gozan con insultos de mal gusto, que ensucian la boca que los pronuncia. Procuro, en consecuencia, rodearme de icebergs por los cuatro costados. Mis

ideas son tristes por falta de nutrición, por aislamiento. Desayuno pan, manteca y café negro y frío. Como con vino. Fumo incansablemente. Subo al monte o desciendo al abismo, es igual, cuando necesito una emoción artificial que reflejar en mi obra. Hago que el corazón se agite por cambios bruscos de posición. Mi lápiz no tiembla.

Por estos días recibo carta de Teo invitándome a ir a París. No, todavía es pronto. Ya lo creo que sería mi grande y ardiente deseo ir a París... Me quedan recuerdos muy dulces de mi estancia en París. ¿Qué habrá sido de Susana, de Harry Gladwell? No gano un centavo y allá precisaría al menos cien francos al mes. —Trabajar, trabajar—. Perdón, hermano Teo... El camino es muy estrecho, la puerta angosta, y son pocos los que la encuentran. Pronto superé los estudios en solitario y me vi en la necesidad de ir a Bruselas. Allá vivía un viejo amigo, Tersteeg, que me abriría las puertas de pintores de nota. Los de la Academia podrían enseñarme algo...

Un pintor me aconsejó que estudiara en la Academia, que juntos podríamos matricularnos. Conociendo mi carácter, y en el fondo, despreciando esas enseñanzas, me negué en redondo. Uno de los conocimientos y el más interesante que hice por aquellos tiempos, fué sin duda, el de un académico de veintidós años, Van Rappard, pintor holandés, aristócrata, rico. Van Rappard cree en la Academia. Me presento en su casa con mi duro aspecto campesino, negro por el sol o la oscuridad de las minas, no lo sé. Van Rappard me enseñó lo que sabía, que no fué poco, brindándome su estudio, donde pude trabajar a mi gusto. Los días que no nos veíamos si el tiempo era bueno, cogía mi mochila, cargaba mi trípode y al campo o a la orilla del mar, al barrio pescador de Scheveninge. Durante cinco años entablamos una correspondencia jugosa y animada. Posiblemente afloré sus recónditos gustos dándole valor para seguir la vía más dolorosa. Sus obras verídicas arrancan sus florones de una sinceridad sin espasmos ni dobleces, sin extorsiones ni concesiones académicas, a las que en principio se sentía tan atraído. Hace tiempo que rompimos las relaciones. Sé únicamente por terceros, que el año pasado se casó en Utrecht y ahora vive retirado. Abrigo incluso la creencia de que hoy, al saber mi desaparición, lo sentirá de veras, doliéndose de los entuertos que le movieron a romper nuestra amistad. Fué testigo de mis primeros sinsabores, de los obstáculos, de la evolución, de mi vida de trabajo, de lucha y de sufrimiento. De cómo obligué a

mi cuerpo y espíritu a un esfuerzo tan enorme que no cabía más solución que sucumbir a la tarea.

En Bruselas me alimentaba de castañas y jarabe. El vio, sin embargo, y puede atestiguarlo, que jamás le pidió un pedazo de pan el amigo, el pintor pobre. Las privaciones quitan el poder creador, no dan ocasión de otra cosa que de obsesionarse en llenar la andorga. En mi caso, superé estas etapas de miseria, y aunque parezca anacrónico, me saturé de ansias, sin más... Lo único que aumentaba mi tensión nerviosa... esas ganas de algo inabordable... el hambre insatisfecha... el dolor sin calmante... Van Rappard mismo debió notar anomalías en más de una ocasión, ese concierto de gritos y tics extraños del pobre Vicente. Le conocí en julio. En octubre se ausentó dejándome más pobre y triste que antes. Yo insistí: "Si usted no queda en este país, le ruego que me haga conocer su dirección. No hace falta jurar para que se dé cuenta de qué feliz sería yo volviéndole a ver y espero que si pasa por aquí, vendrá a visitarme".

Necesitaba crearme de nuevo. El viejo pastor llegó a visitarme una vez más, descubriendo sin ambajes que los envíos periódicos de dinero que yo recibía y con los cuales compraba tabaco, libros, telas, objetos de arte, pinceles, estudios; aquellos florines que servían incluso para alquilar modelos; aquel dinero con el que compré trajes de campesinos, de mineros, de tejedores, sacos de mendigo, con qué disfrazar a mis víctimas, es decir, los modelos que se prestaban a posar para mí; que no sobraba, sin embargo, para cambiar todos los días y había que falsificarlos pagándoselos a veces a Van Rappard de segunda mano. Pues bien: todo ese dinero no pertenecía a mi padre. ¡Gratitud a Teo! Que cuando llegue a ser célebre disfrute de mis beneficios. Que mi riqueza sirva para darle al menos la mitad de mi gloria que por derecho de vida le pertenece.

Yo llegaré...

¡Si esto pudiera escribírselo a Teo sin que él no me tomara por pretensioso!

Algo muy serio me decía la importancia que yo mismo alcanzaba en mis horas de trabajo, lápiz en ristre. Abrí diversos libros de biografías. Ese, aquel, el otro llegaría yo a ser...

Una fórmula más simple al alcance de una mentalidad más sana: Querido Teo, estoy muy contento, etcétera, etcétera... Espero llegar a ser más o menos capaz de trabajar para la ilustración de diarios y libros.

Imaginé que le halagarían los últimos dibujos, hechos en noches de insomnio o en horas febriles, bajo el calor del mediodía. Instábale a creer que gastaba dinero con un buen artista y que, hasta desde el punto de vista crematístico, amontonaba posibilidades para el futuro. ¿Van Rappard? Se fué y quedé frío. La distancia nos separó. ¡Un incrédulo más! Creíase en la verdad que yo discutía por inexistente y él aceptaba con las peregrinas ínfulas de la Academia; afortunadamente, aunque no lo declara, fué cambiando debido a mis esfuerzos. ¿Cómo admitir la soberbia dictatorial de los académicos? Su arte frío, de reglas, de límites, de postulados ridículos, caía aplastado ante el empuje arrollador de los auténticos creadores.

Teo se sorprendía, animándome de buena fe. A él tampoco le gustaban los académicos. Recibía sus cartas con ilusión. En los ratos de asueto, desentrañaba su oculto sentido, procurando crear un problema en cada contestación, de suerte que siguiera paso a paso mis inquietudes, los avances de mi carrera. En diciembre trasladé la residencia y desde primera hora íbame por los barrios bajos en busca de inspiración. Algo que sonara a verdadero, aunque fuese sórdido. Vestía por aquella época como un campesino, cortadas las melenas al cepillo, contrastando con la abundante barba bermeja, de suerte que mi porte debía causar cierta hilaridad entre aquellos tipos, tan semejantes entre sí. Los niños me veían con curiosidad y los demás me dejaban pasar, volviéndose para mirarme de espaldas hasta que desaparecía. Instalaba el caballete en el rincón de una plaza o en un mojón del muelle y poco a poco juntábase la gente a mi alrededor. Un aldeano que me veía dibujar un tronco de árbol durante una hora sin moverme, me creía loco, burlándose socarrón en alta voz, del mismo modo que una buena señora que fruncía la nariz ante un rudo trabajador de ropas bañadas en sudor, no podía comprender a un artista metido entre los pescadores de Heyst o los mineros del Borinage, y mucho menos, que descendiera hasta el fondo de una mina.

No me molestaron mucho. Me permitieron vivir como un desheredado más. Consignando historia debo resaltar mi aspecto famélico de entonces, y como empezaban a faltarme modelos, yo mismo me disfracé dando autenticidad a los tipos representados. Vestí el capote azul del campesino brabazón y el traje de tela gris de los mineros, el sombrero de cuero, los zuecos y hasta un saco de pescador que me daba cierto aspecto de lobo de mar...

¡Una aparición! Yo mismo me desconocía. Hubiera pasado delante de mí sin saludarme. Resultaba difícil asimilar técnica-

mente la profesión. Quisiéralo o no, pesaban en mi ánimo las anteriores profesiones. El librero que se distraía clasificando títulos, el mercader que veía en todo momento la parte comercial de sus cuadros, el pastor que por nada del mundo quería mancharse con desnudos voluptuosos, el apóstol que predicaba su nueva de arte diferente. No me haría comerciante de cuadros, aunque pensara en el posible adquirente, ni apóstol de nuevas que nadie atendía con el estómago vacío, cuando estas nuevas, en la práctica, defendían inevitablemente al poderoso. Mis dos años de destierro del Borinage marcarían un estilo realista, trágico de la existencia humana y, en consecuencia, del arte. Sistema y voluntad de acción estilizaban los dibujos, dando agilidad a mis dedos. Releyendo correspondencia del primer albor vocacional de mi última profesión, sacaba la extraordinaria conclusión de que había, en efecto, alcanzado las metas propuestas. Espigo la carta que decía —y esto no muy lejos, el pasado mes de septiembre—, que la naturaleza comienza siempre por resistirse al dibujante, pero el que toma en serio su tarea no se deja derrotar. Tal resistencia es, por el contrario, un excitante para vencer mejor, y, en el fondo, la naturaleza y un dibujante sincero están de acuerdo. Hacía falta mucho ardor penitente para enterrarse en vida con las obras de arte por hacer, la miseria por delante y por detrás, un pasado del que más de uno procuraría extraer moralejas. ¡París! París! ¿Cuándo saldría de mi encierro dándome a conocer al mundo? Ya quedaron atrás los años mozos de las quiméricas esperanzas. La acción mata los sueños. No me han quedado horas libres para soñar. He pegado la vista al lápiz o al difumino, no levantándola más que para comer, y hasta en este punto a medias, con un libro en la mano. En Bruselas entré en los museos. Más de una vez me sucedía que lo cerraban cuando yo apenas si había estudiado uno o dos cuadros. En la Escuela de Veterinaria topé con reproducciones anatómicas del caballo, de la vaca y del cordero y procuré diseñarlos como antes hiciera con el hombre. Hay leyes de proporciones, de luz y de sombra, que es preciso conocer para poder dibujar. Resultaría prolijo reseñar cada una de las dificultades vencidas durante esta primera etapa. Basta dejar consignado que el dibujo constituye una lucha dura y ardua, que me gusta mucho el paisaje, aunque no llegue a conocerlo en la tela, y que prefiero los estudios de costumbres. Por no ser ingrato con mis pintores más admirados durante esta época, señalo una lista que va de Gabarny a Monnier, a De Groux y Rops.

Durante el estío instalé mi estudio en Etten, en casa del dómine, mi padre. Una de las primeras cosas que saltaron a mi vista, chocantes y olvidadas, la solicitud de los criados de casa en servirme.

—No, soy más pobrecito que un ratón de iglesia.

Mucho barro. Algún visitante que procura ver al hijo pródigo, que por cierto no cae simpático a nadie. Algo así como el hijo del aldeano educado en la ciudad que al volver a sus lares con nadie puede relacionarse. Seguro que la gente pensaría, "¡qué orgulloso!" Nada más injusto. A mí, la verdad, se me hacía pequeña Etten. Como falto de aire que respirar. Como un corazón oprimido bajo una espalda encorvada, o un techo que va achicándose hasta aplastarle a uno. ¿Con quién podía entenderme si hablábamos distintas lenguas? Y, no obstante, topé con dos aficionados muy estimables que, además, se ofrecieron gustosamente a posar. Con este motivo acuso un cambio radical en el dibujo, tanto en el modo de hacerlo como en su resultado. Copiar del natural, sin pagar modelos, y obligándoles a interpretar los papeles y muecas que me vienen en gana. Los individuos en cuestión, posaron con prosopopeya y falso dramatismo para que el artista captara mejor o peor sus estados de ánimo. Aprendí a medias a ver y a buscar las grandes líneas. Un pintor de la familia, un tal Mauve, que pasaba su veraneo muy cerca de casa, vió mis cosas. A Mauve le chispearon los ojos, e indistintamente examinó mis rasgos y mis dibujos. "¿Este será ese hombre tan voluble? ¿Aquél que decían los suyos que iba para santo?" Sin duda que Mauve quedó impresionado. Me dió un montón de consejos, rogándome fuera a visitarle pasado el verano a su taller de La Haya.

Mis cosas por aquellos tiempos mejoraban sensiblemente. Teo vino a brindarme una oportunidad pidiéndome unos dibujos para su comercio de arte. El sacerdote católico, igualmente, me encargó unas vírgenes, cosa que hice, con gran sorpresa de mi padre, cuya caridad predicada no le llevaría más lejos que a meter en prisión y a pan y agua a su enemigo, y a lo sumo, como al caballero negro de la Inquisición, a ponerse de rodillas y a rezar a Dios por los mismos que suplicia.

Sin duda que, informado por Mauve, el tío Cien sintió renacer su confianza en mí, enviándome una caja de colores para acuarela. Por lo visto, la familia se enorgullece de mi nueva profesión y procura ayudarme. "Que no le molesten ahora", dice

el hermano al comisionista amigo que llega a casa para llevarme a dar un paseo.

Procuran que desaparezcan los ruidos mientras trabajo. Reprimen las críticas mal intencionadas de mi hermana. La bonísima madre Ana sitúa los bártulos a punto, tan pronto me levanto, sin que yo se lo pida. Casi barrunto que exigían contraseña para verme, como cuentan que hacía Balzac cuando de noche llegaba algún inoportuno visitante. Y todo por un comentario favorable del hombre consagrado.

Los días que no volvía paseaba por Etten. Dibujaba campesinos o sembradores, o una vieja entrando en la iglesia, o una moza con su escoba. Compartía ésta, por ejemplo, con cierta "campesina barriendo" de mi época de Nuemen. Aquí más seguro el trazo. Allá más fantomático. Y su sombra, parecida a la sombra de un monje encapuchado, de un nazareno de espaldas, en actitud caminante.

No quisiera echar en olvido la nueva aventura sentimental de mi vida. Aventura debe llamarse, aunque remarque la huella profunda de mi anterior fracaso. Aventura por su carácter transitorio. A mí, entonces, me parecía definitiva. Emprendía todas las acciones con el fin de asentarme de una vez. Kee, había quedado viuda poco antes, y aunque sufriera por el luctuoso suceso, huyó lo más lejos posible de sus recuerdos y de su tumba en lo alto de La Haya. Ahora mi prima no parecía hermosa a los ojos de los demás. Su seducción particular dimanaba precisamente del culto que guardaba al ausente. Si se hablaba de ciudades, caminos, paisajes, horizontes vistos... Su marido Fulano la llevó a tal sitio en viaje de bodas... Si de parientes comunes... El la regaló tal y tal cosa el día que tuvieron su hijo. ¡Siempre aquella sombra! Y esta fidelidad al juramento constituía su mayor encanto. Por lo demás, prácticamente vulgar. Sus gustos plúmbeos, como los de un artesano. Su conversación aburrida de tanto repetir el mismo tema. Agotándolo, acariciaba a su retoño...

Desde tiempos atrás, las circunstancias trágicas de mi existencia, mi endiosamiento, apartábanme por completo de los cuidados de la carne. Ahora, a los veintisiete años, sentía, como es lógico, el coletazo de la pasión. Podía pasar holgadamente mes o mes y medio sin pensar en mujeres. De pronto... ¿Recuerdas, Señor, a mi prima Kee? La vi en otra ocasión, tras de mi desengaño de Londres. Ya casada, en su piso de La Haya, redondeando las formas de su seno en flor. Este verano enjugaba su soledad en Etten acompañando a su hijo que tomaba aires. A su

esposo veíasele más o menos borrosamente en el medallón que flotaba en su pecho, en la acuarela que presidía su alcoba, en el riguroso luto de sus vestidos, en el doble anillo que encadenaba su dedo...

La acompañé en sus paseos. El chiquillo jugaba y reía a nuestro alrededor y mutuamente simpatizamos. La joven Kee repetía con redoble de tambor su pasado, que yo procuré enterrar. Sobre el retrato de su esposo muerto yo embadurnaría unos colores, sacados de otro rostro, del mío, por ejemplo. Durante algún tiempo vacilo declararme.

¿Dónde hallar la ocasión propicia? Kee sentía pasión por las largas caminatas. La propuse que juntos viéramos amanecer en el bosque de Etten. Nada comparable a las tonalidades del crepúsculo armonizando sus colores sinfónicamente... Por más esfuerzos que hice por llevarla, no lo conseguí. Invariablemente sus grandes caminatas iban en círculo, acompañada del inevitable crío que jugaba en derredor.

Marco la fecha. Un día de septiembre. Sol tardío. Una buena noticia o un sueño agradable la presta aquel día a sus facciones doble encanto.

Suprimo una gran parte de mi declaración. Borro la historia de Ursula, de la que pensaba decirla algo... Quito igualmente del programa gran parte de mis inquietudes pasadas, esas tristezas que en toda época emocionan a pechos sensibles y... allá va...

—La amo, Kee, como a mí mismo. ¿Quisiera usted que ambos?...

Me miró sorprendida. Lo que menos se imaginaba. Eso que dicen instinto femenino de calar el sentimiento de la parte contraria, debe ser una fábula. Muy abiertos los ojos, repuso, sin gran esfuerzo:

—¡Nunca, nunca! Pasado y porvenir son inseparables para mí.

¡Dios, qué congoja! ¿Qué había hecho yo para fracasar así? ¿Qué vería en mí esta mujer? Quizás mi falta de estabilidad. Esto podía remediarse fácilmente. No creo que fuera por ahí la cosa. Yo, sencillamente, la disgustaba. ¿Mi rostro? De mis ojos se quejó alguna vez.

—Tiene usted, primo, los mismos ojos que el tío Juan.

El tío Juan murió loco. ¿Me vería con un cristal de aumento, lleno de arrugas, viejo a través de las edades? Una consecuencia singular, muy provechosa luego, en el desenvolvimiento de mi arte, ya que así vería yo a gran parte de mis modelos. Esto resultaría un secreto de mi profesión. Con la vejez el cuadro adquiere un parecido impresionante con lo representado. Gana el mismo valor que los vinos buenos; yo representaba a los individuos, no como los veía, sino echando al modelo años encima. De suerte que, cuando seriamente vieran sus retratos, se sorprenderían del prodigioso parecido.

El caso actual, diferente, prometía brindarme consecuencias útiles para el futuro. Chocante resultaba que cabeza tan hermosa se viera privada de fósforo. A mi vista, contemplado una y otra vez, apareció el retrato del muerto —que ni hasta en eso tuvo suerte, pues aparecía borroso ante la posteridad como una nebulosa. ¡Qué pobre hombre! ¿Cómo pudo quererle, acostarse con él? Debía sentirme ofendido de aquel "nunca" al que di por entonces valor de un instante. Las prendas que la mujer alabó en su marido tampoco le abrillantaban. ¡Tipejo miserable! De verdad, cogí rabia hasta al crío, que parecía un aborto. ¡Al padre! ¡Salía al padre!

¿Me resignaría a ese nunca o consideraría la cosa como no terminada? Esto.

¡Ah, qué pequeña miseria, estar enamorado! Dedicar media hora al año a la mujer y sobra, como diría Balzac. ¡Qué rebajarse uno!... Y sin embargo... Cuando uno se ve desolado, en momentos en que nos creeríamos en el infierno, ¡cómo conforta, cómo ayuda acordarse en una voluntad pareja!

No. Michelet sonaba en mis oídos con cadencias más puras: "Hombre, quien quiera que seas, si tienes corazón en el vientre, ayúdanos a construir algo real, durable y verdadero. Entrégate a un oficio y no ames más que a una mujer. Que tu oficio sea un oficio moderno, da a tu mujer un alma moderna, líbrala de los prejuicios espantosos que la encadenan. No dudes de la ayuda de Dios si haces lo que Dios reclama de ti".

Como no tenía a quién contar las cuitas, fallando el principal objetivo, comuniqué mis impresiones al cauto hermano de París.

Pedía la máxima reserva. Confesando llanamente que... no me desanima el "nunca". Que me parece un copo de nieve que desharé en los puños. El amor es una cosa positiva, una cosa

cosa fuerte, una cosa real, a tal punto, que a quien ama le es tan imposible arrancar ese sentimiento como atentar contra su propia vida. Si me contestas: "Pues hay hombres que atentan contra su vida, responderé sencillamente: No creo ser un hombre de semejantes inclinaciones".

¿Presentimiento? Todo lo contrario. A los veintisiete años el amor me daba vida. Cuando me la quité, la ausencia de amor fue una de las pérdidas que con más pegajosidad me empujaron a obrar como lo hice.

¡Con qué atención repasará ahora aquella carta! Querido Teo... Sí que me gustaría advertirte algunas cosas... Si pudiera oírme... Estamos tocándonos y, sin embargo, separados por una eternidad... Que la vida es corta cuando se la trincha... Que nuestra familia dio más de un suicida. Que retroceda en su afición... Que me olvide, como lo hará el mundo... Digo todo esto viéndole; ahí estás compungido y no puedo comunicarme contigo... Señor, infúndele estas ideas. Si la muerte le hace pensar en sí, mejor que pise el único terreno inmortal... ¡Atrás! Ahora llega un sacerdote católico con el que cambié algunas ideas durante mi última etapa... Es un hombre dulce y sencillo... Nadie le ha invitado a este entierro. Por su cuenta, viene de lejos a decir a Teo, claro está, que lamenta profundamente la decisión de la iglesia oficial de negar a Vicente tierra sagrada por sepultura. Teo lo cree de buena fe y ambos hablan de mí a media voz delante de mi cadáver. El sacerdote conforta a Teo negándome responsabilidad en el acto y confesándole ingenuamente que abrigaba la ilusión de convertirme. Teo, ahora puedes aprovechar la ocasión... Hay algo detrás... Si pudiera contártelo...

Volviendo a mi correspondencia, no dejan de sorprenderme las afirmaciones de aquella época.

¿Quién como yo se advertía pisoteado, rechazado de comunidades, con un porvenir tan incógnito? Y sin embargo, le tomé gusto a la vida, sintiéndome feliz, porque amaba. Mi vida y mi amor eran una misma cosa.

¿Vencería?

Inclinado a la melancolía, al ver que tanta gente tomaba las cosas tan en serio, procuré alejarla, no tenía en absoluto la intención de ponerme triste. Que no se abatiera el valor con que me había armado. Lejos de mí tal idea. Fuera melancólico quien quisiere. Quería sentirme alegre como la alondra en primavera. No cantar otra canción que: "...Más amor".

¿Me enteraría pronto de que ella aceptaba a otro pretendiente más rico, que ella había embellecido y sería solicitada, que ella tenía decididamente poca inclinación hacia mí, si yo me excedía del "hermano y hermana"?... No ocurrió semejante cosa. Se agarrotó como una rueda falta de aceite en tierra cálida. Dejó que sus carnes las poseyera el tiempo. El recuerdo siguió martirizándola. ¿Es que el recuerdo acaso fructifica? Ahora, si vive, como creo, será una mujer seca, de facciones endurecidas por el recuerdo torturante. Y si lo ha olvidado, ¿qué le queda por vivir? Al saber mi desaparición, sin embargo, se consolará de no haber compartido el lecho de un loco.

Claro que yo entonces no pensaba en perderla tan fácilmente. Lo primero que sucedió, muy natural en este caso, la interesada extendió la noticia. Lo noté en la cara de vinagre que me puso padre aquel día. Nada me dijo, pero lo adiviné todo. Después de esto seguí cortejándola. Al poco tiempo se fue con el crío a su casa de Amsterdan.

¿Era para tanto el acecho? Quizás sí, y yo no me percatase. Quien no ha aprendido a decir "ella y ninguna otra" no sabe lo que es amor.

¡Dios de ira! ¿A qué abandonas a los enamorados? Te prometía enmienda y trabajar... Otro empleo... Si ella me quisiera... No, todavía no, es pronto...

Mi debilidad representaba una fuerza. Quería depender de ella y de ninguna otra. Y aunque pudiera, rehusaba ser independiente.

¿Qué voz me gritaba dentro "déjala"? Ya quiso a otro. Sus pensamientos van siempre por ese pasado muerto. Siente escrúpulos de conciencia sólo pensar en un nuevo amor.

Yo respondo:

¡Es preciso haber amado, desamar después y finalmente amar de nuevo!

¡Amad de nuevo, mi querida, mi tres veces querida, mi adorada!

Aún no podía decidir quién triunfaría, si la obstinación o el recuerdo. Mis cartas a Kee sucedíanse vertiginosas, corrían unas pisando los talones de las anteriores.

¡Oh, Dios mío, cómo mejoré temperamentalmente, luchando sin tregua, con una confianza ciega en el éxito final! Cuando aquel día oí ese "jamás" sentí encima de mí algo aplastante como la condenación eterna.

Ni una vaga esperanza, ni siquiera una respuesta. Cuando en un sobre me pareció ver su letra, ¡oh, desilusión! la carta se dirigía a mi padre. De resultas me llamó a la sacristía con imperiosos deseos de hablar conmigo. Imaginé que me reprendería por mi torpe conducta, y hubiera optado por callar si no salieran a flote todos sus recelos, sus más recónditas ideas sobre mi persona, en cierto modo ofensivas:

—¿Hasta cuándo piensas seguir viviendo a nuestra costa?

Mazazo imprevisto.

—Mañana mismo me iré.

Inicié la salida. Me paró en seco.

—No tan de prisa. Tu madre y yo estamos muy quejosos de tu conducta.

—¿Y puede saberse de qué?

—Lo que siempre te reproché: tus cambios súbitos de humor.

—Ya es tarde para cambiar. Soy como Dios me hizo.

—¿Qué? ¿Ya tienes dios ahora? Ni siquiera representas la comedia de la fe. Desde que has llegado ni una vez has asistido al templo donde tu padre oficia. Si rompes con las creencias de tu familia, sobras en mi casa.

—¿Cómo puede usted pedir que acate a los que me engañaron? Mi fe pedía sacrificios, en los demás comodidades. He gritado a Dios en la tempestad y Dios no ha aparecido. Esté usted seguro que me abandonó, que me maldijo con todos ustedes, si Dios pertenece a vuestra Iglesia. Créame, padre, que ahora echo de menos las horas perdidas en abstracciones incomprensibles. Vuestro Dios es un medio de vida. Frío como los pórticos de piedra de vuestros templos, célibe como el blanco y fatal como un dios indígena. Los pastores dicen que somos pecadores, concebidos y nacidos en pecado... ¡Bah! ¡Qué sagrada tontería! Si de algo debo arrepentirme, de aquel momento de mi vida que me dejé corromper por esas abstracciones místicas y teológicas, girando sin cesar dentro de mí mismo.

Nunca vi a mi padre en estado de postración semejante. Dejó de hablar y subió al altar, donde le vi arrodillado, oculta la cabeza entre sus manos.

Aquella noche tampoco se habló en la cena. Madre Ana, únicamente me rogó que hiciera las maletas, indicándome que Kee había escrito rogándoles que cesara en mi porfía... Según ella, aquel deseo tenía mucho de satánico. Incestuoso por el parentesco, imposible, ya que la joven me rechazaba fulminantemente.

Ya sabía que las personas de edad me darían mucho hilo a retorcer. Lo habían hecho todo para obligarme a adoptar su punto de vista, primero con guantes de terciopelo. Al fin, con los puños, trataban de desembarazarse de mí. Quizás su violencia fuera un temor encubierto a que Kee cambiara de idea. Para que estas personas de edad cambien de idea bastaría, no que Kee dijera lo contrario, sino que yo llegara a ganar al menos mil florines por año.

Padre y madre hacíanse viejos, vivían de prejuicios y concepciones anticuadas. Si padre me veía con un libro francés en la mano, Michelet o Hugo, por ejemplo, pensaba de súbito en incendiarios, asesinos e inmoralidad. ¡Ridículo! No podía dejarme vencer por sandeces de este género. Le repetí más de una vez: "Lea, aunque no sea más que dos o tres páginas de uno de esos libros y se sentirá emocionado. Leía yo a la sazón "El amor y la mujer" de Michelet y comprendí muchas cosas que antes parecían enigmas para mí. Respondí llanamente que en ese caso preciso yo daba más importancia a los consejos de Michelet que a los suyos, y, en definitiva, me tocaba decidir. A guisa de respuesta me contó la historia de un tío abuelo que, contaminado por las ideas francesas, acabó por darse a la bebida, e insinuó que mi vida podría volverse semejante a la suya. Padre y madre eran muy buenos para mí, hacían todo lo que estaba en su mano para nutrirme convenientemente, etc... Lo reconocía, pero no impide que el hombre pudiera contentarse con comer, beber y dormir, que aspirase a algo más noble, más bello, sin lo cual no podía verdaderamente pasarse. Para mí, el amor de Kee. Ellos razonaban así: "Ella ha dicho no, en consecuencia debes callarte".

Una noche llegué frente a la casa del tío pastor en Amsterdan, tiré de la capilla y la sirviente, al abrirme, dijo que la familia estaba aún en la mesa. Añadió que podía igualmente entrar. Sí, todos en la casa, menos Kee. No había una silla de más, de lo que deduje que se me quería hacer creer que Kee no estaba allí.

Al cabo de unos minutos pregunté:

—¿Dónde está Kee?

El tío repitió mi pregunta a su mujer:

—¿Dónde está Kee?

La señora respondió:

—Kee ha salido.

Me abstuve de hacer otras preguntas y hablé de cosas intrascendentes. Después de la comida todo el mundo se eclipsó. Solos el tío, su esposa y yo, quedamos empeñados en el combate. El tío tomó la palabra como un sacerdote y un padre. Declaró que acababa de escribir una carta. ¡Qué me importaba aquello! Insistí:

—¿Dónde está Kee?

Y el tío secamente:

—Dejó la casa al saber tu llegada.

Nunca oí un testimonio tan frío, tan áspero y rudo, real o aparente. ¿Cómo podía Kee rechazarme de un modo tan vergonzoso? ¿A qué una huida tan sin sentido?

El tío leyó su epístola, digna de un reverendo pastor, en que se me rogaba cesase toda correspondencia e hiciese esfuerzos enérgicos por olvidar aquella historia. Al terminar la carta tuve la impresión de oír al pastor decir "amén" en la iglesia.

Pregunté ingenuo:

—Y después de esto, ¿qué?

El tío se enfadó y cambiamos algunas expresiones fuertes que su esposa procuró calmar. Al fin de la velada me propusieron alojarme en su casa.

—Gracias —les respondí—, pero si Kee se va cuando yo yo llego, no creo conveniente alojarme bajo vuestro techo. Iré a un hotel.

—¿A cuál?

Respondí que aún no lo sabía. Se empeñaron a todo precio en conducirme. Salieron custodiándome los dos ancianos por las calles frías, enfangadas y brumosas y me llevaron a un hotelito barato. Ese gesto humano me calmó. Volví a charlar con el tío sin ver a Kee. Si yo insistía en que un negocio tan particular no podía terminar así, me respondía con terquedad que algún día comprendería aquella obstinación.

Paseé tres días por Amsterdan como alma en pena, sintiéndome hondamente agitado. Fui por última vez a su casa a despedirme.

—¿Dónde está Kee?

Callaron. Procuré razonar:

—Escuche, querido tío; si Kee fuera un ángel, la concibo demasiado sublime para mí. Si fuera un demonio no la querría. La veo una mujer verdadera, con caprichos y pasiones femeninos y la amo tal y como es. Mientras no se vuelva ángel o demonio, este negocio no habrá concluído.

Tras sus razones huecas, no resulta asombroso que uno se embrutezca y petrifique en las iglesias. Yo lo sabía por experiencia. Aquel muro de iglesia imaginario o real me enfrió los huesos y la médula. ¡Ah, si pudiera gritar! ¡Si alguien pudiera oírme bajo las bóvedas! ¡Si aquellos ámbitos no me devolvieran la voz hueca y helada! ¡Gritar, gritar!... Allá estaba el buen pastor impasible, como una de sus imágenes, aguardando mi respuesta.

—Yo quiero tener a mi lado una mujer. No puedo vivir sin amor. No diera un suspiro de mi vida si no viera en ella algo infinito, profundo, real.

¡Ah, qué frío es ese sagrado muro y yo necesito una mujer, no quiero ni puede vivir sin amor! No soy más que un hombre lleno de pasiones. Me helaré. Me petrificaré.

Insistí por última vez: "¿Dónde está Kee?" Tajante el tío: "No quiere verte".

Puse la mano izquierda en el fuego de la vela:

—No me moveré hasta que no aparezca.

Caí sin sentido y ella no apareció. Aquel rasgo de mi carácter me cortó definitivamente el contacto con los míos.

Olvido. En el botiquín del distrito donde desperté, rodeado de gentes que curaban sus heridas, me percaté y para siempre, de que no había nacido para enamorar mujeres. Londres y Amsterdan daban la pauta de incursiones que debiera evitar en adelante. La herida se ahondó más de la cuenta. Las negativas, por lo visto, ocasionaban una crisis en mi espíritu. De resultas de la última, quedé una semana sin trabajar, y si me ponía sobre el papel y trazaba mecánicamente líneas, mis ideas iban por otra parte. Una herida, sí, de la que sufriría toda mi vida, y que no curaría jamás. Si alguien me oyera imparcial, despreciaría a esa mujer por orgullosa y estúpida. Yo no. Era de mi sangre. Algo de los rasgos de los míos veía en ella. Durante mi estancia en Etten, a su lado, mi trabajo fue mejor, mi ánimo se felicitó de mi entusiasmo. Quien ama vive, quien vive trabaja, quien trabaja tiene pan. Sereno y confiado, influye mi ilusión en mi labor, produzco más y mejor, me atrae más y me doy cuenta de que triunfaré.

Despechado salí en busca de una mujer, sin bendición, sin ley humana ni divina. No tuve que ir muy lejos... Ni joven, ni bonita, sin ningún encanto particular, se me apareció en un callejón sombrío. Resultaba grande y bien hecha. Le faltaban las manos de señora de Kee. Aquellas manos eran ásperas, ortigosas, de una mujer que trabaja. Sin embargo, ni grosera ni vulgar, apreciábase en ella algo femenino. ¿Qué? El sufrimiento que endurece las facciones de una mujer frente a la vida, pero que conserva intacta la dulzura de su carácter. No era la primera vez que me dejaba empujar a una veleidad semejante. Pedía, pues, afecto a esa clase de mujeres que los pastores maldicen,

condenan y cubren de oprobio desde lo alto de su cátedra. Yo no las maldigo, no las condeno, no las desprecio.

¡Oh, Señor y Dios, perdóname! Perdóname por un pecado de despecho. La que me rechazó podía ufanarse de tu gracia cuando se entregó a un hombre con tus bendiciones. Yo no. No podía enterrar mis energías y vigor de espíritu por su causa. ¿Pequé acaso, pensando en ella? ¿No era libre? ¿A qué me rechazó? ¡Oh, Dios mío, amaba a Kee por mil razones!Creía en la vida y en algo real que no me abismara en abstracciones como antes, cuando yo tenía de Dios y de la religión ideas enteramente idénticas a las de Kee.

¡Todo pasó! ¡Si pudiera alegrarme!... Al fin y al cabo, esa pasión rebaja mis emociones. Recuerdo lo pedestre de algunas afirmaciones mías: "No quiero decir que llegaré a ser algo extraordinario, sino algo ordinario, lo cual significa para mí que mi obra será sana y razonable y tendrá una razón de ser y podrá servir para algo. ¿A tal punto de rasear pedestre pude rebajar mis ambiciones? Verdad es que por ser tan fuerte el amor, no somos, en general, bastante fuertes durante nuestra juvenud para mantener bien recto el timón.

Promesa solemne de pasar a la otra acero cuando vea a una mujer por la calle. Igualmente juramento con tentáculos de pulpo de azotarme con vergas si cohabito con cualquier hembra.

Me prometí ser incompleto, sentirme falto de equilibrio físico con tal de no perder mi fuego creador. ¡Creador y devorador! Sentía dentro de mí un fuego que no podía dejar que se extinga, que, por el contrario, avivase su llama, aunque supiera adónde iba a llegar.

Si por algo debía triunfar en mi arte, tras de mi fracaso sentimental, por demostrar al mundo que yo no era un inútil. Dios me había rechazado por boca de sus minisros minimitizados y obtusos, pero al fin y al cabo, ministros suyos, arrogándose el privilegio de su enseñanza. Los mercachifles de atre, por un motivo diferente, me vieron como a un rebelde. ¿No se trata de ganar dinero? ¿A qué nos acusa ese Vicente de ladrones? Por último la mujer: la que entusiasmó mi primer deseo de hogar en la adolescencia, mi prima después. Hice un frente con todos mis enemigos. Entregaría parte de mi vida por demostrarles que... En apariencia caído en derrota... ¡Calma! Déjesele obrar al tiempo y ya verán... Ahora me consagraría al arte. Confiaba en alcanzar los favores de esa diosa. Y si pisaba la meta de la fama, ¡cómo me burlaría de sus escrúpulos!

Vagamente soñaba con la fama, fruto de algún éxito resonante en alguna lejana exposición. Las grandes cosas no se hacen sólo por impulso, y son encadenamientos de pequeñas en un todo. Sería absurdo confiar en un golpe de suerte.

Lentamente, pisoteando la voluntad, con fatiga, con sudor, con sangre, en lucha sin cuartel, llegaría a las cumbres. ¿Y luego? A ratos pensaba que un éxito prematuro perjudicaría mi obra. El fracaso en ocasiones moldea con más fuerza los caracteres, evita que se repitan los errores. Digna de respeto parecía, sin embargo, esa nota tan espiritual: que a uno le aclamen. Loable tentativa que avizora deseos, alejándolos a medida que nos aproximamos a la meta. Podría ocurrir que uno triunfara. Que no desespere, que no pierda energías para huir del abatimiento. Así, pues, a revivir, a recobrar el ánimo aunque el resultado fuera distinto de lo que uno pensó en principio. Resignación. Trabajar, subir de grados la ambición, alejar la meta, pintar de nuevo. Y si por último, uno moría olvidado, si no merecía un recuerdo de sus contemporáneos, que se diera por pagado si el pasajero al topar su nicho rezare una oración por su alma. No llegué a tal altura... pero hice todo lo posible por llegar. ¡Bendito Dios!

Busqué consuelo en La Haya, junto a Antón Mauve, mi pariente y pintor. Tenía cuando le conocí cuarenta años. Su mujer pertenecía a una aristocrática familia holandesa, habiendo aportado en ayuda del arte de su marido su hermosa persona y su cuantiosa dote. Mauve sentíase, sin embargo, infeliz en el matrimonio. Confesábase abocado a la vida muelle y sentía cierta envidia de los amigos bohemios de su juventud, los que aún bullían por París. Con instinto mercantil, seguro e infalible, dedicábase a pintar animales. Declaro y nunca me retracté que parecía un pintor colosal en su género. No olvidé en mi vida una tela que representa unos jamelgos, unos pobres jamelgos agotados, negros, blancos, castaños; allí están pacientes, sumisos, listos, resignados, serenos. Dentro de unos momentos arrastrarán la pesada gabarra; la fajina llega a su término. Una breve parada. Jadean, están cubiertos de sudor, pero no murmuran, no protestan, no se quejan. Hace mucho tiempo que se han acostumbrado, hace años que gravitan en su tarea. Se resignan a vivir un poco más y trabajar, pero mañana irán a parar a manos del destazador. ¡Así sea! Nunca oí tan buen sermón sobre la resignación como este cuadro a Mauve. Parece decir: "Saber sufrir sin quejarse es la única cosa práctica, la gran ciencia, la lección que hay que aprender, la solución al problema de la vida". Percatábame, no obstante, de que el tiempo con razón em-

polvase sus cuadros. Les faltó ese algo, esa cadencia inmaterial que deja huella al solidificarse por la edad. El artista, quizás en el fondo se sentía fracasado. Por esto mismo su afán de ganar honores, de bombear su persona o procurar por todos los medios ventear su propaganda. Comprendí de inmediato que esta vanidad suya y mi consciente soberbia constituían obstáculos insalvables en nuestra amistad, si no la mediamos con tacto. Mauve me recibió con simpatía. En su casa restañé mis heridas. Me habló mal de Kee, niña fatua, madre débil, falta de optimismo necesario a un artista. Cicatrizó cómicamente mi dolor y acabamos riendo juntos, yo sobre todo, cuando imitaba a los pastores en el púlpito, o decía que el Dios Todopoderoso que creó el mar, la tierra, el cielo y las estrellas, el sol y la luna, en una sola cosa era impotente: en no saber rechazar a un pecador. En mis extremos de hilaridad fingía, sin embargo, adoptar la moral oficial de la familia.

—Yo no soy un pastor. La Haya es muy grande y usted pequeño y sin experiencia. ¡Cuídese!

No tenía hijos. —Si tuviera yo unos años menos... Mauve cambiaba de humor presta y limpiamente, como la luna saliendo de entre nubes.

—No me gusta ser ese amigo viejo que sustituye al padre. Si lo quiere así, Vicente, sea. Vigile su trabajo y su moral. Por mi parte, pongo a su disposición mis modestos conocimientos.

Pronto aprendí a su lado los rudimentos de la pintura al óleo. En su círculo conocí a los mejores aficionados de la ciudad. F, uno de ellos, me prometió en tono de bromas, tras de un copioso ágape, comprar el primer óleo que saliera de mi pincel. Creo que fué a 13 de enero del 80, y al mes siguiente ya podía presentarle varios, que guardé por discreción. Conocí igualmente a ciertos pintores de moda y al estrambótico Britner, que sentía cierta pasión por los niños. Algún pintor de su círculo me mostró desprecio desde el primer encuentro. Significativamente lo dió a entender con su silencio o interrumpiendo el tema de su conversación cuando yo llegaba. ¿Qué le habría dicho de mí Tersteeg? El viejo vendedor exhibía su firma en un lujoso escaparate de la calle Huyghens. Sin intención de dejarme pisar, le abordo violentamente.

—No es una profesión de fracasados, muchacho —replica con cierto deje de ironía.

Me dolió. Ya lo sabía. La pintura es más seria que eso. Pero si triunfar significa insultar al miserable, abajo ese triunfo efí-

mero. Luego, apenas me saluda viéndome en casa de mi pariente. Si por la calle, pasaba de largo. Y no viéndome, con qué desprecio hablaría de mí, si alguna vez se ocupaba de ello.

—¿Quién le ha dicho?... ¡Más vale!...

Si cayera noventa y nueve veces... usted no me conoce... Dé tiempo al tiempo. Nadie ha fracasado hasta no verse en la cama por última vez...

"Quien no es buen hijo tampoco llegará a ser buen discípulo". Mauve no lo dijo así. En boca de este impetuoso parecía un eco. Me avergonzó. Procuré cambiar de tema... Mejor aún, alejarme de aquel monstruo que hacía nacer el odio en mis entrañas.

Tersteeg bromeó de esa salida de tono y me enseñó los adiposos cuadros de su exposición, invitándome a imitarlos para conseguir la venta. Me dió a entender la importancia de la firma que representaba, tan unida al nombre de nuestra familia... Por este motivo, mi salida sería relativamente fácil a poco que pusiera de mi parte.

¡Sus cuadros! ¡Sus éxitos! Los aplausos del populacho, del rico truchimán... ¡Antes morir! Pobre o rico, desnudos son iguales. Como pintor penetro en las formas ocultas. Abundancia o miseria son accidentes del artista. Su objeto es la obra de arte. No quería vender si debía vender mi alma. Me daba la impresión de que, aunque procurara darle gusto, tampoco se declararía satisfecho. Diría siempre que eso no se puede vender y era preciso, en primer lugar, que fuera vendible. Algo parecido a esto:

—Es usted mediocre y mucha pretensión no querer someterse y hacer cositas mediocres; usted se pone en ridículo con sus supuestas buscas. El caso es no trabajar.

¿Cómo convencer al sexagenario que me vio crecer, de la propia generación de mis padres? Cuando salgo al paso de sus indiscreciones con F., me contesta brutalmente que F. es uno de los mejores compradores de su casa.

Para Tersteeg no existe otro Dios que el amarillo del oro. Buen pintor, en su concepto, el que vende mucho. A proporción de sus ventas, la calidad expresiva. Todo lo demás, engañarse. Trabajar para el futuro, ilusionismo. ¿Qué sabemos si acaso llegará ese futuro? Hacerlo para una minoría oculta, peor que peor. La naturaleza aparece para todos. Esas minorías se aplas-

tan con el pie de los tiranos. Quien quiera entender, que entienda. Mis ideas le parecían absurdas, ideas propias de pocos años, como el amor, en el que tampoco consecuentemente creía. Su oro compraba lo más sagrado, hasta el amor...

Este positivismo exasperaba mis ánimos y en ocasiones abatía mi espíritu. Por nada del mundo quería entonces dudar de mi arte. El sacrificio propio de los comienzos se me aparecía con un encanto especial que realzaba el fuego de la pasión interna. ¡Odioso metal!

El sentimiento y el amor de la naturaleza encuentran tarde o temprano eco en quienes se interesan por el arte. El pintor tiene el deber de sumirse por completo en la naturaleza y utilizar su inteligencia, poner su sentimiento en la obra, para que resulte comprensible a los demás. Trabajar para vender no es precisamente el verdadero camino, a mi entender, sino más bien purlarse de los aficionados.

¡F. su mejor comprador! ¡Caiga una piedra de sepulcro sobre mi cabeza! ¡Olvido por ahora! Que me dejen los alborotadores gallos, las cotorras periodísticas. No existo. Desconocido. Un señor que vive en el ático. Un tipo raro. Que digan esto de mí ya que el bulto no puede hacerse invisible. Esto y nada más. Poder trabajar. Caer si hay que caer y levantarse de nuevo. Aunque caiga noventa y nueve veces, me pondré en pie la centésima...

Con el dinero del inefable Teo y la ayuda personal de Ariana, la esposa de Mauve, instalé mi estudio en un barrio popular de La Haya, a trescientos metros de la estación, por si había que echar a correr delante del casero.

Mis gastos medidos al céntimo. Daría cuentas a los míos del empleo de lo que tan generosamente se desprendían. Me privaría del alimento, de espectáculos, de diversiones, hasta de más de una compra necesaria para mis estudios.

No olvidaba ninguna de las indicaciones de mi profesor.

Lo primero que me dijo:

—Mejor de lo que esperaba.

Después:

—Trabaje con carbonilla y tiza, con papel y esfumino.

Criticó bastante, y creo que con razón, los primeros estudios que le llevé. Sus observaciones me hicieron avanzar un paso. Una de las cosas que más le disgustaban, era que hablara admi-

rativamente de otros artistas. No porque a Mauve le hiriera la alabanza ajena, sino sencillamente, porque opinaba que la lengua más pura es la de la propia naturaleza. "Deje de hablarme de Dupré, y háblame más bien del fondo de ese foso o de algo parecido".

Durante algún tiempo acudí solícito, con la boca abierta del catecúmeno ante tales maravillas, y a medida que avanzaban mis conocimientos descendía Mauve de su pedestal hueco. Grandes dificultades opuso a mi paisaje. Llegó a convencerme de que en tal menester nunca haría cosa que valdría la pena. En mis paisajes vislúmbranse rasgos de figuras, son naturalezas humanizadas. Como en los acertijos... Más adelante, mis árboles echarán llamas, colgándose a si mismos como ahorcados... Los crepúsculos se encenderán y hasta los astros describirán un movimiento de danza continua...

Discutimos. Nos separaban las ideas con más solidez que los muros. En cierta ocasión me dió a Copiar un Apolón, belleza imaginativa, falsa, desprovista de verdad. Mi desazón no conoce límites y la arrojo al suelo, donde se hace añicos.

—¿Cómo se atreve?

—Soy un artista.

—¿Le parece malo el modelo?

—Usted lo ha dicho, Mauve: detestable.

—Muy pronto cacarea: ¿Qué significa para usted el arte?

—¡Si yo lo supiera!... Desde luego, una perfección que se aleja como el horizonte, que no encuentro jamás.

—¡Qué extraño carácter! —sentenció.

Di media vuelta y me fui solo, pero con harta tristeza en el corazón porque Mauve se atrevió a insultarme así.

Quise que se arrepintiera. Ni él ni yo dimos un paso en ese sentido y durante una semana nos alejamos instintivamente. Ariana, la dulce esposa, intervino en pro de la concordia y volvimos a trabajar juntos, sin mencionar ninguno de los dos el incidente.

El equilibrio dura mientras nos tememos mutuamente. Cuando salta mi genio, cuando me insulto y pisoteo mi labor, Mauve me contempla pensativo. ¿Recordaría mi herencia epiléptica?

Me encierro en el sotabanco que me sirve de estudio y permanezco a oscuras, tumbado en le cama bocarriba, incapaz de

mover un dedo, maldiciéndome con desesperación. A los ruegos de Ariana respondo de mal talante... ¡Nunca más! Mauve me idiotiza. Mauve amontona obstáculos en mi camino. Si continúo me volveré mediocre como él...

¿A qué no escogería otra profesión más fácil? En medio de dificultades financieras, sentía que no había nada más sólido que un oficio manual, en el sentido literal del trabajo ejecutado con las manos. El oficio de pintor, con todo lo que entraña, es un trabajo relativamente duro desde el punto de vista físico, y esto sin hablar del esfuerzo del espíritu, de la tortura intelectual. Día a día exige un derroche de energía asaz considerable.

Me creía un dios injustamente arrojado del paraíso, representándome que nadie me aceptaría en adelante como aliado en esta batalla por mi perfección. ¡Cuántas, cuántas veces tentación de volver atrás! ¡Si me volviera pedestre como los demás!... Sin duda que ello me daría ventajas temporales. La Pintura era también un oficio que me permitía ganar cierto dinero para vivir, tanto como, por ejemplo, el oficio de herrero o médico. Un artista es en todo caso lo opuesto a un rentista, y, como digo, si se quiere establecer un paralelo, hay más analogía con el oficio de herrero o médico.

No debí echar un paso atrás. Tenía la conciencia de que nada —salvo la enfermedad— podía quitarme aquella fuerza que entonces empezaba a desarrollarse. Así, consideraba el porvenir con valor, ayudándome a soportar en el presente muchos malos ratos. No debía, sin embargo, sentirme contento con mi obra, al punto de creer que no necesitaba hacerlo mejor. Pero la vía para hacerlo mejor más adelante consistía en hacerlo entonces tan bien como se podía.

Comienzos de artista, sin duda. Una existencia pródiga en privaciones confirmó mi profesión de fe. Hábito penitente de arco iris. Retorcer deseos. Prolongar en punta los nervios y no arrepentirse jamás. Cuando en el futuro recordaran las huellas que la vida dejó en su obra, que no olviden las privaciones de Vicente Van Gogh. ¡Qué larga carrera! Jamás una meta. La verdadera enseñanza de mi profesión, que no acabo jamás de sentarme a descansar satisfecho. Si llegara algún día a pintar bien, lo debería a que dibujé y estudié perspectivas durante el tiempo necesario para poder componer un motivo que veía.

Durante los días de mi encierro me alimenté con castañas y pan caliente. La soledad abría cauce a ideas raras. Percibía

claramente lo que dirían de mí los que me conocieran. ¡Un excéntrico!

Febrilmente abro las ventanas y vuelvo a pintar. Salgo a la calle con mis bártulos. Pinto en el bosque algunos estudios bastante grandes, que trato de llevar más lejos y profundizar más que los primeros. A mi entender, el más logrado, el que representa un campito movido con pala, de arena blanca, negra y castaña. Los terrones se incendian y expresan la llegada del sol.

¿Qué era, según la mayoría de la gente? Una nulidad o un hombre excéntrico o desagradable. Alguien sin posición en la sociedad ni posibilidades prácticas. Un poco menos que nada. Por ello, quise mostrar por la obra lo que anidaba en el corazón de aquel excéntrico.

Aunque abocado a menudo a la miseria, bullía en mi espíritu cierta armonía y como una música serena y pura. Mis cuadros no figuraban en la galería de los vendedores o en los museos, sino en las casuchas pobres, al aire libre donde los pintaba, oliendo a tufo pescador, a patio de mina, a barrio obrero, a monte, a salitre de mar. Hombres como yo no debían caer enfermos. ¡Y cómo se acortaba el tiempo entre las manos! ¡En aquellas manos vueltas excesivamente blancas! ¡Ah, envidiables, duras, ásperas manos de campesino! Procuré hacer dibujos que hirieran a cierta gente. Expresar, no algo sentimentalmente melancólico, sino un profundo dolor. Llegar al punto en que se dijera de mi obra:

—Este hombre siente hondamente y a la vez con cierta delicadeza. Para llegar a su verdad hay que trabajar mucho y con profundidad.

Por aquellos tiempos apenas conversé con pintores y no me sentó mal el aislamiento. No tanto al lenguaje de los pintores como al de la naturaleza conviene prestar oído. Esta observación se la debía a Mauve... Con mis bártulos, una vez más, fui a verle. Me acogió como a un enfermo. Me dio en todo la razón. Apenas si puso una sola tacha a mis recientes estudios, y, por último, como a la sazón se ocupaba en una obra de encargo asaz complicada, me rogó le dejase acabar tranquilo. F. disfrutó de aquella salida, redondeándola:

¡Márchese!

—¿Por qué me iba a ir? F. me creía un atentado en potencia contra la sociedad. Una bomba a punto de explotar. Lo tomé por lo cómico, asegurándole que, a pesar de mi aspecto, yo no era anarquista.

Como quiera que estoy confesándomé, Señor y Dios mío, y Tú eres el único Testigo y Juez, con la condena que el caso requiera, te contaré mi aventura de La Haya. No te pido perdón por ella, antes bien, la pongo como un mérito en la intención de mi vida.

Mediados de febrero. Trabajo febril día y noche por acabar algunos encargos del amigo F. Un domingo. Aquella tarde me siento inspirado. Sentado con F. en algún café, viendo pasar hermosas hembras, ¿añoré cierta aventura exótica frustrada? Quizás. Esto le dio, sin duda, autoridad para presentarse en mi ático aquella tarde con dos mujeres e interrumpir bruscamente mi labor. Se charla, me veo obligado a mentir presentando a mi amigo como soltero, juntamos monedas y subimos del almacén de la planta baja dos botellas de ron y algunas pastas. Juro por mi inocencia de aquella noche. La que me toca cortejar se llama Cristina. Allá mi compañero. Cuando ellas se fueron, mi amigo me preguntó que tal lo había pasado y yo le agradecí sencillamente por haberme distraído un rato. Sí recuerdo que añadió: "Ojo con esas dos lagartas". Traté de recapitular los temas abordados con Cristina. ¡Sin importancia! Me di a conocer. Contemplamos juntos mi última tela. Hablé de arte. De mi pobreza. De mi falta de medios para hacer posar modelos.

—¿Yo le serviría de modelo?

Quedó por el momento la cosa ahí. Durante varios meses no pensé en mujeres. Presintiéndome, ya de antemano, chocante, me aparté voluntario. Un día, Cris volvió con un hombre al que me presentó por su novio.

—Es marino.

—¿Qué pensaría de mí? ¿A qué título me presentaría? ¡Situación violenta! Traté de mostrarlo así, no sé si me traicionaría

el subconsciente. Entre Cris y yo, nada, amistad y gracias. Pero... ¿qué pensaría el otro?

En un aparte, mientras el tercer personaje contemplaba los cuadros, Cris al oído:

—Vendría a verle del fin del mundo. Me impresionó, créame.

Luego, con una palmada:

—Volveré sola, de noche.

Saludos. Apretones. Al marino le gustó "Secadero de pescado en Scheweningen", un dibujo en blanco y negro, y dentro de él un árbol a la derecha donde se ven ojos de animal salvaje, árbol sin hojas ni ramas, tratando de enderezarse como una columna y de sostener algo. Multitud de envases de pescado vacíos, tumbados detrás de una verja esperando a algo o a alguien... Uno roto en primer término. Lejos, sobre un cielo plomizo, vuelan las aves.

A la noche viene muy acicalada; me pide que le cuente historias... que hable, que hable, que la gusta tantísimo oírme hablar...

—Disculpe mi atrevimiento. Desde aquel día no he podido olvidarle. Me parece usted tan distinto a los demás.

Palidezco. Pienso que a veces al verme al espejo me encuentro diferente a mí mismo. ¿A qué me decía esto en aquella hora de angustia, perdidas las esperanzas normales de un hombre? Quedé un buen rato en silencio, pensativo.

—¿No tiene usted dinero, Van Gogh?

—Mi trabajo.

—¿Y qué vale eso?

—¿Cuál? ¿Ese cuadro, por ejemplo?

Afirma de cabeza, mirándome.

—Lo que quieran dar por él. En este caso, cero. Soy terriblemente desconocido en el mundo artístico.

—Me gusta ese cuadro.

—Para usted.

—¿Me lo regala? ¿Y por qué? ¿Qué he hecho yo por usted?

—Darme una ilusión. Me pide que hable, que dé un sentido a mi vida, quizás.

—Me gustaría ayudarle.

—¿Y cómo?

—No lo sé.

—Usted tampoco tiene dinero.

—Puedo ganarlo.

—Ni yo se lo pediría...

Llega un recado para ella. Sale a la puerta. La oigo:

—Que no puedo ir. Que estoy en la peluquería. Hasta mañana.

Portazo.

—¿Quién era?

—Un recado de mi amiga.

—¿Y quería?...

—Que fuera a su casa.

—¿Y usted?... Por mí puede irse.

—No son esas mis ideas, Van Gogh. Tengo mejores planes.

¿Mejores planes? ¿Por mí? ¿Habría por fin comprendido su intención?

La senté en mis rodillas. Suavemente acaricié su rostro. Mis dedos desenredan su pelo resbalando sedante y fino. Ella, en un susurro:

—¿Sirvo para modelo?

La quité el vestido. ¿Qué más? Seguí descubriéndola hasta dejarla casi desnuda.

La besé en la frente. En los párpados. En la boca, que varias veces apartaba instintivamente.

Vi cómo la caía una lágrima. Hubo un silencio ahogado. Un surco en aquella naturaleza viva. Me detengo complaciente en sus formas. Rueda por su mejilla la lágrima.

—¿A qué llora, Cris?

—Es el primer beso que me dan en la boca.

Aquella noche pude... Pero, ¿para qué después de su declaración? Salí del cuarto. Dejé que se vistiera. Mi corazón volvió a su curso normal. Paseé fumando un cigarrillo, sintiéndome, en medio de la caída, vencedor del instinto, que hubiera procurado llegar a sus fines extremos.

Salimos a la calle. La dejé en una casa, donde ella me indicó. Quedamos citados para un viaje de dos días al puerto de Zaandam, donde ella podría juntarse después con su novio.

El día señalado alquilo un par de caballos. La espero en el lugar convenido, bastante oculto, pienso que por conservar su fama. Llega. Montamos. Se siente feliz:

—¿Por qué se ha gastado tanto por mí?

Caminos adelante contemplo el paisaje con nuevo espíritu. El horizonte se dilata a nuestra vista. El sol alegra el paisaje, dando armonía a nuestra caminata.

—¡Más lejos! ¡Más lejos!...

¿Me niego a seguir la aventura?

Ya lo creo que conozco un rincón para pasar la noche. Hacemos alto en el camino. La invito a comer y este sencillo suceso cambia mis ideas. Nos tocan música. Deben tomarnos por recién casados. Cuando años después la volví a escuchar, me situé en aquel instante de felicidad. Me sentí rejuvenecer.

—¿Han visto el milagro?

Es un viejo creyente quien nos lo cuenta con pelos y señales. Su hijo paralítico. Un monje de la abadía bajó a pedir limosna. Al dársela, el viejo le pidió que rogara al cielo por la curación de su hijo, aunque fuera a cambio de su salud.

—Prometo se acabarán sus desdichas.

Así respondió el monje, y al día siguiente su hijo se levantaba sano y flexible de su lecho de dolor.

Nos impresionó. Evoqué mis tiempos de evangelista. Yo también hice mialgros. ¡Oh, la fe, la fe perdida!... Subimos a la abadía. En pie, en el primer banco, el curado. Detrás, el coro de monjes entonando salmos de David. Una solemne acción de gracias de los israelitas a Dios por la construcción de Jerusalén, por la redención de Cristo.

Entre los fieles descubrí al amigo F. Miré bien. No, no era aquel amigo. Era el ángel de Londres. El pastor o un monje idéntico. Sus ojos profundos se clavaron en mí. ¿Se hizo católico? ¿Se retiró del mundo? ¡Qué ganas de interrogarle! Traté de evitar que me viera con una mujer. Salimos del templo y al galope de nuestros caballos bajamos de la altura..

Los dos nos habíamos quedado sin habla.

—¿Será verdad?

Procuré cambiar de tema al volver camino de La Haya. ¿A qué seguir nuestra aventura? Un día se casará con el marino, aquel hombre que no quiso besarla de novia, reservándola pura

para la primera noche consagrada, y me agradecerá por mi acción de entonces. Cristina dijo no haber conocido nunca un hombre tan bueno como yo.

Cantamos. En voz alta entonamos viejas tonadillas de mi niñez. Me choca que ella, que parece más joven que yo, las conozca también. En un pequeño puerto de mar nos paramos a descansar. Un barquichuelo trata de cruzar la barra. Poco, poquísimo fondo. Todo el pueblo se junta en el muelle para ver el espectáculo. Llegan las tres mareas y a todo vapor el barquichuelo avanza contra corriente en procura de salir a alta mar. Segundos de intensa emoción. Ya está. Suena la sirena triunfal. Elévase un suspiro sonoro del pecho de la multitud y los marinos desde cubierta saludan con su bandera mientras se achican en el mar. Luego, quedamos solos. La brisa cala hondo. Necesitamos sentir nuestro calor animal. Nos juntamos en un abrazo instintivo.

—Aquí vendrá cuando se case, Cristina. Prométamelo. Recuérdeme entonces. Piense igualmente, que el amor pide paz. ¿Qué mejor que esa torreta de farero, frente al mar?

Cris se siente decepcionada cuando la dejo en La Haya.

—¿Hasta cuándo?

—No creo que nos volvamos a ver tan fácilmente.

Después de esto, al cabo de un tiempo, vi a la cacareada virgen en un café de mala nota, adonde fui una noche, recién llegado el correo de París con buenas monedas para mí. ¿Era aquella? ¿Nos hemos visto en alguna parte? Hubo una disputa en el café. Intervine con serenos términos y procuré traer la paz. Nos vimos. ¿Usted misma? Nos contemplamos en silencio. No salía de mi estupor. ¿Qué venda me habían puesto en los ojos? No era una mujer joven. Su carne, menos dura y blanca de lo que yo en mi deseo idealicé. Su bandullo, rondo como un tambor, indicaba que se hallaba en estado.

No lloró. Sencilla y humildemente me explicó el engaño. La daba tantísima pena volver a su primitivo ser... ¿El primer beso? Juraba que era cierto. Que de los muchos hombres que la habían poseído, ninguno la hizo sentir el calor placentero del beso.

Me contó una trágica historia. Me conmoví. Muy joven la empujaron al vicio en su propia casa. A correr las calles en busca de qué comer. Su cuerpo, bien construído, obtenía cierto atractivo, concretamente enre paseantes desocupados. Yo, ahora,

mientras se descubría moralmente con más impudicia que en mi esudio, la vi magra, lívida, triste, alcohólica, agotada. La vi como una víctima de la sociedad.

La llevé a mi casa. La curé sus heridas. Procuré devolverla esa ilusión de vivir por algo.

Me costó convencerla a que se quedara. Se niega a venir conmigo, al que considera inocente como un niño.

Ella ha pecado. No quiere contagiarme. Hasta físicamente podría resultar perjudicial para mi salud. Sin contar con el perjuicio moral que ocasionaría dentro de mi mundo, incluso en el desarrollo de mi trabajo artístico.

Vivimos una temporada intensa. Allá está mi modelo. Triste como la vida. Gastada como el minero. Ha penetrado en el agujero más hondo del vicio. Apuró el cáliz del placer doloroso...

Aquella mujer posa para mí. "Sorrow", tristeza, la mujer desnuda, enfriándose por mí. Con los pechos caídos y la cabeza oculta en sus brazos. "Que no me vean". ¿Llora? ¿Medita? ¿Duerme? Descansa de las fatigas de su profesión. Muestra su mano de sirvienta, áspera, rugosa, pasiva. "Graty lady". La gran señora que nunca sería. La visto y adorno con juyas de relumbrón. La paseo. Me posa bajo el sol y la lluvia. Inclinada a tierra, trabajando, tumbada en la hierba, mirando al cielo. Me posa en la playa. La disfrazo con diferentes hábitos. Calla. Siempre calla Cristina. Contempla mis telas sin entenderlas y en silencio. Capto sus suspiros, sus desilusiones, las huellas de los hombres que la han seducido... La vuelvo a su primitivo ser y surge de nuevo la inspiración en su taberna, en su ambiente, como buscona de la miseria humana escondida. Me recuerda no sé por qué a obreras que he visto con traje de hombre, de rostro miserable y fatigado, ennegrecidas por el polvo del carbón... al fondo se ven niñas encaramándose en montones de escoria.

Me temo que la noticia corra por la ciudad. F. vino a verme y le abrió las puertas la mujer que se desvive por dar aspecto de hogar a mi estudio. La situación, bastante violenta, se ha zanjado con "es mi modelo". Aunque él parezca aceptarlo, muy probable que lo cuente a Tersteeg, Mauve y los amigos.

Para evitar confusiones y que se me acuse sin oír, cojo la pluma y escribo a Teo, adelantándome:

...Pues bien, señores, voy a decíroslo a vosotros, que os ceñís a las formas y a la civilización, y esto, justificadamente, con la

condición de que sea verdad. ¿Que es más civilizado, más viril, abandonar a una mujer o apiadarse de una abandonada?

Este invierno topé con una mujer encinta, abandonada por el hombre cuyo hijo llevaba en su seno. Una mujer encinta que en invierno vagaba por las calles ganándose el pan, bien sabes cómo. Tomé a esa mujer como modelo y trabajé con ella todo el invierno.

No pude pagarla el salario de modelo, pero eso no impide que la pagase sus horas de pose y procurase salvarla, gracias a Dios, a ella y a su criatura, del hambre y del frío, compartiendo con ellos mi propio pan. Cuando por segunda vez me encontré con esa mujer, me impresionó su aspecto enfermizo. La hice tomar baños, tónicos, tanto como estuvo en mi poder. Se puso mucho más sana. Fui con ella a Leyde, donde hay un instituto para mujeres encinta que pueden ir allá a dar a luz. (No sorprendía su enfermedad. La posición del crío era defectuosa. Sufrió una operación.)

Creo que cualquier hombre que valga el cuero de sus botas, encontrándose en el mismo caso, obraría del mismo modo.

Encontré tan sencillo y evidente lo que hice, que creí poder quedarme con ella. Posar le resultaba difícil. Sin embargo, aprendió; yo hice progresos en dibujo porque tenía una buena modelo. Esa mujer, ahora me es adicta como una paloma amaestrada. Por mi parte, sólo puedo casarme una vez, ¿y con quién mejor que con ella, que es el único modo de seguir ayudándola? Si no, la miseria la lanzará de nuevo al camino que conduce al precipicio. Carece de dinero, pero me ayuda a ganar dinero con mi trabajo.

Vivo lleno de alegría y ambición por mi oficio y mi trabajo; si durante un tiempo abandoné la pintura, se debe a que me conmovió demasiado el abandono de Mauve.

Creí que me comprenderían sin palabras. Por cierto, pensaba en otra mujer por quien latió mi corazón. Pero estaba lejos y no me quería ver, mientras que ésta corría por la calle, en invierno, enferma, encinta, hambrienta; no pude obrar de otro modo. Mauve, Teo, Tersteeg, tenéis mi pan en vuestras manos.

¿Me dejaréis sin pan, me volveréis la espalda?

He hablado y aguardo lo que dirán.

Releí la carta. Resonaba en mi cerebro el eco de Fausto, que aquellos días leía con avidez. Aquellas palabras suyas: "¿Tiene derecho el genio a abandonar a una muchacha en desgracia?"

Lo que sí resultaba curioso, el contraste de las mujeres en mi existencia. Las dos que me habían empujado a la ruina espiritual eran mujeres decentes en el argot moral, y la que me acogía, dándome impulsos de vida, una cualquiera.

El hermano Teo no tardó en contestar poniendo al descubierto la equivocación de semejante conducta. La caridad sin amor —decía— abocará en un pecado mayor. "Verás cómo tú mismo arrinconas ese tesoro". Y, en efecto, buscaba los lugares solitarios cuando la llevaba a mi lado.

¿Qué secreta animosidad me empujaba de continuo contra el orden establecido? Sí, también es de las que los pastores maldicen desde el púlpito. Un aliciente más para quererla, perdonarla, si me lo pidiera, todo su pasado. Reniego de todo y dejo el rango en que he nacido. Instalo mi interior como el de un obrero. Prefiero así.

¡Oh, Señor y Dios mío, Tú puedes juzgar con clarividencia mis intenciones de aquellos días! Padecía dos fracasos sentimentales en esa edad que tan honda huella dejan. Concentré mi caridad en la mujer caída. Cayendo sobre ella, la levanté a mi altura. Creo que la hice vivir horas intensas, de verdadero amor. La libré de sí misma y de los hombres que la acechaban. "También hay caridad en los hombres". ¡No podía abandonarla, Señor! Si he pecado contra Ti, perdóname.

Te estoy hablando a mucha distancia de los sucesos y, en consecuencia, con ecuanimidad, fríamente. Interpreta con indulgencia mi yerro. He obrado honestamente y de buena fe. Comercié con una mujer que al conocerla en su verdadero ser parecía tener ya una pierna en la fosa, cuyo espíritu y sistema nervioso estaban igualmente relajados y desorientados; cuya única probabilidad de recobrar la salud —según un doctor del hospital de Leyde— cifrábase en una vida familiar regular. Tú, Señor, no condenas a las que han faltado, y si las condenas, las perdonas si sufren sin recompensa. Perdónala también. Fue su pobreza y

no su voluntad la que consintió. Vuelve la Vista a Tu alrededor y Ve la triste suerte de aquellas que no encontraron una mano amiga.

Cuando me ligué a su destino creía de buena fe que mis relaciones no serían pasajeras, sino durables.

Por un tiempo la dejé de ver. Pregunté en su casa. Sin respuesta. ¿Una nueva decepción? Caí enfermo, quizás como consecuencia de mis relaciones con ella. Recibí en el hospital una carta suya, suscrita en el mismo establecimiento, rogándome que la visitara.

¿Podía, debía ayudarla? ¡Qué combate conmigo mismo! Mis argumentos maleados por la pasión, ¿de qué servirían? ¡Qué problema! Si prometía desembarazarme de Cristina, arriesgaba mi deseo, tanto entonces como mi salud... Contradiciendo a Teo si adoptaba la actitud de Tersteeg y Mauve, arriesgaba mi cabeza. Callarme por acogerme a este asilo me parecía indigno... prefería arriesgarlo todo.

Yacía enfermo y el porvenir amenazaba sombrío. Dejé el lecho contra la opinión del médico y fuí a verla. Acababa de dar a luz.

—Usted sabe lo que es la miseria, Cristina, yo también. Unamos miseria con miseria, arriesguémonos. Los pescadores saben que el mar es peligroso y la tempestad terrible. Cuando la tempestad viene y cae la noche, ¿qué es peor? ¿El peligro o el miedo al peligro? Prefiero la realidad, el peligro mismo.

La mujer apenas me oía, quejándose sordamente en una penumbra lánguida.

—Cuando esté usted mejor, venga a mi casa. Haré todo lo que pueda por usted.

Vino con sus dos hijos. Nos instalamos en un granero. La empresa sobrepasaba mis medios, pero, ¿qué podía hacer?

Un hombre debe tener, después de todo, corazón en el vientre. Si no osáramos retroceder ante ciertas cosas, no seríamos siquiera dignos de vivir.

Compré una cama en casa de un revendedor. Me sentí padre sin serlo. Cumplí mis funciones a maravilla. Más de una noche lo acuné en mis brazos. Vilo crecer pimpante y bello como una luz en la casa.

Cristina se recobró a mi lado. La nacieron alas de ilusión en aquella Altura. Profundicé a la par en mi arte y en la vida.

Como confeti de carnaval tirado a lo alto, la noticia lo inundó todo. Llegó a enterarse la pequeña ciudad que me conocía. Si hasta entooces se me tenía por extraño, ahora, además, me llamaría crápula... ¡qué sé yo!

Me aparté del mundo. Para ser más exacto, el mundo se apartó de mí... Consecuencia de mi actitud rebelde, dejaron de llegar los fondos de Teo. Pasé dos meses bloqueado por la necesidad. Trabajé denodadamente, como si me viera al borde de un abismo.

Después de esto, el apaciguamiento de la mujer que se entrega sin reservas. Al fin pasó la primera noche de amor.

¿Y hasta cuándo?

Le parecía mentira. Obstinadamente repetía que disfrutaba un sueño del que un día debía despertar.

El tiempo dice no a nuestro idilio. Quedo sin dinero para mis pinturas porque vivan ella y su criatura. La situación se vuelve insostenible. Una noche falta de casa. Cuando a la mañana siguiente vuelve, la increpo.

—No —me respondió—, no vengo a posar, sino sencillamente a ver si tiene usted qué comer.

Me traía una porción de judías verdes y papas. Hay realmente en la vida cosas que valen la pena.

Como sospechara yo la irregular procedencia de sus ahorros de aquellos días:

—¿Qué ha hecho, Cristina? Si trabaja por mí, hágalo en una ocupación digna.

—¿Qué más le da a usted? Mi cuerpo nada vale. Ya está manchado. No es posible ensuciarlo más. Su pintura marcha, el mundo no tardará en reconocerlo. Yo entiendo muy poco de esas cosas... y me gustaría tanto servirle de algo...

¡Qué modestia! De verdad, me impresionó. La dije, y de verdad que lo sentía, que yo pensaba casarme con ella.

No lo podía creer. Me dió a entender su agradecimiento. Eso mismo se lo había prometido otro, y luego...

—¡Bah! ¡Qué importa! No diga esas cosas, Vicente. ¿Cómo va usted a casarse conmigo? El día que le estorbe, ya sabe... yo desaparezco y concluído todo.

Y, en efecto, pronto pude comprobar la procedencia de su dinero. Una mañana llegó a casa ojerosa, rendida. Echó unas monedas en la mesa.

—De F.

Lo que más daño pudo hacerme. Me alejé instintivo dándole ostensiblemente la espalda. Di un puñetazo al cristal de la ventana y abrí un agujero. Chorreó la sangre por mi puño. Puse frente al hueco mi cabeza. Penetraba un viento helado. Permanecí quieto hasta notarla insensible como la cabeza de una estatua. Lo necesitaba.

Aquella mujer se echó al suelo, lloró, me pidió perdón, chupó mi sangre con frenesí... una escena inolvidable. Pero ya no tenía remedio la cosa. ¡Y precisamente con él!

Durante varios días permanecimos sin hablarnos. La mujer cumplía ritualmente sus obligaciones caseras y luego partía en busca de su madre.

Cuando Teo se presentó por casa, se negó a aparecer. No era una pieza de museo. No quería ser pasada por examen como un bicho raro.

Teo comprendió perfectamente y no quiso insistir. Mostróse sorprendido por la buena disposición del modesto granero. Penetró en un interior agradable y limpio, un taller donde se veía una cuna y una silla de niño, donde hasta el mínimo adorno invitaba al estudio. Todo brillaba dentro. Vio mis estudios en la pared, un caballete a cada lado de la ventana y una gran mesa de trabajo de madera blanca. No pudo ver la cuna sin sentirse emocionado:

—No hace falta que yo vea a esa mujer. Es limpia y parece que te quiere.

Volvió la vista en torno y, señalando el cuadro de Sorrow, preguntó?

—¿Es ésa?

—Sí —le contesté tímidamente.

—Segunda vez que se oculta el rostro. Confieso que sus formas son decepcionantes.

Se dejó caer en el gran sillón de mimbre.

—¿Qué pretendes?

—Casarme con ella. Si por desgracia esto acarrea un cambio en tus disposiciones a mi respecto, prevenme al menos el momento en que suprimirás tu ayuda.

Quedó pensativo unos instantes. Le costaba acostumbrarse a una relación de tan baja estofa. En su menalidad de mundo capitalista no concebía que pudiera entablarse un parentesco espiritual sin una base sólida.

—¿Y a qué caer tan bajo?

—¿Pude acaso aspirar a más? Las otras me rechazaron. Hoy no lo lamento. Siento que mi obra se enraíza en el corazón del pueblo. Debo perderme con las clases más humildes para captar la vida a lo vivo y hacer progresos al precio de muchos esfuerzos.

Teo aprobó con la cabeza mis ideas. Comprendió perfectamente lo absurdo de cortarlas, algo así como tajar una serpiente y aparecer multitud de trozos moviéndose con nuevo vigor. Cortando las ideas ajenas las daba carta de naturaleza.

—Cristina no es una condena a mis pies, ni un carga a mis hombros. Es más bien un auxiliar. Una mujer no debe quedar sola en esta época y menos en una sociedad como la nuestra, que no perdona a los débiles. Cuando los veo pisoteados bajo sus ruedas dudo del valor de lo que llaman progreso y civilización. Creo en la civilización, pero en la que se cifre en la verdadera caridad.

Teo mostró interés en que la viéramos por algún rincón sin que ella se diera cuenta, y salimos por las calles. Al acecho a la puerta de su casa, en los lugares que frecuentaba, todo inútil. Volvimos cansados, sin conseguir atisbarla.

—¿Cómo es Cris? —indagó con renovada curiosidad.

—¿Que cómo es?... No sabría describirla en realidad. Puedo decirte al menos cómo yo la veo. Las grandes líneas de su perfil parecen las del Angel de la Pasión de Landelle. Ha sufrido viruela, lo que indica que no es bonita. Su rostro es simple y no carente de gracia. Me agrada por aparecer sin coquetería a mi presencia, ser económica y realista, plegarse con decisión a las circunstancias más duras. Tiene voluntad de aprender y de ayudarme en mi tarea.

Teo quedó atónito ante las declaraciones de que no siendo bonita ni muy joven, ni vaporosa o coqueta, me gustara, y más cuando le declaré que por esas cualidades hacíase posible nuestro intento.

—Tiene la voz ronca y suelta con frecuencia exclamaciones o emplea giros que mi hermanita Ana, por ejemplo, se guardaría bien de proferir. Sin embargo, este detalle no me incomoda; prefiero que hable mal, pero que sea buena, a que se exprese en términos escogidos y que le falte corazón. Lo tiene y grande. Es capaz de soportar muchas cosas con paciencia y buena voluntad, sufre por los demás, no es holgazana. Nadie se interesaba

por ella, nadie la quería. Estaba sola, abandonada como un pingajo arrojado a la calle. Yo la recogí dándola todo el amor, toda la ternura y todos los cuidados que podía ofrecerla. Sintió todo eso y se repuso, o más exactamente, está en trance de reponerse.

Teo insistió en que los hombres formábamos parte de una sociedad jerarquizada, cuyo grado creía lógico conservar.

—Cuando se trata de negocios serios —le atajé— no hay que dejarse conducir por la opinión pública o por la pasión.

—¿Y qué otra cosa haces tú sino dejarte llevar por la pasión?

—Hago lo que debo y soy leal. ¿Qué pensar del que comienza por ayudar a otro y luego le deja caer bruscamente? El padre del hijo de Cris se portó así. Muy bueno para ella, pero luego no la esposó, ni siquiera cuando la dejó encinta, pretextando su posición social, su familia, etc... Cris era muy joven en aquella época. Casi no sabía lo que hacía. A la muerte de este hombre se encontró sola con su hijo, abandonada, no teniendo a nadie en el mundo. Entonces debió dedicarse a... de mala gana. Cayó enferma, aplastada por la miseria, parió en el hospital. ¿No era ese hombre culpable ante Dios, anque el mundo siguiera estimándole?

—¿Y después? ¿Qué otros hombres pasaron por su vida? ¿Tuvieron más caridad con ella? Ni siquiera conocerás su historia.

—Al detalle. Vida de perra, créemelo. Correr de mano en mano, como una moneda. Por temporadas, dormir bajo techo, a veces compartido con la legítima mujer. Alguna vez hasta ilusionarse, como le sucedió con un charlatán de feria, que la exhibió junto a sus perroquetes amaestrados.

—¿Y no piensas, Vicente, que pueda engañarte otra vez?

Aquí no podía replicar con la verdad. Me limité a generalizar mis sentimientos con un arranque de falsa sinceridad.

—Si compruebo un día que se divierte con otro, no lo soportaré. Pero no la echaré antes de agotar todos los medios para atraerla al buen camino.

Extraño proceder se le antojó a mi hermano. Creía de buena fe que borrar el pasado era tan difícil como evitar el sol. Que yo no podría jamás ver a otro hombre junto a ella, sin pensar que quizás en otro tiempo fuera suya. ¿Y si caía yo enfermo por esa relación morbosa?

Me exalté, insultándole. Le insté a que me dejara tranquilo si se ponía al lado de los demás, acusándole incluso de cicatería y de abrigar un pretexto para dejarme desamparado.

Teo acusó el golpe y dejó de hablarme. En silencio fuimos a cenar a una taberna.

—Viva o muerta, te la presentaré.

—¿Y para qué?

—¿No te interesa ya?

—No.

Me di cuenta de que se sentía dolido por mis mordaces insultos. Le rogué que me disculpara:

—No te figures que me juzgo perfecto, cuando tantas personas hablan de mi carácter hosco. Con frecuencia aparezco melancólico, susceptible, intratable. Pido un poco de simpatía, como si tuviera hambre y sed de ella. Aparezco indiferente cuando se me niega esta simpatía y hasta vierto a veces aceite en el fuego. No me agrada la compañía de los demás, me resulta penoso frecuentar las gentes. ¿Conoces el origen de todo eso? Mis nervios. Soy muy sensible, tanto en lo físico como en lo moral, y eso data de mis años negros. Pregunta al médico —él sabe de qué se trata— si podría ser de otro modo, si las noches pasadas en las calles frías, bajo las estrellas, con la tensión incesante por mi falta de situación, si todos mis enojos con los amigos y la familia no son en gran parte el origen de ciertos rasgos de mi carácter, de mis cambios de humor, de mis períodos de depresión. Confío que ni tú, ni los que como tú reflexionan, me condenéis o juzguéis imposible. Lucho contra esta tendencia sin conseguir cambiar mi carácter.

Teo me abrazó efusivamente. Pagué la cena y salimos a la calle a respirar el fresco de la noche y estirar las piernas. A su lado me sentía protegido. Revivía. El camino a nuestra casa me pareció bello. ¡La luz tan clara, los espacios tan grandes, los objetos y las figuras de tal relieve!

¿Procuraría convencer a nuestros padres?

—Que se callen depende, en gran parte, de lo que tú les digas. Si pones objeciones pondrás fuego en la pólvora. Si, por el contrario, les dices: "No os mováis, no os alarméis", quedarán tranquilos. No quiero endosarte responsabilidades. Toda responsabilidad es mía. Diles que tu mensualidad me basta, que no les pido nada, que poseo los muebles indispensables, lo que tú has visto.

Dudando mucho del éxito de sus gestiones, me invitó a trazar una mentira piadosa, que rechacé categórico:

—Si mi familia me rechaza por seducir a una mujer, me consideraré perverso. Pero si se revuelve porque decido quedar fiel a la mujer que hice voto de fidelidad, despreciaré a mi familia. Todas las mujeres no están hechas para volverse la mujer de un pintor. Esta posee buena voluntad y se perfecciona de día en día. Ni tengo la intención de volver a casa de mis padres, ni daré un sólo paso en este sentido. ¿Para qué dar palos de ciego? Sé la importancia que a esto le da nuestro padre. Descontento si la esposo y aún más si vivo con ella sin ceremonia. Tengo treinta años y los rasgos de mi rostro acusan cuarenta. Mi frente la surcan arrugas y mis manos están agrietadas. Pero a través de los lentes de mi padre sigo siendo un muchacho. Tampoco te obligaré a aprobar mi conducta o a nombrarte padrino de boda. Sé que las gentes de tu condición consideran una hazaña de este género como un crimen capital que arrastra la expulsión de la sociedad.

—Soy yo quien te defenderé, hermano, como te he defendido hasta ahora. Hice únicamente reflexiones particulares que aquí mismo se olvidan. Quizás a un artista como tú le convenga enfangarse hasta las uñas. No te censuro. Cuenta conmigo como hasta hoy.

—¡Cómo te lo agradecería ella si te oyera! ¡Sería la mejor hora de su vida! Por esta y otra igual que disfrutó, compensaría sus amarguras.

Subimos a la casa y le entregué "Sorrow". Abrí una botella de coñac y bebimos a la salud de los incomprendidos. Teo quiso conocer al detalle esa hora feliz de nuestras relaciones:

—En su lecho de dolor, instalado junto a una ventana que caía sobre un jardín circuncidado de sol y verdura. Yacía hundida en una especie de somnolencia provocada por el agotamiento. Abrió los ojos y se sintió feliz al verme. Me preguntó por todos los suyos. El niño reposaba en su cuna con aire de pequeño filósofo. Los médicos la asistieron con coloroformo. Fue un caso crítico. Duró el parto de nueve de la noche a una y media. Pues bien: todo lo olvidó al verme. Me dijo incluso: "Pronto nos pondremos a dibujar". ¿Somos felices? No lo sé. Una sombra negra planea sobre nuestras cabezas de continuo. El maestro Alberto Durero sabía lo que hacía cuando plantaba la Muerte detrás de una joven pareja. Confiamos, no obstante, que esa sombra se disipe. Ya lo sabes todo, Teo. Sin tu ayuda,

Cris probablemente no estaría ya en el mundo. Créemelo: hablo por mi boca y por la suya, aunque no la veas. Somos dos desdichados que se hacen compañía y llevan juntos la carga.

Al día siguiente despedí a Teo en la estación de París.

Una tarde en Scheveningen tuve la suerte de ver regresar un barco pesquero. Junto al puerto alzábase una casita de madera en la que vigilaba un hombre. En cuanto la barca se acercó al punto de ser visible, el hombre salió con una bandera azul, seguido por una banda de chiquillos que no le llegaban a la rodilla. Para ellos era un gran placer quedarse al lado del hombre de la bandera e imaginaban que de ese modo contribuían al regreso de la barca. Minutos después de agitar la bandera el hombre, pasó un mocetón a caballo que iba en busca del ancla.

Hombres y mujeres, así como madres con sus niños, se reunieron en el puerto para recibir a la tripulación. Cuando la barca estuvo a distancia suficiente, el hombre a caballo entró en el mar y volvió con el ancla. Luego los tripulantes fueron llevados a tierra por mocetones que calzaban botas altas, y por cada marino que llegaba había un concierto de bienvenidas.

Cuando estuvieron todos, la manada se volvió a su casa como ovejas o una caravana, tras el mocetón a caballo que dominaba la tropa como un fantasma.

Arena, mar, cielo gris y solitario: un estudio marino, el clima que necesitaba, y surgió de esta escena algo que a ambos nos ilusionó. A veces busco esa soledad con un solo pájaro acuático. Eso me descansa de los museos, del Gest o del mercado de papas.

Al volver Cristina y yo de esta labor topamos en la playa con Mauve. Le mostré el cuadro. Le disgustó. La discusión subió de tono. Antes de irse miró despectivo a mi acompañante, refunfuñando que no le extrañaría que sufriese yo un final parecido al del pariente de París. Creo que la ruptura será definitiva.

Rehuí en adelante contacto con pintores y lo sentí de veras. ¿Por qué no disculparnos mutuamente en nuestra intimidad? Todos teníamos las mismas dificultades. ¿Por qué no tender las manos para trabajar juntos como soldados en la misma fila? ¿Por qué son víctimas de tal desprecio las ramas del arte menos onerosas?

Detrás de Mauve todos sus amigos me volvieron la espalda. Se me apartó como una apestado. ¡Con el culto que guardé siempre de la amistad! No le olvidaré, a pesar de tanta diferencia. Busqué y quise mantener una auténtica amistad, resignándome difícilmente a la amistad convencional.

Cuando "por ambas partes" existe el deseo de vivir en la amistad, si de vez en cuando no se está de acuerdo, uno no se ofende tan fácilmente, y si se ofende se repone pronto. Pero cuando la cosa es convencional, es casi inevitable que se produzca amargura, precisamente porque uno no puede sentirse libre, y aunque uno no dé curso a sus verdaderos afectos, éstos bastan para dejar recíprocamente una duradera impresión desagradable, y hay que perder la esperanza de la posibilidad de ser algo, uno para otro. Donde hay convención hay desconfianza. de la desconfianza nacen las intrigas.

¡Buenas noticias! Mi padre me envía un abrigo. Le escribo agradeciéndolo. Tersteeg me pide varias vistas de la ciudad. Otra vez a trabajar sin descanso.

Yo mismo no sé cómo pinto; voy a sentarme con una tabla en blanco ante el lugar que me impresiona. Miro lo que tengo delante de los ojos. Me digo: esta tabla en blanco tiene que transformarse en algo. Vuelvo descontento, la pongo de lado. Y después de descansar la miro con cierta angustia. Sigo descontento porque tengo demasiado en la memoria, esa maravillosa naturaleza, para poder sentirme contento; sin embargo, veo en mi obra un eco de lo que impresiona; que la naturaleza me cuenta algo, me habla, y que yo tomo nota de ello estenográficamente. En mi estenograma hay quizás palabras indescifrables, fallos o lagunas, pero algo queda de lo que el bosque o la playa o la figura me han dicho, y no en un lenguaje sordo y convencional, que no ha nacido de la naturaleza misma, sino de una manera o de un sistema sabio.

En junio del 83 recibo una visita inesperada: el tío Tersteeg. Trae recuerdos de casa y un nuevo encargo: otras doce tarjetitas de La Haya. Le agradezco muchísimo y me siento revivir. Cuento

la grata nueva a Cris y lo celebramos al parecer contentísimos. ¿Cuál no sería mi sorpresa cuando, al despertar al día siguiente, no la veo a mi lado? Encima de la mesa un sobre. Lo abro. Su letra.

"No me busque, Vicente, no me encontrará. No volveré a su casa. Su familia me ha convencido. Es mejor para usted y para su obra. Recuérdeme con cariño y no por caridad. Cristina."

¿Qué le había dicho Tersteeg? Corrí a su casa. No le encontré. Me di cuenta de que Tersteeg no obraba por sí, sino en representación de algún miembro de mi familia. ¿Quién? Todos menos Teo.

Perdida la fe en las criaturas humanas, no me quedaba otra compañía fiel que la pintura. Hallé refugio en mi arte. Buscando efectos extraños, contrastes de luz, grises diferentes, desafié tempestades. Recuerdo que, tras de pinar un campo, se produjo una tormenta, con una pertinaz lluvia que duró cerca de una hora. Me gustó tanto la cosa que permanecí en mi puesto y busqué refugio a duras penas bajo un árbol corpulento. Cuando pasó la tormenta y volvieron a volar las cornejas, me felicité a causa del admirable tono oscuro que tomó el suelo del bosque después de la lluvia. Como empecé a pintar de rodillas, antes de la tormenta, con el horizonte bajo, tuve que arrodillarme en el barro. A causa de sucesos semejantes llevaba ropas de obrero, que regresaron al taller hechas jirones. Y no sólo el trapo acusó el golpe, sino lo que era más de lamentar, el cuerpo. Enfermé. Perdí las fuerzas. Me agotaba por recorrer una mínima distancia como de mi casa a Correos. Comprobé las consecuencias nefastas de mi relación con la ramera. Durante el mes de junio permanecí por segunda vez en el hospital del Leyde, sin recibir visitas. Me vi obligado a quedar inmóvil en mi lecho y tomar comprimidos de quinina. Se me daban de vez en cuando inyecciones de agua de una solución de alumbre... Creo que, por fortuna, nadie lo supo, ni siquiera ella... la que me abandonó.

¿A qué no me cuidaría durante tanto tiempo? Siendo un pintor enfermo, mi pintura sería enferma. A pesar de mi afición a Delacroix, no amaba el romanticismo. Fue una época de exaltados, de enfermos. Sus protagonistas se me aparecían demasiado jóvenes para dar la nota definitiva. Sus lágrimas de cocodrilo caían en el melodrama que pudo y debió llegar a ser tragedia. He dicho muchas veces y no me cansaré de repetirlo: El corazón debe expresar profundo dolor, no sentimentalismos. Disciplínese el artista para lograrlo. El Arte es un combate. En el Arte hay que poner el pellejo. Se me antojan decandentes los artistas que logran éxitos en su país. No debíamos hacernos ilusiones, sino prepararnos a no ser comprendidos, a ser desterrados, y, a pesar de todo esto, a conservar nuestro valor y entusiasmo. Los clásicos, Rembrandt, Ruysdael, por ejemplo, son sublimes, tanto para nosotros como para sus contemporáneos; pero hay algo en el arte moderno que llega a nosotros, algo más personal e íntimo. Encuentro en muchos cuadros modernos un encanto particular que no tienen los antiguos. ¿Qué? No puedo explicarlo. Quizás los artistas de hoy sean más grandes pensadores.

Era prescriptivo cuidarse; en realidad mi salud no estaba gravemente comprometida en un estado crónico. Oficialmente haría ver que no la provocaban los excesos, sino la falta de alimento.

Ignoraba hasta cuándo podría resistir. Sentía que iba a sucumbir bajo el peso. Mi constitución resultaría aceptable sin el ayuno obligado de tanto liempo. En consecuencia, falto de salud, rendí menos. Añádase mi desazón espiritual. ¿Cómo seguir resistiendo?

Abandonado de todos, solo en medio de gentes que me desconocían. ¡Qué desengaño aquella ciudad, entre los mismos que consideraba mis afines! ¡Qué romas sus ambiciones artísticas! ¿Se podía ser pintor con el mismo objetivo que vendedor de telas? Evoco nostálgicamente las ideas del primer invierno pasado en esta ciudad. Imaginaba que los pintores formaban una especie de círculo en que reinaba el calor y la cordialidad y hasta cierta unanimidad de criterio. Esto parecía lógico e ignoraba que pudiera ser de otro modo.

A los poquísimos que conocía, ¿qué les hice yo para que me desollaran vivo? Si se les antojaba mal pintor, dejáranme tranquilo. En el fondo de sus críticas creí ver cierta amargura al penetrar en mi vida íntima. ¿A qué se debía tanta frialdad y

desacuerdo? Sin capacidad para examinar la cuestión, adopté por principio que debía abstenerme de dos cosas: de reñir, procurando favorecer la paz, y de querer ser otra cosa que pintor cuando se era pintor. Hacer abstracicones de todas mis ambiciones sociales, no tomar parte en lo que haga la gente. En los antiguos talleres sombríos y llenos de humo reinaba un espíritu de compañerismo y de verdad.

Dibujar sin desmayo, ¿y qué es eso? El arte de abrirse paso a través de un muro de hierro invisible, que parece encontrarse entre lo que uno "siente" y lo que uno "puede". De nada sirve golpearlo fuertemente. Hay que mirar el muro y perforarlo con lima, con lentitud. Así podrá seguirse el trabajo sin dejarse distraer.

Después de mis congojas llegó una época de reposo. Comencé a olvidar a Cristina. Ni una noticia suya. Presentía próximo su triste final. Me la imaginaba rodando por la pendiente del vicio. En el fondo me felicitaba de no presenciar su ruina total y escribí a Teo rogándole que me sacara de allí.

Me arrepentía del pasado. Sentía desprecio por mi propia caridad. La misma, poco más o menos, que la de Tersteeg ofreciéndome aquella serie de dibujos sobre los alrededores de La Haya. Incluso aconsejé a Teo, que por entonces iniciaba en París una aventura semejante a la mía:

Deseo a menudo tu presencia. Pienso mucho en ti. Esos artistas parisienses que viven con mujeres son menos mezquinos que otros y por desesperación, quizás, se aferran a la juventud. ¡Qué difícil debe resultar a un hombre conservar un poco de frescura en su vida doméstica! ¡Cuán numerosos son los que llegaron a desesperarse en París! Y sin embargo... París... ¿cuándo me consideraré maduro para estudiar en París?

Por fin cogí en su casa a Tersteeg. Creo que aguardaba esta visita desde hacía algún tiempo, sin saber cuándo llegaría. Arremetí con violencia:

—Tersteeg, ¿cómo pudo usted apartármela? ¿Qué le hice yo? ¿A qué se inmiscuye en mi vida? ¿Quién se lo mandó?

—Todas esas preguntas soy yo quien debe hacérselas, Vicente. Su padre me lo mandó.

—Debí imaginarlo. ¿Con qué poder lo hacía él? Soy mayor de edad. Ni dependo de él ni admití su ayuda.

—No se obceque, Vicente, recapacite. Obramos únicamente por su bien. Esa mujer le sacó dinero.

—No lo tenía yo.

—Debió huir usted mismo hace tiempo.

—¿Abandonarla cuando iba a tener otro hijo?

—¿Suyo acaso?

—No lo sé.

—Así, pues, su caridad se trocó en crueldad.

—No, porque quiero volver a por ella. ¿Dónde encontrarla? Usted sabrá.

—Aunque supiera su paradero no lo diría. Fue un escarnio. F. quiso burlarse de usted. La disfrazó. La pintó con más realidad que sus retratos. Quiso hacerle pasar una moneda falsa por verdadera.

—Hizo todo eso, ¿de acuerdo con ella?

—Sí. Por una apuesta.

—¿Cree usted que conviviendo conmigo fingía una farsa?

—No. Desgraciadamente para ella, no. Cuando la separé de usted pude comprobar que le amaba, Vicente, todo lo que una mujer de su especie puede amar. Su final será trágico. Quiso suicidarse en mi presencia. Pude evitarlo. Gritó, se maldijo: "No quiero seguir viviendo sin él. Y tampoco estorbarle más en su carrera". ¿Ve usted cómo a veces el remedio es peor que la enfermedad? Cuando se iba, añadió como una sentencia: "Soy apática, perezosa, no sé hacer nada. Sí, soy una puta, y fuera de este oficio no queda para mí otra salida que arrojarme al agua".

Quedé petrificado, sin fuerzas para responder. Tras de unos instantes, el viejo Tersteeg me dio una palmada en el hombro. Luego, consolador:

—Vuelva a su casa, Vicente.

—¡Si pudiera!...

—Los padres perdonan siempre.

—Pero no comprenden jamás.

—¿Y qué quiere que comprendan? ¿Su arte? ¿Es que lo comprendemos los demás?

—Usted tampoco cree en mí. Me dice que vuelva a casa cuando en realidad quiere decir otra cosa. Quiere usted decir simplemente: "Abandone la pintura. No es usted un artista. Comenzó demasiado tarde". Debo trabajar a costa de mi vida. Creo que mi cuerpo aún podrá soportar un número de años, pongamos seis o diez. No tengo intención de evitar emociones y contrariedades. Me resulta absolutamente indiferente vivir más o menos tiempo. Pero sé que debo cumplir bien mi tarea. Mi pintura no se destina a gustar a ciertos grupos o escuelas, sino que habla de un sentimiento humano y sincero.

—¡Qué lástima me da! Si al menos se volviera comercial, yo le lanzaría. Piénselo, Vicente. No podemos tolerar que usted desprecie a sus contemporáneos porque ellos le desconocen, ni admitir que trabaje para la posteridad porque ni ellos le conocerán ni usted podrá aprovecharse de los beneficios de su obra.

Con esto quedó zanjada la cuestión. Di un apretón de manos a Tersteeg y me alejé.

En el cementerio de Drenthe el olor de trementina tiene algo místico. Aquí llegué una noche huyendo de La Haya, dejando tras de mi paso la sombra de una cobarde acción. A través de la línea oscura de los abetos miré al cielo brillante. La tierra ruda, rosada, leonada, parduzca, amarillenta, parecía difícil plasmarla en el lienzo. Con nieve resultaría formidable pintarla, confundiéndose las sepulturas con los brezales, los postes blancos de los muertos con hieráticos fantasmas.

Drenthe era por octubre del año 83 un pueblecito pescador, acodado sobre el río, escapándose de Holanda por la ruta de Groninga. Los muertos que veía pasaron su vida emparedados entre el mar y la frontera bélica. Los que entonces vivían, gentes primitivas, labriegos y marinos, subían de continuo la pendiente con ofrendas a las víctimas.

Los pintores frecuentan aquel país. Uno más, Van Gogh el peregrino, que cae en la tierra en pleno invierno, cuando las manos se congelan y se secan los colores. A las gentes asustaba mi presencia, negándose a posar para mí. Tres mujeres únicamente pude captar en la paleta: una vieja, una enlutada barquera y una madre con una criatura.

Es posible que los pintores pierdan los efectos propios de esta época de invierno. Horizontes de un finísimo lila blanco y después nubes como rebaños de ovejas, niebla pesada, cielo muchas veces gris, pero tan luminoso como el blanco puro. Molinos quijotescos o singulares bastiones de puentes levadizos perfilando sus caprichosas siluetas sobre el hormigueante cielo crepuscular.

¡Absorto campo, solitario y quieto como un lagarto bajo la mirada del sol! Me sumergí en los campos de papas, bañándome en los manantiales frescos que brotaban de la tierra seca. Dormí sobre tierra húmeda, teniendo por techo el extraordinario cielo. Cabalgué en el carro del posadero que va al mercado. Oí cantar a los gallos alrededor de chozas dispersas en el brezal. Vi amanecer. En la aldea vecina respiré el rocío cargado de aromas... los techos de musgo, las caballerías, los establos, los trojes. Pinté sin descanso. Valía la pena. El color brotaba fuera, trasladándose a las telas.

Volvía agotado, hambriento, por las noches, a la posada. Me saludaban los pastores desde sus temblequeantes hogueras. Tomé baños al aire puro en la tempestad que soplaba en el brezal.

Estos días obraron como un sedante en mi espíritu. La atmósfera me exaltó, agrandó mis pensamientos. Todavía era pronto para ir a París. En las aceras de París no se crece. Plantándose en la tierra se germina. Hay plantas que crecen en la ciudad. No el trigo que da pan.

Al siguiente mes asomó peor el tiempo. Las nieblas lo invadieron todo. Acercábase Navidad. Volví a sentirme solo. ¿Volver a casa? ¿Si pidiera perdón a mis padres?... Nublábanse mis ojos al ver a una pobre mujer llevando un niño en brazos o aprefado contra su pecho. Me sugería el recuerdo de aquella otra y la debilidad acentuaba aún la semejanza. Comprendía que no era buena, que pude con todo derecho arrojarla, que era imposible adecentarla física y moralmente... Y precisamente por esta fatalidad absurda no podía impedir que se desgarrara mi alma viendo una pobre silueta febril y miserable.

¿Cuándo me abandonaría la tristeza? ¿Formaría un todo indisoluble con mi arte? ¡Qué lucha titánica! ¡Qué crisis de melancolía! ¡Ah, cómo a veces lo echaría todo a rodar! De mi estancia en Drenthe saqué propósitos firmes para el porvenir.

No más interrogarme sobre mi propio mérito. No ir jamás a casa de los amigos a contarles penas, a perder energías, algo de lo mejor de mi ser. Pondría manos a la obra con aplomo, con cierta conciencia de que lo que se hace es razonable, como el campesino que conduce el arado. Si uno carece de caballo, sea su propio caballo.

¡Ah, la fe, la fe! Que Dios me diera la fe que perdí por mi obra.

No entré pidiendo perdón. Me parecía indigno semejante proceder. Los padres perdonan siempre los mayores desvaríos. Al fin y al cabo, la distancia y el tiempo borrarían nuestras diferencias. Recibieron en casa la figura de este hijo pródigo con cierta conmiseración. Raído, famélico, desangelado. Con un prematuro comienzo de vejez en las arrugas de la frente, la vista cansada. Así vieron llegar los viejos al desventurado Vicente. Madre Ana, indefectiblemente, retorció como limones sus preguntas, queriendo sacar al detalle el jugo de mis andanzas. El viejo añadió con nostalgia: "Algún día nos darás un disgusto". Se resignan ambos a admitir al pródigo con todos sus defectos. Si a éste con pocos le gusta franquearse, con ellos menos, ya que son tan diferentes en ideas.

Haciendo examen de conciencia, debía acusarme de este carácter desagradable que busca la soledad y rehuye del trato de las gentes. Algo como el topo abriendo un agujero en tierra. El pastor lleva toda la razón cuando me tilda de estrambótico. Mis trajes, mis gustos, todo estorba a los comunes. Quisiera que los dedos me llegaran para contar los que pondrían su voto en la urna si de él dependiera mi salvación. Tersteeg, mis jefes, Mauve, con todos he terminado molesto. Del mismo Van Rappard no

tardaría en apartarme definitivamente. ¿Por qué? ¿Fiaba quizás demasiado en la integridad de las gentes?

Dios mío, entonces te pedí con todas las fuerzas de mi alma, en el rincón de mi estudio, que me dieras paciencia para soportar a los demás.

Vicente alcanza la responsabilidad de su misión. Profundiza en el corazón del tiempo —quizás él sea ya promesa— en que busquen su amistad por sus obras... con esta intención me encarnizo donde veo fundamentos válidos por no dejarlos perderse en el anonimato y atizo sin piedad a los mediocres. Observo. Veo. Estorbo a todo el mundo. Incordio a los débiles. Ladro ruidosamente. El viejo lo dijo más de una vez: "Tomas demasiado en serio la vida".

Cuando los hombres insultan a medias, completo sus frases antes que acaben de hablar. Que vean que yo también sé tomar a broma sus serias repulsas.

Teo, mi alma gemela, la sombra lejana del sol, no me deja ni siquiera en este trance. "Abandóname a mi suerte —le escribo en momentos de crisis, a punto de arrancar de Drenthe—. No llegaremos al fin. Es demasiado para una sola persona". Por su parte, procuró limar asperezas en el trato con los míos. Pude leer más de una de sus cartas a mi madre, que está abandonada en su mesilla. ¿Para qué? Quizás encerrase algún reproche, y dudar de él sería tanto como dudar de mi vida. Faltándome él me faltaría el sol. Así pensaba y pienso. ¡Y qué tristemente lo demostré al final de la lucha! Entonces mi tono tampoco fué correcto. Mi confianza en él, a ratos me impulsaba a criticarle. Me veía en un bando diferente al suyo. El junto a la ley, yo entre los rebeldes. Mis palabras irritantes parecían balas disparadas, no contra él, sino contra el partido a que se adhería. ¡Pero, ah, de su puntería, si estaba detrás de la barricada! Debía poner más energía en sacar partido de mi obra. Nunca vendió nada mío y en realidad ni siquiera lo intentó. ¿Le avergonzaba exponer mis cuadros? Los imaginaba en algún desván olvidado de la Galería de Goupil o en su casa, atormentándose a sí mismo con la atmósfera cargada de mi inspiración. Si no podía ocuparse de ellos en adelante, ¿a qué no confesarlo con franqueza? Si pensara que dudaba de mí, el daño que yo recibiría sería enorme. No dejaría, sin embargo, de pintar, pero...

Hasta en aquella hora me prohibió casi sistemáticamente realizar gestiones con los vendedores... ¿Debía cambiar de tácti-

ca? ¡Si él me ayudase a remontar la corriente! ¡Si me apoyara no sólo con su dinero, sino con su influencia y amistades, me sentiría con arrestos para realizar algo y ganar dinero!

¿A qué, de pronto, estas observaciones? ¡Cómo se me pegaban a la piel las plúmbeas ambiciones de los que me rodeaban! Los viejos Van Gogh me apremiaban de continuo: "No vende. No venderá nunca. Si no vende, su pintura no valdrá. Un nuevo fiasco en su vida".

¡Oh, Dios mío, castígame por esos deseos desordenados! Nunca debí pensar semejante posibilidad. Comienzo a creer que el triunfo plasmaría un nuevo carácter en mi obra, más efímero, como las gentes que me alababan.

¿Sentía necesidad de un castillo? No. ¿De vestir elegante y calzar bonitos zapatos? No. ¿De regalar mis sentidos o mezclarme en mundanas diversiones? Tampoco. Pues si ninguna de esas necesidades sentía, ¿a qué pedirle más a la vida? La indiferencia debía resultarme indiferente. Y que me sobraran las mínimas condiciones vitales del campesino. Pensaba a menudo en ese mundo aparte, en muchos sentidos mejor que el mundo civilizado. No se está en la tierra para divertirse y no es necesario vivir mejor que otros.

Conocía pintores que ganaban su pan con otros oficios. Yo, no. Yo, imposible. Presentía que me quedaban cortas horas para hacer mi labor y no debía malgastarlas.

Así, pues, instalé mi taller en dos habitaciones que me alquiló el sacristán de la iglesia católica. En aquel taller sucio, maloliente y sin luz, pasé largas horas con la paleta en la mano.

Hice pasar a los míos una triste Navidad. Ni siquiera les acompañé en los villancicos ni en la cena que reúne a toda la familia. La Nochevieja del año 83 me sorprendió en el estudio, más solitario y triste que nunca. De lejos llegaban voces infantiles entonando cánticos. Fuera, muy triste. ¡Qué amargura, ver los campos de tierra negra con un poco de nieve! Nació para mí el año 84, lo vi clarear. Deambulé por las calles desiertas. Oí el repiqueteo de las campanas anunciándolo con júbilo. Aquel día no se vio más que bruma y barro. Al caer la tarde, el sol rojo, y por la mañana, cuervos, hierba seca y vegetación marchita, pudriéndose, setos negros y ramas de álamos y sauces erizados hacia un cielo triste, como un círculo de alambre de púas.

No se quejaban los campesinos, aunque pesaba en sus ánimos un año sin cosechas. Muchos permitieron posar para mí.

Por intercesión de mis padres pude hacer una tela sobre "los comedores de papas", tomada del natural. Una familia reunida a la hora de la cena, en torno a una mesa apolillada. Se inclinan como bajo el peso del arado en tierra. Si estos campesinos caen sepultados en el campo que aran durante su vida, también comen lo que sus manos sembraron en la tierra. Ni Teo ni Van Rappard me lo entendieron. Y con este último, por esta causa, nos disgustamos. Entre mil cuchilladas que metía en mi piel impunemente, una de las peores: "Me parece que el arte es una cosa sublime para ser tratado con tanta dejadez". Mi tela —pensé— representa un modelo para el porvenir. Sea yo mismo en adelante con mis defectos y virtudes. Viéndola, creí ser sin más, un pintor de campesinos exclusivamente. No en vano medité muchas noches junto al fuego, entre mineros, obreros de turba y tejedores, mezclándome íntimamente a sus cuidados y desvelos.

Considero a los dogmas absurdos en su calidad de tales. Hay que reducirse a hacer lo que uno puede hacer y sacar provecho de sus condiciones.

Gran error dar a una pintura de campesino cierto pulido convencional. Si una pintura de campesinos huele a tocino, a papas, ¡mejor! No es insano. Si un establo huele a estiércol, ¡bueno!, precisamente por eso es un establo. Si los campos huelen a trigo maduro, a guano, a estiércol, eso es precisamente salud, sobre todo para el hombre de la ciudad. Un cuadro de campesinos nunca debe parecer perfumado.

Me desesperaría si las figuras fueran buenas. No las quiero académicamente correctas. Si se fotografiara a un hombre cavando la tierra, seguramente no cavaría. ¡Qué admirables las figuras de Miguel Angel, aunque las piernas sean demasiado grandes y las caderas y muslos demasiado anchos! Millet y Llermite son por eso auténticos pintores. No pintan las cosas como son sino como las sienten. Mi gran deseo: aprender a hacer tales inexactitudes, tales anomalías, tales retoques, tales cambios de la realidad, que sean mentira si se quiere, pero más verídicas que la verdad literal.

Traducir al campesino en acción: eso es, lo repito, una figura esencialmente moderna, el corazón del arte moderno mismo, lo que no hicieron ni los griegos ni el Renacimiento, ni los antiguos holandeses.

Pintemos y produzcamos en abundancia. Seamos nosotros mismos, con nuestros defectos y nuestras condiciones. Si no

valgo nada ahora, no valdré más posteriormente; pero si valgo algo más tarde, será que también valgo ahora. El trigo es trigo aunque la gente de la ciudad lo tome al principio por pasto.

Que canten lo que quieran acerca de la técnica, con palabras de fariseo, huecas e hipócritas: los verdaderos pintores se dejan guiar por esa conciencia que se llama sentimiento. Su alma, su espíritu, no están al servicio de su pincel, sino que su pincel está al servicio de su espíritu. Por eso la tela tiene miedo al buen pintor y no el pintor a la tela.

Vegeté dos años en Nuemen. Al polvo de mis telas adheríase la fatalidad. Desde los primeros días me vi asediado por Margot —una vecina mayor que yo en edad y no muy agraciada—. Criatura sin atractivo especial, con ciertos pujos de beatería mortificante. Muy de casa, ya que ayudaba a mi padre en sus tareas apostólicas. Margot daba clase a los niños y los días festivos traía las más hermosas flores del campo para adornar el templo.

Su primera intención piadosa:

—Señor Vicente, ¿por qué no viene usted a la iglesia?

Un día tras otro, machaconamente llamaba a mi estudio. Prestábase incluso a posar para mí. Si sus escrúpulos se lo permitieran, hasta posaría desnuda, lo que yo precisamente le había pedido. La falta de garbo de su cuerpo me serviría de modelo.

—¿Desnuda, señor Vicente? Todavía es pronto. ¿Por qué no viene usted a la iglesia?

Acepté a cambio de que posara siquiera una vez. Durante algún tiempo asistí a las ceremonias. Alterné las católicas con las evangelistas y me aficioné al rito. Confieso, incluso, que tras las capas pluviales, las dalmáticas, las casullas, a través del incienso, descubrí una divinidad invisible. La música del órgano, el extraordinario canto gregoriano, me inspiraron ambiguas relaciones de notas y colores. Cuando acudía sin fe, las ceremonias me resultaban ridículas y buscaba la caricatura en las expresiones devotas de las beatas. Esta afición me condujo a dar algunas clases de solfeo con el organista de Eindhoven. Ignoro por qué razón, mi profesor al cabo de varias clases se negó a seguir recibiéndome en su casa. Malas voces extendieron el bulo de que me tenía miedo.

A Margot, por el contrario, le entusiasmaba mi renovada fe, lo que ella decía mi conversión.

—¿Por qué se ocupó de mí, Margot?

Bajó los ojos como en un susurro:

—Porque le amo.

Por tercera vez en mi vida me encontraba frente a una mujer que me quería.

Sin excesiva pasión la cortejé, dejándome más bien admirar por ella.

Una noche, de vuelta a mi casa del estudio, vi a su puerta una ambulancia. Me uní al grupo de curiosos. Bajaron a Margot en una camilla. Margot había intentado envenenarse.

Subí a la casa. La escena fue patética. Me vi acusado de inmoral por el cuadro desnudo de Margot, que alguien había robado de mi estudio, introduciéndolo en la casa de sus padres. Salí de estampida y juré enterarme de la verdadera causa de aquel intento.

No me recibieron en la clínica. El médico me puso al corriente de que en efecto, por mi causa, Margot hizo lo que hizo. Sus padres se opusieron terminantemente a que siguiera aquellas relaciones conmigo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted? ¿Qué gana usted? Un vagabundo. Un tipo que para nada vale. Un fresco que buscará sin duda su fortuna... ¡Qué sé yo!

Agradecí al médico su sinceridad, rogándole que me permitiera verla.

—¿Para qué?

—Estoy dispuesto a casarme con ella.

—¿Cree usted que sus padres lo consentirían?

—¿Y usted cree que después de lo sucedido la volverán a admitir en su casa?

—Sin usted, sí.

—¡Comprendo!

Nada argumentaría diciéndole que desconocía su fortuna. Menos, añadiendo que yo no la busqué. Para cuando volviera procuraría partir del pueblo. En cuanto a ustedes, échenme tierra, toda la que quieran, y procuren que me olvide.

Las circunstancias impidieron que me fuera tan presto A principio de marzo, madre Ana, descendiendo del tren, dió un traspiés, cayó, y se rompió el fémur. Me dediqué a cuidarla con

solicitud y cariño. Durante su convalecencia me confesó tantas cosas... que si muriera entonces, yo mismo la llevaría a los altares. Confesó sus sacrificios por mí, su predilección... Por Vicente rezaba sus oraciones olvidando a los demás. Educó mi sentimiento durante aquellas veladas inciertas, ya que el médico ponía en duda su total restablecimiento. Salieron de mis manos fragmentos de vida palpitante, dominados por la inquietud de la preocupación interior. En la desgracia me sentí más afecto a mi madre. Muchas veces emborronaba la tela. Otras comenzaba el trabajo hasta seis veces. No terminaron así mis sinsabores, ya que el destino me reservaba un golpe más duro. El pastor cayó fulminante al entrar en el templo.

Dos días antes había discutido con él ásperamente. Me mordía la conciencia... Quizás yo mismo aceleré su ataque. Una beata le vió caído y no se atrevió a cogerle. Dando gritos histéricos vino a buscarnos. Le trajimos a casa frío. Pensé que de darse cuenta le hubiera satisfecho caer al pie del templo, cumpliendo su deber, como igualmente el traje nuevo de pastor con que le amortajamos. Sus dedos se crisparon al crucifijo de ébano que adornó el féretro de la abuela Van Gogh.

Vino rápidamente Teo de París. Nos abrazamos en silencio y en silencio contemplamos el cadáver anguloso del pastor. Detrás de nosotros un coro de fieles entonaba su letanía de lamentaciones. A uno que se lamentó de la muerte del pastor le atajé violento:

—Me resulta más fácil morir que vivir. Morir es duro, pero mucho más penoso es vivir.

Fue una ocasión única de volver a ver de cerca al tío Cien. Aunque nada me dijo por la gravedad del momento, vi en sus ojos chispeantes la pregunta callada: "¿Te sigue pareciendo horrible el desnudo de Friné?" El tío Cien se mostró ausente a las ceremonias. Al abrir el féretro en el cementerio, le echó una última mirada indiferente, como a un extraño. Mostró deseos de conocer mis progresos y, cuando se despedía, me prometió su ayuda.

A la hora de abrir el testamento, me negué a recibir un céntimo. Declaré que deseaba consagrarme por completo a mis propias concepciones. No quería hacer valer mis derechos en la muerte de mi padre, cuando en vida nos habíamos sentidos tan distanciados.

Volví de nuevo a mi trabajo. Gané dos amigos en dos aficionados que me vieron pintar en la estación rodeado de curiosos. Vinieron a ver mis cuadros al estudio. Su primera impresión fue la repulsión. No tardaron, sin embargo, en volver. ¿Qué obsesión bullía en aquella pintura? Así al menos lo confesaban. Nos hicimos buenos amigos.

Durante tres días pinté los tres robles que se alzaban detrás del jardín de la casa. Uno de los amigos quiso comprar la tela. Era hombre rico. El primer comprador que aparecía para mi obra. No pude resolverme a venderla. Me gustaba demasiado. Me enorgullecían los efectos de luz de la tela. Se la regalé y la aceptó sencillamente, como yo quería, sin muchas palabras, diciéndome apenas: "Está endiabladamente bien hecha".

Quizás el momento más feliz de mi estancia en Nuemen. Me di cuenta de que iba por buen camino. En esa como en otras telas pude comprobar que mejoraban al cabo del tiempo en vez de perder color. ¡Cómo emponzoñó mi espíritu la ruptura de Van Rappard! Es muy probable que lamente más tarde lo que dijo de mí, haberme colmado de hostilidad e indiferencia.

Me dolía ya la soledad. Necesitaba orientarme de las tendencias de la época. Nuemen me embrutecía. Decidí marchar a Amberes. Por el hecho de haber trabajado aisladamente durante mucho tiempo, pensaba que, aunque pudiera y quisiera aprender algo de los demás, y aun tomar algo de su técnica, siempre seguiría mirando con mis propios ojos y conservando mi propia concepción.

Deseé violentamente ver a Rubens. Puesto que partía pobre, en ningún caso perdería mucho en la aventura.

No es fácil que en ninguna otra época de mi vida alentara más nobles intenciones. De repente, sentí necesidad de ver a los demás, de fundirme con ellos, de padecer y gozar a su compás penas y alegrías.

Con tales intenciones llegué a la hermosa ciudad de Amberes, y por vez primera sentí afecto por estos vecinos molestos.

¿A qué luchar eternamente solo? Entraría en la Academia de Bellas Artes. Me juntaría a jóvenes artistas. Zola y los Goncourt, una senda a seguir con la candidez de niños grandes. Turgueneí pedía un mundo nuevo. Ahora yo mismo trabajaría en equipo. Por ambición del conjunto no me parecía duro sacrificio dejar de firmar mis obras. Al fin y al cabo, mi labor debía orientarse única y exclusivamente al hombre. Perfeccionarlo. Si hundiendo mi labor se alzaba un pintor inmortal, ¿qué mayor orgullo que servir al grupo del que formaba parte? Al primer envío de dinero de Teo contesté en términos altruistas, no buscando que me socorriera en adelante. El sí que se privaba de cosas para servirme. ¡Animo! ¡Hagámoslo todo por un mundo mejor!

"Atravesamos el último cuarto de un siglo que concluirá con una revolución colosal. Supongo que veremos su comienzo tú y yo, al final de nuestra vida. No creo que conozcamos tiempos mejores de aire puro y de refresco de toda la sociedad, después de estas grandes tormentas".

Mientras esto escribía a mi hermano, en el Borinage se declaraba una huelga general que obligó a tapiar la boca de las minas. Aumentaba mi congoja el que ninguno de aquellos a quienes tanto amé me escribiera para pedirme ayuda. ¡Si yo fuera!... ¡Si me volvieran a ver de nuevo!...

Mi hermano se mostró inflexible. No daría un céntimo más. No adelantaría los gastos de mi viaje allá abajo. ¿Qué me importaba eso ya? No serviría más que para complicaciones. Quizás me encerraran... En cuanto a mi confianza en el futuro, creía que era excesiva. Los lobos-hombres seguirían engulléndose a los corderos-hombres en el futuro, mientras no cambiase la sociedad. Hasta que aquellos desgraciados levantasen la cabeza y la expusieran en una revolución dudosa pasarían aún muchísimos años.

El hambre no acabará nunca. El dolor no acabará nunca. La tristeza no acabará nunca. "Mejor es el dolor que la alegría". Mis viejas ideas, marchitas ahora, no podían constituir una línea o conducta a seguir. Empezaba ya a creer que la felicidad la da el trabajo en sí sin contrapeso de recompensa. Trabajando en grupo se era capaz de hacer muchísimo más, siendo uno infinitamente más feliz.

Con estas ideas emprendí un viaje a Bruselas, donde a la sazón disfrutaba de unas opíparas vacaciones el potentado Julián X. Penetré en el hotel donde se hospedaba y le pedí una entrevista. Creí sinceramente que no me recibiría y mientras

el lacayo iba y venía con mi encargo, tracé unas líneas para entregárselas. Le reprochaba su olvido por los pobres y daba la razón a los mineros en huelga amenazándole con penas eternas como en otro tiempo. Contra mi opinión, el magnate Julián me recibió abrazándome cariñosísimo. Me encontró cambiado. Mejor, más hombre,, le gustó me trato y me invitó a cenar en sus habitaciones particulares.

Ya no pertenecía a los negocios del Borinage sino del Sarre y del Rhur, Empresas nacientes que se adivinaban de floreciente porvenir.

—¡Qué absurdo se me representa ahora mi sacrificio anterior!—le confesé. Ni uno solo de aquellos mineros me ha escrito. Durante la reciente huelga creí de buena fe que alguno reclamaría mi ayuda. Nada. Olvido. Ni patronos ni obreros me reclamaron. Se quiebra el recuerdo que yo creía tan sagrado.

Julián X rió de buena gana.

—Eso te sucede, Van Gogh, por fiarte demasiado de las gentes. ¿Has leído "El Contrato Social", "El capital" y todas esas monsergas? Los mendigos de hoy no piden pan, sino que quieren quitárselo a los poderosos. Exhiben sus jorobas, sus purulencias, las marcas de su piel hambruna, con orgullo, insultando así a los mejores. ¿Quién le ha dicho a ese teorizante de las barbas que la propiedad es un robo? ¡Patraña! La propiedad es un privilegio de los fuertes. Primero no era de nadie. Luego de uno. Algún día de muchos. El primer hombre no tuvo otra cosa que la fuerza. Su inteligencia cabía en un alfiler. La suficiente, sin embargo, para dominar el resto de los animales y gozar de los tres elementos. Quien de ellos se destacó, hízose el rey de la selva, sin gritos, con solemnidad de león a quien no asustan los monos que gritan y alborotan en los árboles. No hay más fundamento de vida que la selección. Por ella progresa la especie y se borran los débiles. Hemos explotado máquinas humanas por servir a un progreso, cuyo alcance verán nuestros descendientes que es casi un milagro. Ayudemos a la inteligencia para completar la obra de acción. Esa masa quiere socavar los cimientos sociales, grita contra el capitalista por impontencia, pide incluso entregarse a un estado anónimo, sin alma, sin corazón, que será el peor y más duro de los capitalistas. ¿Y a esa gente vas a hablarle de religión?

Le parecía una locura. No insistí. Me comí las ideas diferentes despidiéndome afectuoso del amigo que tan bien me había acogido.

Para conocer la primera impresión de un médico que no me conocía del todo, le consulté a propósito de una pequeña dolencia, aprovechando la ocasión para tratar de mi estado general. Tomándome por un obrero, me preguntó: "¿Trabajas en el hierro, verdad?". Nada más agradable en mi opinión. En mi juventud, mi aspecto traicionaba al intelectual sobrecargado; entonces parecía un herrero que manipulaba chatarra. ¿Qué diría a esto mi amigo Julián X? ¡Cómo lo despreciaba en mi fuero interno! Perdí por aquellos días diez dientes. Esto cargaba diez años en mi cuenta. Por otra parte, padecía accesos de tos prolongada, vomitaba una materia grisácea... No valía más que otro, pero si no me cuidaba, me volvería loco o reventaría como tantos otros pintores. Tampoco funcionaba normal el estómago, y agravé mi estado fumando mucho, cosa que hacía por engañar el hambre.

¡Cuántas empresas hiciera yo con la fortuna de mi amigo! Legiones de pintores, de artistas, en general, podían salir de su miseria. Un sueño, y al despertar, la ruina a mi alrededor.

El tiempo presente ofrece tantas posibilidades interesantes cuando se piensa que quizás veamos el comienzo del fin de nuestra sociedad. El otoño y la caída del sol están impregnados de una poesía infinita. Nos permite darnos cuenta de que la naturaleza persigue un fin misterioso. El mismo que la sociedad actual.

No me siento único. Hay en el mundo casos parecidos. Intelectuales entregados a su tarea de mejorar la sociedad sin preocuparse del mal trato que reciben. Los Turguenef, Daudet, Goncourt, élites sensibles, inteligentes como mujeres; conmovidos por sus propios sufrimientos y, no obstante, aún llenos de vida y de seguridad, sin la menor traza de estoicismo apático, ni desprecio por la vida.

Sin ideas fijas sobre Dios y las cosas abstractas quedan plantados en la tierra de la vida, una vez más como las mujeres. Han amado mucho, han sufrido mucho. Esos valientes mueren como mueren las mujeres. Como Delacroix, casi sonrientes.

Que me lo crean los artistas del futuro: la dicha material es una equivocación. Buscarla con ahinco, errar la ruta, perderse en la nada. Que nuestro sacrificio presente les enorgullezca. Que tengan más suerte que nuestro siglo, cuyas revoluciones abortan por nobles que sean sus principios.

Tengo la seguridad en vosotros, desconocidos, aún no nacidos. Este siglo acabará por una revolución colosal. Mi olfato no se engaña por la perfidia de la época y descubro el moho y los hedores fétidos de las horas que preceden al huracán.

Puedo repetírmelo con orgullo: nuestro pecho está oprimido, pero las generaciones futuras respirarán más libremente...

En enero, incomprensiblemente, mi hermano dejó de enviarme dinero. Tres días seguidos, calado hasta los huesos, metí la cabeza por la ventanilla de Correos. Nada. Pensé con motivos que los acreedores le perseguían. Los acreedores podían esperar. La pintura, no.

Apenas me atrevía a asomar por mi pequeña habitación de las afueras de Amberes, encima de un almacén de colores y cerca de la estación. El casero pudo sospechar la razón de mi ausencia y me presionó con buenos modales al pago del alquiler. Pasé el mes sin comer apenas, debilitándome, al extremo de acudir al médico. "No trabaje más".

Sin hacerle mucho caso me inscribí en los cursos de Dibujo y Pintura de Bellas Artes. Carlos Verlat, pintor histórico, un viejo calvo y de mal talante, figuraba al frente de la Academia:

—¿Dónde ha estudiado, Van Gogh?

—Sin profesor.

Torció el gesto.

—¿Y qué ha hecho hasta ahora, Van Gogh?

Le mostré dos paisajes y una naturaleza muerta que traje del campo.

—Sí, pero eso no me concierne.

Le enseñé entonces dos retratos.

—Esto ya es otra cosa. Puede usted venir a mis cursos.

Desde la primera clase me di cuenta de lo poco que aprendería bajo tan nefasta dirección.

Los otros discípulos notaron mi extrañeza y debilidad. Muchos, desde el primer momento se apartaron de mí como de un apestado. A los pocos que me procuraron sus mínimas ayudas, hasta físicamente traté de recompensar dándoles clase por la noche. Mortifiqué la necesidad sin pedir a nadie. ¡Cómo me disgustaba molestar a Teo! Por el contrario, procuré darle pocos disgustos, contándole únicamente los pequeños progresos. Uno de los que más me ayudó se encaprichó con mis campesinos. Imitó sus rasgos enérgicos, subrayando sólidamente las sombras. Me mostró el dibujo y lo comentamos. El profesor de dibujo, Sibert, se sintió ofendido, amenazándole que, si lo repetía, lo tomaría como una burla para sus enseñanzas. La cosa llegó a oídos de Verlat. Este buscó la ocasión de zaherirme públicamente. Quería desprestigiarme, ya que el holandés adquiría prestancia a los ojos de sus discípulos.

—Has caído como una bomba aquí.

Así me lo advirtió mi amigo, que presentía una escena muy dura.

Verlat nos mandó pintar dos luchadores, desnudos hasta la cintura. Rehice febrilmente varios modelos con rapidez increíble. Me servía por paleta una tabla. Los muchachos iban y venían admirando mi labor. Verlat, después de observar el trabajo un buen rato, me increpó:

—¿Quién es usted?

—Ya me conoce: el holandés.

—Yo no corrijo esos perros podridos. Váyase a la clase de Dibujo de Sibert.

Callé. Bajé la cabeza y callé. Sibert me recibió con júbilo. Tenía necesidad de darme la puntilla.

—¿Qué le sucedió, Vicente?

—Ya se lo habrán dicho.

—¿No se da cuenta de que estas cosas no se improvisan? Hace falta siquiera un año para aprenderlo.

—Tres años llevan sus alumnos y aún no lo saben. ¡Qué chafos, muertos y reventadores son los resultados de su sistema!

Montó en cólera. Me negó modelos. Discípulos más humildes que yo, eso es lo que quería. Gentes con aspecto cívico, no campesinos malolientes y astrosos como yo. Dejó caer en la mesa

hasta siete Venus correctamente trazadas. Y por último, un dibujo mío plagado de correcciones.

—Su bella griega es una matrona romana. Eso no tiene pies ni cabeza, señor Van Gogh.

—¡Usted no sabe lo que es una mujer joven! —repuse con energía—. Una mujer tiene que tener caderas, nalgas y un vientre en el que pueda llevar un hijo.

Fue mi última lección. Los amigos lo aplaudían, pero no podían salir conmigo a la calle. Hervía mi sangre de rabia y de buena gana saltara al kiosko de la música, al atrio de la catedral o a la balaustrada del puente arengando a las gentes a que me ayudaran a incendiar la Academia.

Durante algunos días debieron notar cierta reacción a mi favor por parte de los discípulos, tanto que Sibert, sintiéndose molesto, acudió a mi buhardilla rogándome que volviera.

—¿Para qué?

—Olvide el incidente. Usted dibujará como quiera, porque veo que toma en serio el dibujo. Verlat me ha dicho que su trabajo tiene cosas buenas. Verlat es un gran artista. Ha formado a varios pintores vigorosos y tenemos empeño en formar algunos que nos honren.

Por más que insistió a que volviera, me mostré inflexible. Llegaron los exámenes del trimestre y me suspendieron solemnemente. ¡Muchas gracias!

Dediqué las horas libres a vagabundear. Pinté el río, la huerta, los canales, el puerto, la catedral, alguna calle tortuosa. Hice posar a rameras tratando de marcarlas para siempre, como al ganado que llevan al matadero. Compré japonerías según el gusto de los Goncourt y me entusiasmé por el trazado fácil y luminoso de las estampas.

Todos mis pensamientos llénanlos en aquella época Rembrandt y Franz Hals. Y no por ver muchos de sus cuadros, sino porque entre la gente se veían tantos tipos que sugerían los modelos de ambos artistas. Nada me conmueve menos que Rubens desde el punto de vista del dolor humano. Rubens es asombroso cuando pinta hermosas mujeres ordinarias. Pero su expresión carece de dramatismo. Son figuras infladas desde el punto de vista moderno que analiza pasiones y sentimientos humanos. En muchos de sus cuadros aparece superficial, hueco, ampuloso. Sin embargo, se sume en la exaltación por representar una

atmósfera de alegría, de serenidad, de dolor, por la combinación de colores.

¡Cuánto a imitar! El cobalto es un color divino; no hay nada tan perfecto como poner aire en torno a los objetos. El carmín es el rojo del vino y es cálido, espiritual como el vino. El verde esmeralda también. No es un ahorro prescindir de esos colores. Ni del cadmio.

Vi una cabeza de mujer que me impresionó. La luz caía sobre el pecho, el cuello, la barbilla y el ala de la nariz, la parte inferior de la mejilla. Capté aquella sonrisa misteriosa con la seriedad que sólo Rembrandt pudo captar. Traté de captar una doliente expresión en una camarera que contraté para posar. Busqué en ella algo que fuese a la vez voluptuoso y desolado. Creo haberlo conseguido. Ayudó a la paleta su noche anterior cargada de placeres. Unas ojeras profundas oscurecían los ojos y desprendía cierta laxitud torpe de sus miembros fatigados.

La mujer, mientras posaba, contó al detalle su avenura. Al despedirse me rogó que si alguna vez iba a Nuemen la trajese un ramo de tulipanes. Le gustaban tantísimo las flores.

Como la fatalidad persigue a veces a los escogidos, mi situación pecuniaria se agravó de modo alarmante. No me atreví a afrontar al casero. Abandonando en su poder los cuadros, partí para París. Todo quedó en prenda de mi deuda. Ya en el tren, metí las manos en mi bolso: el billete, polvo y la papeleta doblada con mi "suspenso en pintura".

Tristemente sorprendido vi a mis amigos de París con qué respeto trataban a sus padres. El mismo Teo fue menos díscolo con el dómine que yo. ¡Cuántas veces me lo citaron como ejemplo! ¿Me confesaré de ese defecto? Mi padre muerto surgía con caracteres de aparición que lo vi encarnado en un viajero del que procuré huir y que, por fortuna, descendió en la estación más próxima a París. Bernard, un muchacho de buena posición,

escucha en silencio las advertencias de su progenitor. Ni replica ni murmura después. Acata. Agradece incluso esa severidad injusta. Mis nervios trepidan sin poder contenerse. Por más que me alisté a su lado, no logré arrastrarlo. ¿Arrastrarlo a dónde? De un tiempo a esta parte procuro prosélitos. Misioneros de arte como yo. Por el sacrificio llegaría la gloria. Volviendo a la anterior idea, Teo se me aparecía a mi llegada a París como mi único padre. Económicamente dependía de él. ¿Qué le ofrecía a cambio? Sinsabores, telas invendibles. Con estos turbios pensamientos aguardaba impaciente a Teo en el Salón Cuadro del Louvre. Me personaba en París sin avisarle; más, contra su voluntad. Por primera vez una mentira en las letras de salutación que envié a su casa: "No te preocupes por cuestión de dinero. Tengo dinero. Ven". ¡Cuánto pintor hablaba allí por sus obras! Pero no conmigo. Yo estaba envuelto en un mar de confusiones. ¿Qué dirá? ¿Cómo me acogerá? Y cuántas veces durante esos años de peregrinaje eché de menos este o el otro cuadro que ahora veía indiferente.

Teo me recibió cariñosamente. Deambulamos por el parque en dirección a su casa. Vivía en Clichy, en una habitación estrecha con antesala, tras una puerta de doble batiente atestada de libros y cuadros. Allí no podía quedarme. Mi hermano, que en el primer momento fué elocuente, aunque parco, que no me ayudó a llevar mi pequeño saco de mano, al verme ir de su casa lo impidió con el gesto. "Ya nos arreglaremos. Tenemos tantas cosas de qué hablar. Hace tantísimo tiempo que faltas de París que seguramente te perderías. Te invito a cenar esta noche en casa de Madre Bataille. Buena cocina y mejor vecindad".

Le señalé la conveniencia de una unión provechosa, en vez de dispersar nuestras fuerzas y nuestros recursos, al punto de volverse insuficientes. Teníamos necesidad de vivir juntos. De calor de hogar, disperso en tantos amoríos bastardos. De arrojar por la borda nuestras dudas y falta de confianza.

—Yo quisiera —terminé— que no te sientas aislado con tus sentimientos e ideas, ya que trabajas y piensas en concierto con los demás. Presiento decepcionarte en muchos puntos de vista, pero no en el principal, en lo que concierne a nuestra mutua ambición. ¡Oh, si cada cual por nuestro lado encontráramos una mujer en un tiempo más o menos cercano! Las relaciones con las mujeres son de gran importancia para el arte. Es lamentable que uno envejezca con la experiencia. La vida resultaría excesivamente bella si no fuera así.

Siguió a esto un informe detalladísimo por su parte de los cambios acontecidos en la ciudad desde mi partida, once años antes. Sobre la actualidad se extendió en sabrosos comentarios, enterándome yo aquel día de una serie de cosas que ignoraba: por ejemplo, de la situación política. Sabía que Francia se gobernaba por una república, pero nada más.

Durante los primeros días dediqué mis esfuerzos a recobrar físicamente las perdidas fuerzas.

No sólo me convendría ver museos y conocer pintores, sino tomar yo mismo algunas lecciones de color. Como en Amberes, mi atuendo y forma de ser causó sensación en el estudio de Cormón, un perfecto bohemio que frisaba entonces por los cuarenta años. Un tipo gigantesco que lucía en el pecho la Cruz de Académico con inusitado orgullo. Cormón era un personaje curiosísimo. Laureado en 1875, el mismo año que llegué a París, gran premio del Salón, de una porción de certámenes de menos trascendencia, su fama coreada por sus discípulos no se me pasó inadvertida. Le gustaba aparecer como un excéntrico.

—¿Y usted qué sabe hacer?

Así fue su recibimiento. Hice lo que supe, y sin decir una palabra, se guardó mis apuntes con sonrisa maliciosa.

De no mentir las críticas, este personaje único acudió a su boda, celebrada en el café Rochefoucauld, vestido como un hombre del 1830. Cuando se le condecoró después con la Legión de Honor, recorrió las calles de París extrañamente vestido, con un sable en la mano, seguido por un estudiante que mantenía sobre su cabeza una sombrilla. —Es el hombre más feo y flaco de París —decía de él Toulouse Lautrec, uno de sus discípulos, que no era un Apolo precisamente. Este fué mi primer amigo de la Academia, un enano barbudo y sonrosado de voz gruesa, Dios sabe saliendo de qué sótano tenebroso. Pertenecía a una de las más aniguas e influyentes familias de Europa. Uno de sus antepasados reinó durante muchos años en el Sur. A otro, cabeza del linajudo solar, le autorizaron a llevar espuelas en el acto de la coronación de Carlomagno en la catedral de Reims. Cuando yo le conocí me pareció un joven servicial; pasaba por un buen aficionado. Económicamente, poco o nada podía darle la pintura. Quien recorriera sus posesiones a trote de caballo, tardaría una semana. Su castillo, uno de los más soberbios del país, fue uno de los primeros derruídos por Richelieu, celoso guardián del poder de sus soberanos. Simpatizamos desde el primer con-

tacto. En más de una ocasión me prestó dinero para mis colores. Creo que nos comprendimos en nuestras mutuas aspiraciones. Yo le admiraba. El también. Aunque estilos diferentes, él gustaba de mis inquietudes de color; yo de sus dibujos colosales. Antes de abandonar París me invitó a cenar, presentándome a su modelo, Susana Valadon, una joven de diecinueve años. Una carrera frustrada. Equilibrista de circo de cierto renombre, cayó del trapecio y quedó imposibilitada para seguir su vocación. Por un tiempo ganó su vida de modelo. Sirvió a Degás, donde la conoció Toulouse, que creyéndola digna de más, la llevó a su casa, enseñándola a pintar. Ni supe entonces, ni me importó, si algún otro interés le movió en su piedad. La chica era muy bonita. Sin querer, recordé a Susana... A la que yo conocí aquella noche de 1875... ¿Podía ser la misma? ¿Era la niña que dormía en aquella casa? Coincidían tantas pequeñas cosas... No me atreví a preguntarle, ni siquiera procuré apartes con ella, por evitar los celos del novio. Quizás resultara una lucha desigual. Además, ¿qué sabía yo de la realidad de aquellos amores? Lo cierto, en definitiva, resultó que Susana se hizo pintora.

Aquí conocí también a Emilio Bernard, entonces de dieciocho años, con el que entablaría perpetua amistad. Muy ambicioso para sus pocos años, admiraba profundamente el movimiento impresionista, de moda por aquellos tiempos. Surgía inquebrantable en sus opiniones. En las discusiones tomaba por buena la postura del enemigo para ir demoliéndola poco a poco con argumentos que, por lo general, parecían contundentes. Llegó a ser uno de los apóstoles más hábiles del impresionismo. Bernard, en principio, apenas prestó interés a mi pintura. Le parecía salvaje, extraña. Pese a sus simpatías por la moda y tras del furor partidista de la primera batalla, mostrábase partidario de una revolución dentro del seno del impresionismo. Su vivacidad de expresión, la cálida pasión de su voz defendiendo sus ideas, le ganaron mi confianza.

¡Si yo tuviera un defensor así! Cormón quizás se asustase de mi pintura. No me lo dijo. Se lo tragó como un disgusto que no se puede compartir. Pocas veces metía el lápiz de correcciones. Procuré sonsacar su opinión por detrás de mi arte, y pese a que la comisión se la encargué a Luis Anquetin, su discípulo predilecto, no hubo modo de sacarle gran cosa. "Un pintor diferente. Puede llegar lejos o caer al pozo. ¿Y a qué se interesa por él, Anquetin? ¿Es que piensa imitarle? No admite ese estilo emulación. Un paso en falso dentro de esa ecuación polar de color y forma, y el vacío... Van Gogh se estrellará con su arte.

El fulgor del ídolo deslumbra y él cada día se acerca más al peligro. Con él nace su estilo y en él seguramente perecerá". Me sorprendieron esas opiniones en persona tan ortodoxa como Cormón. Aprecié en su justo valor su dictamen y procuré captar mejor las diferencias entre ambos.

La actitud de los últimos tiempos de Toulouse cambió radicalmente. Aburrido sistema. Sin sistema. Demasiado charlar sin sustancia. Le parecía que allá perdíamos el tiempo. Aquello un sacacuartos. Siquiera Bonnat, su antiguo maestro, corregía el original. ¡Caí de mi pedestal! Cormón presentía deserciones en la clase. Procuraba ganarme a su causa. Con Toulouse llegó a más concesiones por sus ganas de retenerle. Una de las que menos gracia le hacía al interesado, por su tono de burla, aunque lo hiciera seriamente, era aquel darle cariñosamente en el hombro protegiéndole. ¡A él protegerle! ¡Al orgulloso Lautrec! O decirle halagándole: "Usted crecerá". Alababa en ocasiones cómicamente las figuras del enano que, por contraste, eran por lo general tipos altos y desgarbados de gracia soberana. Como si por envidia viera deformidades en los demás. Haciendo en el estudio algunos ensayos al óleo, llegaba al extremo de sujetar un papel de calcar sobre un dibujo corregido por Cormón, y Cormón le permitía que calcara con semejante descaro. Cuando me di cuenta de la treta reñí a Toulouse, tratando de hacerle comprender que calcando él era el primer engañado. Y por si la vista de Cormón se hallaba cansada, se lo advertí. El me respondió cómicamente: "Yo se lo permito. Sigue los pasos de Forain, otro de mis discípulos, hoy famoso. Toulouse no pasará de ser, como él, un caricaturista".

Un profesor pudiera hacernos mucho daño a gentes como yo, que hasta las cosas más peregrinas tomaba en serio. Ni Toulouse ni Anquetin demostraban excesivas ambiciones artísticas, e incluso ambos tomaban un sentido humorístico que enfrentar a la vida. Anquetin era entonces un mocetón gigantesco de veinticinco años. Soñador, despreocupado, sensual, exhibía sus virtudes atléticas. Sin amenazar a nadie, por su contextura física, su altura, su bombeado pecho, su cuello de toro y sus manos de labrador, parecía arrollar al mundo, de suerte que tácitamente le nombrábamos nuestro capitán. Alejandro Reid, otro de nuestros condiscípulos, me dio a conocer la pintura de Monticelli, que por aquellos días acababa de desaparecer. Monticelli me reveló multitud de cosas. Entramos juntos en casa de un anticuario donde se exhibía uno. Discutimos con el dueño el precio para llevárnoslo. El sórdido vejete pedía seiscientos francos. Nos

quedamos con las ganas. Reid contó una leyenda sobre las estrambóticas borracheras del artista. Le repuse que aún me parecía más malvada la leyenda que le pinta demente. Monticelli, colorista y lógico, capaz de desarrollar los cálculos más ramificados y subdivididos acerca de las gamas de tonos que equilibraba, sin duda, sobrecargaba su cerebro con ese trabajo. Reid me llevó a su casa, mostrándome muy sigilosamente una pareja de enamorados de nuestro autor. Un dibujo amplio y magnífico. Figuras completas. Me hice el propósito de aconsejar a Teo que lo comprara. Al precio que se vendían los Monticelli, sería una buena inversión comprar algunos. Llegaría un día en que sus bellas figuras dibujadas se estimaran como obras de arte superior. ¡Qué entristecedor que los Monticelli no se reprodujeran en litografías o aguafuertes vibrantes! ¡Qué música de tonos la suya! Mi buen hermano tomó en serio la cosa y adquirió algunos dibujos de Monticelli. Anquetin no ve con buenos ojos esta pintura. La encuentra sin gracia. Por lo visto prefería sus máquinas, sus ruedas, sus barcos puntillistas. No le llevamos la contraria por temor a sus puños, pero tanto Reid como yo, nos prometimos comunicarnos nuevamente cada nuevo hallazgo.

A mediados de año, Teo alquila un taller en un tercer piso de la calle Lepic. Lo decora para recibirme con dibujos de Monticelli, dándome con ello un gran alegrón. Desde la ventana pinto un lienzo de 46 x 38 centímetros, una vista de tejados que regalo a Teo, rogándole que vea el modo de exponerlo en su Galería. Los días largos me invitan a dar caminatas por los alrededores. A la noche vuelvo, por lo general, con algo positivo. Dejo que la paleta exprese la moda última. Aclárase mezclada con la sencillez de dibujo de las japonerías que tanto me impresionaron en los barrios portuarios de Amberes.

Durante mi última estancia me quedé con ganas de entablar amistad con Degás. Nadie más calificado para ello que mi her-

mano, que por entonces vende sus obras. Sin embargo, Lautrec se ofrece a presentármelo en su estudio de la calle Fontaine. Le pescamos en plena tarea. Manos largas, nariz aguileña, gafas oscuras ocultando algún defecto visual. No se interesó por mi arte. Por el contrario, pasó revista a su colección como si yo perteneciera al gremio de vendedores, haciendo de cada tela una alabanza, marcando una cifra.

El conocimiento que más tarde entablé con Pissarro me confirmó la idea de que los impresionistas habían sido derrotados. "Siempre los vanguardistas caen, pero sus discípulos se imponen". Con este lema pronuncié una charla en medio de gentes jóvenes, desmelenadas, brillándoles la mirada si yo trataba de derribar ídolos. Expuse estas ideas a los compañeros y decidimos todos abandonar al maestro y actuar por nuestra cuenta. Un suceso imprevisto estuvo a punto de darnos la fortuna. Gaugin, un hombre impresionante, persona de buena posición, todo lo abandonó por la pintura. Reuníase con varios amigos en un café y formaba escuela. A dicha tertulia asistí en calidad de oyente. Presenté mis cuadros. Como nadie los discutía, envolvía mis bártulos y me iba con cara de pocos amigos. Me puse en el lado opuesto a Gaugin y no dejé de hacer prosélitos. No llegamos a las manos, aunque las palabras pesan más que los puños. Toulouse, en mi bando, acometió con fuerzas desproporcionadas a su talla, dándonos más de una victoria cáustica. Los términos duros que dedicó a los adversarios no dejaron de impresionar a los curiosos, cada día más numerosos.

—¿Por qué no fundar un taller juntos?

Era un venerable anciano de barba blanca quien esto afirmaba, llamándonos a la concordia. Su voz melosa penetraba más íntimamente su razonamiento. Todos menos yo le conocían. Me presenté. Supe después la vida y milagros de aquel hombre. Llamábanle padre Tanguy. Poseía una tienda de cuadros y taller de fabricación de pintura en la calle Clauzel, que regentaba en unión de su esposa, una matrona hundida en carnes con figura de mujerona de la Revolución Francesa.

—Vengan ustedes por mi casa y hablaremos. Por ahora les pido que hagan las paces.

Lautrec invitó y se bebió en abundancia. Gaugin y yo nos estrechamos las manos. Desde aquel día seríamos amigos fraternales.

El padre Tanguy tenía razón. ¿A qué luchar entre desconocidos? El era una víctima de las circunstancias. En su juventud sintió aficiones a la pintura. Por falta de medios económicos se vio precisado a fabricarse su propia pintura. A cambio de sus servicios en un almacén, obtenía telas y marcos a bajo precio. Un infausto matrimonio le impidió seguir su vida de sacrificio. Aquel virago ni le dio hijos ni felicidad. Según dañinas lenguas, por huir de ella se alistó al ejército. En 1871, denunciado como federado por un cura de Montmatre, a quien había recogido en su casa, se vio ante el piquete de fusilamiento, debiendo su salvación a un buen amigo. Pasó dos años en prisión. Estas penalidades, que supo llevar con espartana resignación, le empujaron en cierto sentido a dar la razón a los hombres por cuyas ideas él mismo sufría. Tanguy creyó en un mundo mejor de igualdad entre los hombres basada en amor y comprensión mutua. Así que, sin ambajes, en la primera reunión nos animó a formar falansterios de artistas anónimos. El arte es una circunferencia. Demos vueltas sin salir de ella. Robemos al pasado todas las bellezas que duermen en los archivos, en los museos, en las bibliotecas. Hagámoslo con la conciencia honrada de servir a la sociedad. Aquel hombre ponía siempre el dedo en la llaga. Hablaba con la misma emoción sincera que ante el piquete de fusilamiento, cuando ingenuamente preguntó: "¿Creen ustedes que mi muerte servirá para algo?" Este momento único dejó huella profunda en su alma, imponiéndole una constante entrega a los demás. Nos faltaba dinero para instalarnos. Aunque Tanguy ofreció el local y nos daba a crédito sus pinturas, esto no era bastante. Traté de sonsacar si Teo pudiera juntar dinero. A mi hermano le gustó la idea. Un valeroso coleccionista adelantó las primeras monedas para el grupo. Una patada milagrosa en un estercolero me dio la oportunidad de hallar dos billetes de cien francos, en la calle de Galete, a primeras horas de la mañana, mientras barrían las mujeres de la limpieza. Agité los billetes en el grupo, ofreciéndolos a la caja común. Con lo del capitalista sumaban ya cerca de los mil francos.

—No es mucho —dijo alguno—, pero es un buen comienzo. La suerte te ampara, Vicente. ¡Adelante!

—Y tú que has sido bolsista —apelé a Gaugin— ¿a qué no nos ayudas a multiplicar este dinero?

—La Bolsa requiere una constancia al segundo —replicó éste—. Si uno se distrae siquiera quince días, luego desconoce las posibilidades de especulación.

—No hay que darse importancia —le grité exasperado.

Tras unas sesiones dedicadas al estudio de las cotizaciones y cambios en una biblioteca pública, invité a Gaugin a que me presentara a uno de sus viejos corredores. A la entrada del edificio de la Bolsa, mi amigo me presentó:

—Este, que quiere hacerse rico por el atajo.

—¿Y qué quiere comprar? —interpeló el agente.

—¿Qué le parece tal título?

—Bien. ¿Con cuánto dinero cuenta?

—Mil francos.

Me miró de arriba abajo. Luego, bromista:

—Joven, cómprese un abrigo de invierno, pero no venga por aquí.

¿Me sonrojé? Gaugin me insultó y con razón. Salimos a la calle desamparados.

—¿Y si pidiéramos dinero al Banco?

—¿Tú crees que da por la cara, sin más?

—¿Para qué son? Para dar dinero, ¿no?

—¿Dar? El Banco da al que tiene. Al que no tiene, ni la hora.

Seguimos andando. Yo meditando soluciones, Gaugin fatalista.

—¿Y si organizáramos una kermesse?

—¿Y dónde?

—Al aire libre. En la calle. En la plaza de toros, ¡qué sé yo! Pintemos juntos y pasemos la bandeja, como los títeres.

Debí parecerle un tipo salvaje. No se agotaban tan fácilmente mis recursos.

—Pediremos limosna. ¿Si buscáramos cada cual un mecenas en nuestra casa, nuestra familia, nuestros amigos, en el Estado incluso de nuestro país? Recurrir, si llega el caso, a los consagrados.

Comenzó a caer una lluvia fina que empujada por el viento nos salpicaba el rostro. Las palmeras del paseo del Sena nos abanicaban con dulzura.

Gaugin avivó el paso sin preocuparse por mi sombrero, que volaba por los aires en corvetas graciosísimas. El llegó antes a la tienda del padre Tanguy, donde aguardaban nuestros amigos. Recobré el sombrero y llegué empapado. Mis amigos maliciosamente trataban de indagar novedades.

Cogí los billetes. Encendí un fósforo y, parsimonioso, los quemé a la vista de todos, que no salían de su asombro.

—¿Para qué nos hacen falta esos garabatos mal trazados si nos sobra talento?

Se aplaudió la ocurrencia. Allí mismo quedaron echadas las bases de nuestro taller común. Pobreza. Sacrificio. Contribución por igual a la obra social. Entrega mensual de dos obras al grupo.

Aplausos frenéticos. Un anuncio redactado para la prensa. Un cartelón a estilo Lautrec que se pegaría por el barrio. El padre Tanguy habla con fe. Dedica un elogio para cada uno de los fundadores. Cree igualmente en una resurrección del arte por el sacrificio. Que una parte de los beneficios vaya en ayuda de los pobres, de los jóvenes, de los anticomerciales.

—Creo en el porvenir —terminó diciendo—. El desprecio de hoy se trocará en admiración mañana.

Abro las ventanas de la tienda y con ayuda de varios pongo las telas a la vista del público.

—Señores (encima de una caja), hoy nace el pequeño boulevard, nosotros somos los fundadores. (Actitudes cómicas, mesarse de cabellos, caras de circunstancias.) Hoy es todo gratis. Algunos boquiabiertos curiosos se acercaron por ver lo que pasaba. Bernard amablemente les ofrece lo que gusten. A quienes cogen telas se les ve presionados por la carga, perderse por las encrucijadas misteriosas de Montmatre. Gaugin, más práctico, pega algunos billetes y nos trae aguardiente para todos de la vecina "braserie".

Brindis. Van Gogh, presidente. Tanguy, Teo y el capitalista, expositores. Bravos. Alguien se permite echar una piedra al escaparate de enfrente que expone a Cormón, Bonnat y demás académicos. Cuando el dueño viene indignadísimo a reclamar, Teo le espeta: "Haga lo mismo con mi escaparate". Y como quedara perplejo ante semejante ocurrencia, Anquetín da una patada y salta hecha añicos la luna del escaparate. "¿Lo ve? En paz. ¡Muchachos, viva el pequeño Boulevard!"

Toulouse se sube al estrado y bebe en la botella manteniéndose rígido, apoyado en el bastón. Le coreamos un hermoso cántico del tiempo de los federados. Se reúnen más curiosos.

—Deben estar locos.

Pronuncio un discurso fogoso:

—Pueblo que me escucháis... Estos son vuestros maestros: Anquetin, Gaugin, Bernard, yo, Toulouse, Konig, Signac... éstos... éstos... éstos...

Caballeros: es preciso difundir el arte entre el pueblo. Se le descuida. Se le mantiene en la ignorancia al ofrecerle viles cromos. El impresionismo con su alegría, su nota de color y su horizonte de esperanzas le distraerá de su trabajo, le hará olvidar su miseria en un espectáculo de encantamiento.

Más aplausos. Brindis. Bailes. Cánticos. Orgía general en torno a la mesa, delante de nuestros cuadros.

Aún me espanto recordando la cara que puso madame Tanguy al irrumpir en nuestra reunión como una bomba en el mar.

Días después Pissarro me felicitó:

—Animo, muchachos. Me gustaría ser menos viejo para acompañarles.

Le agradecí sinceramente. El me habló de sus horas jóvenes, recuerdos que chispeaban sus ojos.

—Animo... Adelante... He visto cosas suyas en la Galería Portier... Me impresionaron.

Quedé perplejo. Ignoraba quién hubiera podido llevar mis cosas a galería tan importante. Desde aquel punto apenas escuché sus razones. Algo parecido a esto:

—¿Pintura y fotografía? Hoy en la forma nos aventaja la fotografía. ¿Por qué? Copia. Nosotros, no. Creamos. Debemos crear los artistas, máquinas pensantes, lo que no le sucede por ahora a ese monstruo de tres patas... Huyamos de la forma. Hasta hoy los pintores no se ocuparon de otra cosa, y eso de la forma es algo así como una oronda cabeza hueca por dentro. ¡Grito de rebeldía! Busquemos otra meta. ¿Cuál? El color. Y me preguntará usted: ¿Y el día que se haga fotografía en color? ¡Déjeme respirar! ¿Cuándo será eso? Dentro de diez años, todos muertos. El mundo desaparecerá. ¿Antes? Pondremos la emoción en la tela... Haremos hombres cuadrados o esqueléticos, mujeres macizas... Buscaremos la energética, el movimiento, el volumen, la estática... ¡qué sé yo!

Cuando nos separamos me parecía que seguía hablando solo. ¡Cómo acorté distancias! Con velocidad que quita hasta el sentido llegué a la tienda Portier, calle Lepic, plantas y sótano. Me

vi en un escaparate de París. Me contemplé. Observé ojos curiosos que pegaban su frente a los cristales para escudriñar mejor mis cuadros. ¡Cuántas veces lejos, muy lejos de París, soñé con figurar en este escaparate! Y de pronto... En mis cartas había presionado tanto a Teo y ahora es Portier el que... ¡Portier! El que hizo la más famosa exposición Delacroix hace dos años. ¡Dios, qué honor! ¡Parecía increíble! Recuerdo que vio mis "comedores de papas" y los encontró exagerados... ¡Extraño! Mis estudios parecen más oscuros en la ciudad que en el campo. ¿Se deberá a que la luz es menos clara en la ciudad? Una pareja de enamorados contempla uno de mis paisajes y luego cuchichea al oído: ¿Qué?

Quedé dudando un buen rato sobre si entrar y darme a conocer a Portier... y... ¡No! ¡Más vale que no! La distancia me prestigia a sus ojos. De cerca vería un pobre diablo y quizás...

Escalé mi cuarto piso de la calle Lepic y relaté a Teo el suceso. Como no podía menos de suceder, él había sido el causante de la grata nueva. Y Más. Más cuadros míos en el foyer del teatro Antoine, en la Galería Martin...

Pero... añadió más tristemente, que puso también mis cuadros en su galería y se le quejaron varios clientes. La fatalidad quiso que nadie se interesara por mis obras, a excepción de Guillaumin, un pintor que subió a mi piso y dijo quererme conocer, ya que Portier le había mostrado mis cosas y le impresionaron. "Tienen carácter". Guillaumin trajo una nota de Portier invitándome a recogerlas a mi comodidad. La cuenta. Devolución sin más. Una lástima, pero una realidad. No vendí una sola tela. Tampoco consolaba en el fondo que los demás atravesaran crisis parecidas. Guillaumin entonó un cántico a la resignación. Recordó nostálgico las siete exposiciones impresionistas y sus siete fracasos. Me dio a conocer a la firma vendedora Durand-Ruel. Me invitó también a visitar su taller en la isla de San Luis. Nos vimos con frecuencia desde entonces.

Teo vio llegar de vuelta todos mis cuadros. No dijo una palabra. Guardó para sí y para que le pudrieran todos sus resquemores. Le molestó, sin embargo, que no los clasificara. Yo había turbado su reposo, su vida metódica. Traté de excusarme, maldiciéndome por no servir para nada, por depender de su limosna. ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo podría pagarle sus sacrificios constantes? Pero, ¿qué más podía hacer? ¿Mercantilizarme? Nunca. Si volviera a nacer, atravesaría la misma vía dolorosa.

Si triunfaran mis ideas... Corrían tiempos de esperanza para los jóvenes, alentándonos unos a otros. Tal vez Teo fuera la persona indicada para conducir el nuevo movimiento. Comprendía de antemano a qué gran sacrificio le invitaba. Un paso en falso y su despido de Goupil, su ruina.

Tanguy me presentó a Signac, el último del grupo. Juntos salíamos a pintar. Sé que luego criticó mi manera presurosa de trabajar, cosa muy poco en consonancia con su invitación a alistarme entre los puntillistas, cuyo movimiento dirigía. Decía que, al volver con mi tela de 30 recién pintada, policromaba a los transeuntes. También me presentó a Cezanne. Este pintor no me resultó agradable. Le pedí su opinión de mis cuadros y brutalmente descargó su sentencia: "Es una pintura de loco". Por respeto a Tanguy no di el espectáculo.

Un amanecer me despertó sin cortesía un enviado de Tanguy. Somnoliento le abrí la puerta. No quise acudir a la cita. Tanguy decía en su nota que un americano compraría algunas de mis telas si el precio le convenía.

—¿Qué pide? ¿Mis telas? Que se las regalen y me dejen en paz.

No fue un gesto de loco, sencillamente recordé que el tal americano quiso antes comprar a Signac y no llegaron a un acuerdo. Por mi parte, no quise despertar sus celos de artista. Si aquel precio que a éste no pagaba me lo diera a mí, parecería una humillación, y hablara bien o mal de mi obra, Signac era un gran artista al que no quería ofender.

Conseguí que el dueño de un gran restaurante nos dejara abrir una exposición en su comedor. Anquetin, Lautrec, Konig y yo aceptamos la fórmula. Transportamos nuestra mercancía en carreta a través de las calles de París. La enlutada figura del padre Tanguy y nuestra extraña indumentaria obrera causaron sensación. Al pasar los puentes del Sena nos seguía un enjambre de chiquillos. Nos metimos en un rincón del comedor y pedimos de comer a cuenta. Llegaron los clientes. Una acogida funesta. Risas y burlas. Total: reñimos con el patrón, con la clientela y, en definitiva, a la hora de pagar nos negamos en redondo. El infame amenazó con hacer auto de fe con nuestras obras de arte. Toulouse, magnánimo, sacó la cartera y pagó lo de todos. Después de este suceso me hice amigo de una italiana, la Segatori, conocida ya antaño por los cabarets de Pigalle. Ella misma acababa de abrir uno en el boulevard de Clichy. Era una mu-

jerona de 80 kilos bien distribuídos, con pelo teñido de rojo que le llegaba a la cintura. En un retrato que la hice procuré quitarla años de encima, dándola una expresión de tristeza, cuando yo la conocí convertida en hastío. Se las daba de irresistible con los hombres. Tuteaba a sus clientes sin la menor distinción, resultando relativamente simpática su actitud desenvuelta. Retozona y maligna, jugaba con ellos, con su sensibilidad, con la válvula incontenible de su pasión, hasta donde lo permitía el pudor de la mujer. A la hora de la verdad, telón. Adopté con ella una táctica de cínico desprecio, cuyos resultados prósperos no tardaron en hacerse sentir. Salió, de verdad, la cosa redonda. Me siguió como un tiburón ciego. Me imploró, convirtiéndome al poco tiempo en el indispensable de su alegría. "Pensar que a tantos tipos formidables he despreciado, y a ti, el peor de todos... tú, que deseo, me desprecias..." —y reía de rabia saltándosele las lágrimas, y más lindezas, muchas más.

—Te veo en el líquido, en el cristal, en el fondo de las copas, en todo lo transparente, a ti que no puedo desnudarte. Sueño en ti, me despierto con tu pesadilla... Sólo a tu lado estoy a gusto. ¿Qué podrías robarme? ¡Pisotéame! ¡Qué castigo a mi perversión!

Sí que la besaba autómata, como cumpliendo un deber. Deslizante táctica de estira y afloja. Sus labios, demasiado fríos, su piel seca, con sabor a polvo... Besos fríos y luego... telón.

Por delicadeza, durante nuestras relaciones, la dediqué un montón de cuadros de flores. Un gracioso, viéndolos, dijo:

—¡Ah, divino Vicente, qué regalo asombroso, son suyas las únicas flores que no se agostan al paso del tiempo!

Y sacó una fotografía en la que la patrona sonreía beatífica rodeada por todas mis telas. Obligué a la enamorada bestia piafante a que retirase algunos cuadros ofensivos de la vieja escuela, sustituyéndolos por los de mis amigos. Estos acudieron a la llamada y pronto pudo abrirse una exposición impresionista en aquel cabaret de baja laya. La retozona italiana, o porque se cansó de mí o por alguna ofensa que no alcanzo, hizo el amor a Toulouse, cosa que me ofendió por el cambio. Hice una escena violenta y me pidió disculpas. Mis obsequios la quebrantaron. Le gustaba mi aspecto salvaje. Alababa mi perilla roja como el fuego. Pronto no quedó espacio para colocar nuestros cuadros y tapiamos las ventanas con ellos. La clientela aumentó. La carreta con los cuadros de todos detuvo su andar a la puerta del establecimiento.

No vendimos, la crítica tampoco acudió. La gente del oficio se desentendió de nuestra propaganda y el resto de los mortales nos calificó de extravagantes.

Aquí comencé a beber.

Toulouse y yo cenábamos en el establecimiento. Este bullicioso enano me vencía siempre por su resistencia extraordinaria. ¡Horas inolvidables!

Por aquellos días mi hermano partía de viaje a Holanda. Aprovechando su ausencia di cita en casa a los amigos y amigas a altas horas de la noche. La cosa terminó bastante mal. Me rompieron las lámparas.

Una noche que acudió el padre Tanguy, recibimos la sorprendente visita de su mujer.

Me increpó:

—¿Hasta cuándo va a estar usted entre nosotros?

Enmudecí.

—Usted echó a perder a mi marido.

Salió en mi defensa la italiana y llegaron a las uñas.

Me exasperé:

—Salga de aquí, vieja hechicera. Hace cien años la hubieran metido con escoba y filtros en la hoguera.

Compadecí al padre Tanguy. Aprobaría en su caso por plenamente justificada la eliminación violenta de aquel monstruo.

La querella subió de tono. Me llamó barbaridades. Acudieron vecinos desvelados. El escándalo.

A los dos días, el padre de Emilio Bernard me rogó que no volviera a poner más los pies en su casa.

Sólo quedaba Teo... Se enteraría. Y, ¿qué diría?

Para colmar mis desdichas, el amante de turno de la Segatori me increpó acusándome de difundir calumnias de la mujer. Optê por la retirada tras de una dramática escena con ella en que no faltaron las lágrimas.

Me sentí viejo y quebrado de pronto. Unicamente seguía amando con entusiasmo la pintura. Me arrepentía por las horas perdidas. Lo demás, todo, sobraba cuando surgía la vocación tan fuertemente arraigada. La vida tampoco sobraba por entonces. Para triunfar había que tener ambición y la ambición me parecía absurda.

Decido escapar de París sin despedirme de Teo. Le dejo unas letras precipitadas sobre su mesa de trabajo. ¡Adiós!

Bernard me despide en la estación del Mediodía.

Un viaje más. Solo. Sin poder comunicarme con el viajero de enfrente por temor a expresarnos en diferente idioma. Mis nervios pedían paz, imposible de obtener en París. Esta es una ciudad neurótica, en que hay que vivir reventándose y en la que mientras no se esté medio muerto no se puede hacer nada, ¡y aun así! La gran ciudad me había tragado, neutralizando mis esfuerzos. La primera hora de París prometía mejores auspicios. Consagrarse donde todos conocen de arte, hablan de pintura, supuso mi primera meta. Luego choqué con las ambiciones de los demás. Borré incluso mi personalidad para dedicarme al bien común. Anulado mi yo artístico, procuré encuadrar un batallón anónimo de trabajadores de arte; en el fondo bullían mis aspiraciones recónditas de reivindicación del arte. ¿Y qué hubiera sucedido si triunfo en París? París desgasta. Ensalza hiperbólico y quema al primer fracaso. Mejor mi excentricidad, mi olvido. Si llego a lograr un éxito me hundo definitivamente. Rumbo al sur, en busca de un refugio, discurría con claridad a quién debía favores, de quién me sentía admirado y quiénes podían aún serme útiles desde lejos.

Antes de llegar a Tarascón contemplé un magnífico paisaje de inmensos peñascos amarillos, extrañamente enmarañados de las formas más imponentes. En las hondonadas de esos peñascos alineábanse árboles rondos de follaje verde oliva o verde risáceo, que bien podrían ser limones; país chato, tierras rojas, fondos de montaña del lila más fino. ¡Oh, pararse allá, pintar de nuevo!

Arlés surgió de pronto, tras de un altozano, como una aparición. La ciudad me pareció sucia en aquella primera impresión. Las calles viejas, las casas descoloridas, hermosas las arlesianas como figuras de Fragonard o Renoir. Acerando el lápiz crítico vi los defectos propios de su ascendencia románica. Pertenecían, pues, a una raza degenerada.

Cuando llego nieva intensamente. El frío cala los huesos y refresca el espíritu. Las gentes se embozan por las calles y piafan con vaharoso aliento como caballos de simón, rústicos y huraños. Las simas pálidas bajo un cielo tan luminoso como la nieve parecen paisajes de invierno que hicieran los japoneses.

Me instalé a la entrada de la ciudad, en el restaurante Carrel, por cinco francos al día. No me pareció muy barata la pensión y, en general, los precios poco más o menos como en París.

No traía ninguna carta de recomendación. No recibí noticias del mundo civilizado. Cuando aparecía a mis ojos cobraba el encanto de lo recién descubierto y, hermoso o feo, poseía un carácter. A esta primera vista de pájaro se descubren los perfiles con más intensidad. Paseé los primeros días solo por la ciudad, dichosamente desconocido, desconsoladoramente anónimo. Chocó mi aspecto en el mismo tono que a mí me chocaban los indígenas. Por el factor de la estación supe que la ciudad no era muy acogedora. Aquel viejecito llevaba viviendo en ella casi veinte años sin poder aclimatarse. Corroboró esta idea el patrón del restaurante, añadiendo que, cuando el sol pegaba, ardía, y cuando el frío y la nieve se enseñoreaban de la ciudad penetraban por los quicios de las puertas. Me contagiaría de extremismos.

Entré en dos museos: uno de arte moderno, viejo como Noé, atroz mixtión bromístico, digno de hallarse en Tarascón, y un museo de antigüedades auténtico.

Al cambiar bruscamente el tiempo, salí al campo con los útiles pictóricos y tuve ocasión de conocer a otro visitante inesperado: el mistral. Procuré trabajar. Imposible. Fracaso de la expedición, ya que a causa del viento no pude hacer nada.

El cielo era de un azul duro, con un gran sol brillante, que derritió casi toda la ciudad de nieve; pero el viento tan frío y seco ponía la carne de gallina.

Vi casas hermosas, jardines públicos custodiados por álamos gigantes estirándose al cielo paralelos, colindantes a las chimeneas de las fábricas. El portal gótico de Saint-Traphine, tan cruel, tan monstruoso como una pesadilla china. Boulevares de la ciudad llenas de gene despierta. Vi más cosas evocadoras: las ruinas de la abadía de Montmayor elevadas sobre una muralla, como indicando lo difícil que es elevarse; parecían fulminadas por un rayo. Los zuavos, los burdeles, las adorables pequeñas arlesianas que van a hacer la primera comunión, el sacerdote con sobrepelliz, que parece un rinoceronte peligroso, los bebedores de ajenjo como seres de otro mundo. No quiero decir que me sintiera más comodo en un mundo artístico, sino que prefería hacer bromas y sentirme solo. Me sentiría triste si no tomara las cosas por el lado de la broma.

Por aquellos días, mi hermano me pidió autorización para exponer algunos cuadros en la Exposición de Independientes. Todos parecían tan flojos. Había venido aquí con objeto de depurar mi arte, de crear con entusiasmo. Que mi último cuadro anulara al anterior. Esto, sin duda, significaría una victoria.

En la exposición, pese a los buenos oficios de mi hermano, no vendí un solo cuadro. Mis paisajes de las afueras de París volvieron a amontonarse en su casa. Gaugin con este motivo me escribió una tristísima historia, dándome cuenta de su lamentable estado de salud, que le obligó a guardar cama durante quince días. Tampoco vendía y, en consecuencia, se veía en aprietos, con deudas chillonas.

¿Cuándo se vería una generación de artistas de cuerpos sanos? Me ponía furioso conmigo mismo. Si al menos gozáramos de un temperamento apto para vivir ochenta años, una sangre verdaderamente buena... ¿Nacería en el porvenir una generación de artistas más felices?

Desde mi rincón maldito seguía meditando en la posible unión de los artistas pobres. Diérannos su mano Degás, Mannet, Renoir, Sisley, Pissarro. Si pudiéramos poner de acuerdo a varios mercaderes para comprar cuadros impresionistas... si creáramos una asociación de venta que garantizase la posibilidad de existencia y trabajo de sus miembros.

Soñar. Nada era posible. Cabeceábamos contra sombras impalpables. En caso de agotamiento, sin más recurso que la nada, la desaparición.

Por entonces tuve ocasión de conocer el carácter exaltado de la ciudad. Multitud de gentes amenazaban con sus puños a dos italianos que iban esposados en dirección a la cárcel de Arlés. A duras penas sus guardias podían contener a los más audaces que con puños y navajas herían a los detenidos. El espectáculo, muy desagradable, acució mis bajos instintos. Olvidé la labor y me lancé a la calle. Se había cometido un doble crimen en un prostíbulo. Dos zuavos habían caído muertos y un tercero del que más tarde me haría su amigo, se quejaba a grandes voces entre un grupo de curiosos:

—¡Maldita la arpía de mi mujer! ¡Qué desgracia! ¡Y pensar que las víctimas lo fueron por mi culpa! La bala iba contra mí, señores. Mi cuñado, uno de los italianos... esa bruja le empujó a machacarme. ¡Por celos! Si me iba de servicio, a pensar mal.

Si miraba a otra... ¡Ay, qué condena una mujer así! ¡Otras! ¡Siempre otras mujeres! No digo que alguna noche en el burdel echara alguna flor... pero nada más. ¡Nada más, señores! Al menos, antes. Hasta que me harté y la engañé: "Tú me empujas, lo evocas. Me obligas a engañarte. Remueves la sombra".

Le invité a una copa, procurando serenarle, y me contó el resto de la historia. Me presentó a las chicas del burdel y con ellas quedé en animada conversación cuando se lo llevaron y hasta altas horas de la noche.

Los comentarios seguían con toda serie de detalles. Una de las chicas me llamó la atención:

—No es noche de festejos. Volveré. Me llamo Vicente. Soy holandés. Pintor pobre. Me gustas como mujer.

Ya no quiero hacerme ilusiones, pero veo que a la muchacha tampoco la disgusto. Un tipo tan curioso, del que se hablará en la ciudad, del que se conjeturan mil historias falaces y al que nadie conocía.

Recibí una carta tristísima de casa dándome cuenta de la muerte inesperada de Mauve. Sin pérdida de tiempo escribí a la viuda condoliéndome, y firmado por los hermanos Van Gogh, la envié un paisaje de una tierra arada, una cerca de cañas, dos duraznos rosados sobre un cielo glorioso azul y blanco. Pensé en Ariana. Una mujer de artista. Si yo me viera más cerca de La Haya... ¡Qué consuelo sentirse morir al lado de una mujer así! En fin —pensé—, ilusiones intempestivas, deseos que no brotaron jamás en vida de su esposo, y traté de alejar la idea, tanto al menos como la distancia que nos separaba. No volvería a ver a Ariana en la vida. Aquella esposa quedó fiel a la memoria del artista, pese a que su edad y buena fama la dieran más de un pretendiente. La viuda se entregó a dar a conocer entre la crítica de Europa la obra de su marido. ¡Lástima que éste fuera tan mediocre!

Por nuestra parte, procuramos consolarla.

"No creas que los muertos han muerto.
Mientras haya vivos
Los muertos vivirán."

Me oprimía una profunda tristeza. La hora no se prestaba a recriminaciones. Creía sinceramente que con él moría su obra. Del mismo modo pensaba consolándome que Ariana disfrutaría

de sus emolumentos. Recordaba que en un solo mes del año 80 hizo y vendió seis mil francos de acuarelas. Podían hacerle un entierro principesco.

Mi paleta, que se aclaró en París, ahora se simplificaba. Trabajé sin descanso con la colaboración de la primavera sin flores de Arlés.

Conocí a dos aficionados a la pintura, un juez de paz y un tendero que quedaron fríamente impresionados con mi obra. En abril reñí con el dueño del restaurante, que pedía unos gastos extraordinarios que yo no hice, y por mediación del juez obtuve una hermosa rebaja en la factura. Consecuencia del choque, cambié de alojamiento, alquilando por bajo precio medio piso en la plaza de Lamartine. Decoré la casa con mis cuadros y la pinté de arriba abajo por si un día se aventuraba a venir Gaugin. Que no temiera mi hermano que semejante taller pudiera tentar a mujer alguna. Las costumbres de aquí parecían menos inhumanas y antinaturales que en París.

Dios, que ves mi conciencia, puedes atestiguar que mi temperamento no compagina la orgía y el trabajo. Y esta vida artística, Señor, que no es la verdadera, parece tan viviente que sería ingratitud no conformarse con ella.

El aire me sentaba bien. Uno de sus efectos resultó bastante curioso. Un solo vasito de coñac me embriagaba. Poco a poco fui necesitando este alivio. Creaba con excesiva celeridad, como si cada día fuera el último de mi existencia. Al volver del rapto artístico pesaba tanto mi cerebro, que temía que, de repetirse el trabajo, quedaría incapaz de seguir haciéndolo. Lo único que aliviaba y distraía en esos casos, aturdirse bebiendo un buen trago o fumando muchísimo. ¡Ah, si con ello llegara uno a la altura de Monticelli, borracho y solitario, si llegara como él a una polifonía de tonos tan magistral! ¡El sol, el sol!... ¡Cómo me molestaba aquel sol y a la vez qué necesidad de una luz, de un fuego, de su compañía! Con él no me sentía aislado, solitario. Tras su sombra corría los campos como un poseso. Bajo su impacto inexorable podíase soñar con las más duras cimas. Verle y no adorarle me parecía una blasfemia. Aquellos que no creían en él eran impíos. Comprendía el gesto del primer hombre, arrodillándose a su presencia. Pero el sol, el sol... también significaba peligro... también destruía. Con la cabeza descubierta recorría los vergeles en flor, los trigales amarillos. Al filo del mediodía tomaba un pedazo de queso, un panecillo duro y un sorbo de café, y vuelta a emborracharme de luz... Ese sol que arrulla

a los sembradores a la sombra del pajar echando la siesta y a mí me impide reposar. Ese sol que devuelve mis fuerzas y los seis colores danzando en mi paleta. Amarillo oro, clara de huevo, amarillo limón... rojos fuego, fresa, pálido como sangre purulenta... verde, naranja... amarillo, símbolo de embriaguez mística, verde hierba de horizontes inmensos.

Vi una corrida de toros en que cinco hombres trabajaron al animal con banderillas y escarapelas. Un torero se aplastó un testículo al saltar la barrera. Era un hombre rubio, de ojos grises, que tenía mucha sangre fría, vestido de azul celeste y oro. Me pareció la plaza de toros muy hermosa bajo el sol y llena de gente. Me propuse pintarla. El espectáculo me asombró por su colorido. Me acompañó la enjuta Raquel, la ramerilla que conocí en el burdel. Se entusiasmaba con la fiesta y palmoteaba nerviosamente, dando chillidos en los lances de peligro de los matadores. A tanto llegó su excentricidad, que mucha gente nos miraba como a turistas que por primera vez en su vida asisten a una corrida de toros. Un matador la brindó un toro y al cortar la oreja nos la echó con desplante y agilidad. La muchacha dio un grito. Cogí la oreja chorreando sangre y se la ofrecí:

—Es para usted, Raquel.

—Que se la guarde el torero... Al cogerla, usted puede sentirse celoso.

—Así es. Dígale que yo le daré algo más: mi propia oreja.

Reímos y devolvimos el mensaje, que cayó goteante, mezclándose en la arena del ruedo.

Al salir nos encontramos al zuavo, que nos contó el resultado final del suceso. Consecuencia del crimen expulsaron a todos los italianos de la ciudad. Este se prestó a posar para mí. Era un mozo de cara pequeña, cuello de toro y ojos de tigre. Hice un estudio muy duro de tonos chillones. Me gustó. Repetiría el retrato sentándole. Otra vez saldría mejor. Juntos luego íbamos al burdel. Yo flirteaba con la muchacha. Bebíamos. Contábala historias inventadas que la gustaba escuchar con la boca abierta y todo le parecía maravilloso.

Señor: para el arte en que se necesita tiempo, no estaría mal vivir más de una vida. Quizá entonces viéramos nuestros frutos. Debemos fenecer al dar a luz y perder la proyección de nuestra obra en el futuro. Sentimos, sin embargo, que la misión es más grande que nosotros y durará más que nuestra vida. No sé qué suerte me reservas después de esta confesión. Pero si algo de mi obra queda, creo haber justificado mi paso por la tierra. Tampoco a Ti, Señor, podemos juzgarte por este mundo, que es un estudio que te salió mal. Sólo los grandes maestros se equivocan así. El pintor del porvenir será un colorista como no lo hubo jamás. No alcanzo a figurármelo viviendo en míseros restaurantes, trabajando con varios dientes artificiales, yendo a burdeles de zuavos como yo. ¡Qué lejano todo esto! Por el momento aquel pelear sin descanso contra la incomprensión, contra la hostilidad de los que nos rodean. Pequé con mujeres, Señor. Ellas y yo nos arrepentimos ahora. Me sentí hombre haciéndolo. Ya empezaba a desconfiar de mí mismo. Traté de pintar. Y hasta las buenas putas se negaron a posar para mí por miedo al ridículo.

—¿Qué pensará ese pelirrojo?—decían las rameras. Tendríamos que esconder nuestro retrato por vergüenza. Aparte de que a lo mejor se le ocurre pintarnos desnudas y eso no... eso paga su precio.

Incomprensión. Hostilidad. Cabezas que se vuelven por la calle al vernos. Murmuraciones en voz baja. Mentalidades romas, que no llegan a comprender más arte que el religioso. ¡Qué extraño fenómeno —que todos los artistas: poetas, músicos, pintores, sean materialmente desgraciados— incluso los ricos! ¿Aparece por entero la vida visible para nosotros o sólo conocemos uno de los hemisferios antes de morir? ¡Un consuelo, Señor, Tu gloria, Tu perdón! ¡Otro más! Los pintores una vez muertos y enterrados hablan a una generación siguiente o a varias generaciones a través de sus obras.

Ya me llevan a hombros en el atardecer lluvioso, a través de campos húmedos, medio invisibles. Teo marcha en cabeza de la fúnebre procesión. Falta la gente de iglesia, que se ha negado a asistir a mi entierro por mi voluntario disparo. Ni siquiera prestaron su carro tétrico. Hubo que pedirlo a una villa colindante donde se desconocían los motivos de mi autodeterminación. Cabezas de vecinos asustados o viejas santiguándose atisban por las ventanas herméticamente cerradas de sus casas. ¡Condenación! Ellos me han condenado ya. Bernard y Laval van con los ojos a tierra, seguramente barajando sus recuerdos. Piensa alguno que mi suerte se repetirá en otros si no se crea un mundo mejor para los artistas. Imagino al querido Tanguy retenido en París por la mujer cuya animadversión como la de la gente de orden, me persigue más allá de la muerte. Tanguy irá a la trastienda. Observará con nostalgia mis telas. Son prendas de una deuda que ya no le pagaré. Contra su voluntad, la mujer las venderá al primer postor. ¿Para qué sirven ya?

Vicente Van Gogh murió con su obra. Soñó inútilmente. Resultó ser un loco. ¿Y qué puede esperarse de un loco? Yo mismo a última hora he suplicado a Teo que haga auto de fe con todas mis alucinaciones. Reserve únicamente las que sirvan para pagar favores a gentes que me ayudaron, a los dueños de la posada, a los amigos, al doctor Gachet y su hijo, que no me abandonan en este último paseo.

La comitiva, sin luz, sin cánticos, sin campanas, sin funeral ni olor a santidad, sin incienso ni cruces de esperanza, asciende la pendiente, lenta, cansina, torpemente. Mi cuerpo inerte se balancea... El carro resbala entre piedras...

Señor, ¿y esto es todo? En la vida del pintor quizá no sea lo más difícil la muerte.

¿Dónde estás?
¿Dónde me esperas?
¿Arriba, en el monte, sobre la blanca cruz?
¿Abajo, en el abismo, bajo el ardiente fuego?

Declaro que no sé nada absolutamente de eso, pero ver las estrellas siempre me hace soñar, tan sencillamente como me hacen soñar los puntos negros que en los mapas geográficos representan a ciudades y pueblos. ¿Por qué ser menos accesibles para nosotros los puntos luminosos del firmamento que los puntos negros en el mapa de Francia? Tengo la seguridad de que

esta noche brillarán las estrellas. Abriré una vez más los ojos para mirar al cielo. Haz, Señor, que quede ciego bajo tu luz.

Si tomamos el tren para ir a Tarascón o Ruan tomamos la muerte para ir a una estrella. Vivos no podemos trasladarnos a una estrella y muertos no podemos tomar el tren. Muy factible que el cólera, el mal de piedra o el cáncer, sean medios de locomoción terrestre como los vapores, ómnibus o ferrocarriles nos transportan por la tierra. Morir tranquilamente de vejez vendría a ser viajar a pie. Yo no quise viajar a pie.

Por el momento, de Arlés había que machacar el hierro en caliente y guardar las barras forjadas. Las emociones golpeaban a veces tan fuertemente que trabajaba sin sentir, relacionando unas pinceladas con otras, como las palabras en un discurso o una carta. Vendrían los días sin inspiración. Sabía de antemano que me criticarían de apresuramiento. Los leones viejos matan de una zarpada, mientras que los jóvenes se debaten impotentes.

¿Valía en realidad mi trabajo los gastos que mi pobre hermano adelantaba? Al menos una tela cubierta valía más que una tela blanca. ¿Los mejores de mis estudios no valdrían siquiera quinientos francos por tela? Podía elegir entre ser un buen pintor o un mal pintor. Opté por la primera postura, aunque las necesidades de la pintura fueran como las de una querida ruinosa. ¡Y pensar que mi pintura quizás nunca valga lo que me cuesta! En ese caso sírvame de consuelo ayudar a otros. Pienso en ocasiones si seré un iluso. A nadie veo que se entusiasme con mi labor. ¡Y qué duro, qué combate con uno mismo cuando no hay otro juez para sentenciar el valor de la obra! Por estas crisis caigo a veces en la desesperación, pierdo el deseo de arrojarme de lleno al arte. No debo pasar de ser un caballo de carga. Si es así, preferiría vivir en un prado con sol, un río, la compañía de otros caballos igualmente libres y el acto de la generación. Uno no se revuelve ya contra el ambiente, tampoco se resigna, se siente enfermo sabiendo que esa enfermedad nunca se remediará. Alguien llamó a este estado herido de muerte y de inmortalidad. Si la carga que uno arrastra fuera al menos útil a otras gentes, aunque uno las desconozca. Creamos en el arte nuevo, en los artistas del porvenir, y que nuestro presenimiento no nos engañe.

No siento morir. Siento la realidad de que soy poca cosa. Un cordero en el rebaño de artistas. Pago mi arte con un precio demasiado alto: con mi salud, la juventud, la libertad. No gozaré del éxito. Soy como el caballo de carga que arrastra un

vehículo de gentes que van a gozar de la primavera. Que podamos enterrarnos con la tranquilidad del deber cumplido. Que venga pronto el Esperado, el Simple, el caballero andante que rompa los encantos. Ayudaré a Gaugin. Que viniera pronto y yo me pondría a su entera disposición. Me espantaba ya la soledad. Ultimamente, por la falta de ambición y enorme tarea, me comparaba a Van der Goes en el cuadro que hizo Wauters, ausente y loco... ¿Hasta cuándo podría resistir?

Realmente sorprende en tales circunstancias mi oficio de predicador junto a los que me rodean. Yo, el pobre, el desamparado, ofreciendo mi mano a los demás. Solo, en medio de un campo segado. Por esta época llamo a Gaugin, procuro volver amigos a Toulouse y su querida, doy ánimos a los nuevos amigos de Arlés en sus cuitas domésticas, escribo cartas paternales al hermano de París invitándole a buscarse una compañía más próxima a la mía, que le consuele físicamente, con caricias de animal que las necesita. Le ruego que me envíe a cualquier pintor en ruina, comprado incluso a precio de oro.

Con este proceder Teo se puso en el papel de víctima quejándose en sus cartas de dolencias misteriosas: "No te creeré —argüí— si en la próxima anuncias tu curación. Cuida tu salud, toma baños, sigue una higiene metódica en tanto puedas soportarla". Instábale a consolarse pensando que vivíamos un renacimiento del arte y que contra la tradición carcomida y oficial, aún en pie, aunque impotente y holgazana, nos alzábamos ambos como protagonistas de la oposición, animadores de genios que hacían su obra solos, pobres, tratados como locos, proscritos de la sociedad. El tiempo les daría la razón, pero de cualquier modo, triunfo o fracaso, avance o estancamiento, consuélese pensando que él hacía la misma tarea que los pintores primitivos, puesto que proporcionándoles plata y vendiendo sus telas les permitía producir otras. ¡Qué pago sin recompensa a la sociedad de esos pintores que arruinan su carácter trabajando de firme en su pintura, haciéndose estériles para muchas cosas, hasta para la vida familiar! ¡Y qué ejemplo que no sólo pinten con color sino con abnegación y renuncia de sí! Si él hacía pintura indirecta, era más productivo que yo, por ejemplo. Cuanto más mercader se volviera, más artista. Lo mismo que yo al volver disipado, deshecho, como un cántaro roto, sentíame más artista, más creador, en este gran renacimiento del arte, este brote verde salido de las raíces del viejo tronco cortado. ¡Cuántos menos gastos ocasionara si no me dedico al arte! Pero hubiera sido un cadáver más por el mundo, y pasar sin dejar

huella es como no vivir. El único medio, pues, de recobrar mi aplomo y serenidad era hacerlo mejor.

Gran parte de estos consuelos brotaban sin sentirlos, pensando únicamente en los demás. Le animaba a proseguir la lucha, aunque presintiera que yo iba a caer pronto... Me daba miedo ya verme solo cuando dejaba el trabajo. Iba al café de le estación aturdiéndome bebiendo. Aquí hice amistad con los esposos Ginoux, sus dueños, y con Roulin, un cartero que me recordaba a Tanguy. El cartero, su mujer y sus hijos, todos fueron muy amables conmigo y posaron desinteresadamente. Era un hombre sencillo, perseguido por la mala suerte. Pudo ser dueño de fincas de las que le despojaron sus hermanastros. Se vió en la miseria. Encalleció sus manos en el trabajo y sacó a flote una gran familia. Me sentía uno más en su casa. Pero, en realidad, familia o patria, ¿qué significaban estos términos? Me veía desterrado de todas partes. Y de donde pasaba, apenas si llegaba nunca un recuerdo nostálgico de alguien que me echara de menos, de uno siquiera que preguntara por mí. Los que me cruzaban, sin pararse decían adiós. Algo así como un viajero que va a alguna parte, a un destino.

Este vacío ahondábase en la soledad oyéndose un grito prolongado por la pendiente hacia una sima sin fondo.

¿A dónde vas, Vicente Van Gogh? ¡Has perdido la fe! No puedes llenar tu soledad con el Todo de una Divinidad invisible que te dé fuerzas para seguir adelante.

Un suceso imprevisto iba a turbar mis ideas. Un tío de Bruselas había muerto: el marino, el hombre rígido de pocas palabras, que apenas me trató en vida. Iba, pues, a heredar, a poder llamar con ese dinero al esperado Gaugin.

La espera se prolongó indefinidamente. Una vez más, agotado por el esfuerzo me sumí en la inanición. Y allí, en mi silencio, en mi dolor, en la oscuridad de mi alcoba, Dios de nuevo.

Me decían que iba a desaparecer. Que no se iba a ninguna parte. Que se da vueltas a una circunferencia sin salida. Con lógica similar razonaba el rufián del prostíbulo cuando expulsaba a alguno. Siempre tenía razón. Al final de mi carrera vería mi equivocación. Que no sólo las Bellas Artes, sino todo lo demás eran sueños, que uno mismo no era nada. Sin embargo, nada se opondría a la posibilidad ilimitada de existencia futura. En el caso de mi tío, su rostro de muerto adquirió calma, gravedad,

cuando en realidad en vida no era así. ¡Cuántas veces comprobé un efecto semejante al mirar a un muerto como para interrogarle! ¿Dónde estás? ¿Has dejado de sufrir? ¿Qué ves? ¿Qué transformación invisible inunda tu rostro de alegría? Esto constituía para mí una prueba, no la más seria, de la existencia de ultratumba.

Un niño en la cuna, igualmente, si uno lo mira a sus anchas, tiene el infinito en sus ojos.

¡Y qué curioso que mi tío y mi padre creyeran en la vida futura!

Yo preguntaba:

Si una madre de familia es inmortal, ¿por qué ha de serlo menos un caballo de simón tuberculoso?

La gente más vacía siente nacer esa indefinible esperanza. Sin esa creencia, las madres perderían la fuerza de crear.

Dijeran los médicos que Moisés o Mahoma o Cristo o Lutero pasaron por locos como Rembrandt o Delacroix. ¿Dónde estaba entonces la gente razonable? ¿En aquellos rufianes de prostíbulo que siempre tenían razón?

¡Oh, dejar reposar la imaginación! ¡No pensar! ¡Dormir con los músculos en reposo! Por el día trabajar hecho ascuas bajo un sol abrasador, como si saliera por última vez; y de noche pensar, pensar...

Con aquel dinero compré una cama de caoba a plazos para recibir dignamente a Gaugin, que acababa de anunciarme tímidamente su llegada. Tendría la casa luz por las ventanas, en los colores alegres de la decoración. El se alojaría en la más hermosa pieza de arriba que trataría de transformar artísticamente. Abajo el taller y otra pieza taller, que al mismo tiempo sirviera de cocina. Por último mi alcoba, que la quería excesivamente simple, con muebles cuadrados y largos: el lecho, las sillas, la mesa, todo de madera blanca. Pinté las paredes de arriba abajo. Puse un cuadro de girasoles a la cabecera de su cama. Adquirí dos lechos, sillas y pequeñas cosas indispensables, sin olvidar de esparcir por doquier reproducciones japonesas.

"A mi amigo Paul Gaugin". Bajo esta dedicatoria hice un autorretrato delante de un espejo de medio cuerpo. Aparecía en él con la cabeza completamente rasurada, la barba erizada y los ojos rasgados. Casi se advertía en él mi respiración.

Al fin llegó.

—¡Cristo, qué difícil es echarle la vista encima!—gritó en el umbral de la casa desperezándome a primeras horas del día. Posó en el suelo su caja de madera y me abrazó efusivamente. Dentro de aquellos imponentes brazos cabían tres Van Gogh.

—Treinta y seis horas llevo buscándole. He corrido Francia de Norte a Sur. He cambiado tres veces de tren.

Luego, de pronto, parándose en seco y mirándome de arriba abajo:

—Le encuentro cambiado, Vicente.

No sabía qué decirle. Me sentía hondamente emocionado. Como si recobrara mi vida pasada mirándome en aquel semblante.

—Yo tamién le encuentro diferente, Gaugin.

Sin más se acerco al espejo del colgador y se miró haciendo cómicos visajes.

—¿Diferente? ¿En qué?

—Lo creía más enfermo, más acabado.

—He parado en un café que le conocían. He tomado un formidable café con leche. ¡Ah, y me afeité!... ¿Yo le había escrito a usted hallarme enfermo?

—En todas sus cartas.

—¡Soy inmortal! Usted mismo puede comprobarlo. Pálpeme. Apuñáleme.

Una risa ancha, la suya, escapó aborbotones incontenibles.

—He sufrido mucho. Los perros sin amo no corren tanto los caminos como yo. Hermosa casa. ¿Es suya?

—¿Quiere verla?

—Después. Hablando de viajes me siento fatigado.

Se sentó en la butaca roja repantingándose sensualmente como un caracol en su concha.

—¿Qué le han contado de mí?

—Sé que lucha sin descanso. Me admira su resistencia hercúlea.

—Triunfaré.

—Quizás demasiado tarde.

—Vicente, no pierda usted la esperanza. Debe ser eso parecido a morir. Suicídese si un día la pierde. No creo que la meta esté lejana.

—Yo me temo que nunca la alcanzaré.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—No desespere.

—Es un consuelo vago...

—Al menos haga usted caridad conmigo y el día que me consagre se lo recompensaré.

—¿Tan cerca cree el éxito?

—Tocándolo. Un mes más en París y vendo un cuadro... Por algo se empieza...

—¿Nunca renunciará usted a la batalla parisiense?

—Jamás.

—Cree más que yo en el éxito duradero, en la inmortalidad, en todas esas patrañas que escriben Daudet y otros novelistas. Yo sólo puedo ofrecerle un rincón para vivir, una etapa en su descanso, alojamiento, pan cotidiano, colores.

Quedé en silencio. Estuvimos un buen rato mirándonos, volviéndonos a reconocer. Luego me levanté y abrí las ventanas. Quería que Gaugin viera la casa en pleno sol, el verde intenso de los jardines, la entrada de la villa, y dentro, en las paredes, una decoración de grandes tornasoles amarillentos. Abrí su maleta y puse sus cosas al descubierto. Hasta una fotografía de unos niños de corta edad, seguramente sus hijos. Gaugin se levantó igualmente y lavó la cara y manos en la palangana con agua fresca secándose con fruición.

—Si yo tuviera sus mismas ambiciones, no nos entenderíamos, probablemente. Pero no me importa ni el éxito ni la felicidad. Me importa que duren las empresas enérgicas de los impresionistas.

—¿Sigue usted con sus locas utopías de antes? ¿Cree que podremos unirnos en falanges artísticas, que comulgaremos en la misma comunidad?

Quedé cortado. Tímidamente aventuré:

—¿Y usted no lo cree?

—No pienso ceder un punto de gloria a los demás. Me conozco muy bien. Si me consagro, me olvidaré de todos.

—¡Qué ilusoria candidez! Apreciándole como amigo, no le deseo la pompa. Le perderíamos como pintor; créamelo, Gaugin.

—Parece usted sentirse cómodo en este desolador olvido.

—Me horroriza el triunfo. Temo por el día siguiente a la fiesta de un éxito de los impresionistas. Los días difíciles de

ahora, más tarde nos parecerán buenos tiempos. El asedio, la falta de éxito, créamelo, durará toda la vida.

—Usted me desmoraliza.

—Prepárese: asegurémonos un techo encima, camas, lo indispensable. Tranquilidad. Vivir más o menos como monjes o ermitaños, con el trabajo como pasión dominante; resígnese a carecer de bienestar.

Aquí terminó el diálogo trascendente, malgastando el resto de tiempo hasta mediodía; él en descansar y escribir cartas y yo en traer algunas viandas finas del restaurante Carrell para obsequiarle.

Aquella tarde acompañé a Gaugin, que traía algunos encargos de amigos de París para vecinos de Arlés. Aproveché la oportunidad para mostrarle los alrededores de Arlés. Subimos a las ruinas conventuales de Montmayor, atravesamos el barrio romano y el puente de piedra.

Apenas si se habló de pintura. Dejámonos ambos sumergir en el ambiente general. Veíamos diversos ángulos del paisaje como el fotógrafo que trata de emplazar su máquina en el sitio más propicio. Y en lo más alto, sobre una roca erguida cayendo a pico como la proa de un barco, nos sentamos dejando bambolear los pies con placentera voluptuosidad.

Dos días después aparecía en "El Imparcial", periódico local, una nota intrascendente dando cuenta, entre los viajeros llegados a la ciudad, de la del famoso pintor Paul Gaugin. El periódico llegó casualmente a mis manos. Lo vi tomando una taza de moka en el mostrador del café nocturno. Lo leía el dueño. Se lo pedí. Nada dije a Gaugin. Supuse que alguna de las visitas que hiciéramos el primer día llevase cierta dosis de recomendación para alguno de los "inteligentes emborronapapeles" de la ciudad. Añadía la nota que el gran pintor tenía la intención de permanecer algún tiempo en Arlés preparando su próxima exposición. Ni una cita para mí. Realmente, sorprendió mi buena fe en principio. La letra impresa ejerce un magnetismo sobre los sentidos. Gaugin se me aparecía como un coloso, sabiendo que él mismo condimentaba su propaganda. Y sin duda pensaría que al leer yo el suelto se lo diría, y él sin duda simular ser el primer sorprendido. Conocía el mundo mejor que yo. No en balde su próspera posición de otro tiempo le dejaba una apariencia singular de gran señor mezclada con bohemio. Sus cuarenta años caían sobre sus hombros robustos, y su mirada que alcanzaba

lejanías, abandonaba los objetos al alcance de la mano del ciego. Jamás se desentendió de las consideraciones prácticas. Su mismo gesto de abandonarlo todo por el arte como el llamado del Señor que deja familia y riquezas temporales para seguirle a El solo con la fuerza vocacional que da la esclavitud, no encerraba todo el sacrificio aparente del primer movimiento. Cierto que dejaba los bienes, pero a la vez mujer e hijos, que tantos desvelos le causaban, y tampoco le permitían trabajar a su talante. Además, recobraba haciéndolo una paz de espíritu imprescindible para su creación estética. Hacíale falta lo que alcanzaba: soledad, abandono, paz, una distancia que poetizara su prosaico pasado. Tres años después de comenzar a trabajar en su anonimato recobra personalidad de mercachifle. (Y que Dios me perdone, no quiero acusarle. Merece ser completo el sacrificio. Le comparo a mi desinterés, a mi falta de sentido práctico.) El busca las tertulias, frecuenta exposiciones, calibra los gustos del público, valora con exactitud las oscilaciones numerarias según épocas y gustos del mercado de cuadros, procura interesar a los críticos en sus obras.

No le dije nada. Me comparé interiormente pensando, con razón, que preocuparse por cosas tan peregrinas puede quitar tiempo y fuerza a la creación arística. Callé. Comprendí que la venta significaba un acicate para no desanimarse en el camino emprendido. Me limité a extremar mi conducta desinteresada.

El abate Box llamó a nuestra puerta:

—¿Se habrá convertido? —pensé.

Preguntó por Gaugin. Le llamé. Se dieron las manos como viejos amigos. Me presentó:

—Mi amigo Van Gogh.

Nada me mordían los celos como una presentación así, no nueva en mi vida. ¿Amigo de quién? ¿No soy un pintor como él? ¿O es que en el fondo me niega ese título?

El abate, muy amable, se interesó por mi salud. Le habían dicho, por lo visto, que yo era un tipo enfermizo. Ni me preguntó ni se interesó por los cuadros que se veían por las paredes. A su amigo Gaugin obligó, contrariamente, a desembalar sus telas y ponerlas en sitio bien visible, donde el abate pudiera contemplarlas a su gusto.

—¡Qué maravilla! ¡Qué trazado tan peculiar! ¡Qué perfección de líneas!

Demasiado. Alabanza excesiva, como para encender los colores al rostro.

Soportó Gaugin el aluvión de lisonjas, limitándose a sí mismo con modesta humildad.

—No es para tanto, reverendo. El resto de mis telas quedó empeñado en Pont-Aven.

Como soy hombre que soporta de mal grado ese tipo de amistades, me despedí cortésmente y salí a tomar el aire. Pasé por el prostíbulo a beber un ajenjo y conversar con el dueño. Me recibió efusivamente. Ya conocía la llegada del huésped.

—Ya no se sentirá solo.

En efecto, no me sentiría solo. La muchachita Raquel bajó de su cuarto maquillada como ningún pintor pudiera perfeccionarla así, tan rubicunda, tan grácil aparecía su figura, y estuvo muy cariñosa conmigo. También se había enterado por el periódico de la llegada de aquel hombre.

—¿Cómo es?

—Alto, robusto, ¡qué sé yo!

—¿Y le gustan las mujeres?

—¡Qué sé yo!

No le debió agradar el tono de mi respuesta y cambió de tema.

De vuelta a la casa, Gaugin me esperaba con una cena espléndida que había preparado con meticulosidad de cocinero chino durante mi ausencio. No en balde se enroló de contramaestre en la marina durante su juventud. Apuntó la conveniencia de comprar un Degás del abate.

—¿Ese era el interés que mostraba por su pintura? —le atajé—. En vez de alabar tanto su arte, debió comprar algún cuadro.

Gaugin hizo una mueca de desagrado y por mi parte procuré no volver a tocar el asunto que, sin duda, le molestaba.

—Le haré un retrato colosal, Vicente.

—Quiero más bien que vea con detenimiento mi pintura y me aconseje.

Se volvió desde aquel punto mi maestro. A primera hora de la mañana salíamos juntos al campo. Al anochecer, de vuelta, con matemática precisión de cronómetro, yo volvía con una tela.

—No tan de prisa, Vicente. No es sistema.

—¿No? ¿Y qué le encuentra a mi pintura?

—Precipitada.

Puntualizadas sus opiniones, quedaba reticente ante mi labor. Criticaba mi dibujo, mis exageraciones de color, mis mezclas.

—¡Qué labor más desordenada! ¡Qué combinación más extraña de colores!

Atendía fielmente cada una de sus indicaciones. Pintábamos idénticos motivos y me dejaba llevar por sus gustos.

Unos días después me dio una carta dirigida a mí, como si realmente se le hubiera olvidado.

La abrí. De Susana Valandón. Me comunicaba sin ambajes que desde hacía cierto tiempo era prometida de Teo, mi hermano, rogándome en nombre de nuestra vieja amistad que silenciase su pasado. Cogí la pluma. No. Susana no era trigo limpio. Tracé una carta dura a Teo contra ella. Cometí la flaqueza de leérsela a Gaugin y éste me desaconsejó rotundamente:

—¿Qué le importa a usted el pasado de Susana? Puede hacerle feliz a su hermano.

La rompí.

Quizás tuviera razón. La historia no mueve el molino ni hace andar el carro. Siempre fui comprendido por mujeres de pasado turbio, y recordando a Cristina, ¿por qué no había de repetirse el idilio en mi pobre hermano? Aparte de esta impresión, yo conocía a Susana, mujer de mundo, hermosa y comprensible, y por encima de todo, con una gran sensibilidad artística capaz de calmar las inquietudes de Teo. Me molestaba, sin embargo, que éste no me lo hubiera comunicado. Procuré sonsacarle en mis cartas su amor, aconsejándole que se casara... Entonces respondió vagamente que ya lo pensaba hacer. Se adelantó incluso a mis ideas, aventurando que su caso, en cierto aspecto, se parecía al mío de La Haya. Contesté aprobándole con cierto deje protector de hermano mayor y deseándole con malignidad que se tratara de alguien próximo a nuestro amado arte.

Gaugin fue el primer sorprendido al ver que en el envío de aquel mes se aumentaban doscientos francos a la asignación normal.

—¿Lo ve, muchacho? Influencia bienhechora de Susana.

Asentí.

—Quitará broza a sus mundanos deseos burgueses.

—¿Toma usted a mi hermano como un mercachifle más?

—Es un hombre práctico, sin más.

—No le entiendo, Gaugin.

—¿A qué me trajo aquí? ¿Ustedes creen que soy ciego?

Mi confusión subió de punto.

—¿A qué?

—El sabe que mis cuadros significan una inversión imponderable.

Aquello me indignó. ¿Cómo podía rebajar mis sagrados puntos de vista, el motivo de nuestro proceder altruista? Ignorando con exactitud hasta qué punto pudiera ser verdad el aserto de Gaugin, rebatí con brutalidad:

—No, ni Teo ni Vicente han tratado de explotarle.

Gaugin no hizo caso. Salió a la calle y volvió con el dinero. Lo echó en la mesa, y como el general que extiende un mapa, trazó sus planes:

—Hay que ordenarse, camarada. ¿Me oye usted lo que le estoy diciendo? Nada de gastarlo a primeros de mes en francachelas y luego, la última decena, no salir de casa, alimentándonos de recuerdos, café con leche con sopas y escaso crédito. Disciplina de cuartel. Mando. Capitán yo, soldado usted. Organización mía. Ideas suyas, como su cenobio de artistas. Y ahora escúcheme: Cien francos para pintura. Cien francos para comidas. Cien francos para juergas. ¿De acuerdo?

—Por unanimidad.

Aquella noche fuimos a celebrarlo al prostíbulo. Le presenté al dueño, a Raquel, a las chicas. Bebimos. Yo, al menos, bebí demasiado y caí en una especie de sopor, admirando a Gaugin, que seguía a pie firme, dando palique y pellizcando a las chicas. Raquel tuvo sus apartes con él y hasta me pareció que se reían de mí. A las dos de la mañana se cerró el burdel, entonces controlado severamente por la policía, y únicamente quedamos dentro los dos. Me dejaron en un rincón, arropándome con un sin fin de mantas para que sudase. Parecía un hombre sacado del agua. Medio inconsciente, seguía oyendo risas, allá arriba, sobre el techo, murmullos y escarceos, y mover de muebles como en un combate... Mi cabeza zumbaba... Creo que al fin pude reposar un rato.

Aquella noche Gaugin durmió con ella. Tuvo la avilantez de confesármelo con cierto orgullo y desagradable comentario:

—¡Pobrecilla! Está muy delgada su Raquel. Uno siente su esqueleto abrazándola. Dele algo de comer, Vicente.

Salté:

—¿Quitándoselo a usted?

—La di cien francos de su parte.

—¿Quitándomelos a mí? —y con amarga ironía—. ¡Muy amable! ¡Muy caritativo! Acostúmbrela a los cien francos y pronto pediremos limosna. ¿Qué nos queda? Nada. Hemos gastado en una noche todo lo que mi hermano me envió.

Por primera vez le miré desafiante. Trató de quitarle importancia a la cosa, "que si él hubiera sabido que a mí me gustaba, que no me concebía como a un sátrapa de harem, y mucho menos con mis ideas de comunidad"... etc., etc. Corté por lo sano:

—Usted me quita la única mujer de Arlés que siente cierto atractivo hacia mí.

Estuve dos días sin hablarle. Debió advertir mi encono y procuró domesticarme con una excursión a Sainte-Maires, una hermosa aldea hundida en el mar con tufillo pescador. Cruzamos el Ródano. Contemplamos el paisaje durísimo alumbrado por el sol que espejaba las aguas haciéndolas correr mansas como en un estanque. Al volver de la excursión tenía preparada una merienda en la fonda de la estación. El matrimonio Ginoux, como si previniera nuestra desavenencia, se mostró amabilísimo, especialmente conmigo, rogándome incluso la señora Ginoux que la hiciera un retrato. Le aconsejé en voz alta, ostensiblemente, para que nos oyera el interesado, que se lo hiciera Paul que, sin duda, era mejor artista, y ella recalcó que lo prefería mío. Gaugin, yo creo que en pago, la felicitó, dejando siempre pesar la influencia recibida.

—Señora Ginoux, le alabo la elección. Van Gogh es un gran artista, un místico de la belleza femenina, que resaltará sus encantos.

Desde un ángulo de fondo limpio contempló las cómicas escenas de mi labor creadora.

—Señora Ginoux, su retrato se pondrá en el Museo del Louvre de París —sentenció al final, contemplándolo con ojos muy abiertos.

—¿Y el suyo? —pregunté avispado.

En efecto, Paul Gaugin, por detrás, copiaba el mismo modelo.

Azorado:

—¿Me ha visto?

—Ninguno de esos retratos entiendo —terció la señora Ginoux, contemplándolos alternativamene—. Ni tengo esa nariz, ni esa figura de momia, ni esas formas orondas y marcadas. Me echan ustedes el calendario encima.

—Vuelva a mirarlo cuando pasen algunos años y se parecerá.

No le convenció. El marido procuró animarla, tan torpemente, que la señora Ginoux gruñó:

—Acabaré desconociéndome.

Gaugin me guiñó un ojo y preguntó malignamente:

—¿Y cuál de los dos le gusta más?

Por toda respuesta dibujó una sonrisa simpática.

El señor De Boock, un poeta-pintor, viejo vecino que había retratado tiempo atrás, vino a visitar a Gaugin. El cartero nos llevó a todos a su casa para celebrar el onomástico de su mujer y una subida de sueldo que por entonces le concedía el Estado. De Boock explicó que debíamos unirnos y trabajar con ahinco. Brindó por nuestra amistad y, por último, nos aconsejó que nos hiciéramos publicidad para obtener algunos beneficios.

A Gaugin no le gustó la idea de fusión. Le zahería secretamente una conclusión tan peregrina, en su opinión, muy del gusto de Vicente y otros pintores mediocres, pero nada más. Bajo ningún concepto aceptaba parangón conmigo, a quien sin duda juzgaba por un "diletante" distinguido, llegado muy a deshora a la palestra artística. Un chiflado de concepciones esotéricas. Entonces me di cuenta de que Gaugin me despreciaba solapadamente. Incluso pude leer una carta dirigida a un amigo, cuyo nombre ahora no recuerdo, en la que explicaba mi confusión y falta de principios, alabándose de lo mucho que a su lado progresaba. Callé. Oculté el disgusto. No rimaba este desprecio con las alabanzas que hacía de mis girasoles. ¡Vaya, al menos, para algo servía!

Sí, Gaugin se creía un semidiós. ¡Ay del que le buscara parentesco dentro de la pintura contemporánea! Ni siquiera ad-

mitía huellas de los clásicos consagrados por la edad y el musgo de la tumba. Antes que él, el diluvio, el caos. Después, su memoria como un norte, como la Osa Mayor conduciendo a los artistas. Contra mis opiniones favorables a los artistas, aunque no fuera más que en razón de su vida de sacrificios, su punzante bisturí destruyéndolo todo. Medía sus alabanzas. Hablaba como un profeta.

A mí me gustaba la ciudad. A él le causaba náuseas. Yo creía en el sol. El buscaba la sombra. Yo creía en el más allá. El burlábase de todo género de piedad, ridiculizando la mojigatería, las piadosas creencias.

Hombre práctico, prensando la tierra con sus noventa kilos, manoteando sus enormes brazos como aspas de molino, roncando en alta voz por las noches, impidiéndome soñar.

Discutíamos sobre arte, religión, política, la verdad o farsa del amor, la vida en la ciudad o en el campo, los negocios, los colores, las modas, el triunfo rápido o la inmortalidad, las mujeres.

—¿No ve usted Japón en estas gentes? —le decía yo—. ¿No le inspiran esas mujeres?

Calló. Aquellos días Gaugin sentíase en trance de crear y mostraba parquedad en sus respuestas. Durante esas horas angustiosas había que andar por la casa en puntillas, el menor ruido le distraía, la mínima controversia le sacaba de quicio. De su inspiración de entonces brotó una tela colosal: "Los Alycamps". Me sentía enajenado estudiándola. Empequeñecido. Aquello no podía copiarse. Viéndola de nuevo apreciaba un nuevo matiz, comprendía el símbolo de cada color, de cada sesgo de su pincel. El "pathos" griego alumbrando de fuego frío aquella creación. Para repetirla debía nacerse de nuevo. El abate vino a verla y la alabó en extremo. Medimos la realidad y la abstracción del cuadro sobre los mismos lugares donde se concibiera. De diversos ángulos visuales contemplamos paisajes proteiformes, eligiendo en definitiva por supremo el mismo que eligiera el propio artista. El tonsurado llegó a decirme brutalmente:

—A esto hay que llegar, Vicente.

Vi mi vida, mi arte, mi razón de ser en tela de juicio. Me revolví:

—¿Es que todo lo mío le parece mal?

Gaugin contestó:

—¿Quién ha dicho eso, muchacho? Lo que ocurre es que usted procura desarrollar en su cerebro desordenado una razón lógica. Sus opiniones en materia de arte son equívocas, eso es todo.

Me desaté. Critiqué duramente su obra. Imaginé defectos que expresé sin reticencia.

Y Gaugin, sin inmutarse ni darse por ofendido, con una voz aterciopelada y segura de quien está en la verdad, sentenció:

—La línea recta da al infinito, la curva limita la creación.

Como dándome a entender que mis soles girando, girando, no iban a ninguna parte; mis ramas retorciéndose chamuscadas, volvían a la raíz de la tierra; mis llamas caracoleando eran entes sin salida, fiascos de perpetuidad honda de averno.

Les dejé sin despedirme. Me encaminé a casa bajo un peso mortal en el alma. Un eco resonaba en mi interior: "Vicente, no sirves para nada". ¿Debía abandonar la pintura? ¿Toda mi vida convertíase en pavesas de golpe, todos mis sueños de inmortalidad hundíanse en la nada? Las mismas palabras de mi padre. La machacona repetición de una inutilidad sin provecho para nadie. Cerré las puertas de la casa. Respiré hondamente el ambiente cargado con olor a pintura mojada, a vaho de humedad, a humo. Encendí la lámpara. Allá estaba mi labor en sombras, difusa como tras un celaje. Y junto a mi obra, la de Gaugin. ¡Si pudiera copiarla! ¡Si pudiera hacerle desaparecer robándosela! Fue la primera idea punible que venía a mi mente, transformando de golpe una amistad, admiración casi, en odio desorbitado. Allá estaban también quietas, silentes, la cama de Gaugin, el butacón de gutapercha roja donde se sentaba algunas noches al calor del brasero, todas, todas las cosas que con tanto cariño coleccioné para recibirle. Di un puntapié a una silla y me dejé caer de bruces en el suelo.

Gaugin permanecía indiferente a mi asociación. Hasta el poeta me despreciaba, poniendo de manifiesto faltas que en solitario no se hubiera atrevido a enunciar.

¿A qué te abandonaría, Señor? Pesaste con fuerza sobre mí durante esas horas de angustia.

Recogerme en mi interior no bastaba a devolverme la paz del espíritu. Veía dentro un vacío. Encerrado en mi alcoba agolpábanse los recuerdos. Leí a Tolstoy, Dickens, Daudet; a Tolstoy

que no admite la resurrección del cuerpo y cree que no hay nada detrás de la muerte, y esto no llegaba a tranquilizarme por completo. Tolstoy cree, sin embargo, en la pervivencia del hombre y su obra. Cree que la humanidad mejorará en el futuro, e incluso que toda revolución lleva aparejada una revolución íntima que tiende a dignificar el hombre.

De día pintar rojo, seco de sol; de noche leer y estudiar a Tolstoy. ¿No era como para enloquecer?

Quise expresar en un cuadro algo consolador, como una música. Sinfonías en azul y amarillo. ¡Ah, qué prisa por crear! ¡La vida parecía tan corta y tan breves los años en que uno se sentía fuerte para desafiarlo todo! Había, pues, que trabajar con vértigo, como un abrir y cerrar de ojos, un relámpago. Captar apresuradamente las flores que se marchitan tan presto. Mirar de reojo al sol, desafiándole a trueque de quedarse ciego. Poner la mano en la llaga, que es pus, y sangre y fuego devorador. ¿Mis teorías? Ni lo sé ni me importa. Quise únicamente pintar hombres con ese no sé qué de eterno, simbolizado otrora por el nimbo y que buscamos en la irradiación misma, en la vibración de nuestras coloraciones. Y paisajes que sean hombres con su sabor a tierra, que huelan a hombre. Que hasta tengan una conciencia donde albergar sus pecados. La mía. Esa fuerza que imprime el deber, que cuando lo burlo tengo la conciencia de punibilidad propia del pecado. Y pintar, en fin, esos cielos con millones de astros, agarraderas de los hombres, dignas moradas de los espíritus informes.

Ahora deja de llover. Llegamos a la cumbre. Sobre las tumbas crece la primavera multiforme y alegre. Los hombres depositan mi ataúd. Abierta la caja, me contemplan curiosamente, con cierta mueca de repulsión. ¿Qué pensarán? ¡Pobre Vicente! Que nos espere muchos años... Dejó de sufrir. ¿Y si hay algo después? ¿Qué pensarán? Permanezco rígido dentro de mi traje severo. Es curioso que en esta hora sea Bernard quien pronuncie la homilía fúnebre.

¿Para qué me engaña?

"Vicente Van Gogh, Dios te acoja en su seno, ya que tú fuiste a El voluntariamente, sin despedirte de nosotros."

Sigue una amable plática sobre mis virtudes humanas. Poco, muy poco, sobre mi obra pictórica. ¿La quemarán al fin?

¡Dios mío, muy poco me queda por confesar! Hemos llegado hasta el cementerio y dentro de poco echarán tierra sobre mi cadáver, y encima, Tu Cruz, o para ser más exacto, una lápida, ya que Tu Iglesia me desamparó.

En la vida y en la pintura pude muy bien prescindir de Dios, pero doliente como entonces me sentía, no pude prescindir de algo más grande que yo, mi vida, mi potencia de crear.

Cuando sentía una imperiosa necesidad de religión, salía por la noche a pintar las estrellas... Soñaba con ellas... Tú las pisabas. Flotabas inmaterial sobre ellas. Por eso se movían enloquecedoras, creando mundos sin cesar. Quien haya visto "En el umbral de la Eternidad", recordará a un viejo ocultando los ojos con los puños. ¿Ha visto mi firmamento impresionante? Llora con amargura por lo que pierde, junto a un fuego de brasero, que gira al rojo vivo destruyéndolo todo. Presiente que la ceniza culminará sobre la tierra y sobre los hombres. "Bajo un cielo tormentoso" nubes con manos y con uñas agitan el firmamento. "En la noche estrellada" elévase un álamo de fuego a las alturas. La teoría de Laplace confirmada. Son soles que giran incandescentes sobre las curvas de los montes terrestres y la cúpula de un templo estirándose a las alturas.

¡No existe Dios! ¿Qué me quedaba entonces? Desde que le había borrado de mi pecho, me hundía en la más atroz confusión. Y si no existe Dios, ¿para qué vivir? Si era un artista fracasado, ¿para qué seguir sufriendo?

—Dios mío, ¡qué consuelo me dieras apareciéndote en aquella angustia! Gritaba tu nombre, y nada. Silencio. Soledad.

No, entonces no existías, o nos habías abandonado a nuestra suerte. Quise que, al menos, se encontrara para justificarnos alguna cosa tranquilizadora. Algo que nos consolara, de suerte que dejáramos de sentirnos culpables o desgraciados. Que pudiéramos ir sin extraviarnos por la soledad y la nada, sin que a cada paso temiéramos el mal que sin querer pudiéramos causar a los demás. Quise poder alcanzar esa certeza que nos hace

felices, alegres y vivientes en todo momento. Imitar al Giotto, de quien dice su biografía que siempre yacía enfermo y siempre lleno de ardor y de ideas.

¡Dios o Algo que se le parezca! Un Autor de todo lo creado, consciente o no, vengador o indulgente, algo, algo sin duda, tenía que existir.

Habrá quien afirme en el futuro que la culpa retorció mis formas. El artista, hundido en su soledad, agrandaba sus espectros. Vagaba sin tregua, procurando borrar su sombra. Trabajaba sin pausa, como un poseído, olvidándose de pensar en sí mismo. Gran parte de sus alucinaciones provenían, sin duda, de una conciencia pecadora. ¡Que digan lo que gusten! Yo, Señor, en aquella hora pretendía borrarte del corazón. ¡Empeño inútil! El recuerdo del Borinage marcó mi vida. Sería para siempre un apóstol renegado. Ahí están mis fantasmas atestiguándolo. Cuando me ponía a tostar bajo el sol intenso de Provenza, procuraba purificarme por el fuego, secándome por dentro. Si no era Dios, su antagonista: el demonio. Los cuervos fueron mis demonios devoradores.

¡Qué dolor enorme de cabeza! Llegué a casa, tomé un calmante y me acosté. Pasados unos minutos encendía la luz, me incorporé en la cama y escribí a mi hermano, al único ser en la tierra a quien podía confiar mis cuitas:

"Creo que Gaugin está un poco desilusionado de la buena ciudad de Arlés, de la casita amarilla donde trabajamos y sobre todo de mí."

El pensamiento corría tres veces a la velocidad de la pluma. Apagué la luz. ¡Qué ideas tan extrañas recorrían mi cerebro! "¿Y si matara a Gaugin? Si él es mejor pintor, sólo quedarás tú".

Al levantarme sentía cierto malestar. Con artificial estrépito arrojé agua por las ventanas al refrescar la cabeza. En la puerta de la casa vi una inscripción asombrosa:

PAUL GAUGIN
PINTOR

¿Y yo? ¿A qué me borraba de mi propia casa? ¿Cabía mayor ofensa?

No pude más.

En su cuarto roncaba, como de costumbre. Le zarandeé.

—Vamos, vuélvase a la cama, Vicente... ¿Qué hora es?

—La hora de levantarse.

—¿Es muy urgente? ¿Quién me llama?

—El dueño de esta casa. Es decir, yo: Van Gogh. ¡Vamos, vístase! Tengo que hablar con usted. No resistiré callado ni cinco minutos.

Mientras se levantaba, puse encima de su rótulo este otro:

SOY EL ESPIRITU SANTO.
SOY SANO DE ESPIRITU.

—¿Ve esto? ¡Venga acá!

Somnoliento se acercó y lo vio. Debí parecerle un tipo rarísimo riéndome a carcajadas.

—Ya me explicará usted...

Cambié de pronto. Agité los puños. Le traté brutalmente.

Tardó un buen rato en reaccionar, que empleó en afeitarse y fumarse unas chupadas de su pipa. Exigí que me diera una explicación, aferrando con energía su brazo:

—Ya estoy harto de usted. Me desagrada la casa, su compañía, el estado de tensión nerviosa en que me obliga a trabajar. No quiero volverme mezquino discutiendo eternamente. Odio el paisaje, las gentes, las mujeres. Puede usted quedarse con su Raquel para siempre. Yo me iré lo antes posible.

Procuré hacerle comprender el daño moral que me causaba su arte, hasta el punto de borrarme en mi propia casa. Se revolvió. El era el único que vendía.

Por él estábamos comiendo los dos. ¡Qué oprobio! Todavía debía darle las gracias.

Era la ruptura inevitable. Salí al campo. Volví a la noche al burdel y me emborraché en solitario soberbiamente. Traté a Raquel cínicamente. La regalé el cuadro que acababa de pintar.

—Para algo servirá. Quizás para adornar tu cuarto o para tapar tus vergonzosos agujeros.

Escribí a Teo una carta manchada de vino:

"Creo que se irá. Si guardas para ti mis cuadros estaré mucho más contento de poder decir abiertamente que prefiero guardar mi producción para nosotros antes que venderla y tener que meterme en la lucha por el dinero."

Pensé más. De nada servirían mis borrones. Pero si un día resultara que lo que hacía era bueno, sacaríamos un beneficio económico grande, ya que los cuadros ganan con el tiempo, como el vino que se guarda en la bodega.

Las últimas escenas de esta triste historia sucedieron con harta rapidez.

En un acceso de furia perseguí a Gaugin con una navaja barbera. Se volvió y me retuvo con su hercúlea musculatura. Bajé los ojos y corrí a mi casa. Sufría un enorme dolor de cabeza. Se movían las paredes, la lámpara. La atmósfera irrespirable palpábase como el humo que sigue a una explosión. Obedeciendo a una orden extraña me miré al espejo... Apunté mi garganta... No, ahí no... Zumbaba mi cerebro... Más arriba... Y me arranqué de un tajo la oreja izquierda. Luego no sé lo que pasó. Yo creo que perdí el conocimiento. Las gentes dicen, sin embargo, que cogí el trozo de carne sangrante, lo envolví, me eché una bufanda al cuello y una gorra a la cabeza y salí a la calle. Que entré en el prostíbulo, pregunté por Raquel y la dije:

—Es un recuerdo que te traigo. La oreja del toro que en otro tiempo te dio tanta suerte.

Sin más, salí corriendo a mi casa... ¿Qué más?

Gaugin. No volví a ver a Gaugin en este mundo. Dos días antes nos habíamos repartido las telas y el fondo de la caja. Había pasado a mi lado apenas dos meses. Aquella noche del frío diciembre se fue al hotel. A la mañana siguiente, Roulin le acusó de haberme asesinado, y el hombre, disculpándose, jurando en dos idiomas su inocencia, vino presuroso a la casa. Debió sentir miedo a mi despertar:

—Es mejor que no me vea cuando despierte. Díganle que me he ido.

Sin más, se fue. Gaugin obró muy mal. El sabrá por qué lo hizo. Los demás fueron muy buenos conmigo en aquella ocasión. La señora Ginoux corrió con los gastos de las primeras curas. El cartero abandonó sus funciones para atenderme.

Cuando desperté pregunté por Gaugin. Habíase llevado muchas cosas, hasta el dinero que me correspondió en el reparto. Si como afirmaba él lo ganó, nada más justo. Me dejó, sin embargo, un retrato que el cartero acercó a mi cama para que lo viera mejor.

—¿Quién es ese tipo? —pregunté.

—Usted mismo, Vicente. Sí, es un encargo que Gaugin nos rogó encarecidamente que le diéramos a usted.

—Pero ése, ¿soy yo?

—Creo que sí —titubeó Roulin.

—Adivinó el porvenir entonces. Es, en efecto, Vicente Van Gogh, pero Van Gogh vuelto loco.

Pedí tabaco, llené la pipa y permanecí silencioso, elevándome interiormente con las volutas del humo. Me rodeaban en la habitación personas a quienes no conocía. Roulin, sonriente, dábame tímidas palmadas en el brazo, sin duda por la alegría consoladora de mi resurrección. Dos desconocidos examinaban la casa. Registraron minuciosamente la alcoba de Gaugin. Uno de ellos se plantó a mi cabecera, y con un deje de serenidad:

—Soy el comisario de policía. ¿Recuerda usted algo de lo sucedido?

—Nada.

Me alargó una hoja del diario local "El Foro Republicano".

"A las once y media de la noche, el llamado Vicente Van Gogh, artista pintor oriundo de Holanda, se presentó en la casa de tolerancia número uno, llamó a Raquel y la entregó su oreja, diciéndola: "Guardad este objeto precioso". Luego desapareció. Informada la policía de este hecho, que no podía ser más que el de un pobre alienado, acudió a su casa, hallándole en su lecho sin dar casi señales de vida."

Quedé de una pieza. Que por primera vez llegara la fama de un modo tan desdichado. Que mi nombre, Van Gogh, se viera impreso con un insulto. Alcé la vista indignado:

—¿Qué significa semejante impostura?

—Díganos sin ambajes cuál fue la intervención de su amigo en este asunto.

Y después de una pausa:

—Debo pensar que él le empujó. ¡Confiéselo! La justicia puede alcanzarle.

—Manía propia de policía ver delincuentes en todas partes, como el siquatra ve orates. Gaugin es inocente del hecho. Ha huído. Por ahí se acusa de cobardía, eso es todo. ¿Quién me empujó? Una mano invisible. Si no doy un canal a mi sangre, creo que hubiera reventado.

El y Roulin me ayudan a vestirme. Apoyado en este último bajamos las escaleras, que parecen desniveles profundos y me producen calambres. En la calle aguarda un coche rodeado de curiosos. Me miran con alelamiento, con cierto espanto, algunos agitan los puños amenazantes.

¿En qué precipicio, en qué rescoldo de basurero me echarán? Recorrimos el picudo empedrado de Arlés, agitando la campanilla de urgencia, como el reclamo grotesco de una troupe de gitanos.

En una casa encalada de gris, de dos pisos, se detuvo el vehículo. Descendimos. Como un hueso reúne a todos los perros, se agruparon más curiosos a ver mi esqueleto. Me sentía popular, pero ¡a qué precio!

Me internaron en un cámara oscura. Tenté el suelo... Madera lustrosa parecía... y ninguna trampa.

Ni una ventana. Ni un mueble. Algo que se me antojaban barrotes de cárcel o jaula gigantesca. En la oscuridad zumbaba un ulular chirriante en mi oído. El dolor de mi herida se agudizaba. Penetrante olor a alcanfor. Un silencio amenazador. Resoplé. Emití sonidos inarticulados de animal salvaje, a media voz. Luego... Grité. Esperé unos instantes. Me extendí en el suelo y una sensación fría recorrió mi espalda. Tarareé una vieja canción de mi infancia. En medio de todo, me sentía feliz. La tonada me sugería la casa de Zunder, cada sendero, cada planta del jardín, los aspectos de las inmediaciones, los campos, los vecinos, el cementerio, la iglesia, nuestra huerta, hasta el nido de urraca en la alta acacia del cementerio. Luego me dormí.

Más tarde supe con detalle cómo Gaugin me había abandonado. De nadie se despidió. Recogió antes de irse una carta del subteniente zuavo, que contestó en la misma estación. Quizás en su respuesta le comunicase que yo... Aunque lejos, el zuavo lo sentiría. Me apreciaba más que a él. Yo, al menos, le regalé sin usura alguna de mis telas, mientras Gaugin la permutaba por...

Debía suponer igualmente que contaría los pormenores de mi ataque. Gaugin me abandonaba en plena batalla. Me dejaba solo en medio del enemigo. ¿Por qué? ¿No se erigía en paladín del impresionismo, que debía defender con su propia piel? Le escribiría una carta rogándole discreción. Le pediría perdón por mis ofensas inconscientes. Aun quizás llegara a tiempo de evitar la catástrofe. Si Gaugin escandalizaba a nuestros amigos,

mi prestigio entre ellos se perdería. No, no se olvidó de cablegrafiar a mi familia. Teo, sobresaltado, vino a verme. No le dejó verme el doctor Rey, informándole, sin embargo, sobre el carácter transitorio de mi excitación, seguramente efecto del sol, tranquilizándole con los progresos de mi curación. Teo llegó a la ciudad en un atardecer negro, borroso, que aumentó sin duda su melancolía. Visitó a los esposos Ginoux y permaneció dos noches en mi pobre casa amarilla. Interrogó aquí a la sirvienta: "Los dos parecían locos. El otro señor abría las ventanas en la nieve y semidesnudo se rociaba con ella". Roulin le informó apasionadamente sobre mi salud y juicio, que parecían normales: "Algún brebaje le hizo tomar ese diabólico Gaugin". Sin conseguir verme se volvió a París, donde le acuciaban asuntos privados.

Al despertar de mi sopor, recordé las últimas horas pasadas al lado de mi amigo. Era la noche de Navidad. Nos emborrachamos juntos. Abrazados, apoyados uno en otro, salimos cantando por la calle completamente desierta. A Gaugin le dio por la crueldad y, arrojando una piedra, rompió la luna de un escaparate. Imitándole, procuré derribar un farol de gas.

Cristo nacía en Belén. A media noche, las campanas de las iglesias comenzaron a tocar. Aquellos sones penetraban en mis sienes como martillazos. Gaugin me empujó y caí al suelo vomitando sangre y vino mezclados. Gaugin se inclinó y me escupió. Entonando roncamente una canción obscena se alejó por el centro de la calzada. Me levanté y le pegué. ¿Por qué no me pintas ahora? Subimos juntos al burdel. Hallábase vacío. Supersticiosamente, las hembras se habían abstenido de jolgorio aquella noche. Gaugin trazó los primeros esbozos de mi retrato. Pusimos en movimiento una gramola. Danzamos frenéticos. Luego, yo me disfracé de mujer y a guisa de tocado puse un orinal en la cabeza. Gaugin me abrazó. Una mano desconocida dio un portazo y nos volvimos instintivamente. Descendimos las escaleras. Nadie. Salimos a la calle buscando a la sombra. Nadie. Amanecía ya. Nuestras cabezas pedían frescura y las pusimos bajo un chorro de agua en la fuente. ¡Qué soledad! Los únicos sin familia, sin hogar, sin Dios...

—Doctor, ¿por qué no me dejó morir?

El doctor Rey, una enfermera y el abate Box me miraban consternados.

—Cumplí mi deber.

—¿Es usted creyente? —preguntó el abate.

—Lo fui.

—¿Qué le hizo cambiar de sentimientos?

—La ausencia de caridad de los que llevan sus hábitos.

Enrojeció el dómine y Rey procuró defenderle débilmente.

—El abate Box es un modelo en este hospital.

—¿Dirían lo mismo —recalqué irónico— esos mismos llagados que se arraciman en sus camas si vieran su colección de cuadros? Hay mucho dolor en el mundo y no se mitigará con los consuelos del poderoso. No en balde estudié en los cursos gratuitos de la gran universidad de la miseria.

Debieron encontrarme muy huraño y me abandonaron por entonces. Les oí cuchichear en un extremo de la sala.

Me daban ganas de gritar que me sacasen de allí. Me sentía con pocas fuerzas para intentarlo siquiera.

Sin permiso de nadie me levanté. Desde la ventana se veía el patio. En medio del patio, un pozo. Si pudiera llegar a él... ¿Y para qué? Quizás únicamente para mirarme en el fondo de las aguas. Yo mismo parecía un agua profunda y detenida...

El 28 de diciembre salió el sol, derritiendo la nieve caída en Navidad. Un arco iris espléndido se clavó en el firmamento. Del otro lado de la calle, un bosquecillo que servía de recreo a los niños de la escuela. Se les veía correr con sus uniformes blancos.

Cuando sonaba la campana encaramábanse a un muro coronado de hiedra, en lugar de pasar a través del portalón. ¡Qué ajenos se sentían al dolor vecino!

Por deferencia de Rey, la enfermera me cuidaba con esmero, como a un invitado de honor, procurando respetar religiosamente hasta mi silencio. Creo que en pocos días engordé. Roulin trajo la agradable noticia de mi próxima alta.

Entré en el despacho del director para agradecérselo.

—Todavía no. Dejemos pasar una semana más.

Volví al anonimato de mis compañeros. Sólo se salía de él cuando alguien pronunciaba el nombre de uno indicando que le llamaban en la dirección. Entonces uno tenía un nombre, se quitaba el uniforme y bajaba ufano y lleno de esperanzas. De vuelta al grupo, permanecí ajeno a las pequeñas alegrías de mis compañeros. Nochevieja, sin embargo, disfruté con ellos de una velada entretenida. Hubo concursos de canto, pugna de agudezas y una cena extraordinaria. El abate bendijo las viandas, comiendo en medio de los enfermos. No me dirigió la palabra hasta última hora, y como en un susurro:

—¿Se da cuenta de cómo disfrutan también los desgraciados?

Me volví.

—¿Qué tiene contra mí? —insistió.

—Usted me molesta desde el día que le conocí. ¿Con que Gaugin es mejor pintor que yo?...

Los celos. Nos dimos cuenta a un tiempo de que una envidia recóndita me enemistaba con el abate.

—No he procurado acercarme al pintor, sino al hombre que sufre.

Tras de una pausa:

—¿Quiere salir mañana de paseo?

Afirmé.

—Yo pediré permiso para usted, Vicente.

Luego, despidiéndose, con un cordial apretón:

—No me guarde rencor. Si Gaugin es mejor artista que usted, usted es más humano que Gaugin.

El primero del año 1889, Rey apareció con traje morado de día de fiesta. Eran sorprendentes sus ojos traslúcidos y labios sensuales. Nochevieja habíala pasado en la mesa de operaciones.

Tras dos horas de sueño se levantó y de punta en blanco pasó a nuestra sala, en donde repartió diversos obsequios a cada uno de los enfermos. A mí me trajo una paleta de pintura.

—¿Quiere ser libre por un día?

Asentí.

—Roulin, su amigo, le aguarda a la puerta. Vístase.

Luego fui a verle al despacho, a darle las gracias. No podía pagarle más que con mi trabajo.

El doctor estaba afeitándose. Cogí la navaja y agitándola:

—¿Con ésta me herí?

El doctor me rogó que la dejara en la mesa. Apunté mi cuello:

—¿Cómo pasó a la oreja, si traté de arrancarme la cabeza?

—Le ruego que...

La dejé en la mesa. Comprendí que, a pesar de lo que el doctor aseguraba a Teo, ni él mismo creía en mi curación. Para pagarle tanto desvelo me ofrecí a pintarle un cuadro.

—No se preocupe —respondió—. Su hermano vela por usted. Escríbale dándole cuenta de su curación.

—¿Qué me ha sucedido? ¿Vine al hospital por la herida, o hay algo más?...

—Una sobreexcitación peligrosísima.

—Que puede llegar a la locura, ¿verdad?

Rey asintió, apresurándose a aclarar que por el momento no debía temer nada.

—De usted depende el futuro. Obre con ritmo. No descuide su nutrición. Piense menos y duerma más, para lo cual le indico tome bromuro de potasio. ¿Me escucha?

Bajé la cabeza confundido.

—Usted me quiere inutilizar como artista —musité al fin.

—La salud es antes que todo.

—A mí no me importa la salud.

Como quedara suspenso ante mi respuesta, cogí la navaja, y con toda seguridad me rasuré la cabeza y la barba. Hecha la operación, nos abrazamos.

Roulin rondaba impaciente abajo, en la puerta. Nos sentimos revivir al mismo tiempo. Respiré hondamente el aire de la libertad. En Arlés nos aguardaba el matrimonio Ginoux, que me recibió con muestras de viva simpatía. Comimos juntos los cuatro para celebrar mi curación.

—Ahora debe pensar, Van Gogh, en el futuro. Haga su obra y busque una mujer que le haga feliz.

—No me queda tiempo, señora Ginoux. ¿Y quién me querría después de lo sucedido?

—Eso no tiene importancia. Es producto del sol de Provenza. Aquí todos lo hemos padecido, ¿verdad Roulin?

—Exacto. Todos estamos un poco locos. Lo que sucede es que disimulamos por lo mejor. Y a propósito de mujeres, ¿sabía usted, Vicente, que su hermano se casa al fin?

Ni una palabra. Pensé en Susana, que sin duda me parecía una mujer con experiencia sexual y deseos de completar a un hombre tan sin problemas como Teo. Roulin acabó desengañándome, indicándome que era otra la mujer elegida.

Durante la comida me enteré igualmente de las perversas intenciones de mi casero, que pretendía arrojarme a la calle. Lo más triste, que en aquellos momentos carecía de dinero. Debería pedir una subvención extraordinaria para reglar mis atrasos.

—Vamos, vamos, templó el marido—, no turbemos una celebración tan agradable.

Brindamos.

—Por el amor.

—Por mi futuro.

—Por la gloria.

El doctor me aguarda a la puerta, rogándome que diariamente le visite. Que procure pasar inadvertido entre las gentes, que no promueva escándalos. Por lo demás, me ruega que sea digno de la libertad.

Así que continué en observación. Más de una persona ha pensado que yo estoy loco. Mi buen doctor Rey, defiende mi integridad, resumiendo su diagnóstico, extendido en papel sellado, digno de ponerlo en marco: "Sobreexcitación" producida por el recargo de trabajo, el sol, los nervios hipersensibles de artista, las riñas eléctricas con Gaugin, el hambre y abuso de licores. Debo dejar en buen lugar a Rey. Voy por la calle. Caen piedras de una casa. ¿Qué hacer? ¿Me tomarían por loco si lo digo? ¿Aún me espiará el doctor? Antes de llegar a casa, una cuadrilla de chiquillos me insulta. ¡Qué espectáculo si los persiguiera! Apagado el ánimo por este contratiempo, llego al piso, abro la puerta, la cierro de golpe, así como todas las ventanas que dan a la calle.

Me siento a la mesa de trabajo, en la silla vacía de Gaugin, y escribo una carta a Teo:

"Al salir del hospital me figuraba que no había tenido nada. Después tuve la sensación de que había estado enfermo. ¡Qué quieres, hay momentos en que el entusiasmo, la locura o la profecía me agitan como a un oráculo griego sobre su trípode! Cobro así una gran serenidad de espíritu al hablar y me expreso como las arlesianas; pero me siento tan débil con todo eso...

Debo decir que los vecinos son de una bondad particular conmigo. Como aquí todo el mundo sufre, sea de fiebre, de alucinación o locura, nos entendemos como miembros de una misma familia.

Pronto reanudaré el trabajo."

¿Era verdad todo esto? Fuera continuaba la gritería de los chiquillos.

A Gaugin iba dirigida la otra, rogándole tranquilizara a mi hermano y se abstuviera de murmurar de nuestra pobre casa amarilla.

Siempre pensaba en él. No le guardaba ningún rencor. Veía enfrente el cuadro que me dedicó y traté de compararme. No. Aquel no era yo. Me habían crecido barbas durante los días de mi encierro. Me vi en el espejo diferente. El hombre de la oreja cortada. El espejo me devolvía una imagen de hombre derrotado. Había envejecido mil años en pocos días. Me calé el gorro, apreté la pipa entre los dientes y procuré copiarme sobre un fondo bermellón. La venda cubría la oreja. Me habían salido arrugas y aparecían los ojos inyectados por una veta de sangre.

Vino a verme el casero y a duros esfuerzos reprimí las ganas de reñir. Le pagué la deuda, así como al hospital, a los enfermos y a la asistenta. Envié a lavar la ropa de cama y la ropa blanca ensangrentada. Compré pinceles, un sombrero, un hornillo de gas, eché remiendo a los derrengados zapatos.

Un nuevo contratiempo se avecina. A Roulin, fiel cartero y solícito amigo, destinan a Marsella. Voy con su mujer y su recua de críos a despedirle. Abrazos. Lágrimas. Una despedida emocionante. Cuando me quedo solo, echo de menos ese calor de hogar de que él disfruta. El va a alguna parte, yo a ninguna. El hacia arriba, yo a peor. Se iba el único que me despediría en la estación si alguna vez abandonaba Arlés definitivamente. Con

motivo de su marcha apresuro un retrato que trazo de su esposa, para enviarle al ausente con la máxima celeridad.

¿Y si yo también me casara, como opina la señora Ginoux? Me río solo. Resultaría una ceremonia grotesca. ¿Y con quién? Lo había pensado maquinalmente. Un nombre corto. Una deuda vieja. Una cara inexpresiva como una Q mayúscula. Ya está: Raquel. ¿Cómo había olvidado a esa criatura? En el burdel me recibe el patrón con grandes alaridos de bienvenida. Una ronda para celebrarlo. Aplausos y brindis. Raquel está ausente: "Venga otra noche". Aunque me ofreciera por mercado el resto, lo despreciaría. Bebo unos tragos, informándome de su salud. El negocio va bien para todos. Me hago cargo de que el patrón disfraza su miedo con este recibimiento extemporáneo. Justo. Le miro a los ojos. No desafía la mirada. Corvetea en el vacío, juega con nerviosidad con sus dedos y procura alejarse. Raquel debe sin duda esconderse en algún agujero. ¡Que la busquen! Grito. ¡Que la busquen! No, así no, pudiera dar razón de mi sinrazón a mis enemigos.

Me siento, bebo otra copa y aguardo. Suena una musiquilla lejos, tal vez en un abismo tan profundo como mi soledad. Sin duda, decenas de ojos me contemplan. Hay expectación a mi alrededor. Piden el número de circo. Una mujer baja de su cuarto con cierta cadencia en su andar. Me levanto. Es Raquel. No te ocultes, mujer. Vengo a casarme contigo. La abrazo. La aprieto fuertemente contra mi pecho. Debo poner menos pasión y más cordura. La mujer grita. No es Raquel. Es una fregona. Risas estúpidas a mi alrededor. Me dejo caer en la escalera y rujo sordamente. Como se estrellan las olas contra los acantilados me azota una tormenta de deseos, de abrazar algo, aunque sea horrible. Veo alejarse a la torpona doméstica con aspecto felino. ¿Yo hice eso? ¿Yo pude confundir sol y abismo? Recuerdo a un amigo que viendo monstruos como éste comentó asombrado: ¿Son mujeres como ésas las que los calientan? No es fácil comprender mi dolencia: excitación histérica. Quizás esté un poco loco...

Volví a casa dando traspiés. Procuré ocultar mi estado de embriaguez, ya que Rey y dos amigos me aguardaban. Les invité a tomar una copa y permanecí silencioso, sin probar una sola gota. Por mis ruegos, Rey venía a posar para su retrato. Tracé los primeros dibujos y no pude seguir adelante, ya que la vista se me nublaba. Como Lautrec apoyándose en su bastón, parándose, disimulando con su charla para mitigar su fatiga, yo mis-

mo procuré desviar su atención sobre cosas intrascendentes. Rey, sin embargo, probablemente dándose cuenta de mi estado, me recordó la anemia que padecía y que obraba sin tino manteniéndome con café y alcohol, en lugar de alimentarme. Pensé para mis adentros que para lograr la nota amarilla de mis cuadros me vi precisado a forzarme un poco. Por otra parte, el tabaco y el licor me contraían la pasión, un poco dilatada por aquellos días.

—¡Cuídese!

Al día siguiente le llevé el cuadro a su casa. Lo agradeció muchísimo. No pedí por entonces su opinión. Encontré de visita al comisario de policía de Arlés, que se mostró simpático, dejando atisbar en su expresión una cierta conmiseración al enfermo. Me dijo, estrechándome la mano, que si alguna vez lo necesitaba podía consultarlo como amigo. No tardaría en necesitarlo, pero por un motivo infinitamente más triste. El casero seguía en sus trece de arrojarme de la casa.

—No crea que voy a dejársela libre. En este pleito no sirven las amenazas.

—Muy bien —respondió éste con aplomo—, pero hay que renovar el contrato. Usted está loco y la ley en estos casos es muy severa. Irresponsable. ¿Atiende mi razonamiento, Van Gogh? No vale su firma.

—¿Y quién le ha dicho que yo estoy loco?

—Toda la ciudad. Hoy precisamente se ha elevado una protesta al alcalde firmada por casi cien vecinos pidiendo su expulsión.

—¿Es posible?

—No tardará la policía en venir a buscarle y encerrarle donde se merece.

¿Para qué indignarse? Aquel hombre quizás tuviera razón. Eran demasiados indicios para desmentirle.

Debió sentir lástima viéndome postrado y procuró dulcificar su tono:

—Comprenda, señor. Han roto cristales de mi casa. Han tratado de forzar la puerta. Usted será el culpable, pero yo, el dueño de la casa, pago las consecuencias. Que lo encierren y será mejor para todos.

—¿Y qué debo hacer con mis telas? ¿Pudiera usted mismo guardármelas hasta mi curación?

—Mejor que las queme. ¿Para qué sirve toda esa chanfaina? En cuanto a los muebles, lo siento, yo alquilo la casa vacía; ya le quedará por ahí alguna puta agradecida con ganas de servirle.

No merecía la pena acudir al inspector, con toda certeza cómplice de la maniobra. En la calle, un nuevo griterío de gentes, airoso, amenazador. Por lo visto, yo era un obstáculo que había que eliminar. Los cargos amontonábanse verdaderamente abrumadores: Ataque a una mujer pública, intentos frustrados de asesinato y suicidio. Perseguido, me escondí donde reposan los muertos. ¡Qué indiferentes cruzaban las nubes por encima del cementerio! Cuando dejé de oír el griterío me sentía como en una ciudad vacía, bajo un bombardeo con todas las puertas cerradas y que en ninguna podía llamar. Como el toro que vuelve por propio instinto a su corral, llamé a la puerta del hospital pidiendo refugio. No se abrió. Corrí en busca del doctor Rey. Me tranquilizó. Aseguró una vez más mi absoluta normalidad. Por el momento, sin embargo, convenía guardar las apariencias. ¿Por qué no huir de Arlés? ¿Y a dónde? Quizás temporalmente a un sanatorio. Aix, por ejemplo...

—Aix, no. Allá vive Cezanne y en modo alguno quisiera confirmar sus pronósticos de París a mi respecto.

Me dejé convencer. Que él eligiese. Barajamos varias ciudades, decidiéndonos por Saint Remy, a las puertas de Avignon, el antiguo centro de la cristiandad. Al ir a salir vimos aún determinados grupos sospechosos, por lo que él decidió que me quedara a dormir en su casa. Conocí a sus padres. Lo que más me extrañó, no ver en su despacho el retrato que le hice. ¿Dónde estaba? ¡Qué impresión de tristeza desoladora! Mi retrato tapaba un agujero en la cuadra.

¿Y este hombre creía en mi arte? Si mi normalidad mental le parecía por el estilo, debía encerrarme cuanto antes. Juraría incluso que fue uno de los cien firmantes de mi expulsión.

Sí, otro que tenía razón. Todos los que me rodeaban. Todos menos yo. Y no sólo él opinaba así, sino sus padres, todos en aquella casa. Yo no servía como pintor. En el fondo confirmaban las acres críticas de Gaugin. Muy propenso a impresionarme, a participar de las creencias de otro y a no burlarme de la parte de verdad que encierra lo absurdo, me resignaría en adelante a representar con mansedumbre mi profesión de loco. Cerrábanse a mi vista los horizontes de gloria, los sueños de in-

mortalidad. No pasaría de ser un pintor malo. Un loco que se metió de lleno en un horno para evitar el frío. Se quemó, como es natural. ¿A qué empeñarse en domar el espíritu invencible? Demasiado sacrificio para un resultado ridículo. ¿Qué dirían ahora de mí los pintores de París? ¡Cuánta angustia moral! ¡Qué aislamiento en medio de las gentes! ¿Les puedo razonar? Ni defenderme siquiera por temor a que me califiquen con brutalidad de...

¿Y por qué no trabajar? El pintar me distraía. Permitiéndomelo en el manicomio, lo haría con más calma que hasta entonces, sin prisas de llegar a ninguna meta, recreando la línea y el color en la contemplación propia, dejándome aconsejar incluso de los guardadores de salud, del abate, de los médicos, ¿y por qué no?, de los locos. No era libre ni podía decidir mis actos. Estos actuaban por cuenta propia, aplastándome en la abyección como un pingajo. Si al menos mis fuerzas pudieran orientarse a otra profesión... Tantas veces fracasé que perdí la confianza en mí. Me siento paralizado para poder obrar... Igual a un ciego a quien conducen de la mano por la calzada.

Cerrado para siempre el taller del Mediodía. El otro, en París o en los trópicos, seguirá su vía dolorosa. El que aquí queda se borra en el anonimato de un sanatorio que perjudicará a los mismos que le apoyaron. ¿Y con qué derecho pediría a Teo subvención? ¿Para qué? Ha traicionado su fe. Le ha robado, obligándole incluso a vivir como un mendigo para ayudarle. Nunca más podrá reglar sus asuntos. Sin justificación posible, deberá rogarle que le abandone en un asilo. Aún sonaban en sus oídos las últimas promesas: "Te devolveré el dinero o entregaré mi alma".

¿Qué vendría después? Cuando una ilusión tan grande se desvanece queda una grieta, un vacío insondable. Desde tiempo atrás no podía cobrar aliento, me cansaba a los dos pasos, evitaba toda labor de introspección que removiera ideas turbias. Con tanta emoción repetida e inesperada, cabía que un quebrantamiento mental pasajero se volviera enfermedad crónica.

—¡Loco! ¡Loco!

—¡Encerradle, lapidadle, fuera de la ciudad!...

Atronaron una buena parte de la noche. El propio Rey parecía impresionado. Aquello le hacía el efecto de una puñalada a traición. ¡Qué tipos tan ruines para unirse contra una sola persona, y ésta enferma!

Debía tomar las cosas como venían, a la espera del desenlace. ¿Dónde podía morar peor que en la celda de los locos donde ya estuve? ¡Oh, aquel viejo epitafio de Carpentas! "Thébé, hija de Telhui, sacerdotisa de Osiris, que jamás se quejó de nadie". Me dejaría pisotear, pasando por las más viles humillaciones. ¡Ah, salir a esa ventana y saludarles! No maldecir. Callar. Sufrir sin quejarse es la única lección que se trata de aprender en la vida.

En la sociedad actual los artistas somos como cántaros rotos, hacemos agua por varios agujeros. A unos nos aparta, a otros nos encadena. Dejárame encerrar con cierto orgullo, yo, el último, con el precedente de tantos genios.

Presentía que como pintor no significaría jamás nada importante. Si todo cambiara en la sociedad actual, los conceptos, las ideas estéticas, el carácter, la educación, quizás perdurase algo de mi obra. ¡Ojalá conservara los tonos grises de mi paleta holandesa! ¿Y si volviera a dibujar con pluma de junco? Es menos caro y distrae igualmente.

Abrigaba cierta esperanza de que con mis conocimientos de arte produciría más cuando estuviese en el asilo. Ocupando la pintura mi mente, mantendría ágiles los miembros. Quizás la necesitara un día para blanquear paredes.

Fracasó mi impulso por crear algo simple y duradero. Fué luchar contra una fuerza mayor. Debilidad de carácter. Dar patadas contra un muro. Para colmo de males, el agua de una inundación subió a la casa durante mi reclusión y rezumaron salitre las paredes. Más de diez cuadros estropeados.

Pensé aquella noche huir, marcharme a la legión. Con esta intención salí disfrazado. En la legión extranjera ganaría dinero para solventar mis deudas con los hombres y la justicia. A los dos pasos me detuvo un gendarme de vigilancia a las puertas y me condujo al pequeño calabozo de la Alcaldía. Si confesaba la verdad, que pensaba alistarme a la legión, echaría leña al fuego de la acusación.

Me vi por varios días encerrado allá. Vino a visitarme Signac, que obtuvo permiso para ir a casa y recoger mis cosas. Muy valiente y decidido abrió con violencia la puerta sellada por la Policía. Le di como recuerdo una naturaleza muerta. Rara vez o nunca sostuve con un impresionista una conversación a tal punto sin desacuerdo o choques irritantes, tanto por una

parte como por otra. Signac no se espantó de mi pintura. Me hizo el efecto de una persona con aplomo y equilibrio, aunque la voz pública le acusara de violento. Me ayudó a cargar con los restos de mi obra, se comprometió a llevar a mi hermano lo más importante a su juicio. Mientras hacía la mudanza, transportaba todos mis muebles y embalaba las telas que le enviaría, me sentía triste, pero lo que me parecía más triste era que todo aquello me lo había dado él tan fraternalmente, maneniéndome durante tantos años, y verme reducido a la nada. ¡Qué dolor! Un consuelo: Que aunque los resultados materiales fueran nulos quedaría al menos su generosidad.

¡Oh, Señor, quiero hacer un alto en la narración! ¿Qué responderé en adelante en cuanto me vea dentro de los muros de un manicomio? Hasta aquí procuré justificar mi conducta. Lo bueno y lo malo se mezclan en mi vida, aunque, como en las manecillas del reloj, lo bueno vaya lentamente y aprisa la maldad. De aquí en adelante, borrón. Los locos no responden de sus actos. Vicente Van Gogh lo ha perdido todo al perder la razón de su existencia. Alguien le dijo hace muchos, muchos años: "Es un extremista este muchacho, o santo o demonio". No alcanzaré la primera meta por culpa de los hombres. Tampoco alcanzaré la segunda. En las alucinaciones, ¡con cuánta frecuencia aparece Dios!

¡Oh, Señor!, perdona mi pasado. Acepto la enfermedad con toda resignación. Si lo imaginario troca mis crisis en realidad, si como un Quijote acometo pellejos de vino tomándolos por fantasmas, que vuelto a la normalidad quede mi valentía, cuando aparezcan los pellejos. Descarga estos débiles hombros de responsabilidades.

Para que el ángel no faltase en la prisión, se me apareció Roulin, que venía a buscar a los suyos. Me hizo compañía. Mostró conmigo una silenciosa gravedad, una ternura semejante a la de un veterano hacia un joven soldado. Un último suceso vino a turbarme. En una copa que me traían de la taberna vi echar unos polvos. Sin ningún género de duda. ¿Cómo decirlo? Entonces sí que... ¡Callé! Pero no la tomé.

Escribí a Teo rogándole que no intercediera por mí, que aceptara enviarme a un manicomio, según la opinión de Rey, al menos por un trimestre, rogándole que me llevaran sin engañarme.

Estos hechos sucedían en los primeros meses del año 1889, un año que amanecía con un tiempo espléndido de primavera. A primero de mayo cerrábanse las puertas del manicomio detrás de mí.

Mi llegada no iba precedida por pífanos o campanadas. Coincidía exactamente con la fiesta del pueblo. Por ello se alborotaba el vecindario emperifollado en las calles del centro. Un pueblo volcado a la calle, dominador desde las alturas de las murallas de Avignon. El sanatorio alzábase sobre las ruinas de un antiguo monasterio. La gritería se hacía silencio cuando el abate y yo llamamos a la campanilla del jardín. Las puertas ábrense de par en par para recibirme. ¿Para cuánto tiempo el encierro bajo vigilancia? ¿Para siempre? ¿No se abrirían más esas puertas? Un chirrido cáustico al cerrarlas arrastrándose torpemente por manos invisibles.

¡Dios mío! ¿A qué me perseguiste de ese modo? Yo no podía exigirte responsabilidades al aceptar Tu Creación. Estimo que desde Tu Alto Cielo habrás sentido una tristeza indecible viéndome derrotado, vacilante, ido, entrar en el sanatorio. Había perdido peso en las últimas semanas. Parecía un cadáver enfundado en ropas de otro. Soy el mismo que un día te sirvió en la misión del Borinage, la trinchera más avanzada a Tu servicio. Qué metamorfosis tan acusada, qué giro de ciento ochenta grados para llegar hasta aquí.

Sin yo pedirlo, ya me han preparado en la planta central del edificio una cámara donde pueda trabajar despreocupado. Una amabilidad del abate, que puso al corriente a los guardianes de mis inclinaciones. Rehusé a que me siguiera. Le despedí cortésmente. Se fue a charlar con las monjas hasta la hora de partir. ¡Partir! Yo quedaba dentro. El último lazo del pasado se

rompía en un adiós tímido. No me sentía con ganas de otra cosa que de reposar. Me fui al cuarto y permanecí un par de horas mirando al techo con fijeza. Hice propósitos firmes de adoptar una postura digna frente a los acontecimientos. Optar por apartarme del resto de los internados o procurar remediarlos con mis ánimos y auxilio espiritual, el único a mi alcance. Dejé la decisión para examen posterior según las primeras impresiones. Respecto a los guardianes y superiores, mostraría una conducta irreprochable. La cama, muy dura, produjo alguna molestia en mi torso. Con idea de hacerla ceder me eché encima y di saltos, con tan mala suerte que me sorprendió un enfermero que entraba a traer mi equipaje.

—No es un trampolín, señor Van Gogh.

—¿Y usted quién es?

—Trabu, señor, el celador jefe de esta santa casa.

¡Impresionante! Una figura de noble español, cubierta de arrugas, con unos ojos inmensamente profundos. Aquel Greco revivido se presentó con tal sencillez, que descendí de la cama como un niño cogido en falta por un superior y quedé a la espera del castigo. El celador puso mi baúl en un rincón y disculpándose por su inoportunidad, salió.

Miré a través de los cortinajes. Me hallaba dentro de una sala enorme, separado por celajes del resto de las camas, tan artificialmente, que de fuera oía él menor suspiro. Mi compartimento mínimo, donde parecía faltar el aire para respirar, con techo plomizo y descascarillado, que daba sensación de ruina. Paredes de papel gris verdoso y dos cortinas verde agua con dibujos de rosas muy pálidas, reanimadas con finos tonos rojo sangre. Cortinas magnéticas, que quizá descansaran los ojos, probablemente restos de algún ricachón arruinado y difunto, rimando aromáticamene con un sillón muy gastado, cubierto con una tapicería manchada a lo Díaz o a lo Monticelli, castaño, rojo, rosa, blanco, crema, negro, azul miosota y verde botella. A través de la ventana del fondo vi un cuadro de trigo cerrado. ¡Qué vacío parecía el local! Pensé qué frío se sufriría en invierno y en todo tiempo por la noche, una semioscuridad débilmente paliada por un sordo farol de gas. Tabiques desnudos que apuñé con gusto y sonaban a hueco. Curioseé los distintos compartimentos. En las mesillas de noche veíanse frutas, pedazos de pan duro, carteras vacías, sobres y cartas arrugadas, algún trozo de periódico amarillento. Asomé por las ventanas de la fachada central. El camino. Un ferrocarril. Un cielo gris donde vogaban nubes

insensibles de caprichosas formas desgarradas. Abajo, un jardín desolado con grandes pinos, bajo los cuales crecía alta y mal cuidada la hierba mezclada con cizaña.

Atravesé el corredor vacío, sin aire, sin luz, como absorbido por un embudo. Descendí al comedor. Vacío también y con un regusto a limpieza que ponía a distancia el aceite. En el fondo, un cuadro desvaído y un crucifijo. Las hermanas paseaban en un patio de cuatro metros en dos hileras, sin cambiar de posición: adelante y atrás, atrás y adelante. Dos hileras de mujeres blancas y negras con formas de estampa piadosa. Hablaban gesticulantes, muy animadas, con muchas risas. Volví al vestíbulo. Las puertas cerradas. Arriba, cornisa de cristales en semicircunferencia dando luz sin paisaje y abajo un cuchillo de claridad donde presionaba el viento. ¡Qué fácil parecía abrirlas y la libertad! ¿Quién me seguiría? Miré hacia atrás: nadie. Bien es cierto que no debía olvidar que vine voluntario. Salí al patio. Sonó un gong. Vi juntarse a ocho o diez hombres. Subí al campo, lejos del asfalto. Llegué al pequeño cementerio conventual, detrás de la capilla. Enfermos que habían muerto durante su convalecencia. Hermanas de la Caridad.

¿Por qué no se ocupaban de mí? ¿A qué no me encerraban entre rejas? Me senté en un banco de piedra. Pasó por mi mente el ejército de artistas que antes que yo habían sufrido idéntico destino. ¡Cuánto incomprendido! Me imaginé, incluso, que yo podía ser uno de ellos. El arte se crea por inspiración. Quizás ni yo mismo entendiese la interpretación de mis telas. Buscaría en adelante una razón estética en qué apoyarme. Que pudiera gritar como Delacroix, aquel formidable loco: "Encontré la pintura cuando no tenía ya ni dientes ni aliento".

Volví al establecimiento. En el patio caracoleaban estrepitosos y ausentes los reclusos al son de un ritmo sentimental de organillo. Me vieron. Me rodearon enigmáticos. Permanecieron silentes un punto. Luego estallaron en explosiones de júbilo. Alguien me subió a hombros. Dejé que lo hicieran insensible. Me presenté. Pararon en seco. Quitáronse sus pequeños disfraces: bigotes, pelucas falsas, gorros de la revolución francesa, patas de palo, cuernos de toro, guerreras floreadas de cruces, faldas de mujer... Uno largo dijo ser estudiante de Derecho en París. Vestía con severa toga de abogado y toca con bordón verde. Otro, viejo, confesó que le perseguían por haber querido enseñar a volar a las gentes con los brazos a guisa de alas de pájaro. Aparecía en camisa, calvo, desplumado, figura escapada de un osario.

Los demás me rodearon como a recién venido y reanudaron la danza de bienvenida en mi honor. Quién me quitaba el sombrero, poniéndoselo, otro el bastón esgrimiéndolo a modo de espada, otro me propinaba palmadas en los hombros tan fuertes como verdaderos puñetazos y alguno me compadecía por caer en aquella horrible prisión. El inventor, señor Perrier, el hombrecito de aspecto fantasmagórico, leyó unas cuartillas preparadas de antemano acogiéndome en aquella deliciosa sociedad de locos. De allí se podía salir para el cementerio o para la gloria, si él con su influencia en París, en las esferas oficiales no obtenía un destacamento de gendarmes para volar el edificio.

Alguien sugirió:

—¿Y las hermanas?

—Son de los nuestros. La hermana Epifanía está complicada en el asunto. La haremos abadesa de Notre Dame.

El hombrecillo se negó en rotundo. La hermana Epifanía le había puesto veneno en la sopa. Sentía que le amenazaba para heredarle.

Me imaginé entrar en un circo de fieras. Que las fieras en realidad eran hombres, que al terminar su ejercicio se quitan sus pieles y cabezas de león y en el entreacto reciben los aplausos del último espectador: yo. Aunque había enfermos muy graves, el miedo, el horror que antaño tenía a la locura se suavizó con este primer contacto. Pronto consideraría la locura como una enfermedad cualquiera. Con matemática precisión de organillo me contaron las más peregrinas historias. Si su deposición dictara sentencia, todos inocentes, víctimas de malos quereres. Todos encerrados injustamente. A quién por heredarle. A quién por evitarle la prisión u otra condena peor. Otros sentíanse incomprendidos.

Tuve la certeza de que comentarían mi hallazgo con cierta conmiseración y benevolencia. Un pobre loco que se cree pintor. ¿Y si realmente lo fuera? Nadie sabe de qué somos capaces. Robémosle las pinturas. Quitémosle la paleta. Probarían, ya lo creo, el color fresa, el blanco manteca. Pudiera ser contrabando.

Y así no debió extrañarme cuando, al día siguiente, me robaron la caja de colores y se embadurnaron los rostros cómicamente.

El doctor Peyron, director del sanatorio, me llamó a su despacho, anotando los antecedentes patológicos de mi familia: una

enfermedad nerviosa, epilepsia, la sífilis de mi pasado con Cris. Quiso darme a entender, desdichadamente, que mi perturbación apenas si tenía parentesco con la locura. Debía procurar evitar los locos. Hacer una vida de régimen. Nada de excitantes.

El director se expresaba con pedantería, procurando deslumbrarme con términos técnicos. Era un tipo gotoso, de lentes muy negros y cara de pocos amigos. Su aspecto físico daba cierto aplomo a sus palabras. No le rejuvenecían las ganancias, ya que en su despacho se advertían la ruina y el abandono. Al salir de la entrevista tuve la vaga impresión de que Peyron me engañaba, de que él era el capitán de los locos. El celador me informó de sus antecedentes: viudo, lleno de hijos, de deudas apremiantes, de dudosos conocimientos científicos. Que nadie creyera, sin embargo, que le guardara yo rencor por negarse a posar para mí. En mi correspondencia de aquella época podrá observarse que le trato con respeto, que le obedezco ciegamente, sin pedirle razón de sus dictámenes. ¿Cómo pudo ocurrírsele a un loco pintar a su director? ¡Buena se hubiera puesto la seriedad!

Recibí algunos útiles, propiedad del sanatorio, un traje de faena, varias mantas y una hoja de instrucciones. Horario de cuartel. A toque de campana. Nos levantaríamos a las seis, todavía de noche, viendo llegar los iris de la luz diurna. ¡Qué amaneceres inimitables, qué deseos de copiarlos íntegramente! A las siete, la primera comida; luego paseo. Almuerzo a las doce y cena a las cinco. Como pertenecíamos a tercera categoría, solamente comeríamos postre los domingos.

Atmósfera cargada y deprimente, sin contacto alguno con el exterior. Gentes que habían parado el reloj del tiempo y que por sus opiniones podía colegirse desde cuándo estaban encerrados allí. Una comida muy deficiente, con olor a moho, como la de un restaurante con cucarachas de París. Mis vecinos de mesa se atiborraban de lentejas y garbanzos. Como la digestión de tales alimentos ofrece dificultades, empleaban sus tardes en una cosa tan inofensiva y poco costosa como echar la siesta. Alguna noche aúllan y desvarían a gritos, organizando una cacofonía selvática, digna de lástima en primera impresión y que luego resulta de cierto interés. ¿A quién le tocará hoy? Para beber, un cuarto de litro de vino aguado. Por toda diversión un juego de damas y otro de bolos. A la mujer que hacía la limpieza la atacaron más de una vez en su furia erótica incontenible. Dos veces al día nos visitaba el director. Conmigo en particular conversaba amicalmente.

Reinaba entre todos una admirable fraternidad, un espíritu de compañerismo, algo de lo que yo soñara fuese el taller del Mediodía. Allá nos ayudábamos juntando locura a locura. ¡Y qué disgustos por una cucharada de menos de ración, por un traspiés en la fila, por naderías! Día de luto. Sin embargo, extrañamente veíamos a una víctima con indiferencia, como una planta al escardar las de alrededor. Si nos dijeran que volaríamos por los aires de noche con un polvorín en los cimientos del edificio, que reventaría matemáticamene, sentiríamos menos preocupación que al enterarnos que por nuestro alboroto nos privaban de postre en el refectorio.

Un abandono casi total. Las visitas del doctor nos dejaban fríos. De aquella boca rara vez salía una esperanza. Luego, cuando se iba, quedaba flotando en el ambiente su estampa melancólica como un olor penetrante. Por toda medicina recomendaba a los enfermos baños de agua caliente. A esto se reducían sus cuidados y a un espionaje inflexible de nuestras relaciones.

Comencé a pintar lo que se ofrecía a la vista: la hierba, las flores, los árboles, la tierra, el cielo. Faltaba el sol en mis ojos, aunque los campos reverdecían lumínicos. Mis colores se entristecen. Me hundo en el seno de la naturaleza. Procuro hacer una pintura de loco. Campos arrasados por la tempestad, árboles encorvados a tierra. Astros agitándose en la noche, cataclismos cósmicos. El contenido revolcándose en el continente, buscando la libertad en la rebeldía del ángel caído. Aquellos locos rodean el caballete admirativamente, e incluso aplauden al terminar, como en un número de circo.

Al cabo de un mes, ni el menor deseo de comer, ni la más leve mejoría, ni las fuerzas de antes para volver a trabajar. Un paisaje, un clima que invitan a la ociosidad. Este es el gran defecto del Mediodía, su ruina. ¡Qué hermoso país, qué denso azul, qué sol! Y aún no había visto más que el jardín desde la ventana.

En junio recibo una carta de Susana interesándose por mi salud, contándome lo sucedido con Teo. Por lo visto Lautrec, sintiéndose celoso, ha descubierto sus relaciones a Teo. Este, por compasión al enano, decidió romper amistosamente. Susana me contó sabrosísimas historietas de París de última hora.

El pintor Konig me anuncia una visita. Pasa el tiempo y no llega. Otro más que me considera loco. Mi hermano procura evitar mi aislamiento representando la comedia del interés que des-

pertaba en los medios artísticos mi enfermedad. ¡Falso! Ni una carta. Ni una. Y muchísimo menos de los que de continuo llenaban mi pensamiento. Gaugin, por ejemplo. ¿Qué hacía Gaugin? Si a mí me encerraban, ¡con cuánto más motivo pudieran hacer lo propio con él! Yo a nadie dejaba detrás. Pero Gaugin era padre de familia, con mujer e hijos que abandonó en Dinamarca. ¿Y si no reconocían sus obras? ¿A qué seguir luchando? ¿Por qué no venía a hacerme compañía? Por el contrario, proyectaba un viaje a la Martinica, delicado, convaleciente de una grave dolencia. ¡Espantoso lo que debía ocasionarle todo ese vaivén de deseos y necesidades incompatibles!

Teo, cómicamente, me pedía autorización para presentar mis cuadros en el Salón de los Independientes. Me dejé llevar por el engaño, enviándole un montón de cosas demasiado malas para que las mostrase en parte alguna, rogándole que las rompiera. ¿Cómo pensar que ninguno de aquellos pintores admitiera figurar en el catálogo al lado de un loco? Confirmé por los periódicos que en la susodicha exposición no figuraban mis cuadros. Presentía que ni Gaugin ni Bernard vendiera uno solo de los suyos. ¡Qué desesperación! ¡Qué angustia! Que seres como ellos vivos y jóvenes que debían abrirse camino tuvieran que arrinconar sus telas contra un muro. Y sin embargo, era comprensible que así sucediera, hasta que agraden a las gentes o al vinagre oficial. Exponiendo en los cafés se arma ruido, y aunque sea de mal gusto hacerlo, debía cargar doblemente con ese crimen sobre mi conciencia. Expuse en el Tamboril y en la Avenida Clichy, sin contar la molestia causada a ochenta y un antropófagos de la buena ciudad de Arlés y a su excelente alcalde. En cualquier caso, yo era inferior y más censurable que ellos. Ni Gaugin ni Bernard se merecían como artistas entrar en una exposición por la escalera de servicio. Por mi parte, indiferencia. ¡Las cosas nuevas se vuelven viejas tan pronto! Creo que en el estado de ánimo de aquel entonces, si fuese a París, no notaría diferencia alguna entre un cuadro negro o un claro impresionista.

Y yo, inquieto, aventurero, ¿cómo acomodarme a una existencia corriente? La vieja advertencia de mi padre: "no servirá para nada", resonando en mi cerebro con cadencia de bolero.

¿Cómo quedarme ganas de trabajar si los excesos de la pintura, la embriaguez de color, los sacrificios hechos en su honor me sumían en semejante ruina? Pensándolo sin pasión, fuera o no buen artista, esta ocupación era la única por la que mos-

traba cierto interés. Ante lo demás, la salud, la enfermedad, la vida, la muerte, la indiferencia más absoluta.

Teo enviaba, una vez más, dinero que ardía en mis manos. Ese dinero que servía para comprar colores, me empujaba a la ociosidad. Y buen disgusto que los otros recibían al enterarse, ya que se habían acostumbrado a que a hurtadillas de los cuidadores nos diéramos una panzada. Teo seguía creyendo en mí, o al menos aparentándolo.

Nueva crisis por la debilidad ajena. Llegó un loco nuevo, al que no pudimos festejar. Se agitó a tal punto que rompió la camisa de fuerza, gritando estridentemente día y noche. No se calmó, aunque lo metieron al baño sujetándole con cuerdas. Vomitaba la comida o rompía los cubiertos, demolía su lecho... ¡Muy triste el espectáculo! ¡Qué paciencia para aguantarlo! Pasé más de una noche velando al recién venido, que no cesaba de llamar a su madre a gritos. Al amanecer se lo llevaron, y luego nos anunciaron tranquilamente que había muerto. Vi un pedazo de tierra roja removida, húmeda por su cuerpo. Con una rodilla en tierra, no recordé una oración por su alma. Me sentí caritativo y escribí una carta a su familia dándola cuenta del luctuoso suceso y pidiendo la resignación en nombre de una felicidad ultraterrena. Esta caridad, que en los tiempos de minero daba vida a los sapos, ahora apiadábase de las mariposas que posaban para mis telas.

Con seguridad que acepta si invito a posar a cualquiera de los pensionados. Sus ojos extraviados, sus nervios alterados impedían mi objeto. Aparte de esto, Peyron no veía con buenos ojos semejante crimen, ya que en su fuero interno me juzgaba un pintor "chirle".

Inclinaba mis líneas, pese a las opiniones de Gaugin: "La recta va al infinito, la curva a..." Mis líneas y mi firma se curvaban inexplicablemente. Mis colores grisáceos ya no chocaban entre sí. De mis alucinaciones salía inspirado de modo rotundo, aunque perdiera los perfiles acusados.

Leía, leía sin descanso. Trabajaba también por la noche. Afuera, las cigarras cantaban a voz en cuello; un grito estridente, más fuerte que el de los grillos, y la hierba completamente quemada cobraba hermosos tonos de oro viejo. Las bellas ciudades del mediodía hundíanse ahora tan muertas como un lago o nuestras ciudades del Zuydezare. En medio de su decadencia, de la destrucción total de su grandeza, quedaban solamente las cigarras.

Contesto a Teo, que me anuncia su futura paternidad, que si se encuentra ante duras responsabilidades, que sin duda le caerán encima, no se ocupe demasiado del pobre enfermo. ¿Qué soy? Un loco. Ya lo dice más de uno. Hasta el doctor he visto que así lo diagnosticaba en un informe. Y si he llegado hasta ahí, ¿a qué no abandonarme a mi destino? Ahora que el mundo le pide una misión, que suelte el cable y me deje caer al abismo irremediable. A pesar de todo, el pasado nos unía indisolublemente. Que tome su paternidad como un hombre de nuestros viejos brezales, con tímida ternura. Considérela en su condición de extranjero, desterrado y pobre. Que ni él ni yo olvidemos nuestro buen humor, nuestra despreocupación de pobres diablos cuando llegamos por primera vez a París.

"¿Sabes lo que espero, una vez que me pongo a tener esperanza? Que la familia sea para ti lo que son para mí la naturaleza, los terrones de tierra, la hierba, el trigo amarillo, el campesino, es decir, que encuentres en tu amor a la gente no sólo con qué trabajar, sino con qué consolarte y rehacerte cuando se necesite."

Cambió la temperatura. Llegó el invierno y el frío acució los perfiles de nuestra soledad. Muy juntos, muy quietos, nos apiñábamos en el vestíbulo en espera de que se abriera la puerta para ver el exterior. Enfundados de pies a cabeza, con bastón y sombrero y pequeños bultos, parecíamos viajeros en un andén a la espera del tren que no llega.

Cuando alguien sufría un ataque, los demás nos dividíamos la tarea de volverle en sí. A mí, por lo general, me tocaba ir a buscar al enfermero. Este, sin una palabra de reproche jamás, ni a la hora más sombría de la noche, nos prestaba su ayuda.

También la hermana Epifanía, superiora de la comunidad, echaba mano en estos casos. Con fuerza de aldeana sujetaba a los locos que sufrían el ataque. En cierta ocasión la ofrecieron homenajearla por sus servicios, a lo que ella indefectiblemente respondía: "No hace falta, amigos. Dios me lo paga con creces".

La queríamos. Alguien, sin embargo, trató de mover mis bajas pasiones:

—Un día te ahogará entre dos sábanas, Vicente, es una mujer siniestra.

El señor Perrier, que así me hablaba, desapareció una noche. Le buscamos por todo el edificio sin encontrarle. El director, viendo nuestra congoja, nos dijo, sin duda para calmarnos:

—Se ha vuelto a casa. Está curado.

Nadie lo creíamos. ¿A qué le buscaban en ese caso nuestros mismos guardianes? Por mi parte, abordé a la monja.

—No puedo añadir más a la declaración oficial de nuestro director.

—Yo creo —le ataqué sin piedad— que usted es la más sospechosa en este caso concreto, hermosa monja. Ese hombre me aseguró que usted quería matarle.

—¿Qué dijo?

—Que un día usted le ahogaría entre dos sábanas. A mis compañeros añadió otras supuestas amenazas recibidas de su parte.

—¿Y quién le ha dicho a usted que ha muerto?

No supe qué contestar. Algunos enfermos se agruparon a nuestro alrededor. Cobré apoyo e insistí en saber la verdad.

—¿Ha ojeado el señor X entre sus libros? ¿Dónde está la vida de Santa Margarita, encuadernada en piel, que yo le regalé? Y Fulano, ¿qué fue del dinero que le enviaron sus padres? Los interesados íbanse a su cuarto a comprobar la susodicha falta. En cuanto a usted, Vicente Van Gogh, usted es un hombre famoso, sus cuadros cobran fama de día en día. ¿Qué fue de su sembrador? Vale una fortuna. Búsquelo. Ese hombre no era un loco, sino un ladrón profesional. Se disfrazó de loco para robarle a usted. Ha pasado de aquí a manos de la justicia.

Gruñí estúpidamente. Yo no podía comulgar con ruedas de molino. Me parecía que una risotada de burla se levantaba "entre aquellos muertos", y me eché vestido al camastro, víctima de una explosión de ira. Nunca sabríamos el fin de nuestro pobre amigo y hubiéramos preferido verle volar con sus alas de pájaro. Absurdo pensar que la hermana Epifanía tuviese intervención en su desgraciado fin, pero muy desagradable también que nos engañaran de aquel modo. Quedaría flotando una duda para en adelante. Aquel hombrecillo, en mi opinión, era un sabio, un inventor original. Se le atribuían inventos sensacionales. El último, después de las alas para volar, consistía en una observación curiosa de la naturaleza. Un barco que no avance por la hélice, sino por un enorme timón, lo que le daría más rapidez. Los peces reptan con la cola y giran con las aletas, aunque sean tan grandes como una ballena, por lo que igualmente proponía que se virase con dos gigantescas aletas puestas a ambos costados del barco. Esta ingeniosa idea, ¿no tentaría a más de uno?

Me entregué al trabajo con renovado empuje, pensando que cada día pudiera ser el último de mi existencia. A veces hacía ejercicios de manos, temeroso de que pudieran anquilosarse bruscamente. Shakespeare oreó la imaginación del artista proporcionándole ratos agradabilísimos. De un momento a otro podía llegarme el ataque y era necesario adelantar labor. Por de pronto, los que me rodeaban, todos, absolutamente todos, lo habían padecido. Sin duda que el dolor físico no contaba en esos momentos, pues recibían verdaderas palizas para volver a la normalidad. Procuré una vez más no ver enemigos detrás, creer que nadie amenazaba mi vida, no ver sangre en mis pinceles rojos ni veneno en los verdes.

Sin embargo...

Navidad se acercaba. Pedí permiso para ir al pueblo a poner un telegrama a Teo, que había tenido un hijo. Al salir por la puerta con Trabu por guardián, le di un puntapié en el pecho y salí huyendo. Por las calles la gente me veía con espanto, aunque nadie se atrevía a cogerme. Corría sin descanso. Me parecía dar vueltas a una plaza perseguido por un torazo gigante. Caí. Perdí el conocimiento. Me volvieron al sanatorio entre varios enfermeros.

Desperté en mi cama.

—¿Qué había sucedido?

Trabu me explicó el incidente.

—¿Y no tengo salvación?

El hombre bajó los ojos. Me incorporé.

—¿No tengo salvación? ¡Conteste!

Trabu elevó la vista hacia la ventana, haciéndose el desentendido.

—Ya veo que soy un hombre acabado. Le pediría un favor a usted o a la hermana Epifanía... Envenénenme.

—Nadie es dueño de uno mismo. Mucho menos de otro. Deseo de corazón que semejante ataque no vuelva a repetirse.

—Cada tres meses. Indefectiblemente cada tres meses. Yo creo que no estoy loco. Son ustedes los que me vuelven loco. Usted con su pesimismo, figura espantosa de la Muerte, estatua muda de atroces presentimientos. Esas monjas con sus cánticos de ultratumba. Esas monjas queriendo convertirme como si se tratase de un culpable. ¿Culpable de qué? Estoy viviendo entre muertos. Estas gentes me contagian. El director las azuza. A mí me habla de ellos con lástima, y a ellos de mí lo mismo.

He visto la ficha oculta en su despacho. "Permanecerá indefinidamente en nuestra casa". ¿A qué llevo este uniforme? ¿Se da usted cuenta de que me han marcado? Las gentes pacíficas del pueblo me miraban con espanto. Diera las vueltas que diera caería indefectiblemente en esta cárcel, este lugar sombrío, estos paisajes desolados... ¡Y no estoy loco! ¡Oiganme todos! ¡No lo estoy! Son ustedes los que acabarán volviéndome loco.

Me dieron un calmante y quedé en una especie de sopor durante unas horas.

Me llamaron a la hora de la cena, sirviéndomela Trabu en la cama, sin decirme una palabra. Al terminar me entregó el texto del telegrama que había puesto en mi nombre. Una atención digna de agradecérsela.

—Discúlpeme, Trabu, no recuerdo bien lo que hice, pero creo que procedí mal con usted. Creí oír de pronto una turba que me perseguía.

Durante unos días me debatí en un estado de ánimo peligroso para los demás. Aislaron, pues, al enfermo, sin dejarle jamás sin escolta. Entre los que más solícitamente me rodearon figuraban las hermanas de la Caridad. Hablábanme de Dios y de la confianza que había que depositar en El. Si debíamos reconciliarnos con los hombres, y así lo demostraba el perdón pedido a Trabu, con cuánto más motivo debía arreglar mis cuentas con el Todopoderoso. Se concentraron a rezar alrededor de mi cama. Debatíanse con mi repulsa. Daban la sensación al abrir las ventanas de procurar aire para que no me ahogara y perdieran mi alma. ¿Quién de ellas sujetaría mi mandíbula cuando se abriera tras el último estertor? Ponían reliquias a mi cabecera. Cuando parecía mejorar, la hermana Epifanía situó al lado de la cama el caballete, suplicándome que hiciera un cuadro para la capilla.

—Estas se preguntan si usted es pintor por estar loco o si está loco por ser pintor.

¿Y ella?

La hermana Epifanía afirmaba su confianza en mi arte. Con tal calor rogó que obedecí maquinalmente, e inspirándome en "La Piedad" de Delacroix, hice el encargo en los ratos que la enfermedad permitía concentrarme. Al terminarlo, la hermana lo alabó en términos exagerados y me obsequió con otra Vida de Santa Margarita, que prometí leer con todo fervor.

—Durante una convalecencia, una vida de santo convirtió a Ignacio de Loyola... ¡Quién sabe!

Al levantarme fui a la capilla... Sentí removerse las creencias de la infancia. ¡Qué silenciosa, qué confortante! Me arrodillé y recé. En un altar se veía mi cuadro destacando sobre los demás.

Debajo:

"Donación del artista."

Aquella noche agravé. Me parecía que Dios no me perdonaría. Yo le abandoné por soberbia. Grité mi perdón. ¡Qué dolor de cabeza, qué persecución de fuerzas sobrenaturales!

Al pasar la gravedad quedó la cabeza insensible. Desaparecieron al tiempo los calambres y el humor. Traté de recordar las alucinaciones. Veía borrosamente un hombre encantado como el Quijote de Daumier cabalgando un corcel esquelético. De pronto el caballero tropieza con los chalanes que le amenazan con sus palos y sus insultos. Esgrime su lanza hundiéndola en el vacío y cayendo a tierra, hincándosela en el pecho. Sin duda la llaga es engañosa, se puede sacar el arma y hundirla de nuevo. De todos modos, yo era un muerto que veía lo que pasaba a mi alrededor. Un brujo maligno me había quitado únicamente la facultad del verbo. Llegaron gentes. Jorobados, enanos, gigantes, contraechos, deformes, espantable jauría humana exhibiendo orgullosamente sus deformidades. Enarbolaron sus picas, sus tenedores de demonio, sus carracas, sus cuchillos afilados, sus amenazas. Me encerraron en una jaula y sobre un carro de heno me siguieron en procesión grotesca. Al entrar en el pueblo comenzó a llover y me vi flotando en medio de las aguas. Se organizó el entierro solemne por el río. Caía la noche y las estrellas marcaban la ruta. Sobre una especie de cuna inmensa descendió por el río mi ataúd. A ambos lados del río, cabezas enmarcadas en siniestros fulgores de antorcha. Detrás, dos canoas custodiándome. Abrí los ojos, me agité, grité, nadie me oyó, decidí mirar al cielo. De pie en sus canoas, con el libro de oraciones abierto, hileras de tonsurados entonaban sus salmos gregorianos. Pálidos monjes portaban encendidos cirios. Nubes de incienso elevárense a los aires. "Oh, Señor, te rogamos por el alma de Vicente Van Gogh". Detrás del ataúd, embarcaciones atestadas de gentes y un inmenso baúl como el arca de Noé, el mío, lleno de cuadros. Al llegar a la cascada, brillante la espuma al rayo lunar, cabeceó el féretro y, llenándose de agua, se hundió. Los cuadros se hundieron con él. En este punto chocaron las piraguas, extendieron los monjes sus hábitos y se elevaron a los aires. Revolotearon luego en sorprendentes giros como agoreros pájaros nocturnos.

Pasa el tiempo. Igual que alguien dando vueltas sobre su eje. Como si el árbol esquelético diera flores, frutos y al fin se deshojara. Un reloj cuyas agujas corrían frenéticas. En la iglesia entonaron el funeral. Alguien gritó: "Era un genio. No le comprendieron. No destrocéis su obra. Los muertos no se beneficiarán de ella. ¡Al asalto!" Y se encaraman por las columnas del templo los fieles a disputarse la única tela que se conserva del artista: un lienzo con una santa en oración. La pugna se extiende y se organiza dentro de la iglesia una baraúnda infernal. Cuando alcanzan el objetivo, el cuadro está roto. "Un cuadro de Van Gogh y no trabajaremos más. ¡Al río! ¡Al río!"

Se abrió una boca profunda que tragó a los hombres. Rompiéronse las compuertas de esclusa, como las de los canales de Holanda. Un inmenso papel secante fue dejando sus cuencas vacías, viéndose al fin su esqueleto pétreo. El baúl apareció, pero los cuadros yacían mojados, deshaciéndose como miga de pan.

Arriba, en un espacio sin límites, bajo constelaciones infinitas, un tribunal juzgó al pobre Vicente.

—¡Condenación!

Bocas desdentadas dictaron su sentencia. Angeles purísimos que nunca llegué a pintar repitieron a coro:

—Yo era pobre...

Trajo las manos vacías. Llénense con obras de misericordia, con plegarias. Sólo los pobres de espíritu son dignos de la gloria.

Si hace falta ser rico, yo ofrezco todas mis obras de arte, que se disputan los museos del mundo, que llenan los templos. ¡Un cuadro! ¡Envíenme de la tierra un cuadro que ofrecer a cambio de mi salvación!

—No hay caminos... Eternidad... Expiación...

Los monjes lívidos mueven sus labios sin pronunciar palabra. Los chalanes danzan sin desplazarse de su sitio. Las orgullosas sacerdotisas entonan un Aleluya y se alejan, y con ellas el sol. Quedo a oscuras.

Al despertar me hallaron revolcándome por los suelos, echando espuma por la boca, luchando con mi almohada como imaginario enemigo.

¡Qué asombro que yo, un hombre de ideas modernas, tan admirador de Zola, de Goncourt y de las cosas artísticas, que siento hondamente, padezca las crisis de un supersticioso y me

abrumen ideas religiosas embrolladas y atroces, como nunca, ni en el Norte, las había padecido! Tempestades en un vaso de agua. Esa es la opinión de un hombre neutral, lejos de las romas pasioncillas de los otros.

Todo parecía haber pasado. Durante la enfermedad caía la nieve húmeda y fundente. Me levanté una noche para ver el paisaje. Nunca, jamás la naturaleza me pareció tan conmovedora y sensitiva. Observé que también otros en sus crisis oyeron ruidos y voces extrañas como yo, que ante ellos también cambiaba la fisonomía de los objetos. Así se calmó mi horror. Cuando uno se ve inmerso en la enfermedad se la pierde el miedo, se la supone parecida a las demás. Si no hubiera visto a otros alienados de cerca, no hubiera dejado de obsesionarme con ella. ¡Qué sufrimientos de angustia al caer en una crisis! La mayoría de los epilépticos se muerden la lengua y se hieren. Rey me decía que había visto otro caso como el mío de cortarse la oreja. Igualmente le oí decir a un médico de aquí que vino a verme con el director. Cuando uno conoce su estado puede hacer algo para evitar que le sorprendan la angustia y el espanto. Renació en mí la esperanza de evitarlo, o al menos, de no sufrir ataques de tal ímpetu.

El señor en cuestión vino a visitarme y consolarme. Le pregunté si a él le sucedía lo mismo y qué había notado de anormal en mi crisis.

—Grito y hablo como usted durante quince días, creo oír voces y palabras en el eco de los corredores, en los pórticos de la iglesia. Estos insensatos médicos dicen que mi oído es demasiado sensible. En cuanto a su comportamiento, me pareció trivial y estúpido. Usted no quería moverse ni despertar, sentía horror a la vida. Además, imprecaba en sueños a Dios, diciéndole que le perseguía. Y esto, amigo mío, es imposible.

—¿Imposible? ¿Y por qué?

—Porque yo soy Dios.

Bajé a la capilla y comprobé con cierta amargura que mi cuadro había desaparecido.

Monstruosas aberraciones religiosas, culpables de mi confusión, que allí se cultivaban con placer. Por más que las monjas me instaron a volver a entrar en la capilla, permanecí sordo a sus insinuaciones. Me enfrenté con ellas. Fui hasta injusto con la hermana Estefanía, quizás inocente de la desaparición del cuadro.

—¿Es que ustedes tienen el monopolio de Dios? No solamente ustedes sufren y se sacrifican. Sin esperanzas de Gloria lo hacemos los artistas. A ustedes no les falta el pan de cada día, a ellos sí. Con sus sobras pudiera hoy alimentarse a grandes pintores como Pissarro y Vignon. ¿Ha oído usted hablar de ellos? No. Ustedes ya alcanzaron su seguro de vida dedicándose a Dios.

Fui brutal. Luego me arrepentí, pidiéndola perdón, arrodillándome a su presencia con toda humildad. De cualquier modo se drogaba mi enfermedad en aquel infierno. Creo que la empresa no pedía mejor dividendo que un estado sólido de la dolencia. Decidí huir irrevocablemente.

Pronto se me presentó la ocasión de salir de la prisión. Trabu me rogó que fuera a su casa. Su esposa quería posar para mí. Con este motivo pude acercarme a la estación, preguntar los horarios y precios de trenes, escribir a Teo pidiéndole su ayuda para escapar y, una vez más, dinero para el viaje. Pinté al matrimonio que, agradecidos, recabaron del director permiso para hacer un viaje a Arlés en busca de los cuadros que allí dejé. Hicimos el viaje normalmente. Arlés me hirió la retina con su iris de colores. Rendí visita a los esposos Ginoux. En aquel hogar faltaba la alegría de antaño. La señora Ginoux sufría una penosa enfermedad. Les hice compañía. Hablamos de Roulin y de nuestros amigos. Creí llegada la ocasión de no volver y fui al prostíbulo. Nunca podré explicarme por qué al entrar topé con el celador de Saint Remy.

—¿Qué hace usted aquí?

—Buscándole.

—¿Y cómo sabía usted que yo vendría?

—Por cierta mujerzuela que conoció en otro tiempo.

¿Quién se lo había dicho? Le invité a beber. Aquel abstemio mojó únicamente los labios en la copa. Yo procuré emborracharme olímpicamente, sin conseguirlo.

Le pedí unos minutos para cumplir con viejas amistades y subí al cuarto de Raquel. Me recibió amablemente. Un loco y una mujer pública frente a frente:

—¿Cómo me ves? La verdad.

—No sé qué decir —respondió tímidamente.

—Con toda sinceridad. Dime lo que quieras. No me ofenderé. Nunca recibí más que insultos y eso cuando parecía normal. ¿Te pongo cara de loco?

A Raquel le parecía que a su hombre lo habían disfrazado. Me preguntó qué clase de pintor era yo, ya que el retrato que la hice lo quiso vender, sin conseguirlo. Recordé mis tiempos de vendedor en Londres. A un pobre pintor que vino a visitarme. Aunque me gustó su obra, el jefe lo echó de la tienda con cajas destempladas. Aquel pobre pintor hoy era famoso. Me apenaba esa pobre gente sin más horizontes que la miseria. Hice un propósito por entonces, un propósito que no cumplí: No abandonar la casa Goupil. Si uno no produce en el comercio, al menos hace producir a los demás. ¡Oh, si encontrara sostén en esos mercaderes que despojan a los muertos! Invité a Raquel a vender mis obras con obstinación, y como el tiempo corría, bajé en busca de mi guardián. Y otra vez la pregunta:

—¿De qué sabía mi pasado con Raquel? ¿Quién se lo había dicho? Con nadie hablé de mis viejas historias sentimentales.

Permanecimos silenciosos durante el viaje de regreso. Recordé nostálgico las horas felices de mi libertad, las mujeres que poblaron mi pasado, amenazando mis ilusiones y dejando mi espíritu como el paisaje desolado que ahora cruzábamos: una tierra color hierro, seca y falta de saliva como un horno. Trabu me sacó al fin de mi marasmo:

—Señor Vicente, ¿visitó al reverendo?

—No, me faltó tiempo.

—Lo sentirá cuando se entere que fue usted a la ciudad.

—¡Lástima! ¿Y usted se divirtió, Trabu? —luego con cierta ironía—: ¿qué tal el prostíbulo?

—No pensará usted que...

—Si no le viera, no. Si me lo dijeran, juraría lo contrario. Si me lo juraran, abofetearía al acusador. Pero le he visto, Trabu... Descuide, callaré. No sé cómo conjugar placer y muerte, y usted, Trabu, me recuerda a la muerte.

—He asistido a tanto moribundo... El cólera de Marsella, la matanza de Avignon... Pero no quiero que piense mal, Vicente. Fui en su busca. Mi misión precisamente consistía en espiarle. Ver con qué razones puedo apoyar su buen juicio ante el director para que usted salga del establecimiento.

—Gracias, gracias...

Aquel hombre, qué bueno, qué amable. Me devolvió la confianza en los hombres, la creencia en la buena fe de mis cuidadores. Al llegar a la estación me sentí prisionero. No podía po-

nerme de pie. Me fallaban los músculos o estaba encerrado en un féretro más pequeño que mi cuerpo. ¡Qué sensación tan dolorosa! Algo parecido a un globo que quiere volar pero rebota contra el techo de un local cerrado.

Nos hicimos íntimos. Paseábamos juntos en el recreo. Me contaba cosas de su vida íntima. Criticábamos de multitud de gentes. Un día me dijo:

—¿Recuerda a Perrier?

—¿El inventor? Sí, ¿qué le sucede?

—Es ahora un hombre célebre y ha denunciado a nuestro director, el señor Peyron. Dice en su informe que el señor Peyron, director del sanatorio, está loco. Creo, Vicente, que pronto estará usted en casa.

—Me da usted una buena noticia.

—Para mí no lo es, sino fatídica. Se nos acabó al doctor, a mí, a un montón de familias, nuestro medio de vida. El próximo martes viene una comisión presidida por el alcalde de Avignon y dos médicos llegados de París para examinar a los enfermos y comprobar la falta de sexo de nuestros internados.

—¿Y cree que nos enviarán a casa?

—A usted puede que sí. A otros no. Pero, de cualquier modo, cerrarán el establecimiento si hay más casos normales aquí dentro.

Quedamos compungidos los dos. Luego Trabu me dijo que el director creía que yo era el único loco que podía salvarle. Me explicó la idea, rogando que yo la tomara como propia de Trabu y no del director, que lo negaría si un día se le acusaba.

Una orgía de insensateces. Las llaves de la parte cuerda del establecimiento aparecieron misteriosamente caídas a los pies de mi cama. Me levanté. Fuera, una niebla densa deformaba los objetos. Flexioné piernas y brazos, viéndome ágil y con ganas de hacerla sonada. Arenga. Convencí a los compañeros de que aquella comisión llegada de la ciudad procuraría echarnos de nuestra casa para llevarnos a la cárcel o a otro sitio peor. Convencidos, Cerramos con llave las dependencias principales. A través de los cristales pegaron sus narices nuestros guardadores, impotentes de contenernos. Hicimos lo propio, burlándonos de ellos indemnemente. Somos gente normal. Ustedes sí que están perdidos. ¡Quédense ahí dentro! ¡Libertad! ¡Libertad!

—¿Y por qué no hacemos un día el loco?

Coro:

—Sí, sí, el loco, hagamos el loco.

Subí a la torre, toqué a rebato las campanas. El grupo compacto de locos me seguía entusiasmado. Nos calamos viejas panoplias, escudos, petos y armaduras que lucían por los rincones. Armados de lanzas arremetimos contra la pobre mujer de la limpieza.

—Tú que eres cuerda, condúcenos.

—Tú que eres pura, llévanos al combate como Juana de Arco.

La desnudamos. La mujer gritó hasta quedar insensible, sin conocimiento. Desnuda, se la veían sus bolsas vacías, su piel montada sobre huesos... Entonces la metimos en un basurero y, bajo la escoba por estandarte, organizamos una entronización dando vueltas por el patio.

La cosa cundió. Acudieron gendarmes de la ciudad y un enjambre de curiosos silentes y cariacontecidos por el espectáculo. Juntáronse las monjas en la capilla implorando el castigo del cielo. Los visitantes no salían de su asombro. No les oíamos. Les veíamos a través de los cristales gesticular como si realmente estuvieran locos. Forzaron a los guardianes y al director a jugarse la vida subiendo al tejado y deslizándose con cuerdas. Uno a uno fueron reduciéndonos. La mujer volvió en sí. Me arrodillé, yo, el último que quedaba con ella, y la pedí perdón. De resultas del suceso nos encerraron durante cuarenta y ocho horas a pan y agua hasta que desapareció la comisión asustadísima.

El director, prudentemente, nos echó una filípica sobre la forma de obrar en el futuro, sin condenarnos para nada por nuestra reciente perturbación. Trabu, por su parte, me felicitó, agradeciéndome la farsa en nombre de tanta gente que podría seguir viviendo.

A los tres meses exactos volví a caer inconsciente y estúpido en un nuevo ataque. En intervalos de lucidez me afané como un verdadero poseído, con un furor sordo de trabajo. Quizás tuviera razón el informe de "enfermedad larga". Debía resignarme a sufrir un ataque cada dos o tres meses. Aprender a sufrir sin quejarme, a considerar el dolor sin repugnancia, arriesgarse al límite del vértigo. Quizás así se entrevea una vaga probabilidad y del otro lado de la vida nos muestren la razón de ser del dolor que, visto desde el mundo, ocupa a veces todo el

horizonte y toma proporciones de diluvio sin esperanza. No está probado que porque uno sufra sea desdichado. En esta situación no me sentía con ímpetus para reanudar mi vida de pintor, aislado en el taller y sin otro recurso para distraerme que ir a un café o un restaurante y verse rodeado de la crítica de los vecinos. Ir a vivir con otra persona, aunque fuese artista —difícil, muy difícil—, sería cargar sobre mí una responsabilidad excesiva.

Procuraría en adelante la sobriedad, ya que allí existía la posibilidad de ser sobrio. Antes bebía porque no sabía cómo arreglármelas de otro modo. La sobriedad tan calculada conduce al estado en que el pensamiento funcione más fácilmente. En suma, una diferencia como entre pintar gris o coloreado.

¿Constituiría el alcohol una de las causas de mi locura? Se produjo con lentitud y se iría con lentitud.

Ya se nos recomendó no mentir, ni robar, ni cometer otras faltas grandes o pequeñas, y se volvería muy complicada la vida si fuera absolutamente indispensable no poseer otra cosa que virtudes en una sociedad en la que nos vemos indudablemente muy arraigados, sea buena o mala.

Quisiéralo o no, por el momento se imponía la templanza. Dormir a las horas. Régimen. Paseo y aire puro. Un no rotundo a los excesos. Enderezar las pasiones con el látigo de la disciplina. De siempre temí los excitantes, que me desagradaron el primer día. ¡Abstinencia, santa palabra, virtud de ermitaño! ¡Bendita enfermedad que a veces nos curas lacras del espíritu!

Cuando recobro las fuerzas me aíslo de los demás y procuro crear una vez más, cada vez con menos ánimos, con la soga anudada al cuello. Ese trabajo hace los oficios de un calmante. Es el mejor pararrayos de la enfermedad. Evito molestarme con las gentes del establecimiento como con los dueños de un hotel; se les alquila una habitación por cierto tiempo, que hacen pagársela bien para lo que dan. Sin añadir que ellos procuran que la cosa se vuelva crónica para que no quede desalquilada la cama. Con el doctor conviene ser educado, pero limitarse a eso, sin comprometerse a nada.

Así pasa la vida. El tiempo no vuelve. Las ocasiones de crear escasean. El aislamiento anuncia mi curación. En las crisis me vuelvo cobarde ante la angustia y el sufrimiento. Y esta angustia que antes me sustraía los deseos de curar, al presente me hace comer por dos, trabajar de lleno, evitar las relaciones con los

demás enfermos por miedo a recaer; en fin, que procuro curarme como quien al querer suicidarse nota muy fría el agua y trata de ganar la orilla.

Vine al mediodía y me lancé al trabajo por mil razones: querer ver otra luz, creer que mirar la naturaleza bajo un cielo más claro pudiera darme una idea más justa del modo de sentir y dibujar de los japoneses. Querer, en fin, ver ese sol más fuerte y sentir que los colores del prisma estaban velados por la bruma del norte.

Sí, es necesario huir. Escapar de aquellos claustros sombríos, de las monjas sombrías, del contagio permanente de mis camaradas de infortunio. ¿Y a dónde ir? ¡Si Pissarro me acogiera en su casa!...

Hablé con Peyron de la situación y le confesé mi casi imposibilidad de soportar aquel encierro. Cursé carta a Teo, rogándole por nuestro afecto que me sacara de allí. No recuerdo los términos, poco más o menos: "Si te parece bien e indicas una fecha para esperarme en París, me haré acompañar un trozo de camino, hasta Tarascón o Lyon, por alguien de aquí. Luego tú me esperarás o mandarás que me esperen en la estación de París".

Para entonces ya le había preparado convenientemente que el tratamiento de los enfermos en este hospicio se podía seguir con cierta facilidad, hasta en viaje, pues allí no se hacía absolutamente nada. Dejábase a los enfermos vegetar en la ociosidad, nutriéndoles con mal alimento y dado con avaricia.

Teo consultó a Peyron "de ocultis"... Y éste, que en otras ocasiones se mostraba optimista, cuando veía la proximidad de mi alta dejaba entrever una dudosa curación fuera, y aun dentro nada podía aventurarse de antemano.

Ante semejantes perspectivas, Teo procuró que yo permaneciera allá con halagüeñas promesas para el futuro. No podía dejarme engañar. No, cuando en marzo me envió un artículo de Aurier, publicado en el "Mercurio de Francia". ¡Qué sarcasmo! Teo, sin duda eufórico, compró al escritor. Enrojecí leyéndolo. Decía de mí cosas asombrosas:

"Lo que particulariza su obra entera es el exceso: exceso en la fuerza, exceso en la nerviosidad, en la violencia, en la expresión. En su categórica afirmación del carácter de las cosas, en su a menudo temeraria simplificación de las formas, en su insolencia para mirar al sol cara a cara, en la fogosidad vehemente

de su dibujo y de su color, hasta en las menores particularidades de su técnica, se rebela un artista recio, varonil, osado, con harta frecuencia brutal y a veces ingenuamente delicado. Esto se adivina en las exageraciones casi orgiásticas de todo lo que ha pintado. Es un exaltado, enemigo de las sobriedades burguesas y de las menudencias, una especie de titán ebrio, más apto para remover montañas que para manejar "bibelots" de estantes, un cerebro hirviente que derrama su lava por todas las torrenteras del arte, irresistiblemente. Un terrible y alocado genio, a menudo sublime, a veces grotesco, siempre cercano a lo patológico. ¡Cuán lejos estamos del arte antiguo, muy sano y ponderado de los Países Bajos! ¡Cuán lejos de los delicados colores, siempre un poco mezclados y brumosos de los países del norte y de los incansables retoques minuciosos de esos artistas de allá y de antaño, que pintaban "metidos en su estufa", con el espíritu muy sereno, los pies calientes y la barriga llena de cerveza! ¡Y cuán lejos de ese arte muy honesto, muy concienzudo, muy escrupuloso, muy protestante, muy republicano, muy servilmente trivial de esos incomparables viejos maestros cuyo único error —si era un error para ellos— consistía en ser padres de familia y burgomaestres!

Aunque el mundo llegue a pagar sus telas —lo cual es poco probable— al precio de las pequeñas infamias del señor Meissonier, no creo que haya mucha sinceridad en esta tardía admiración del público. Jamás será plenamente comprendido, si no es por sus hermanos, los artistas..."

Mi hermano exageraba su solicitud. Hice como que daba por bueno semejante ditirambo y envié un cuadro a su autor, rogándole que se preocupara en adelante de Gaugin, Monticelli y otros artistas auténticos.

A Teo:

"No es justo que digas en tu carta que no hice otra cosa que trabajar. Estoy muy descontento de mi trabajo. Lo único que me consuela es que digan las gentes de experiencia que hay que pintar durante diez años para nada. No hice estos diez años más que estudios desdichados y mal nacidos.

Con frecuencia me invade la melancolía. Basta de pintura que nos cueste y no reporte nada, ni siquiera el precio de costo. Esto me parece una locura, una cosa insensata. Al comprobarlo me siento muy triste, y lo peor es que a mi edad resultaría muy difícil comenzar otra cosa. ¡Con lo que me gustaría el éxito,

aunque no fuera más que por enriquecer a los vendedores y que pudieran exponerse con artistas nuevos, jóvenes, desconocidos! Que el señor Aurier no escriba más artículos sobre mi pintura. En adelante pintaré por distracción."

Ya a punto de marchar, llamó el director:

—Tengo una grata noticia para usted, Vicente...

No creía posible que pudieran llegarme buenas noticias. Callé sin pedir aclaración. Peyron me alargó una carta de París, en la que Teo me comunicaba haber vendido el primero de mis cuadros.

—¡Basta! Que no me escriba para engañarme más.

—No creo que su hermano le engañe.

—¿Cree acaso en mi arte, doctor?

—No entiendo de esas cosas.

—¿Por qué entonces se negó usted a posar para mí?

Por toda respuesta me entregó cuatrocientos francos, producto de la venta de mi "Viña Roja".

Agradecí ese envío que me servía para el viaje, ya decidido. A esto Peyron se negó categóricamente.

Decidí entonces turbar el reposo de aquella santa casa hasta conseguirlo. Haría el loco explosivamente. Saldría por los buenas o por las malas. Organizaría una procesión de locos con más algarada y mala fe que la anterior. Saldríamos coronados de mirto, con gran escándalo. Pintados. Repintados como sacerdotes indios. De diablos o de ángeles, un paraíso frenético pisando por entre llamas. Los emborracharía soberbiamente y organizaríamos una sonada. Consecuencia: me encerraron. Me fingí enfermo. Hice crujir los nervios de varias religiosas. Las amenacé con el suicidio y para ello ingerí el gas de un farol; por último, tomé mis propias pinturas. Las hermanas se espantaron. Y yo:

—A ustedes hago responsables de la condenación de mi alma.

Total: que al fin me dieron libertad.

¿Y a dónde iría? ¿Quién se acordaría de mí? A cualquier sitio que vaya seré una amenaza para la paz. ¿A Arlés? No. ¿París? Tampoco. El Norte. Pero, ¿dónde? No lo sé. Caminar. Era libre.

¿Cuándo acabaría ese suplicio diario, ese eterno peregrinaje? ¿Y cuándo la soledad? Que la luz se apague, que el mistral no sople, que duerma en paz conmigo mismo. ¿Hallará refugio en parte alguna Vicente Van Gogh? ¿Podrá llamar amigo al que le tiende su mano? ¿Le dejarán vivir en el más consolador olvido? Detesta las honras, se siente incapaz de hacer frente a la publicidad. Sus cuadros, su dolor domado, su angustia abriendo cauces a la esperanza. ¿Por qué no? ¿A qué le engañan? ¿A qué el señor Aurier se le burla tan cruelmente? El sabe su valor. Su poca fuerza expresiva. ¡Cómo desorbitó la naturaleza, cómo fracasó ante la tela! Quiere ser ya un espectador de la vida. No más moverse. No más luchar. Dejar de ser protagonista en cimas inabordables. ¡Tranquilidad!

Y esa tranquilidad, ¿le será devuelta? ¿Llegará a crear sin fantasmas detrás, sin la persecución implacable de las fuerzas de la naturaleza? ¿Por qué arrancó llamas su pincel? ¿A qué reprodujo la explosión de grisú de las minas de su juventud? Recuerda un cuadro desde la ventana: una silla vacía, un sombrero y un abrigo colgados al acecho de cortinas transparentes. Una presencia invisible escondida detrás de la ventana, en la calle: Dios. ¿Por qué le machacó día y noche con sus remordimientos? ¡Pobre Vicente Van Gogh! ¿Obtuvo lo que buscaba? ¿A qué se embriagó de color? ¿Logró que se movieran los vagones de tren, las hojas de los árboles, las oriflamas de los edificios, la mies raseada por los vientos, el humo de las fábricas, los molinos aspaventosos y asimétricos, los círculos de agua en las lavanderas del río, las caballerías, los hombres, los enamorados,

los niños, el impalpable borrón de sombra, la gota de agua, la brizna de hierba, el polvo de los zapatos rotos que recorrieron sendas equívocas, la comparsería de sus paisajes siempre en actitud de andar, de ir a alguna parte, las manos prensadas que mecen el manillar de una cuna, la sangre grumosa de su oreja, la idea en la expresión del hombre, la repulsa instintiva al vicio en la mujer pública, el sudor que cae al sembrador, el brillo coagulado de sus ojos ausentes, el pintor y su sombra camino de Tarascón, las nubes y los soles noctámbulos? Pero cuando se detienen los vapores, la carreta de gitanos, las barcas pescadoras desprovistas de su vela, durmiendo en la arena caliente, o cuando duermen su siesta los segadores bajo los pilones de paja, ¡qué quietud, qué pesadez, qué sopor de cielo y tierra confundidos!

En fin: salí.

Caminar.

Al ir a franquear mi baúl volví a ver el campo fresco y florido después de la lluvia. ¡Cuántas cosas dejé sin pintar!

Extendí un lacónico telegrama anunciando mi llegada a Teo y su mujer. Me acompañó hasta Lyon un enfermero que, notándome alegre y animado, se atrevió a insinuar que por primera vez desde que me conocía me veía feliz. Aseguró que jamás me había visto reír y con este viaje sin duda rejuvenecería.

En París, Teo me salió a recibir. Su aspecto, tras de tanto tiempo sin vernos, había cambiado a peor. Más viejo. Matices de pelo gris, arrugas y encogimiento de hombros. Nos abrazamos.

—¿Dónde he visto yo una cara parecida?

Jo, su mujer, mientras me da la mano, trata de emparentar mi figura con alguna persona de su conocimiento.

—Usted me parece muy hermosa —le dije sinceramente—. No se parece, sin embargo, a como yo la imaginé. Considere que llevo muchos meses sin ver una mujer.

—Bueno —terció Teo—, ¿y por qué no os dais un abrazo? Debéis tutearos. Es tu hermano, Jo, abrázale. Entras en esta casa que desde hoy es tuya.

El niño me pareció raquítico. Quizás faltara a sus padres cierta alegría de vivir, principalmente por culpa de la salud de Teo. Comparé mentalmente la criatura con la última de Roulin. ¡Cuánto más rolliza ésta, pese a que sus padres frisaban en la vejez!

Volví a ver todas mis telas. Por la noche, ayudado por Teo, fuimos colgándolas.

—¿Qué te parece el crío?

—No entiendo de esas cosas. Creo, sin embargo, que le convendría el aire puro. Aquí, en París, será difícil que mejore.

—¿Y ella?

—Parece inteligente y sencilla. Te deseo toda la felicidad que un día quise para mí.

—¿Es tarde ya para alcanzarla?

Sonreí tristemente. Los dos sabíamos que yo jamás encontraría una mujer en mi vida.

—Tampoco la buscaste.

—Cuando lo hice, fracasé.

No tardaría en llevarme un gran disgusto comprobando la falta de algunas de mis telas.

—Teo, ¿y mi tela Viña Negra que tanto te gustaba?

Teo, ¿y la Madona que me regaló Anquetin?

¿Y el Vergel sintético de Bernard?

—Pignoradas.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Hice muchos gastos con la boda. Carecía de ahorros. Tú pedías, ella pedía... Fue necesario sacar algún dinero a cuenta de esas telas y...

—¿Es posible? ¿Es posible que tú hayas hecho eso?

Me eché las manos a la cabeza. Por mi culpa, por mi carga indefinida, sin esperanzas de un porvenir más halagüeño. Teo sufría apuros económicos. ¿Por qué no me lo dijo? Y diciéndomelo, ¿cómo podría resolverlo yo? ¡Si me fuera posible mercantilizarme. Golpeé con los puños mis sienes desesperadamente. Teo, asustándose:

—¿Qué te sucede? Vicente, por favor... Espero recobrarlo con el tiempo. La persona que se quedó con ellos es de toda garantía. ¿Qué te pasa? ¡Cálmate!

—Por mi culpa... Todo por mi culpa...

—Te prohibo hablar así. Confío que Goupil me suba el sueldo y entonces podré cancelar la deuda.

Fuimos a lo de Tanguy. En un desván oscuro, agujereados por el polvo y la humedad, protegidos por telarañas repelentes, yacían amontonados los cuadros.

—¡Dios mío, qué dolor! ¡Cómo me duele por ellos... por esos artistas que tanto valen! ¿No habrá modo de buscarles otro refugio?

Vino Tanguy. Apareció igual que siempre. Con su mismo traje negro, la misma dulzura en su mirada. Por él no pasaba el tiempo. Accedió a mi deseo. Puso algunos cuadros en el escaparate, y otros me rogó que los llevara yo mismo.

Pedí con timidez noticias de su mujer. Aún permanecía el hombre esclavo de aquel gusano.

Lautrec se llevó una gran alegría con mi vuelta y me festejó en un cabaret en un derroche de dinero estrafalario. Hablamos de Susana, de su trabajo, me invitó a ver en su casa sus últimas telas y entre ellas: "Señorita Dihau al piano", que me conmovió por su limpieza de color y perfección de líneas.

—Por poco pierdo la vida por usted, Vicente.

—¿Qué le ha sucedido?

—Recordará que en febrero fuimos invitados por la Sociedad de los XX a exponer en Bruselas usted, Signac y yo. Ya me imagino que usted no pudo salir de su encierro.

—Si le he de hablar con franqueza, Lautrec, es la primera noticia que tengo de este asunto.

—Signac y yo fuimos invitados a la cena de clausura del salón. ¿Recuerda usted a ese maldito enano De Groux? En los brindis alzó su copa lamentando con su habitual cinismo que sus obras aparecieran en la exposición. Calificaba de insulto para los demás pintores presentes. No eran, según él, cuadros de un pintor, sino de un charlatán. Me levanté airado. Afeé su conducta recordándole las buenas ausencias que en toda ocasión le hizo usted. Hice un cántico de alabanzas de su obra, acusé al tipejo de ignorancia y por último le reté a duelo.

Se lo agradecí con un apretón de manos silencioso.

—¿Y cómo se arregló la cosa?

—Dándome al día siguiente toda clase de disculpas. Signac se tranquilizó con esta solución, ya que él mismo pensaba desafiar a De Groux, en caso de que yo sucumbiera. ¡Una lástima! Nos hubiéramos librado de un gran tunante.

Aquella noche me sentí un hombre importante. Comprobé que aún quedaban gentes en el mundo dispuestas a defenderme, cuando ni yo mismo movería un dedo en mi defensa. Prometí a Jo y a Teo hacerles un retrato cuando me hallara en ambiente y el 20 de mayo tomé el tren para Auvers.

Aquí todos los caminos conducían a lo alto de la colina, dominadora de la ciudad como un monstruo, y en lo alto de la colina estaba el cementerio.

Llegué a casa de Gachet, que me recibió cordialmente presentándome a sus hijos. El amigo de los hombres célebres se me aparecía como un buen viejo que procuraba quitarse años de encima. Muy dicharachero, apenas si me dejó explicarme. En cuanto a la enfermedad, me dijo que le parecía de carácter nervioso y que sin duda dejaría de sufrir ataques en la tranquilidad de aquel pequeño villorrio. Hablamos de pintura desde el primer momento. Pintor a su vez por afición, demostraba sus teorías con fluidez incontrovertible: "Nuevos cauces para el arte o morir". Un noble, según su propaganda, miembro honorario de un montón de sociedades científicas y filantrópicas, volteriano, entusiasta de lo chocante, lo explosivo, extrafalario en su atuendo, un hombre lleno de problemas y preocupaciones. De cierta solidez económica aunque nunca asomara un deseo ingenuo de ganancias ilícitas, médico optimista, férvido creyente de la cura de la naturaleza, con consulta abierta en París (Dios Santo, ¿cómo podría atender tantas cosas?) descubridor incluso de drogas curativas y pócimas milagrosas, coleccionista de animales raros y plantas exóticas.

A Gachet debí impresionarle sin poder darme idea de si lo hacía agradable o desagradablemente. Su mundología no estudiada en los libros, sino limada entre la humanidad, le permitía igualmente disfrazar sus recónditas opiniones. Procuró darme a entender que yo debía seguir sus consejos a rajatabla, significándome como principal, paseo, aire libre, trabajo moderado y ausencia total de preocupaciones. Poco después de conocerle me ofrecí a trazar su retrato, que consintió con aparente orgullo. Lo hice lentamente, domándome imaginativamente, con su

gorro blanco, su gabán azul, su situación oscilante frente a la realidad de la vida, tal y como yo le vi el día de nuestro primer encuentro.

El matrimonio Ravoux, dueño de la pensión donde me albergaba, me dio a conocer a sus amistades. Así me hice amigo de un pintor español, Martínez, tipo bohemio curiosísimo que había recorrido el mundo cargado con sus cuadros invendibles. Sólo en portes había gastado diez veces más de su valor de venta. Misántropo a ultranza, que si aceptó mi trato fué sencillamente, o al menos así lo creo, porque los Ravoux le insinuarían algo de mi enfermedad. En su taberna conocí igualmente a Pascualín, un gendarme retirado que juraba entender de pintura. Con ambos paseaba por las noches hasta la taberna de la plaza del Ayuntamiento, donde tomábamos la última copa del día. A primera hora yo salía a pintar. Me levantaba a las cinco de la mañana y de noche emprendía la marcha con mis bártulos a través del campo. Alguna vez me acompañaba Ravoux, que por su parte, iba de caza seguido en alguna ocasión por una de sus hijas, dos muchachitas de quince y trece años que me alegraban con inocentes preguntas. A mediodía bajaba a comer y luego permanecía por espacio de dos horas tumbado y mirando al cielo por lo alto de la claraboya de mi buhardilla. Desde mi refugio se dominaban las casa extremas de Auvers y el fértil valle del Oise. A media tarde escribía alguna carta a mis viejas amistades, recordándolas; luego paseaba por entre calles hasta la hora de ir al café a reunirme con mis amigos.

Trabajaba de firme conservando mis colores claros del mediodía. Un buen día se me presentó un escritor inglés con una tarjeta y un saludo muy cordial de Lautrec. Dijo llamarse Oscar Wilde. Era un hombre gordo hasta la caricatura, satisfecho de vivir, con monóculo, una boca pequeña y sensual y un atuendo de gentleman que a mis compañeros de café, sin duda, les parecía ridículo. Afirmó que venía con la intención de conocerme. Lo que más decía que le admiraba —según expresión Lautrec— de mi pintura, es cómo con el tiempo envejecían mis retratos pareciéndose a las personas. Que él mismo quería obtener algo parecido: un retrato al que le salgan arrugas, pelambre y barba, que se encoja de hombros como una planta seca. Según Lautrec mi vida podía inspirarle una novela. ¿Le importa que le haga algunas preguntas? Accedí gustoso y por unos días me acostumbré a su charla amena y sus paradojas características.

Aprovechando su facundia sin límites, organizamos una fiesta en su honor. El aseguró que venderíamos telas con su

ayuda, con su poderosa ayuda, ya que hacía ver lo blanco negro, con poder magnético, razón descoyuntada, y voz persuasiva que invita a la felicidad.

Bebimos en la taberna y organizamos una venta pública de nuestros cuadros con objeto de destinar los fondos a obras de misericordia. Asistió por este motivo la autoridad a la apertura.

Apenas si vendimos, pese a la propaganda de nuestro formidable amigo. Pascualini aceptó los francos de subvención en nombre del alcalde y acto seguido se los ofreció al fondista a cuenta de la cena.

Bebimos demasiado. Terminada la "expo" yo propuse hacer auto de fe con todas nuestras obras para oprobio perpetuo de aquella ciudad indigna.

Prendió en los cortinajes y hubiéramos quemado los cuadros, la casa y yo creo que hasta el pueblo, si la fuerza pública no viniera a detenernos.

Quiso salir de cabeza de turco el inglés, pero me opuse terminantemente bajo pretexto de posibles reclamaciones diplomáticas.

—Es un loco y no responde de sus actos—arguyó cómicamente Pascualini, ofreciéndose a sufrir el castigo por todos.

El tabernero, sin embargo, nos amenazó con denunciarnos y hacernos pagar hasta el último céntimo de nuestros desperfectos. Por toda respuesta salimos abrazados a la calle alborotándola con nuestros cánticos inarmónicos, con nuestra colosal tándole con nuestros cánticos inarmónicos, con nuestra colosal borrachera.

Al día siguiente se despidió el escritor inglés diciéndome que su libro se titularía "El retrato de Dorian Gray" y que su protagonista en nada debía parecerse a mí.

Usted es un amigo y no quiero ridiculizarlo. Añadió que su concepto artístico era muy distinto al mío.

Usted es un hombre que vive su vida tan intensamente que morirá por ella.

Y en mi opinión —la de Wilde— el artista debe crear cosas bellas, pero no debe poner nada de su propia vida en ella. Vivimos en una época en que los hombres no ven el arte más que de una forma autobiográfica. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día enseñaré al mundo lo que es.

Con esta contundente opinión perdí un amigo sincero y bueno, amante de los placeres, feliz de sentirse halagado. Los pintores y yo le despedimos en la estación que le devolvería a París y luego a Inglaterra.

Gachet vino a verme con la disculpa de admirar mis cuadros; en realidad a reñirme por mi exceso de la víspera.

—¿Puede usted prestarme algún dinero? Trataré de pagar los desperfectos.

—Déjelo de momento. Ya procuraré arreglarlo. De todos modos, tome...

Y me dió cincuenta francos a cuenta del retrato que yo le había hecho.

—Por esta parte no admitiré ni un céntimo. Aquello fué sencillamente un anticipo a sus visitas. Quizás un día se reproduzca el ataque y entonces no pueda pagarle.

—En ese caso, ¿cómo cree que voy a cobrarle? Lo que haga lo haré por amistad sencillamente.

—Invoco esa amistad para mis trabajos. Más aún. Retrataré a sus hijos.

Así lo hice inspirándome en la tela de Lautrec. Saqué a la señorita Gachet de espaldas tocando el armonio.

Con el dinero me tracé el propósito de comprar un modelo a mi gusto. Vi un mendigo que me llamó la atención. Quise pintarlo. Nada. El tipo en su tartajeo estúpido negábase en redondo. Le di el dinero. Impertérrito. Le invité a una copa. Seguía obstinado tras de paladearla con fruición. Al pedirle la devolución del dinero consintió en posar media hora, al cabo de la cual me dijo: "Traiga más dinero mañana. Ahora tengo mucha prisa, ¿sabe?" ¿Prisa? ¿Para qué? ¿Podía aguardar alguien a un mendigo? Por toda fortuna sus andrajos, y dejó entender que mis trazos no le agradaban. Horas después, camino de mi casa lo encontré tumbado a mi puerta en estado de coma. Lo aparté y sentí cierta conmiseración por aquel individuo abyecto. El día 6 de julio partí a la capital. Me preocupaba verme más de una semana aislado del mundo, sin noticias del matrimonio. Llamé a la casa. Nadie respondió. Descendí las escaleras y pregunté al portero si habían salido los señores Van Gogh. El carricoche del niño esperaba en el portal. Sin duda no me habían oído. Insistí en la llamada. Al cabo Jo me abrió la puerta. Aparecía en bata casera, con los pelos sin arreglar:

—¿Es usted?

—He llamado varias veces, Jo.

—No le oí. Venga. Pase a mi cuarto. Estaba dormida.

—¿Por qué no me tutea, Jo?

—No me acostumbro. Nos conocemos tan poco...

—Yo creo que habrá leído mis cartas, que Teo le hablaría continuamente de mí. ¿Es así?

Calló un instante. Parecía meditar una respuesta que no llegó a pronunciar. Se arregló en el espejo y me hizo aguardar unos instantes a que se peinara. Pude contemplar el piso, los tonos claros del empapelado. La luz filtrándose por unas contraventanas cerradas casi herméticamente. Ni un cuadro de Vicente. Algún recuerdo de Arlés. Jo, iba y venía a sus cosas. Me invitó a una copa, todo sin hablar, silenciosamente, huyéndome la mirada.

—¿Qué la sucede? Son las doce del mediodía. Algo muy grave olfateo... ¿Qué?

—Estoy muy decaída, eso es todo.

—¿Consecuencias del parto?

—De preocupaciones.

—¿Y Teo?

—Salió. Hoy trabaja en la galería.

—¿Y el niño? ¿Puedo verlo?

Nos acercamos a la cuna. Procuré hacerle fiestas. Le cogí en brazos y desconociéndome, se echó a llorar desconsolado.

—¿También está fachucho?

Afirmó con la cabeza.

—En estas circunstancias —proseguí— creo que mi presencia aquí es inoportuna.

—No le esperábamos.

—¿Ya sabe a lo que vengo?

—No.

Seco. No quería saberlo. Quedé cortado. Me faltaban energías para declararlo. Transpiraba angustia aquella habitación. Abrí las ventanas y dejé caer la mirada hacia la calle y el parque. Mediodía. Sol.

—¿No se lo imagina?

—Sí. Usted vino en busca de dinero.

—Cierto. Lo necesito. Debo pagar la pensión... Gastos de telas...

—...y algo más, ¿verdad?

Iba la cosa con cierto retintín. ¿A qué se refería? Jo abrió entonces un libro de contabilidad y me hizo comprobar las entregas recibidas por mí durante más de diez años.

—Son muchos miles de francos, ¿no cree? Mi marido es pobre hoy por usted.

Bajé la cabeza confuso.

—La verdad, que no pude recibir más frío recibimiento. ¿Treinta mil francos llevo gastados?

¡Demasiados! y venía con ganas de exigir.

—Yo le aseguro, Jo, que todo lo dio por su voluntad. Créame, nunca pensé cancelar la deuda con un apretón de manos. Toda mi obra le pertenece. Reconozco que es ridículo semejante ofrecimiento. ¿Es grave lo suyo, Jo?

—Lo mío, no. Lo de Teo, incurable.

—¡No! —un grito más que una expresión—. Después la censuré por decírmelo tan crudamente. ¿Teo sin salvación? Parecía increíble. Teo, más joven que yo, que había vivido mejor que yo.

—¡Con qué crudeza habla usted, Jo!

—¿Y para qué engañarle, Vicente? Y ahora se complican sus asuntos económicos. Por añadidura, usted contrae una deuda en una noche de borrachera. El tabernero Boris ha reclamado doscientos francos por las desperfectos que usted hizo en su casa. Conoce usted la salud de Teo. ¿No le ha repetido el mal trato que esta temporada le dan los dueños de la Galería Goupil?...

—Esas ratas...

—Esas ratas agujerean su fortaleza. Amenazan con expulsarle de la Galería.

—¿Qué hizo?

—Absolutamente nada deshonroso. Por el contrario, demostró tener más aguante que usted con ellos, no lo olvide. —Y tras una pausa—. ¿O es que acaso se hace usted eco de las críticas? ¿Qué más le dijeron?

Quería bronca. Necesitaba echarme en cara mis errores, lo que seguramente Teo jamás se atrevería a decírmelo.

—Le acusan de preocuparse demasiado de esos locos impresionistas. Créame, Vicente. Usted debe solucionar sus problemas. Y déjenos libres de una vez. ¿Lo entiende ahora?

—¿Qué dice él?

—Teo por usted lo dejaría todo, la mujer, el hijo... Todo, todo...

—¿Está celosa, Jo?

—No puedo negarlo. Usted es el ausente que gobierna esta casa, que sin verle ni poderle responder dirige nuestros destinos.

Me encorvé. Creo que me había herido mortalmente. Me pareció oír encima, en alguna parte, un aleteo furioso de cuervos presagiando catástrofes. Bajé la vista empequeñecido. En un instante eterno entrechocaron multitud de ideas en mi cabeza. De fuera vendrá quien te arrojará de tu casa... Una mujer es la víbora... ¿Y por qué no tenía razón? Yo engañaba a Teo, al menos no podía demostrar lo contrario. Quizás pudiera yo decir lo propio cuando lo de la Viña Roja. El, hombre inteligente y artista, debía darse cuenta de que yo era un inútil, el peor de los pintores. Todo fue un segundo, un relámpago. Jo seguía en su acusación:

—¿A qué se mete con la gente? ¿A qué nos envían recibos de sus locuras? Yo creo sinceramente que le convendría refugiarse de nuevo en un sanatorio. Diga algo, responda algo. Recuerdo que en una de sus cartas nos citó un sanatorio donde los enfermos apenas si pagan y les visten gratis a cambio de trabajar en las tierras o en la forja. ¿Por qué no busca una cosa así?

Seguí callado.

—Le ruego que no le diga nada a Teo. Se disgustaría conmigo. Me reñiría. Si alguna vez quise moverle contra usted pude comprobar su apego sin límites por el hermano loco.

Yo estorbaba. Callé. Procuré no darme por enterado, disimular. Cogí de nuevo al bebé y le hice gracias; esta vez le hice reír. Llegó Teo. Ni palabra.

Comimos juntos. Pasamos la tarde dando un buen paseo. Le aconsejé llevar a la mujer y al niño a Holanda, a la casa de nuestra madre, a descansar. Si por ser joven la mujer puede suponerse que tenga más hijos, que la lleve a parir al campo, que no deberá abandonar la madre, al menos mientras deba darle su propia leche. Por otra parte, no hacía falta ir a Holanda, tan lejos. Los gastos suben a cifras desorbitadas, aun procurando las máximas economías.

En la estación, por la noche, le di un abrazo impresionante. No creo, sin embargo, que notara cómo me caían dos lagrimones

involuntarios. Sobraría añadir mi preocupación por la suerte de mi hermano. Paradójicamente volvían a mi memoria algunas de las frases de la primera carta que le escribí desde La Haya, hacía más de diecisiete años: "Mi nuevo año comienza bien. Me han aumentado el sueldo en la Galería de Arte. ¿No es esto magnífico? Me alegra muchísimo que trabajes en la misma firma. Los comienzos quizás te resulten difíciles, pero hay que perseverar".

La carta que de Jo recibí dos días despues fue para mí como un evangelio, una liberación de la angustia que me habían causado las horas un poco difíciles y laboriosas que compartí con ellos en su propia casa. No me parecía mínima causa ver en peligro el pan cotidiano de todos o la fragilidad de nuestra existencia.

Mi vida, atacada en su raíz, no reaccionaba de igual modo. Traté de buscar trabajo útil y poder enviar alguna ayuda económica a los seres que tanto se sacrificaban por mí. Rogué al panadero Héctor que me diera ocupación por las noches, cosa que él la tomó a broma: Pero... "Señor, seamos formales... Aquí todo el mundo sabe que usted pertenece a una familia distinguida de la ciudad". Pensé una vez alistarme en la Legión, que entonces abría su boletín de enganche para todo el país. De Auvers se apuntaron algunos mozos huecos y el pintor Martínez, harto ya de pernoctar en los bancos del paseo y soportar los insultos del tabernero a cargo de nuestra aventura. La caja de reclutamiento hallábase en la gendarmería. Rogué al amigo que me acompañase: "Pero si usted está completamente loco... ¡Imposible!".

Volví a releer la carta, no tranquilizándome ya las disculpas de Jo, su afirmación tajante de que yo no era una carga, el perdón que insistentemente pedía por dejarse llevar de los nervios.

A mí me dañaba más esto: "no servir para nada", esta especie de despido encubierto de aquellos a quienes candorosamente me ofrecía. Me puse al trabajo inútilmente. Caía el pincel de mis manos.

Pensé como último recurso si pudiera unir de nuevo a los impresionistas en mi añorado taller, invitándoles a venir, dedicándome únicamente a servirles en sus obras, ayudarles y apadrinarles en la venta. Ni Gaugin ni Bernard respondieron en consecuencia a mis propósitos.

Acudiría en última instancia a pedir al doctor...

Me costó Dios y ayuda encontrarle. No me atreví a proponerle la idea de que me acogiera entre su servidumbre, aunque fuera de guardián. Un curioso guardián de sus negras antigüedades. ¡Imposible! ¡Hablaba tanto aquel hombre! Resultaría casi inverosímil concretar con él.

No podía, pues, contar con el doctor ni para pedirle orientación sobre el curso de mi enfermedad, que por entonces parecía desembocar en una nueva crisis. Casi la semana entera se la consumía su consulta de París. Además, me pareció que sufría más que yo. Le veía por lo menos tan enfermo como mi hermano o yo mismo. Y cuando un ciego conduce a otro ciego, ¿no caerán los dos en la fosa? Invité al doctor a merendar en mi casa, que aceptó gustosísimo, y ya con la boca llena aproveché para ofrecerle mis cuadros. ¿Por qué no me los compra? Paso por un apuro. Lo necesito. No compre los míos, yo no robo. Pero creo que los de Bernard, Prevot, Rusell, Gillaumin, Geanin, tienen algún valor... están pignorados en casa de Tanguy. Vea sus fotografías.

—¿Y para qué necesita el dinero, Vicente?

—Debo enviarlo a mi hermano.

—¿Qué le sucede?

—Probablemente le echarán de la Galería.

—¿Por qué? ¿Ha robado?

—No creo... En fin, no me pregunte demasiado.

Dejó otros cincuenta francos, rogándome que no se los devolviera.

Aquella noche pedí su revólver a Ravoux bajo pretexto de ir a cazar cuervos. ¿Presentía la tragedia? ¿Era yo mismo sincero en la intención que declaraba?

Trabajé una buena parte de la noche. Hice mi último retrato. Un condenado, el fondo inmerso en llamas, vestido con un traje prestado. Una verdadera ruina sentenciada. Sin remedio. Lo veía rezumando humores: un pingajo vencido por el dolor, un Hecce-Homo en trance último. Aquel traje pudo ser herencia de otro. Caía pesadamente sobre los hombros, sobrando tela por todo el cuerpo. Aquellos ojos ausentes... ¡qué ruina! Al cerrar los ojos para dormir, círculos de sangre nublaban mi cerebro. ¿Era tan difícil quedarse así, estirado para siempre? Me pareció verme solo ante un abismo. ¿Por qué no saltaban conmigo los impresionistas? Si al menos una mujer, como en

el caso de Kleist, quisiera desaparecer conmigo... No olvidaba la sombra de Margot, que lo intentó por mi culpa... ¿Las demás? ¡Qué lejos las sentía ahora de mi corazón! Desaparecería bajo el sol cegador de mediodía. Me nacerían alas en los ojos. Alas para salvar los obstáculos de la vida. Alas para planear por encima de las tumbas y los muertos. Volaría mi alma con su último suspiro. ¡Y qué felicidad no quejarme de nadie en esta hora suprema, dar las gracias a todos, los que poco o mucho me habían ayudado a consagrarla inmortal! Para coronarla de gloria dejé un rastro de mi paso: ese retrato. Quisiera dar un tono alegre a mi tragedia. Los que vengan detrás digan únicamente: "Ha descansado. Se dibuja en su boca una sonrisa feliz". Propósito firme: Si el ataque se reproduce, no dejaré que me encierren otra vez...

¡Cuánta vida! ¡Qué exuberancia de sangre en mis venas! Dos, tres toros de energía acumulándose en mi pobre cuerpo en aquella hora de descanso.

Un ruido salido de mi alma me sobresaltó. Me levanté. Cogí una pluma y escribí al de siempre:

"Mi querido hermano: Ni tú ni yo podremos hacer hablar nunca más que a nuestros cuadros. (¡Y a él le dejaba sin pintar!) Arriesgué en mi trabajo la vida y mi razón se funde a medias"...

Ya presentía la crisis de un momento a otro. Me aferré a la vida con ímpetu por última vez y saqué de su lecho al doctor.

Le amenacé. Sí, creo que, como a Gaugin, le amenacé.

—¿Ve cómo me persigue? Ahí está el ataque...

¿Qué sabe usted hacer, doctor, por salvarme?

Eché a correr. Subí a la colina. Durante varias horas pinté sin descanso: "El campo de los cuervos". Disparé hacia arriba y derribé uno. Le contemplé muerto: ¡qué quietud! ¡Quizás feliz!

Luego subió la hija de Ravoux, trayéndome una refacción de frutas por orden de su padre. La hice posar. Ya no la pintaba con los ojos, sino que la modelaba con mis torpes dedos...

Después...

Se apoderan de mí fuerzas extrañas. Se agita en mi interior un profundo deseo, un ansia de descansar, de abandonarlo todo, de dormir. Ayer retraté a la hija del patrón. Dieciséis años. Rubia, vistosa. Una carne tibia que me hizo desearla ávidamente con la peor de las intenciones. Creí ver en mi paleta un cuchillo.

La amenacé instintivo. La niña retrocedió y echó a correr. ¡Oh, apretarla entre mis rodillas, estrujarla poco a poco... hasta... hasta...! Cerré los ojos. Ahí está. Levántase airado un dragón amenazante. Una nueva crisis de locura se avecina. ¡Qué regusto ácido en la boca! ¿Escupir? Una rueda con los colores del arco iris gira aquí, en mi cerebro... amarillo, verde, gris, naranja, violeta, bermellón, colores, colores que se suceden, que chocan, que se expulsan con estrépito. El arpegio lejano de una melodía zumbando en mis oídos como el revolotear de órgano de gigantescos cuervos... Cacofonía que da dentera, notas restallando junto a alguna plataforma metálica... Estrellas amarillas parpadean en mis membranas con los ojos cerrados.

La puerta está abierta de par en par. Por los intersticios de las tablas luce la claridad vibrante. ¿A qué imantan mis sentidos objetos brillantes? Esquilas. Campanas de ermita. Tintineo del rebaño que vuelve.

Crepúsculo. Noche. ¿Dónde estoy? Lo que brilla está en lo alto, es un adagio chino. La caravana da vueltas en torno a mi casa. ¿Qué busca? Así no llegaré nunca.

Vueltas y más vueltas. ¿Llevan un ataúd? Teclas sin sonido pulsan ahora mis tímpanos frenéticamente. ¿Dónde estoy? ¿Qué me espera? Ese precipicio se extiende a mis pies. Voy a él. No, es humo. Es un huevo, la superficie que necesito acariciar para tranquilizarme. ¿A qué se estira mi cabeza? Me nacen cuernos. Procuro dar pasos inútilmente. Risas infantiles. Se burlan del loco manchado de carbón.

Doy la vuelta. ¿Quién me sigue? Una sombra. Voy a borrarla. Quiero huir. No hay salida. El laberinto se cierra. ¡Vértigo! ¡Vértigo! Un inmenso borrón el iris... La noria un borrón de luz...

Estoy condenado. La ronda de prisioneros. Todos me pueden ver ahí. El que mueve la cabeza estéril en una mueca de angustia, ése soy yo. La ronda apresura el paso, luego lo entorpece, luego se hace monótono, desesperante. Tambores. Pisadas herméticas. Vueltas en torno a un patio húmedo, bajo muros que taponan el cielo, en un círculo de tullidos... Grito, pataleo, alguien por detrás me marca el paso, me empuja. ¡Dios mío, descansar! ¡Dios mío, dormir, dormir!

Exigen mi vida. Mejor hoy que mañana. Mañana tú mismo, Vicente Van Gogh, te atacarás con furia. Te ahorcarás. Te colgarás de uno de esos árboles fascinantes, que pintabas en otro

tiempo, aspaventosos esqueletos de titán, de esos cipreses elevados a las alturas infinitas como llamas. De esas encinas de copa retorcida como cuellos de cisnes supliciados. ¡Suavízate! Rocía de aceite tu cuerpo y... ¡Fuego a tu cuerpo! Demasiado explosivo. Hay que buscar un tránsito más tranquilo... ya que debes morir, no hagas de la muerte un espectáculo, como la otra vez, cuando te arrancaste la oreja. Angel, ¿dónde estás? Día y noche te vigilan guardias inflexibles. Los muros crecen, los barrotes metálicos de la cárcel de tu locura adquieren sonoridades rompetímpanos. Gritas. El eco cóncavo vuelve a ti. Tu respiración se hace viento huracanado. ¿Nadie puede librarme? ¿Nadie? ¿Nadie? ¿Quién? Ahora estoy quieto. Un crepitante silencio da luz a las sombras de la noche. ¿Mi pasado? Roto, desgajado de cuajo como un tronco por un rayo. Todo lo que hice fue inútil. Luché en vano contra un destino adverso. ¡Ese sol!... ¡Ese sol de Provenza me ha intoxicado de amarillo, de luz! Soy un faro de luz, un cántico en tierra ignota, un grito en el desierto. Formas caricaturescas surgen en los muros. Me devuelven mi espantable figura. ¿Yo soy ése? Una piedra... Roto el espejo. No quiero verme más. Rehuso reconocerme en esa ruina humana. ¡Ojos extraviados! ¡Boca desdentada! Ese no soy yo, es otro, un condenado, alguien que ha saltado por encima del muro.

Me duermo. Veo amigos desaparecidos. Los he marcado con cruz de carbón en la frente. Sueño. Mis sueños se desvanecen. Bocarriba me inunda el sol, el infinito azul me eleva en alas invisibles... No. Me palpo. Sigo soñando.

Hurañas brujas zumban con cadencia de avispa en torno a mi féretro sin tablas. Ando y me muevo con él, lo impulso con mis pies, cabeceo, caigo. Enanos mordaces ríen a carcajadas detrás de mí. ¡Atención! El cortejo pasa. Yo no maté a nadie... Yo no hice daño a nadie... ¿Ese es mi cuerpo? Gentes. Gentes. Cabezas de asno, patas de palo, cuernos de búfalo, apéndices de pulpo, púas de erizo, coturnos de cómico, liras sin cuerdas, cánticos, disfraces ridículos, zuecos sonoros de madera hueca... Machacan, machacan... Incienso. Más gentes aún. Pasan por encima de mí. ¡Soy invisible! Alguien en un cementerio agita una bandera gigantesca revoloteándola por encima de las tumbas... ¡Ah, si mi espíritu se hundiera en los pantanos con la certeza de emerger inmaculado! Un carnaval burlesco juega con mi cadáver. Lo empuja de una parte a otra, flexible, ágil como una marioneta. ¡Ah, despertar, despertar!

¿Qué ha sido esto? ¿Cómo pude dispararme? Un reguero de sangre me delata. ¿Quién me perseguirá ahora? Son los cuervos.

No estoy solo. Me vigilan de cerca. Ese doctor con sus ojos pegados al muro, invisibles para mí. Soy transparente. No me ven como soy. Soy viejo. Un siglo me pesa. ¿Esos ojos se agrandan? ¿Estallan? ¿Es el grisú de las minas? ¿Qué buscan? Son ojos de ídolo. Los ojos de un verdugo impasible. Miedo. Si pudiera achicarme hasta desaparecer... ¡Miedo amarillo!... ¡Impresión de sol que aplasta!...

Estos días la gente me mira como a un bicho raro. Nadie me persigue, pero imagino que todos me espían, acechan mis pasos. Algo insólito deben ver en mi mirada. ¿Qué? ¿Y el doctor Gachet? ¿Puede acaso hacer algo por mí? ¿Y qué?

Recobré el conocimiento por última vez en la cama. Mi hermano, frente a mí, lloraba desconsolado.

—No llores, Teo, lo hice por el bien de todos.

—Tú no puedes morir. El médico me dio esperanzas de que...

—Es inútil, hermano. La tristeza durará toda la vida...

Ya estoy bajo tierra. Todos me dejan. Todos. ¡Adiós! Vuelven la cabeza. ¿Me habrán oído? Bien: adiós. El duelo se despide. Teo piensa ahora que quizás yo fuera demasiado inmaterial para pegarme al suelo. Y el doctor Gachet rubrica su comentario: "Sí, demasiado noble para vivir entre nosotros".

Ahora amistosamente se van. Todo acabó. Todo. Y aquí da fin la confesión. "En tus manos encomiendo mi Espíritu".

¿Condenarás, Señor, a un alma tan atormentada?

F I N